

# El Espíritu de Santidad

por  
Everett Lewis Cattell

## PREFACIO

Ha sido mi privilegio durante muchos años, tanto en India como en América, predicar acerca de las líneas sutiles que dividen a los cristianos en sus distintos puntos de vista sobre la vida espiritual más profunda. Este libro contiene la sustancia de lo que he predicado, usando ya un pasaje de las Escrituras, ya otro.

Me convertí en la Iglesia de los Amigos, con su énfasis tradicional sobre la obra del Espíritu Santo. Durante los últimos cien años, grandes sectores del cuaquerismo han sido influenciados por el énfasis *wesleyano* que emana de la Asociación Nacional de Santidad en Norteamérica. Por lo tanto, he nacido y me he criado dentro del movimiento de santidad. Cuando era jovencito me esforzaba en llevar una vida cristiana de santidad y tenía problemas entre la doctrina que había escuchado y mi propia experiencia religiosa. Estas preocupaciones me llevaron a hacer estudios más profundos acerca de la vida de santidad.

Encontré que había mucha confusión precisamente porque el movimiento de santidad hacía un énfasis exagerado en algunos aspectos de la doctrina, mientras desdeñaba, o hacía caso omiso de otros.

Por ejemplo, se hacía tanto énfasis en la crisis de la santificación, que se olvidaba el valor del desarrollo de una vida santa. Los predicadores procuraban conducir a sus oyentes hasta la crisis de santificación, pero fuera de eso mostraban muy poco interés en que los que habían pasado por esa crisis crecieran en la vida espiritual. Otra debilidad consistía en no saber distinguir bien entre la naturaleza carnal, que debía ser erradicada, y la naturaleza humana purificada, que debía ser disciplinada. Muchos tenían miedo de hablar de disciplina por temor de que los acusaran de enseñar la “supresión”. Tampoco se le daba adecuado tratamiento a las tentaciones de la vida santificada.

Al estudiar los libros de los grandes expositores de la vida de santidad, y especialmente volviendo al *wesleyanismo*, hallé la respuesta a muchas de mis preguntas, pero perdí de vista cuál debía ser el énfasis principal. Pero por lo menos descubrí que la doctrina de la santificación cuadra mejor con la Escritura cuando se la pone en un equilibrio adecuado. Así fue como me lancé a predicar en un esfuerzo por aclarar aquellos puntos que por tanto tiempo me habían tenido perplejo. El resultado de mis investigaciones, tal como ha sido desarrollado a lo largo de los años, está en las páginas siguientes.

Antes de salir de misionero para la India yo tenía alguna relación con el movimiento que pregona la “vida victoriosa,” no obstante tenía la impresión de que las diferencias entre “santidad” y “vida victoriosa” eran más materia de definiciones que de realidad. En la India me encontré con toda clase de gentes. Gracias a Dios, los misioneros no teníamos que vivir en la espléndida aislación denominacional con que vivimos en Estados Unidos. Como las puertas del ministerio estaban abiertas a todos los grupos denominacionales, tuve que acudir a una expresión más elemental y escritural de la verdad que la que se estila en los círculos donde prevalecen los estereotipos sagrados. Traté de comprender realmente las diferencias entre vida de santidad y vida más profunda, y dar una explicación clara de todos los diferentes puntos de vista.

Queda para el lector descubrir dónde la siguiente exposición es de ayuda o no. Me impresiona el hecho de que la vida en el Espíritu es difícil de definir, precisamente por eso, porque es una vida. Las palabras, en su mejor forma, son “pensamientos congelados,” e inadecuadas para expresar la totalidad de la vida. Aun el apóstol Pablo tenía problema para expresar en palabras sus profundas paradojas. Sería fanatismo de parte nuestra reclamar finalidad para nuestro modo particular de expresar la vida espiritual más profunda. Que Dios nos ayude a pasar de las palabras a la realidad de la vida que Phillips llama “la santidad que no es ilusión” (Efesios 4:24).

## ***El Elemento Tiempo en la Salvación***

Mi padre solía decirme que el “mañana es algo que siempre está viniendo y nunca llega”. Esto me confundía mucho, y pensaba cómo podía ser eso que el mañana estuviera siempre en el futuro. Cuando el mañana llega se convierte en “hoy”. Años más tarde comprendí que los niños no son los únicos perplejos con el problema del tiempo. Los filósofos han escrito sesudos libros para exponer sus pensamientos acerca del problema. ¿Qué es lo que le da al tiempo su elemento de continuidad? ¿Dónde está el tiempo pasado? ¿De dónde viene el futuro? Todo lo que sabemos del pasado es lo que está en la memoria. Lo que sabemos del futuro está en la imaginación. ¿Y Qué es lo que le da al presente su carácter especial de fluidez? Es mucho más fácil plantear estas cuestiones que resolverlas.

Hemos aprendido a dividir el tiempo en pasado, presente y futuro. La parte del tiempo realmente importante para nosotros es ese vital, elusivo, viviente y fluido momento que llamamos el *ahora*. ¿Cuán largo es el *ahora*?

Parece ser el punto en el cual la Eternidad irrumpe en el río del tiempo, igual que una brasa de carbón que al pasar por una corriente de aire se enciende y chisporrotea. Eso es *ahora*. Mientras nos vamos moviendo en el devenir del tiempo, vivimos siempre en el *ahora*, porque el *ahora* es algo que se mueve junto con nosotros. Esto es lo que el apóstol quiere explicar cuando escribe: “Hoy es el tiempo de salvación”. No solamente que hoy, o ahora, es el momento propicio para aceptar a Cristo, sino que la única salvación que tiene validez y significado es la que tenemos momento a momento. En este mismo sentido habla el apóstol Juan al decir que nosotros estamos *teniendo* vida eterna. Es lo que quiere dar a entender Pablo cuando dice en Romanos 8:1: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. No es suficiente que apuntemos hacia atrás, al momento cuando fuimos reconciliados con Dios y nacimos de nuevo. Es necesario que vivamos, sin condenación, cada momento sucesivo del *ahora*.

Supongamos que uno va manejando un automóvil por la carretera y llega a un punto donde el camino está en construcción. Por detrás quedan cientos de kilómetros de camino pavimentado: son los antiguos *ahoras* que han quedado cristalizados en la memoria. Por delante, no hay más que proyectos de camino en forma de moldes y planes del ingeniero, imaginación y esperanza. El punto principal es la mezcladora de concreto, la que va formando el camino a medida que avanza, el fluido *ahora*.

Visto en cierto modo es un mero instante. Visto de otra manera podríamos decir que nunca vivimos en otro tiempo sino en el *ahora*, porque cada momento que hemos vivido ha sido en su oportunidad un *ahora*. Ahora, entonces, es una gran continuidad, algo más que la memoria de los momentos pasados, y es por eso que sentimos que el *ahora* es cualitativamente diferente del pasado y del futuro.

La salvación, más que ninguna otra cosa, es algo que pertenece al momento presente: una cosa viviente, fluida, en formación. Tiene sus memorias y sus esperanzas, pero memorias y esperanzas serían escapes a la realidad si las hiciéramos substitutos de la salvación que es *ahora*.

La vida cristiana tiene sus memorias. Por ejemplo, tenemos la memoria de la conversión que cantamos hermosamente en el himno:

*Día feliz, cuando escogí,  
Servirte mi Señor y Rey.*

Feliz es el hombre que puede hablar de un día específico del pasado, un tiempo definido cuando tuvo esa experiencia, el día que se convirtió. En el nacimiento físico, natural, nadie piensa que se le hace injusticia a los largos meses de gestación prenatal ya pasados, ni a los años del desarrollo por venir, si se considera el evento del nacimiento como una gran crisis. La madre bien sabe que ese día es especial, y ¡para el padre es también una experiencia

inolvidable! Todos están de acuerdo en que el día del nacimiento debe ser celebrado dignamente cada año. ¿Por qué ha de ser diferente el día del nacimiento espiritual? Hay ciertos métodos evangelísticos que descuidan el tratamiento “prenatal” y dejan a la persona en un estado de “semi-convertido”; o si se convierte de veras, luego lo dejan perecer de inanición en el camino. ¡Pero la solución a este problema no es tratar de omitir el simple hecho del nacimiento!

También hay otras crisis en la vida cristiana: victorias espirituales que se han ganado, oraciones que han sido contestadas, direcciones e inspiraciones recibidas por el Espíritu, iluminaciones de la Palabra de Dios, y muchas veces que hemos dado nuestro testimonio obteniendo precioso fruto. Por todo eso damos gracias a Dios, y también por aquel momento en que entregamos por completo nuestra voluntad al Señor y recibimos la limpieza y pureza de corazón que hizo posible la vida de santidad.

El cristiano se enriquece con la memoria de sus grandes experiencias espirituales. Pero debe tener cuidado que esas queridas memorias del pasado no se conviertan en el sustituto al desafío de vivir santamente *ahora*. He escuchado muchos testimonios que dan cuenta del día, el mes, y el año de la experiencia de la conversión. Todo eso sería motivo de gozo si no fuera por el hecho de que es una memoria estéril que olvida que la salvación es un proceso continuo. Para estos hermanos su salvación es una memoria, un hecho del pasado. No pueden testificar que “*ahora* es el día de salvación”. ¿No estableció Juan Wesley la regla en las reuniones de sus sociedades de que nadie tendría que dar un testimonio que fuera más viejo que una semana? ¡Qué diferente serían nuestras actuales reuniones de testimonio si aplicáramos esa regla!

La esperanza es igualmente una parte muy bendita de la gracia divina cuando la usamos para enriquecer nuestra vida cristiana, pero es un grave peligro cuando se la convierte en un escape de la realidad presente. La imaginación es la cuna de la invención, pero también la de los sueños vanos. Multitudes de cristianos cubren la falla de su vida presente con la promesa que se hacen a sí mismos de que *algún día* tendrán la victoria sobre el pecado, y el mal hábito, o cualquier otra falla. Ellos debieran recordar que la salvación es un asunto de *ahora*.

El cristianismo es una religión de esperanza. “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19). Es notable ver que, históricamente, la doctrina de la esperanza cristiana ha florecido en proporción directa a la cantidad de sufrimiento que han sufrido los cristianos. Algunos de nosotros, empero, estamos agradecidos de poder decir que nuestra esperanza no es una flor de nuestro sufrimiento, sino de creer firmemente en “la palabra profética más permanente”. Tenemos esperanza por razón de la Palabra de Dios. ¡Pero esta gloriosa esperanza no debe ser un escape a la realidad del *ahora*! Para el Cristiano la esperanza debe ser una fuerza con la cual encara la lucha de la vida cotidiana. Es esencialmente anti-cristiano usar la esperanza como un escape del desafío del día presente. Cualquier énfasis sobre la segunda venida de Nuestro Señor que nos releva de la responsabilidad de tratar de cambiar nuestra presente mala sociedad, es un escape indigno.

La salvación como algo presente, viviente, debe estar arraigada en la Cruz. Pero aún la Cruz como una sublime memoria no es suficiente. Ella debe ser parte de nuestro presente, de nuestro momento existencial presente. Es fácil cantar acerca de gloriarse en la Cruz de Cristo “que se levanta sobre las ruinas del tiempo”, y al mismo tiempo negarnos a tomar la Cruz para andar con ella cada día. Tenemos demasiadas cruces decorativas: cruces de enormes ventanas de iglesia, catedrales en forma de cruz, cruces de oro, de plata, de joyería. ¡Bellísimas cruces! Pero cruces sin sangre, sin sudor, sin polvo, sin agonía. Gaylord B. Noyce dice que hemos llegado a idealizar la cruz a tal grado que si queremos conservar su ofensa sería mejor que usemos en su lugar un lazo de verdugo. ¡Necesitamos la cruz como un modo de vital experiencia en la salvación que es *ahora*!

La cruz entra en nuestra experiencia en el preciso momento en que dejamos de impresionar a Dios con nuestras bondades, y nos arrodillamos para recibir el perdón por la sangre derramada de Cristo. Este es el objetivo de la cruz. Aparece otra vez cuando nos entregamos a Dios como sacrificio vivo. Persiste cuando nos enfrentamos al mundo y las cosas

que están en el mundo. Mientras quede en el mundo un solo hombre que no se haya convertido, y mientras que el Reino de Jesucristo no cubra la tierra como las aguas cubren el mar, el cristiano verdadero debe seguir llevando la cruz en su corazón. Este es el aspecto subjetivo de la cruz. Ambos aspectos, el objetivo y el subjetivo son esenciales para la salvación que es *ahora*.

No hay por qué tenerle lástima al hombre que ha tomado la Cruz seriamente, porque él es el hombre más feliz del mundo. El ha encontrado su hogar, por fin. Su vida ha sido transformada en un momento, y esa transformación permanece como algo continuo, porque él mantiene su experiencia cristiana en el *ahora*. Ha aprendido el secreto de morar en Cristo. He ahí su glorioso privilegio. Es de esta manera como la vida se hace radiante, gozosa, milagrosa. Por quienes se debe sentir realmente compasión, es por aquellos que son meros religiosos, que no se han rendido completamente a Dios, y nunca han abrazado la Cruz.

La salvación que se mantiene en el gozo del momento presente es aquella que depende sólo de Cristo, crucificado y resucitado, Cristo viviendo dentro de nosotros tal como nosotros vivimos en El. Cuando uno ha experimentado esta clase de salvación, no se contenta con nada inferior. Así como la iglesia debe batallar continuamente contra la sofocante intromisión del formalismo en su vida espiritual, así el cristiano debe estar permanentemente en guardia contra el peligro de ceder del nivel de esa salvación que es viviente, brillante, gloriosa, real, ¡y todo ello *ahora!*

¿Cómo podemos preservar ese brillo? ¿Qué debemos hacer cuando notamos que nuestra vida se desliza hacia niveles más bajos? A veces nos damos cuenta que aunque no hemos conscientemente roto la comunión con Dios, ni hemos cometido pecado, tenemos sin embargo, menos gozo que antes, y hay menos entusiasmo y fulgor en nuestra experiencia que antes. ¿Qué podemos hacer entonces? ¿Cómo podemos conservar ese sentido de milagro en nuestra vida cristiana?

Primero, debemos examinar nuestras relaciones con los prójimos. Esta prueba se basa en la *rectitud* y el *amor*. Si hemos hecho algún mal a otro, y no hemos reparado el daño, es inútil tener gozo en la salvación que es *ahora*. Todas nuestras relaciones tienen que ser *justas*. Esto significa tener que devolver lo que es propiedad de otro, si lo hemos guardado impropriamente, corregir las malas impresiones que hemos causado y cumplir las promesas que hemos hecho, tanto a los hombres como a Dios.

En uno de mis cargos pastorales conocí a un hombre que a menudo se hallaba en el pantano de la desesperación. No parecía tener ningún gozo en su vida cristiana. Un domingo por la noche, después del servicio, me confesó que muchas de sus tribulaciones provenían de que siempre hacía promesas a Dios de devolver cierta cosa, pero nunca lo llevaba a cabo. Decidimos entonces salir juntos a la mañana siguiente, y no regresar a casa hasta que él hubiese cumplido cabalmente su promesa. Primeramente tenía que ir a la compañía de tranvías, porque él había viajado sin boleto muchas veces cuando era niño, y quería hacer restitución de ese dinero. También quería ir a la compañía de ferrocarriles porque muchas veces había hecho viajes sin boleto de varios cientos de kilómetros. Había que ver el problema que tuvieron esas compañías para decidir cuánto dinero les había defraudado este hombre viajando sin pagar tantos años atrás, al grado que las compañías optaron por perdonar las ofensas. Después tuvimos que buscar por toda la ciudad a un judío, que se ocupaba de la compraventa de chatarra y hierro viejo. En los tiempos de la primera guerra mundial, este hombre, junto con otros jóvenes había saltado la verja del corralón del judío, le había robado una carretilla llena de hierro viejo, y se la había vendido al mismo judío. Con el dinero obtenido habían comprado licor. Cuando le contamos esta historia al descendiente de Abraham, las lágrimas corrieron por su rostro. Le hacía mucho bien—nos dijo—encontrar a un hombre tan honesto. Pero él se había hecho millonario con el negocio de compraventa, y no necesitaba el dinero. Pero si mi amigo deseaba quedar en paz con su conciencia, el judío le sugirió que diera los cinco dólares al pastor, para alguna viuda o huérfano pobre. El hombre así lo hizo. Luego este hombre pagó varias otras cuentas atrasadas de doctores y de otros acreedores de muchos años atrás. Cuando hizo todo esto, ¡qué paz y gozo inundaron su corazón! Una salvación viviente debe estar basada en la *rectitud*.

Mi esposa contó esta misma historia a un grupo de cristianos indios, y uno de los líderes del grupo que la oyó, se sintió profundamente afectado. El también había viajado muchas veces sin pagar boleto. Alentado por la historia del hombre que había sido tan fácilmente perdonado, fue a la compañía de ferrocarriles y confesó haber viajado muchas veces sin boleto. Agregó que, como cristiano que era, deseaba hacer restitución del dinero defraudado. El empleado que lo atendió le preguntó cuántas veces, y entre qué estaciones había hecho los viajes. El hombre dio todas las explicaciones. Entonces el empleado del ferrocarril hizo los debidos cálculos y le presentó una cuenta completa. El cristiano indio volvió a mi casa cariacontecido. “¿Qué hago ahora?”, dijo “yo pensé que iba a ser perdonado tal como el hombre de quien usted contó, y ¡mire, tengo que pagar esta cuenta!” La rectitud, verdaderamente, a veces no sale barata.

No es tanto el volumen de la falta lo que importa, sino las pequeñas zorras que estropean las viñas de una limpia conciencia. Yo aprendí la misma lección, cuando era muchacho, y después de haberme paseado, sin pagar, en una de las diversiones de un carnaval, tuve que regresar, confesar y pagar para que mi infantil alma estuviera en paz.

Pero no solamente la rectitud, sino también el *amor* es una prueba en nuestras relaciones. Muchas veces en la iglesia nos afirmamos tanto en la rectitud que nos olvidamos de la importancia del amor. Lo más pronto que aclaremos una situación tirante, tanto mejor, porque la sospecha y la tensión tienen la tendencia de crecer rápidamente. Estoy seguro que el noventa y cinco por ciento de las discordias de la iglesia no surgen de malos motivos sino más bien de la incomprensión. “La carencia de comprensión lleva frecuentemente a la incomprensión”. Como cristianos necesitamos llevar vidas transparentes y conservar transparentes todas nuestras relaciones. Grandes males vienen por insistir que el error está en la otra parte, y que por lo tanto, hasta que ellos no se arrepientan, nada se puede hacer para solucionar el asunto. No importa cuánta razón tenga yo, si soy cristiano, estoy bajo la obligación de reconocer que si mi hermano tramó algo malo contra mí, yo soy parte de una mala relación, y no puedo decir que estoy viviendo en una relación de amor con todos los hombres hasta que yo tome la *iniciativa* de dirimir nuestras diferencias. Si espero que mi hermano tome la iniciativa primero, estoy compartiendo su misma culpa. Amar francamente es una gracia cristiana que debe ser cultivada más ampliamente en el día de hoy.

Una segunda prueba de la vida cristiana es la *victoria sobre la tentación*. Probablemente no hay manera más rápida de perder el gozo que andar en el camino de la derrota. Quizás la derrota ha llegado a ser tanto la norma de nuestra vida que sentimos mucho menos compunción que antes. Tal vez hasta pensamos que hay buenas razones para no desear o esperar algo mejor. Uno puede aun dedicar su vida para el trabajo misionero en lejanas tierras y todavía llevar esas derrotas en su interior. Nueve de cada diez veces, la mejor prueba de la entrega absoluta a Dios no consiste en salir a la obra misionera dejando patria, hogar y familia, sino en desechar ese pequeño pecado que constantemente salta para acusarnos. ¿No podemos esperar nada mejor de un Cristo perfecto que un camino de derrota? ¿Tenemos que testificar que fuimos salvos diez años atrás, pero ahora tener memorias recientes de derrota? No, gracias a Dios, nosotros podemos ser “más que vencedores por medio de aquél que nos amó”. Cuando la cruz se hace real en nuestro corazón, lo suficiente para ser el sitio de crucifixión de todos los pecados que nos derrotan, experimentamos el poder de la resurrección del Cristo viviente en una salvación que es *ahora*, llena de gozo y victoria. Esta es la esencia de la santificación. La santificación como experiencia es una crisis a la que uno llega en el momento de rendirse por completo, y es también un proceso, puesto que uno mantiene la validez de ese rendimiento en cada momento sucesivo del perpetuo *ahora*, aplicado a áreas adicionales de vida anti-cristiana que aún quedan dentro de nosotros, tal como nos lo revela Cristo en nosotros por el Espíritu Santo.

Estrechamente unida a la conservación de la victoria, está la *disciplina de la vida devocional*. Es un glorioso privilegio poder orar a Dios, y saber que El nos oye en cualquier lugar y momento, aún en medio del ruido y la multitud. Pero esta clase de oración es un sustituto muy pobre para esos largos períodos de quietud y devoción en los cuales hablamos con Dios, y El con nosotros, períodos en los cuales nuestra alma encuentra su expansión.

Las devociones a la ligera producen un carácter frívolo. No hay ningún sustituto, si uno desea profundidad y solidez de carácter, para los momentos de quieta y reposada meditación. No hay corrección para las superficiales y versátiles filosofías, semejante a la que encontramos en la Palabra del Eterno Dios. No hay mejor modo de comenzar el día de trabajo para incrementar la eficiencia personal que escuchando la voz de Dios, en los momentos en que podemos disfrutar de completa paz. Y no hay otra manera mejor para cambiar las cosas que por medio de la oración.

En cierta ocasión me encontraba celebrando cultos en un gran colegio cristiano de señoritas en la India. La dirección del colegio había dispuesto un día para que tuviéramos conversaciones personales con las muchachas que deseasen consejo. Las alumnas vinieron por docenas. La pregunta más frecuente de todas era esta: "¿Qué puedo hacer con los pensamientos divagantes en la oración?" Las personas que viven en casas de departamentos o en vecindarios muy bulliciosos comprenderían de inmediato el problema de estas muchachas. Me sentí feliz de poder explicarles que, por lo pronto, los pensamientos erráticos y vagabundos no son un pecado en sí mismos; segundo, que deben ser tratados en la misma forma que los pensamientos erráticos y vagabundos que nos asaltan cuando leemos o estudiamos; y tercero, que comenzar el período devocional con una lectura bíblica sirve para concentrar nuestros pensamientos. No es necesario que la disciplina se convierta en una esclavitud. Más bien debe ser el camino hacia una verdadera libertad. Para muy pocas personas la vida devocional es una delicia desde el principio. Para la mayoría de nosotros comienza por ser una disciplina.

Siempre que mi alma empieza a sentirse débil, me cercioro primero si he estado orando definitivamente, y segundo, si he recibido respuestas también bien definidas. Oraciones indefinidas siempre traen respuestas indefinidas.

Finalmente, debo mencionar el dar *testimonio* como un medio de conservar el brillo de la experiencia cristiana. Testificar no es precisamente discutir. Recuerdo que cuando era estudiante me gustaba discutir con mis compañeros y sentía una especie de orgullo al persuadirme de que podía "ganar" al discutir sobre mi fe evangélica. Pero nunca pude convertir a nadie con eso, y siempre que me encuentro discutiendo de religión con alguien me doy cuenta que estoy fallando. En el testimonio no hay discusión. Testificar es compartir, y si el propósito que uno comparte es falso, entonces el testimonio es falso también. El dar un testimonio cristiano a personas de otra fe, tales como judíos, musulmanes o hindúes, nos obliga a escudriñar nuestro propio corazón. Y al poner en forma de palabras algo que es real en nuestra vida, descubrimos que deja en su estela una nueva seguridad de su realidad. Conduce a cristalizar, para uso de uno mismo, sus propios recursos interiores. Además de ser un medio muy efectivo de ganar almas para Cristo, ejerce una influencia reflexiva de gran valor.

Por este y otros medios, uno mantiene y cultiva su salvación, la cual debe estar siempre en el eterno *ahora*.

## *La Santificación del Yo*

La persona redimida recibe el Espíritu Santo al convertirse. Sin embargo, es bueno distinguir esta recepción del Espíritu en la conversión de lo que a menudo llamamos la “plenitud” o “ser llenos” del Espíritu. Estar “llenos del Espíritu” equivale a decir que entonces Cristo nos posee por entero. Y nosotros lo tenemos a El en plenitud sólo cuando El nos posee a nosotros por entero. Tanto teórica como racionalmente, no hay razón para que esta doble posesión no ocurra simultáneamente con la conversión. Pero en la práctica, y en nuestros tiempos, el ser lleno del Espíritu parece estar bastante separado de la conversión. Esta recepción del Espíritu Santo es lo que Pablo expresa en Romanos 5:5, “Porque el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu que nos es dado”.

En cierta ocasión estaba predicando sobre este texto, pero las circunstancias que nos rodeaban eran bien poco inspiradoras. Ya habían pasado las vacaciones de navidad y los predicadores habíamos regresado de los distintos lugares a donde habíamos ido a evangelizar. Era un día lluvioso y frío, y estábamos celebrando el culto en el piso húmedo de una humilde casa indígena de paredes de barro, tratando de conducir un culto de adoración ese domingo por la mañana. En varios lugares donde habíamos procurado predicar nos habían rechazado con ira, y todos nos sentíamos con una amarga sensación de fracaso y el ánimo por los suelos. Yo estaba tratando de predicar un corto mensaje cuando, de pronto, recibí una inspiración repentina, algo que todos los predicadores conocen bien cuando se les da algo “de arriba”. Era un pensamiento acerca de la expresión “derramarse”. Dios es amor, y cuando decimos que Dios “derramó su amor”, queremos significar que El se derramó a Sí mismo en la Persona del Espíritu Santo. Para entender mejor el significado de derramar, usemos la ilustración de la luz. Cuando se enciende la luz la bombilla eléctrica se ilumina, e instantáneamente la luz se derrama en todas direcciones ocupando todos los rincones y escondrijos de la habitación. Lo único que impide que la luz lo llene todo es la presencia de objetos opacos, tales como cajas, muebles, personas, etc.

Entonces les hablé a mis amigos indios de la fiesta de *Diwali*. Esta festividad india cae en el otoño después que han pasado las lluvias. Antes de la fiesta se limpian todas las casas, se lavan pisos y paredes, y la casa se ilumina con lamparitas. Les recordé que en esa fiesta ellos sacan fuera de la casa todos los muebles y objetos pesados para hacer una limpieza a fondo. Les dije entonces que en nuestro corazón hay también toda clase de objetos opacos, que producen sombra, y que es necesario permitir al Espíritu Santo hacer una limpieza a fondo, de modo que El pueda iluminarnos por completo. Les dije que algunos de esos objetos opacos son los celos, la ira, la maledicencia, la amargura, el amor al dinero, y cosas semejantes.

No creo que mi ilustración haya hecho mucha impresión en los predicadores que me rodeaban. Era demasiado simple y muy poco teológica. Pero un hombre del campo estaba escuchando con ávida atención. Aunque era un recién convertido, todavía no estaba satisfecho de sí mismo. Ponía demasiado sus ojos en los demás cristianos y sus defectos. Estaba resentido y amargado porque no le daban puestos de responsabilidad en la iglesia. Muchos de sus resentimientos habían crecido en forma desproporcionada.

Pasaron algunas semanas después de mi predicación sin que yo supiera qué había sucedido esa mañana. El hecho era que este campesino tenía ahora una casa limpia. El no podía dar una explicación teológica de lo que le había ocurrido, y ni siquiera explicar claramente su experiencia de esa mañana, pero el hecho era que su corazón estaba limpio. Semanas más tarde estábamos hablando a un grupo sobre la plenitud del Espíritu Santo, cuando de repente, este mismo hombre, que estaba otra vez presente, vio la luz y comprendió lo que había sucedido. A continuación dijo que precisamente eso era lo que había ocurrido en su corazón. El cambio de vida que había comenzado ese domingo era tan marcado como el cambio que había habido antes de su conversión.

No es suficiente que recibamos el Espíritu Santo. Debemos tenerlo en su plenitud. También, El debe poseernos a nosotros completamente. El Espíritu Santo viene a nosotros sin hacerse rogar o suplicar. No es necesario tener largas sesiones de llantos y súplicas para que el Espíritu venga a llenarnos, La enseñanza de Jesús es: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). Cristo está llamando a la puerta de nuestro corazón. No es posible menospreciarlo y hacernos los desentendidos sin recibir alguna clase de

reprimenda. Tardar en abrir esa puerta es rechazar a Cristo. Pero si abrimos, ¡El entra! La Biblia no dice: “Si alguno pelea, grita, ruega, o procura ser bueno, recibirá el Espíritu Santo”. No, la Biblia dice: “Si alguno oye mi voz y abre la puerta”. Más simple no puede ser. El está tan dispuesto a llenarnos con el Espíritu como la luz está lista a llenar todos los ámbitos de la habitación cuando se enciende la bombilla.

Si hay alguna tardanza, algún entorpecimiento, si hay clamores, y lágrimas y gemidos sin resultado, no se debe a la voluntad del Señor, sino a nuestra dificultad para abrir la puerta. Hablando francamente, cuanto más viejos somos, cuanto más tiempo posponemos nuestra decisión, más se arraigan nuestros hábitos, más sucio se vuelve nuestro corazón, y más difícil se nos hace abrir la puerta. Además, no debemos confundir simplemente su entrada en plenitud con alguna clase de emoción que sintamos por ello. Para algunas personas el ser llenos con el Espíritu es algo electrizante; para otros es una experiencia muy emocionante; pero para otros es una simple y sencilla sensación de paz. Pero ninguna de estas experiencias es normativa. Lo esencial de todo es el efecto de la plenitud: esto es, la pureza de corazón.

Mi pobre abuelo había escuchado predicar a un hombre sobre el bautismo del Espíritu Santo que lo comparaba a un choque eléctrico que lo sacude a uno de pies a cabeza. Este individuo le aseguró a mi abuelo que algún día iba a recibir un choque eléctrico semejante. Durante seis meses mi abuelo estuvo buscando esa descarga eléctrica que, afortunadamente, nunca recibió. ¡Cuán penoso hubiera sido si el pobre viejo hubiera sólo recibido algo así! Al fin, mi abuelo comprendió que lo que necesitamos no es un choque, o un golpe, o cualquier otro fenómeno, sino simplemente ser llenos del Espíritu.

“Si alguno oye mi voz, y abre la puerta, entraré a él”. Lo único que puede mantener a Cristo fuera de nosotros es nuestra propia voluntad que no se rinde. Y no necesitamos más evidencia que el testimonio de su Espíritu a nuestra conciencia purificada de que la puerta está efectivamente abierta, para pedir que El cumpla su promesa de entrar. No hace falta el testimonio de los sentidos, en algún modo fenomenal, para *saber* que el Espíritu ha entrado a la casa.

Entonces, si esto es verdad, ¿por qué muchos luchan tanto tiempo hasta lograr ser llenos del Espíritu? Si aceptamos que la tardanza no se debe a alguna exigencia de Dios, sino que es alguna falla nuestra, debemos examinarnos detenidamente para ver qué es lo que impide. Por desgracia, la indisposición a abrir la puerta no se debe a algún estado de ánimo pasajero, sino a una rebelión profunda del corazón. Suena feo decir esto, pero debemos decirlo porque es la verdad. El tratar el problema en una manera “intelectual” no cambia la cosa. Pablo dice que “la mente carnal es enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). No nos gusta tener que admitir esto, pero a veces existen partes de nuestra vida que no deseamos someter a Dios. Esto es la mente carnal.

Pablo nos da una explicación detallada del problema en Romanos, capítulo 6. Allí usa la ilustración de la relación existente entre amos y esclavos. Nos dice que el pecado puede ser nuestro amo hasta conducirnos a la muerte o bien la justicia puede ser amo nuestro hasta conducirnos a la santificación. La elección de quién será nuestro amo es nuestra, pues no podemos servir a los dos a la vez. “Cuando erais siervos del pecado, erais libres acerca de la justicia”. Vez tras vez el pasaje habla de ser hechos “libres del pecado” e indica que entonces, y sólo entonces, puede uno hacerse siervo de la justicia. De modo que es nuestra decisión, en amor, lo que determina si vamos a dejar de ser siervos del pecado para muerte para venir a ser siervos de la justicia para santidad de vida, o sea si vamos a estar “en la carne” o “en el espíritu”.

En la carta a los Efesios Pablo habla del “viejo hombre” y del “nuevo hombre”, y aclara perfectamente su significado. Puede ayudarnos a entender si pensamos en dos pautas diferentes de vida. Una está centrada en el yo— que es pecado (el viejo hombre). La otra tiene a Dios como su centro—que es santidad (el hombre nuevo). Todos los sucesos, y todo el material de que nuestra vida está hecha, caen dentro de uno u otro modo o estilo de vida. Y, en efecto, ambos modos de vida pueden existir simultáneamente dentro de un corazón que no está rendido completamente. Estos dos modos diferentes se superponen uno al otro, de modo que la vida total, vista geoméricamente se parece más a una elipse que a un círculo, como debería ser.

Esto podría ilustrarse por medio de un imán que se pasa por debajo de una hoja de papel donde hay diseminadas partículas de hierro. Mirando desde arriba no se puede ver el imán, pero se puede ver dónde están sus polos por la posición que toman las partículas que instantáneamente se agrupan alrededor de los polos. En la vida de los cristianos hay dos grandes polos, el yo y Dios. Todas las partículas que forman nuestra vida se agrupan alrededor de uno de esos polos en pautas de vida que son parcialmente egocéntricas y parcialmente teocéntricas. Es concebible que aquellas partículas de nuestro ser que se



centran en ambos polos a la vez, tengan un tiempo de conflicto hasta resolver en cuál de los polos se centrarán definitivamente. El apóstol Santiago algo sabía de este conflicto cuando hablaba de “el hombre de doblado ánimo, el cual es inconstante en todos sus caminos”. La mente carnal es precisamente la personalidad que se centra en el yo humano, y el modo de vida que produce desagrada a Dios precisamente porque la mente carnal es enemistad contra Dios.

¿Qué debemos hacer entonces? El apóstol Pablo usa un lenguaje fuerte. Su término más común es “crucificar” o “mortificar”; también “entregar a la muerte”, o despojaos” y otras palabras parecidas. Debemos poner cuidado en entender correctamente. Pablo desea que el viejo hombre sea crucificado. Pero lo que debe morir y quedar fuera de existencia real y positivamente es esa forma de vida que está fuera de la voluntad de Dios. Debemos entender claramente qué es lo que debe morir, porque es en este punto donde ha surgido tanta confusión sobre los términos “erradicación”, “supresión” y “neutralización”. Obviamente existe confusión, porque aquellos que objetan más fuertemente a la erradicación todavía insisten en la crucifixión del viejo hombre (lo cual, por supuesto, es un término escritural), mientras que aquellos que afirman la erradicación no están bien seguros sobre qué cosa es lo que debe ser erradicado, como tampoco están bien seguros sus oponentes sobre qué es lo que debe ser crucificado. En lo que todos están de acuerdo es que *algo* debe ser eliminado definitivamente. Y por supuesto, hay en juego palabras y frases tales como “el viejo hombre”, “la naturaleza carnal”, “la naturaleza de pecado”, “la predisposición al pecado”, “la naturaleza corrupta”, que deben ser bien entendidas. Pero de lo que ambos grupos carecen es una clara definición o explicación de esos términos en lenguaje psicológico comprensible, de modo que, en función de la vida diaria, sepamos precisamente qué es lo que debe ser eliminado, qué es lo que queda, y qué es lo que vamos a hacer con lo que queda.

La respuesta al problema la encontramos en la posición del yo. Volvamos a nuestra ilustración del imán. Hallamos un modo doble de vida por el hecho de que el yo permanece fuera del centro de la voluntad de Dios. El punto crucial que debemos entender bien es este: lo que debe morir es esta doblez de vida, pero *no el yo*, el cual es su centro. Todos aquellos que buscan la vida profunda del Espíritu hablan a menudo de la “muerte del yo”. El yo, o sea nuestra personalidad, debe seguir viviendo, pero lo que debe morir es el egoísmo. En esto, también, hay un mundo de diferencia. El egoísmo, o “yoísmo”, es ese modo de vida que surge inevitablemente cuando el yo humano se aparta de Dios en cualquier manera. El yo, como tal, es santo y bueno, porque ha sido hecho por Dios. El yo se torna malo cuando comienza a hacer decisiones propias, aparte de la santa voluntad de Dios.

Para saber lo que tenemos que hacer con el yo, necesitamos otro texto. Pablo dice en Colosenses 3:3: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. Si a veces tenemos dificultades en expresar en palabras lo que es la vida más profunda, consolémonos pensando que Pablo tenía la misma dificultad, y que continuamente le faltaban palabras cuando quería aclarar estas sublimes verdades. A menudo hacía uso de la paradoja, en la forma que lo hace en este texto: “habéis muerto... vuestra vida...” ¿Cómo puede haber vida donde hay muerte? Esto es paradójico. Algo ha muerto. Algo, también, está vivo, y bien vivo. Será provechoso aquí continuar con nuestra ilustración. El yo humano, como polo aparte de Dios, debe abandonar su alejamiento, su separación, su enemistad contra Dios por un acto de completa y consciente entrega a Dios. El yo debe rendirse completamente, hasta quedar “escondido en Dios”. Haciendo esto, el yo no necesita morir, sino que sigue viviendo pero en Dios, y para Dios. Entonces, los polos son, por así decirlo idénticos, y la pauta de la vida es una. Esta integración, esta reunión íntima con Dios, sin embargo, no puede suceder sin que algo deje de existir. No el yo precisamente, porque eso es imposible, sino aquella pauta o modo de nuestra vida que resulta de la acción del yo cuando éste no está rendido a Dios, no está escondido con Cristo en Dios. Esta destrucción del “viejo hombre” es difícil en tanto que nuestra voluntad propia, centrada en el yo y enemiga de Dios esté fuertemente arraigada. Para algunas personas el someterse a Dios es algo simple y fácil; para otros es una lucha amarga, larga y tenaz. A veces ocurre en un instante de decisión. A veces viene después de una larga lucha. Nunca sucede por accidente. Nadie se desliza dentro de ella sencillamente. Ninguna esperanza piadosa puede realizar esta decisión. Lo que se pide es una rendición absoluta y total; cualquier reserva y toda reserva, deben desaparecer. En este asunto uno no puede pedir rebaja, ni plazos para pagar. Pablo usa los términos “crucifixión” y “muerte” para enfatizar el sentido absoluto que tiene esta decisión.

Estos términos “crucifixión” y “muerte” son, por supuesto, figurativos. Se refieren al modo de vida del yo, y no al yo como tal. Al igual que todas las figuras de lenguaje no debe ser interpretada más allá de su uso común. Después que han servido para recalcar cómo tenemos que tratar con la rebelión, debemos abandonarlas. Si no hacemos así podemos caer en otro error común. Algunos que han efectuado este entero sometimiento y han sentido una liberación piensan que por eso la naturaleza carnal está

crucificada, muerta y sepultada, y que las cosas muertas no volverán a molestarlos más. Concluyen, por lo consiguiente, que la naturaleza carnal nunca reaparecerá otra vez, y que no será necesario cuidar ese frente nunca más. Pero Pablo nunca usó esas expresiones para que sean interpretadas con rigor hasta ese punto extremo. Pablo usa la figura de la muerte hasta la entera rendición, después usa otra figura de lenguaje que se aviene más con su enseñanza. Usa la figura de estar “escondido con Cristo en Dios”. Cualquier cosa que esta figura pueda significar, está bien claro que debemos usarla, según el contexto dentro del cual está aplicada, a la vida llena del Espíritu. La mayor arma que emplea Satanás contra el corazón sometido y santificado es tratar de apartarlo de esta posición de estar escondido con Cristo en Dios. Y en algún modo a lo menos, procurar que se independice de Dios.

El yo humano, para estar completo, debe poseer continuamente todos los elementos propios con que Dios lo dotó en la creación. Todos los factores físicos y mentales, todos los impulsos, instintos, apetitos, (o cualquier otro término psicológico que quiera usarse), los cuales son parte de la naturaleza humana normal, son instrumentos controlados por, y usados para la gloria, del centro dominante de la existencia. Este centro puede ser el yo-escondido-con-Cristo-en-Dios, o el yo-afirmado-en-sí-mismo. En este último caso esos factores están distorsionados y falseados, y revelan lo que es la vida centrada en el yo. Cuando estos factores son purificados, y librados de la influencia nefasta del egoísmo, entonces son usados para la gloria de Dios y la revelan. Esto es también lo que Pablo quiere significar cuando dice que Dios “vivificará vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”. Esto significa que todas nuestras capacidades, nuestros impulsos, nuestras habilidades físicas y mentales, todo lo que Dios ha hecho para residir en nuestros cuerpos, deben, cuando sean, purificados, quedar libres de la voluntad centrada en el yo, sus tendencias al egoísmo y al mal, y volver a ser tal como Dios deseó que fueran en el momento de crearlas. Notemos que ningún elemento de todo este equipo físico y psicológico debe ser eliminado, puesto que el yo no debe morir. En vez de eso, al igual que el propio yo, deben ser limpiadas y clarificadas y escondidas con Cristo en Dios, posición en la cual deben funcionar para la gloria de Dios, en santidad verdadera, como El las destinó originalmente.

Jorge Fox, el gran cuáquero, describe así su propia experiencia de purificación: “parecía que toda la creación diera otro olor, como nunca había dado antes”. Esto quiere decir que cuando la enemistad contra Dios es quitada de nuestros corazones, todo nuestro ser—cada sentido, cada deseo, cada instinto, cada parte sensible de nuestra naturaleza, queda más vivo y vigoroso que nunca, listo por la primera vez para ser un vaso escogido con el fin de manifestar la gloria de Dios.

Después de llegar a una convención en la India donde tenía que predicar, saqué de la valija un traje nuevo gris que iba a ponerme para el culto. Lamentablemente, había dejado el traje colgado sobre un alambre mojado, y una de las piernas del pantalón tenía una larga mancha de óxido. Esto me presentaba un problema: cómo quitar la mancha de óxido sin dañar el delicado color de la tela. Hay varios detergentes y líquidos que quitan las manchas de óxido, pero son tan fuertes que también quitan el color de la tela, de modo que en lugar de la línea de óxido dejan una línea blanca. Quedé muy agradecido a una buena mujer, que supo hacer tan bien el trabajo, que quitó por completo la mancha de óxido sin dañar la tela en lo más mínimo. Hay demasiadas interpretaciones de la salvación que quitan la mancha del pecado, pero que también se llevan consigo muchas partes necesarias de la naturaleza humana. Y esto último es algo que no deseamos que ocurra. Gracias sean dadas a Dios que nos ha provisto, a través de Jesucristo, un medio de limpieza perfecto, que quita toda mancha de pecado, pero que deja intacta la naturaleza humana, incluso hasta su posibilidad de ser tentada.

Esta posibilidad de tentación debe ser reconocida como parte de la naturaleza humana que Dios creó, y que El mismo declaró que era “buena”. Es un error decir que el hecho de que estemos sujetos a la tentación es parte de la naturaleza humana caída y depravada. La capacidad de ser tentados era parte de la naturaleza de Adán y Eva antes de la caída y era parte también del Cristo perfecto e impecable. No es justo lamentarnos de nuestra naturaleza humana caída sólo porque estamos sujetos a tentación. Dios desea nuestro amor y servicio voluntarios, y para lograr esto nos hizo con la facultad de elegir. Y esto es algo muy bueno, no algo malo. La naturaleza pecaminosa se manifiesta en la actitud de enemistad contra Dios, y esta actitud, cuando se practica, va torciendo y deformando cada elemento de nuestra naturaleza humana normal. Hasta que hacemos morir esta actitud de enemistad, hacemos bien en lamentar nuestra inclinación o propensión al pecado. La liberación de esta actitud de enemistad es lo que nos ubica en el lado de la victoria sobre la tentación, aun cuando la tentación sea intensificada por las cicatrices que ha dejado el pecado.

Por ejemplo, un borracho puede ser perdonado y obtener completa victoria sobre su mal hábito. Pero todavía queda impreso algo sobre cada célula de su cuerpo, que hace que el mero olor del licor sea una poderosa tentación. Algunos llamarían a esto su naturaleza pecaminosa. En un sentido amplio esto podría ser cierto, ya que las cicatrices son el resultado del pecado. Pero debemos hacer una distinción radical entre esas cicatrices, las cuales son involuntarias y amorales ahora que el pasado pecaminoso que las produjo ha sido perdonado, y la actitud de enemistad contra Dios, que es voluntaria, inmoral, impía, y que puede ser llamada apropiadamente naturaleza pecaminosa. Si esta enemistad contra Dios es readmitida en el corazón, sería, por supuesto, una aliada poderosa del gusto por el licor.

Cuando hablamos, pues de liberación de la naturaleza pecaminosa, es bueno hacer una aclaración. Debemos tratar de liberarnos de esa actitud heredada de consciente enemistad contra Dios. Eso es suficiente. Las cicatrices del pecado pueden permanecer. Nuestros cuerpos, nuestras mentes, nuestros espíritus, pueden ser puertas abiertas hacia la tentación. Pero aunque esto persista por toda la vida, el caso no es desesperado. La gracia de Dios es suficiente para darnos la victoria, puesto que hemos sido librados de la raíz de enemistad, que albergamos con nuestro consentimiento, hasta que completa y conscientemente la entregamos a Dios para su destrucción y nuestra purificación.

En los antiguos días del gobierno inglés en la India pude ver un detalle curioso de una ceremonia. Fue cuando el Maharajah de Chatarpur fue investido con sus poderes de mando. Todos los invitados a la ceremonia estábamos en el gran salón Darbar del palacio cuando el maharajah entró con gran pompa y ceremonia y se sentó un uno de los tronos que había al fondo del salón. El otro trono lo ocupaba el gobernador británico. Allí estaba representado el doble gobierno que por entonces regía a la India. Este sistema de gobierno tenía un precepto que se llamaba soberanía británica. El maharajah era un soberano completo en sus propios dominios, pero estaba dentro de los límites de la soberanía de Inglaterra. Este sistema tiene su propio significado espiritual, pero ahora quiero destacar otra parte de la ceremonia. Era el momento cuando los nobles venían a rendir acatamiento a la corona británica así como antes habían rendido acatamiento al maharajah. Cada noble, por turno, se acercaba lentamente hasta el trono donde estaba el representante de Inglaterra, y le ofrecía un pañuelo de seda donde había algunas monedas de oro. Era derecho del gobernador inglés tomar ese oro como testimonio de la lealtad de los nobles indios. Pero en lugar de tomar el oro, el gobernador lo tocaba suavemente con los dedos, simbolizando con esto la aceptación de la lealtad del noble, permitiéndole luego regresar a su asiento en posesión de su oro. El noble estaba en libertad de usar ese oro como quería, siempre y cuando permaneciese fiel a la corona británica. Si usaba ese oro de un modo subversivo, sería un acto criminal.

Contemplando esta ceremonia me puse a pensar en el momento cuando traemos *todo* para rendirlo al Señor. El Señor tiene derecho de tomarlo todo de nuestra mano, para cuidar de que no lo usemos mal, pero El no decide hacer eso. Más bien El nos toca con su sangre purificadora y entonces nos deja en posesión de nuestra naturaleza humana purificada, para que la usemos como mayordomía para su gloria y honra. Cualquier uso que le demos a nuestra naturaleza humana ya purificada debe ser leal, y sólo para glorificar a El. El no nos quita ni una sola partícula de nuestra naturaleza humana legítima que El mismo ha creado. El quita solamente la mancha de nuestra rebelión y purifica nuestro amor hasta que viene a ser una santa obediencia a sus mandamientos y ordenanzas.

Esta verdad es tan importante que es necesario verla detalladamente, lo cual podemos hacer al considerar varios elementos de la naturaleza humana por separado para ver cómo funciona. Al hacer este análisis veremos también cuáles son los ataques de Satanás y como trata de apartarnos de ese lugar “escondido con Cristo en Dios”.

Todos sabemos que el apetito y la comida son esenciales para la vida y aún para la gloria de Dios. El ayuno puede tener valor como disciplina ascética (y ciertamente para rebajar de peso), pero nadie pediría una experiencia espiritual que “erradicase” el apetito. Pero también es perfectamente claro que comer para la gloria de Dios, y ser un glotón, son dos cosas completamente distintas. ¿Cuándo es que cruzamos la línea y pasamos, de comer para la gloria de Dios a comer como un glotón? Obviamente, la respuesta no es simple. Volveremos sobre esto más tarde, pero sea suficiente decir por ahora que hay una “línea” del apetito, y que comer de este lado de la línea está en armonía con el yo-escondido-con-Cristo-en-Dios, y que comer del otro lado está en armonía con el yo-centrado-en-sí-mismo.

Ahora bien, la solución para este problema no es suprimir el gozo de comer. Cada acto que realizamos lleva su toque de emoción, o de sentimiento. Dios nos hizo así, y tratar de eliminar el sentimiento de nuestros actos no sólo es malo, sino imposible. Los estoicos trataron de eliminar de la vida todo sentimiento placentero. Cuando les presentaban un buen plato de pescado frito, no se permitían

decir: “¡Qué plato maravilloso, voy a disfrutar de él!” Más bien decían: “Vean, aquí está el cadáver de un pobre pez, me lo voy a comer sólo para poder mantener el alma y el cuerpo juntos”. La filosofía del famoso libro sagrado hindú, el *Bhagavad Gita*, corre en la misma vena a la de los estoicos. Pero tal filosofía termina al fin en hipocresía y ruina física y moral. La tarea del cristiano es más difícil que esto. El cristiano ha de comer para glorificar a Dios, y también ha de disfrutar de aquello que glorifica a Dios.

He usado esta ilustración porque es simple y porque se da por sentado, universalmente que no hay nada malo en satisfacer el hambre. No obstante el mero hecho de que esto se acepte así, automáticamente, implica un peligro. ¿Por qué será que oímos tan pocos sermones sobre la santificación del comer? Hay multitud de glotones excesivamente gordos, que desean ser llenos del Espíritu y a quienes nunca se les ha ocurrido que la santificación tiene algo que ver con la manera en que comen. Tenemos que comprender que el hambre, como cualquier otra parte de nuestro equipo normal es un posible siervo del yo o de Dios.

Otro elemento menos obvio de nuestra personalidad es la sensibilidad. Dios nos ha hecho aptos para sentir los sufrimientos de otros y compartir compasivamente sus necesidades. Pero cuando dirigimos esa sensibilidad hacia nosotros mismos, y se vuelve auto-compasión, entonces se torna carnal y reprehensible. El director de una de nuestras escuelas en la India convocó una reunión de maestros en su casa. En la casa había sillas suficientes para todos. Una de las maestras puso su silla cerca del lujoso piano y poco a poco fue corriendo su silla hasta apoyarla contra el instrumento. Al hacerlo corría el peligro de estropear el barnizado. El director vio lo que sucedía, pero se controló, dirigió en calma la reunión hasta el final sin decir palabra. Dos semanas más tarde convocó otra vez a los maestros a otra reunión. Esta vez tuvo especial cuidado en poner las sillas a más de un metro del piano. Pero vino la misma maestra, se sentó en la misma silla, y otra vez la fue corriendo hasta pegar otra vez contra el barnizado del piano. Esto ya era demasiado. El director le rogó a la maestra que, por favor, retirase su silla del piano. La señorita lo hizo así, pero se sintió tan herida y ofendida que no abrió la boca por el resto de la reunión. Durante los dos días siguientes la maestra evitó encontrarse con el director. Al tercer día fue a verlo para pedirle le diera el traslado a otra escuela de la misión, porque no se sentía con ánimos de enseñar en una escuela donde había estropeado un piano. Era una niñería, por supuesto, pero ilustra los problemas que produce una extremada sensibilidad. Gracias a Dios, hay un final feliz para esta historia. La maestra, experimentó más tarde el bautismo del Espíritu Santo y su vida cambió por completo.

Ahora bien, la voluntad de Dios no es que nuestra sensibilidad sea “erradicada”. Pero sí tiene que ser purificada de su egoísmo y ser liberada para expresar la gloria de Dios. Cuando esta facultad de la sensibilidad ha sido carnal, ha constituido un verdadero problema para nosotros. Pero cuando ha sido purificada y limpiada produce una liberación muy notable.

Conozco un hermano en la India, que tiene una capacidad poco común para sentir el sufrimiento de los demás. Es un hombre lleno del Espíritu. Esta sensibilidad lo hace trabajar incansablemente por las almas, cuidando de ellas amorosamente como pocas veces se ve. Pero el diablo siempre nos ataca en algún punto débil, y este hermano frecuentemente tiene terribles batallas espirituales porque experimenta lástima de sí mismo. ¿Por qué tiene que dar él tanto de sí mismo, cuando otros predicadores, que ganan mucho mejor salario, se preocupan tan poco por las almas y sufren tan pocos inconvenientes? ¡Cuántas veces las cualidades que Dios nos dio para emplearlas en su servicio, son torcidas para el servicio del yo! El diablo puede crear fácilmente situaciones donde el uso legítimo de un instrumento viene a ser la ocasión para que el yo se salga de su posición de escondido-con-Cristo-en-Dios, y vuelva a actuar independientemente.

Esto que dejamos dicho puede aclararse con un breve estudio sobre la envidia. Nadie diría que la envidia tiene su lado bueno, pero esto se debe a que nuestra palabra española da solo el lado malo de un término griego que tiene dos. En I Corintios 13:4 se nos dice que el amor “no tiene envidias”. Pero la palabra griega es *dzeloi*, que significa excitación mental, ardor, fervor de espíritu. Este fervor, o ardor, puede ser usado para bien o para mal. Usado para el bien puede ser fervor o ardor en defender una causa buena. Por ejemplo: “El celo de tu casa me consume” (Juan 2:17), es un caso bueno. Los corintios respondieron a las exhortaciones de Pablo con, “¡qué solicitud... qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto” (II Corintios 7:11). Por otra parte esta facultad puede ser usada en una manera mala. En esta manera mala es envidia, mala contención, celos, rivalidad, etc. (como en Romanos 13:13 “... no en contiendas ni envidia”).

Visto a simple vista el celo y la envidia parecen tener poco en común, pero una ilustración puede aclarar su relación. Supongamos que hay elecciones en la iglesia, digamos para elegir superintendente de la escuela dominical. Se proponen sólo dos nombres, y uno de ellos es el de usted. A usted le gusta mucho la obra que hace la escuela dominical. Siente gran responsabilidad por ella y cree que podría entregarse a la tarea de ser un superintendente, con mucho celo. Además, usted siente que tiene capacidades que lo acreditan para hacer un buen trabajo para la gloria del Señor. El otro candidato es un buen hombre, pero usted piensa que él tiene menos amor a la obra, que usted, y no tiene tantas habilidades. Pero la gente no siempre es tan sabia como debiera ser. ¡Resulta que la otra persona es elegida! Usted les dice a sus amigos que la elección está bien hecha, y felicita sinceramente al nuevo superintendente, y le dice que orará por él. Pero tiene ciertas dudas en el fondo de su corazón. *¿Era esta la voluntad de Dios?* ¡Cuán celoso hubiera sido usted sirviendo en ese puesto! Entonces empieza a vigilar a su hermano superintendente. Lo hace por su celo por la obra del Señor. Usted desea que él haga todas las cosas bien—se dice usted a sí mismo. Pero él comienza a cometer algunos errores. Se pone en evidencia alguna falta de cuidado. ¡Cómo desea usted ayudar! Usted no quiere ver sufrir a la escuela dominical, eso es todo. Su celo por la obra es muy intenso. Entonces el otro comete nuevos errores. Usted trata de hacerse el desentendido. Pero en verdad está realmente fastidiado. Ya no puede disimular más. Y para hacer corta una historia larga, usted se da cuenta un día que está padeciendo un grave caso de envidia.

Bien, ¿Cuándo cruza uno la línea divisoria entre celo y envidia? ¿Cómo puede uno saber que ha cruzado, o está en peligro de cruzar esa línea? ¿Y que sucederá con su santificación si la cruza? Hay varias preguntas que serán contestadas si ponemos atención a algunas ilustraciones adicionales.

La lengua parece ser el mayor problema para algunas personas y es un problema real para todos nosotros. Por supuesto, no puede existir la “erradicación” de la lengua. Pero tampoco puede uno darle rienda suelta a la lengua, aun en la vida de santidad.

Una vez asistía yo en la India a una convención sobre la vida espiritual más profunda. Un amigo mío miembro de la misión, tenía un entendimiento y criterio que siempre estaban exactos. Siempre estaba acertado en todo cuanto decía, pero la manera como lo decía, dejaba por lo general un reguero de corazones lastimados y almas adoloridas. Este hermano había buscado la victoria, había pedido liberación y había experimentado un gran mejoramiento. El primer día de la convención, este hermano se puso a conversar con un hermano indio acerca de la vida que estaba llevando este último. Como siempre, él tenía razón en lo que estaba diciendo, pero otra vez su manera de decirlo exaltó los ánimos del creyente a tal grado, que estuvieron a punto de dar al traste con la convención apenas comenzada. El misionero se retiró y se fue a un lugar aparte a pasar el día solo. A la mañana siguiente lo encontré en su carpa haciendo sus valijas, en el más profundo estado de abatimiento. Todo era inútil. Había fallado otra vez, era un misionero indigno, y estaba empacando sus cosas para volverse a su casa. Tuvimos juntos un rato de conversación y oración, y nos fuimos a la reunión con una nueva victoria. En la reunión se paró delante del hermano indio con quien había tenido el altercado, y humildemente le pidió disculpas. Entonces dijo una cosa interesante. “Si mi problema fuera alguna cosa como el licor o el tabaco, sería fácil solucionarlo. Simplemente tiraría a la basura el licor o el tabaco y asunto arreglado. Pero mi problema es la lengua. Y no puedo cortarme la lengua para la gloria de Dios. Ahora he entregado todo mi ser a Dios, incluso mi lengua, confiando que el Espíritu Santo me limpiará completamente, y me usará para su gloria.”

Con respecto al uso de la lengua cometemos dos errores muy comunes. El primero es suponer que estamos en las garras de la vieja naturaleza y que no hay ninguna ayuda contra ello, y una lengua ofensiva es algo que la gracia de Dios no puede solucionar, y por lo tanto debemos controlarla lo mejor que podamos, pero con poca esperanza de tener algo mejor de lo que nuestra mala naturaleza produce. El otro error es suponer que la erradicación de la naturaleza carnal deja a la lengua tan limpia que ya no necesita ninguna disciplina. La verdad es que la purificación del corazón—la eliminación de la mala voluntad enemiga de Dios—produce la limpieza de todos los elementos de nuestra personalidad, incluyendo nuestra lengua, y hace que cada uno de esos elementos esté listo para glorificar a Dios. La lengua, entonces, está lista para una disciplina intensa, tal como lo hace entender el apóstol Santiago. Dios hace algo por nosotros. Nos purifica, y nos da el poder para que nosotros hagamos algo por nosotros mismos. Pero El deja muchas cosas por hacer, para darnos el privilegio de que las hagamos nosotros. Purificación y disciplina son como un santo y seña, dos contradicciones aparentes, que tenemos que poner juntas en una viviente paradoja, si deseamos hacer lo mejor para Dios. La purificación del corazón es algo que Dios hace por nosotros que nosotros nunca podríamos hacer por nosotros mismos. Ninguna disciplina nuestra, por más fuerte que sea, podría controlar una lengua que está expresando la abundancia de un

corazón enemistado con Dios. Cuando Dios hace algo por nosotros que nosotros no podemos hacer por nuestra propia disciplina, entonces nosotros, por disciplina, podemos hacer algo para la gloria de Dios.

A veces oímos a alguien decir: “Bueno, yo solamente exploté. Usted sabe como soy yo, que digo las cosas como se me vienen a la boca”. No hay duda que mucha gente dice lo primero que se le viene a la boca. Pero es una pobre defensa confesar una mala costumbre que se *tiene*. Lo que debemos hacer es *controlar* nuestra lengua, y no podemos controlarla a menos que nuestro corazón esté limpiado y purificado, y nosotros estemos escondidos con Cristo en Dios.

Aun estando nosotros escondidos con Cristo en Dios, siempre estamos sujetos a muchas de las enfermedades y flaquezas humanas. A pesar de la mucha disciplina y vigilancia, todavía la lengua se nos va de repente y decimos alguna palabra ofensiva. El corazón lleno del Espíritu no se manifiesta por haber alcanzado un estado de gracia en que uno nunca dice una palabra hiriente, sino por la rapidez y disposición que manifestamos en pedir perdón o enmendar lo malo que hemos hecho en cuanto nuestra conciencia nos acusa. Pero tampoco es suficiente para la vida de santidad cuidar el lenguaje de modo que nunca digamos una palabra ofensiva. “Si tu hermano *tiene algo contra ti... ve a él*”. La *disposición* del corazón a buscar rápidamente un arreglo, restañar una herida, suavizar una situación, satisfacer a un hermano ofendido, es la mejor prueba de una vida de santidad, y no el mero hecho de no decir nunca una palabra hiriente.

El Señor Jesús estaba delante del sumo sacerdote y uno de los ministriles le dio una bofetada en el rostro. El Señor le dijo tranquilamente “Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?” (Juan 18:23). Aunque pensemos toda una hora, no encontraríamos una respuesta mejor que esa. Aún bajo una tremenda provocación, el Señor le dio una respuesta absolutamente correcta.

Un poco más tarde el apóstol Pablo se halló en una situación idéntica (Hechos 23:1-5). Cuando el siervo del sumo sacerdote le golpeó en la boca, Pablo dijo, “Dios te golpeará a ti, pared blanqueada. ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?”

Esto ya es otra cosa. No necesitamos pensar mucho tiempo para mejorar esta respuesta del Apóstol. Y no porque no sea verdadera. Quizás era muy cierto que el sumo sacerdote era una “pared blanqueada” si interpretamos esta frase correctamente. Pero el espíritu que hace esta réplica no es el mismo espíritu que Cristo exige que tengamos. Poner sobrenombres a las personas, usar epítetos injuriosos, marcar a los prójimos con rótulos y etiquetas sarcásticas, no es del Espíritu de Cristo. Es cierto que una vez el Señor llamó a los fariseos “serpientes” y “generación de víboras” (Mateo 23:33), pero en el mismo caso de la mujer sirofenicia, a la cual llamó “perrillo”, necesitamos entender la connotación que tenía la palabra “serpiente” en aquellos días. Además, este fuerte calificativo del Señor, vino como el clímax a una larga denuncia de la hipocresía de los fariseos, denuncia en la cual, si bien sumamente penetrante, notamos una nota de auto-limitación, al grado que no hay ni siquiera un relámpago de un yo carnal en las palabras del Señor. La indignación nuestra, rara vez es tan recta y santa como la suya. No importa cuan verdaderas o exactas hayan sido las palabras de Pablo, la impresión que dejó en los oyentes era que estaba maldiciendo al sacerdote.

¿Qué le pasó a Pablo? ¿Estaba lleno del Espíritu? ¿Estaba verdaderamente consagrado? ¿Tenía su vida “escondida con Cristo en Dios”?

Debemos aclarar que estas preguntas tienen que ver con la disposición del corazón más que con la perfección exterior o absoluta. Pablo era un hombre enteramente consagrado que vivía una vida llena del Espíritu. Pero la prueba de su vida santa no descansa en el hecho que su lengua, sus palabras, sus respuestas sean perfectas como las del Señor Jesús. Más bien la prueba de su consagración descansa en la disposición que tuvo de reconocer prontamente su error y pedir inmediatamente disculpas. Enseguida de ser reprendido pidió con humildad la disculpa correspondiente. Es esta humildad lo que revela la verdadera condición del corazón de este hombre de Dios. Y lo mismo debe ser en nuestro caso. A veces, en un descuido, decimos una palabra o tomamos una actitud que resulta ofensiva y recibe inmediata reprensión del Espíritu Santo. Si en esta situación dada permitimos que nuestro yo se afirme en su rebeldía, si nos deslizamos lejos de nuestro lugar de estar escondidos en Dios, si un poco de obstinación y enemistad con Dios nos hace afirmarnos en nuestra posición, estaremos rechazando la advertencia del Espíritu, y caemos en una actitud anticristiana. Casi siempre, en situaciones como ésta, tenemos todavía “algo más que decir”, y lo lamentable es que lo decimos. Pero si amamos al Señor Jesús por sobre todas las cosas, y sentimos el deseo de estar siempre en comunión con El, ese amor se ha de mostrar tal cual es, aún en una naturaleza tempestuosa, como era la de Pablo, buscando inmediatamente ofrecer disculpas y

arreglar amigablemente la situación. Notemos, también, que el cambio de actitud de Pablo fue instantáneo. El no dejó pasar tres o cuatro días hasta que los ánimos caldeados se enfriaran, para presentarse de nuevo ante el sumo sacerdote como si nada hubiera pasado. El corazón lleno del Espíritu no alimenta rencores.

Estamos muy lejos todavía de agotar todas las fases de la naturaleza humana, que deben ser purificadas y reguladas de modo que sirvan para la gloria de Dios y la vida llena del Espíritu. Pero antes de proceder a dar nuevas ilustraciones debemos responder a las preguntas que hasta aquí hemos provocado.

¿Cómo podemos saber cuándo hemos cruzado la línea divisoria entre el apetito legítimo y la glotonería, entre la sensibilidad por otros y la auto-conmiseración, entre el celo por la obra y la envidia personal, entre hablar santamente y hablar impíamente?

La respuesta es simple. Ningún hombre le puede decir a otro hombre cuando ha traspuesto la línea. No existe ningún cuerpo de reglas escritas que puedan ayudarnos. *Estamos enteramente reducidos a la dirección del Espíritu Santo.* Esto es un modo viviente, y nada menos que el Espíritu viviente de Dios morando en nosotros puede ayudarnos a resolver nuestro problema. *¡El nos guía!* Siempre que estemos en peligro de cruzar la línea fronteriza, el Espíritu ha de hablarnos fielmente. Pero El nunca lo hará con voz de trueno, sino con un silbo delicado y apacible. Nosotros podremos oírle siempre, *¡si estamos dispuestos a escuchar!*

He hablado de “cruzar la línea”. Hay una zona fronteriza entre lo que es clara y enteramente para la gloria de Dios, y lo que es sólo para la gratificación de la carne, una especie de zona entre dos luces. Cuando nos vamos acercando a ella el Espíritu empieza a enviarnos palabras de advertencia. Estas palabras aumentan de tono y de volumen a medida que nos acercamos a la línea. Si cruzamos la línea, debe venir un sentimiento de condenación y culpa, el cual aumenta a medida que proseguimos más allá de la línea. Pero este sistema de advertencia no funciona tan simplemente como dejamos dicho. Un poco es por nuestra dureza de oído y otro poco por lo compleja que puede ser la situación, o sea ese entrelazamiento entre lo legítimo y lo ilegítimo en una zona de sombras. Pasa lo mismo que con el anochecer. Una vez que viajaba en barco estuve observando la puesta del sol en el mar en un cielo sin nubes. Estando el cielo despejado es fácil ver cuando el sol traspone el horizonte, pero si el cielo está nublado no se sabe bien cuando el sol ha bajado la línea horizontal. En los días nublados o lluviosos nos damos cuenta de la puesta del sol por un gradual oscurecimiento. Lo mismo pasa con la vida cristiana. Es imposible reducir el problema a reglas simples o definir exactamente, en todos los casos, la línea fronteriza. Debemos estar atentos a la voz del Espíritu continuamente.

Supongamos que fallamos y caemos. Supongamos que caemos y hacemos las cosas que ofenden al Espíritu Santo. ¿Cuál sería entonces nuestra situación, y qué podríamos hacer acerca de ella?

Primero de todo debemos reconocer que nuestra posición es pecaminosa. No debemos encubrir o disimular nuestra culpa refiriéndonos a aquel tiempo pasado cuando tuvimos la crisis de la santificación. Muchos hay que por hacer esto han acumulado sobre sí una gran cantidad de pecados no perdonados. Es porque razonan que porque han tenido una gloriosa experiencia tiempo atrás, su carnalidad ha sido erradicada, y desde entonces nada malo han hecho. Cualquier cosa que la erradicación signifique—crucifixión, aniquilación o muerte del hombre viejo—no es de ninguna manera un paquete de algo *material* que hemos arrojado de nosotros. La erradicación es más bien la destrucción de una *relación* incorrecta entre nosotros y Dios. Y precisamente porque esta erradicación es inmaterial y no material, debe ser restaurada de la misma manera que la perdimos. La cura verdadera es, por lo tanto, un nuevo y fresco arrepentimiento, y perdón y purificación que nos pone en buenos términos con Dios otra vez. Y feliz es aquel que ha aprendido a hacer este ajuste en el acto y rápidamente.

## ***La Vida Controlada por el Espíritu***

El orgullo es algo reprehensible cuando se manifiesta en forma egoísta, pero tiene también su contraparte, la cual es para glorificar a Dios. Lo que llamamos respeto propio puede ser algo que Dios acepte y bendiga. Dios no se agrada, por ejemplo, en que andemos sucios y desaliñados, aun cuando este sea el estilo de nuestros tiempos, ni en nuestro abandono y dejadez, ni en que nos sintamos conformes con ocupar el último lugar. Pero también es cierto que nuestra manera de vestir, nuestra ambición por puestos y nuestro afán por una vida material pueden ser, y frecuentemente son evidencias claras de nuestro orgullo personal.

Nosotros, los cuáqueros, tratamos cierta vez de limitar el orgullo de nuestros miembros legislando acerca del largo de las mangas de las mujeres, del tamaño del escote y del modelo y el corte de los vestidos. El color recomendado para todos era el gris. Los hombres no podían usar corbata, ni sacos con solapas porque estos eran adornos. Los cuellos tenían que ser cuadrados y ajustados con alfileres invisibles que no parecieran decorativos. Las reuniones de negocio que se hacían en las iglesias en esos días estaban llenas de reglas y de castigos para disciplinar a los ofensores.

Es cierto que las Sagradas Escrituras enseñan principios de modestia y sobriedad. Pero reducir esos principios a reglas que se puedan aplicar en cada caso es un verdadero problema. Hay dos métodos falsos de encarar este asunto. Uno es olvidando por completo que la manera de vestir tiene algo que ver con el evangelio. El otro es establecer reglas y mandamientos sobre la forma, el estilo y la longitud de los vestidos. Estos dos métodos, por igual, son caminos de muerte. Necesitamos, para nuestro provecho, encontrar un camino de vida.

¿Cuándo podemos decir, entonces, que hemos cruzado la línea, y pasado de un auto-respeto honorable y aprobado por Dios a un orgullo que es carnal y egoísta? ¿Cómo podemos saber cuáles vestidos armonizan con el respeto propio, y cuáles sirven sólo al orgullo y vanidad personal? ¡Hay personas que están orgullosas de su falta de buen gusto y elegancia! Eso les parece muy distinguido. Juan Wesley predicó una vez un sermón sobre la longitud de los vestidos en que dijo que esperaba ver a los metodistas arreglados tan sencillamente como los cuáqueros. Pero agregé que no hay tal cosa como un "lino cuáquero". Se refería a la costumbre que tenían algunos cuáqueros ricos de ir a París a comprar del lino más fino gris, para demostrar que ellos eran más pudientes que otros. Bueno es notar que andar todo vestido de gris, y en una manera inelegante no elimina el orgullo.

Un joven evangelista indostánico, lleno de fuego por cierto, llegó un domingo a la iglesia y ordenó a todos los presentes que se quitaran los zapatos y los pusieran fuera del salón. Pedía esto, no sólo para estar de acuerdo con una costumbre de la India, sino para satisfacer cierto oscuro pasaje del Antiguo Testamento. Ningún creyente se movió. Uno de los misioneros presentes protestó diciendo que no estábamos en los tiempos del Antiguo Testamento. Pero el joven evangelista insistió diciendo que sólo el orgullo hace que la gente se ponga zapatos para ir a la iglesia. Toda la congregación estaba confusa y mirando en mi dirección. Entonces me decidí a hablar. Le dije al hermano que yo no estaba orgulloso de mis zapatos, y para demostrarlo, me los quitaría y los pondría detrás de la puerta—lo hice inmediatamente. A continuación, de pie, y sin zapatos hablé acerca del orgullo, que puede ser tan evidente en un ministro que pretende ser un dictador de la congregación como en la manera de vestir y calzar.

Asentar esto es importante porque evidentemente hay campo para la ambición legítima, la cual puede ser usada para la gloria de Dios. Los ministros y siervos de Dios no están exentos de tener ambiciones. Particularmente de la ambición de ser los mejores en el servicio del Señor. Todo predicador desea predicar el mejor sermón. Pero una de las tretas más sutiles del diablo es hacer que un predicador cruce la línea fronteriza entre el deseo de predicar un sermón para la gloria de Dios y el deseo de mostrar su habilidad oratoria. ¿Puede el tal predicador pensar que su sermón es un don de Dios, o es el producto de su habilidad personal? Cualquier persona que está llena del Espíritu se alienta cuando le dan palabras de



aprecio y encomio. Pero, ¿Cuándo se convierte esto en amor por la alabanza? ¿Importa algo la alabanza y adulación cuando uno está lleno del Espíritu? ¡Decididamente no! La vida de santidad tiene que ser una vida de intensa disciplina, o pronto deja de ser vida de santidad. Y una de las ocasiones en que se requiere férrea disciplina es cuando uno saluda a los creyentes a la salida del culto después que ha predicado más o menos bien.

Uno de mis mejores amigos, misionero en la India, me contó lo siguiente. Cuando era estudiante en el seminario fue enviado a unas reuniones de avivamiento para actuar como evangelista. Junto con él fue enviado otro estudiante, para dirigir los cantos. Después de unas pocas reuniones, mi amigo notó que más gente venía a saludar al cantante que al predicador. Al día siguiente se dijo que tenía que hacer algo respecto a este problema, o iba a perder la victoria. De modo que esa noche le cedió el púlpito al otro estudiante, y al humillarse de esta manera, obtuvo la victoria. Su decisión fue parte de esa disciplina de la naturaleza humana purificada, la cual es necesario conservar para no retornar a la naturaleza carnal. El predicador necesita algo más que un libro de reglas que le muestre, al estar rodeado de una masa de tentaciones dirigidas a él en particular, cómo implementar sus legítimas aspiraciones de adelantar el reino de Dios, y cuáles de esas tentaciones lo impulsan a cruzar la línea y pasar al lado del orgullo personal. El necesita levantar sobre su conciencia, en temor y temblor, igual que una bandera de fuego, las palabras del Señor de antiguos tiempos: "Mi gloria no la daré a otro".

Ejercer autoridad sobre los demás hermanos en una forma que demuestre que esa autoridad "viene de arriba", es una de las más difíciles pruebas de espiritualidad. Alguien ha dicho que la "supervisión" debe ser un 90 por ciento "visión" y un 10 por ciento "super". Obviamente, ningún suave susurro del Espíritu Santo nos pone a salvo de que nuestro auto-respeto vuelva a ser infectado de orgullo carnal. Como bien lo dice Oswald Chambers: "Uno de los más notables milagros de la gracia de Dios es hacernos capaces de tomar cualquier liderazgo espiritual, sin perder poder espiritual".

Otro de los más problemáticos elementos de la personalidad humana es el genio o carácter. Ninguna otra cosa de nuestro equipo psicológico es más necesaria, y ninguna otra se desvía más fácilmente hacia el egoísmo. Es un error muy común creer que el genio o carácter es erradicado por la santificación, o por lo menos debería serlo. Este error produce una confusión terrible, que a menudo lleva a la hipocresía. El genio o temperamento, no es más erradicado que el yo. Pero el genio tiene que ser purificado, y junto con el yo, escondido con Cristo en Dios. El genio también es parte de la creación de Dios. Sin él seríamos inútiles. Es una fase de la vida emotiva. Si no tuviéramos genio, nos quedaríamos parados plácidamente en medio del camino, mirando al automóvil que se acerca a toda velocidad, indiferentes a los sonidos de la bocina, incapaces de escapar de la muerte. Nuestro genio, o carácter, nos capacita para reaccionar frente a situaciones injustas, y nos mueve a tratar de corregirlas. Esto es cierto sobre todo en situaciones de carácter moral. Dios quiere que la vista del mal nos conmueva, y nos conmueva profundamente. Un cristiano carente de espina dorsal, indiferente a las injusticias y los males morales del mundo no es un hombre de Dios. A veces olvidamos que uno de los mandamientos de la Escritura es "airaos" (Ef. 4:26). Pero junto con el mandamiento viene la advertencia que el genio airado es una de las cosas más difíciles de guardar "escondidas con Cristo en Dios". Esto se debe a que el genio o carácter, junto con toda nuestra vida emocional, es reflexivo en su modo de ser y está controlado por el sistema nervioso involuntario.

Nos dicen los psicólogos que el niño nace con reacciones o respuestas innatas tales como miedo a un ruido fuerte sobre la cabeza, ira si sus movimientos son restringidos, etc. Cuando el niño crece esas emociones elementales son condicionadas por otras emociones más complejas. Esta complejidad aumenta todavía más con la predisposición de la mente carnal. Ya que las reacciones emocionales son involuntarias, forman un excelente espejo del corazón.

Si el corazón es impuro se mostrará en estallidos de mal genio. Después de la experiencia de la santificación, el genio puede todavía actuar involuntariamente, pero entonces debe reflejar la nueva y santa condición del corazón. Pero además de estos nuevos reflejos

que se supone serán buenos, los sentimientos involuntarios deben estar sujetos a una rígida disciplina.

“Airaos, y no pequéis”. Se agrega al “airaos” un buen aviso de orden práctico para disciplinar la ira justa, para que ella no venga a ser un instrumento del retorno de la mente carnal, enemiga de Dios: “No se ponga el sol sobre vuestro enojo”. Es lo mismo que decir: “antes que usted se vaya a la cama, tome su santa ira y cuélguela en el ropero, lo mismo que el saco. A la mañana siguiente escudríñela cuidadosamente, con mucha oración, para ver si es digna de ponérsela de nuevo”.

Reconozcamos claramente la distinción que hay entre impulsos emocionales, los cuales son controlados por el sistema nervioso automático, que brotan espontáneamente, y los estados emocionales a los que permitimos permanecer voluntariamente. Hay una gran diferencia entre distintos individuos en la rapidez y fuerza de sus impulsos voluntarios. Por eso les llamamos a algunas personas “impulsivas”, porque por naturaleza reaccionan más súbita y violentamente que otras en ciertas ocasiones dadas.

En cierto sentido esas fuertes y súbitas reacciones revelan la naturaleza interior. Es así como se denuncia el yo, o egoísmo. Pero de esto no es necesario concluir que todas las personas quietas y reposadas son personas carentes de egoísmo, sólo porque no tienen reacciones violentas. Lo más importante de todo es mirar el aspecto emocional, al cual voluntariamente aceptamos o condenamos. Por ejemplo, mirando por el lado bueno, el gozo del Señor como móvil de nuestra fortaleza es una actitud emocional mantenida voluntariamente por una elección independiente de las circunstancias. Por el lado malo hay también sentimientos de amargura, ira, rencor, despecho, que son tolerados, alimentados y perpetuados por largo tiempo.

No todas las malas situaciones que nos sacuden profundamente son de carácter moral. Tomemos el asunto del orden, por ejemplo. El desorden en el hogar, en los negocios o en la obra del Señor molesta a una mente ordenada. Dios es un Dios de orden. El desea que el desorden nos moleste fuertemente, o de otra manera nunca haremos nada para corregirlo. Pero si ya hemos nacido con el sentido del orden, debemos tener paciencia con aquellos que no han nacido con esa bendición. Pero éstos deben procurar ser ordenados, para agradar a nuestro Señor que es un Dios de orden. El problema surge porque es fácil sentirnos molestos por el desorden, no porque Dios sea ordenado, sino por que nosotros, egoístamente, nos sentimos molestos y frustrados. Por ejemplo, en un día de lluvia los chicos no pueden salir afuera y están jugando ruidosamente dentro de la casa. Nosotros deseamos leer, escribir o mirar televisión. ¿Con qué medida podemos determinar si nuestra molestia proviene de nuestro interés por la gloria del Dios de orden, o porque nuestra comodidad personal se ha trastornado?

La respuesta a esta pregunta, y las demás que hemos planteado antes, es simplemente tener una profunda sensibilidad a la voz del Espíritu Santo, que nos haga ver el carácter impuro del genio que a nosotros nos gusta disculpar. Es bueno aclarar que hay un genio que es legítimo, y que Dios no se agrada del desorden, y que es fácil trasponer la línea fronteriza cuando este genio legítimo se convierte en instrumento del yo.

En el himno al Amor que escribió Pablo, él dice que el amor “no se irrita” (I Corintios 13:5). Cierta versión lo traduce así: “no se deja provocar fácilmente”. La palabra “provocar” se usa también para definir las características del amor, usable en dos sentidos, uno malo y otro bueno. La palabra aquí es *paroxunetai*, de la cual viene la palabra *paroxismo*. Literalmente significa “intensidad extrema”. Para ilustrar sus dos sentidos veamos dos eventos en la vida de Pablo. Mientras iba caminando por las calles de Atenas, contempló los innumerables ídolos de los griegos “y su espíritu se enardecía, viendo la ciudad entregada a la idolatría” (Hechos 17:16). En otras palabras, sufrió un paroxismo. La idolatría que lo rodeaba le hizo sentir intensamente su repugnancia por las imágenes. Este sentido de paroxismo, por supuesto, estaba en armonía con el amor divino. Pero hubo otro momento, en la contienda con Bernabé, que las cosas llegaron a tal punto de paroxismo, que se separaron uno del otro. Probablemente este paroxismo era de la clase que más tarde el mismo Pablo declara no ser fruto del amor. Ambos eventos nos muestran el genio de Pablo llevado a extrema agitación, una vez en forma legítima, la otra en forma de dudosa indignación. Pero no podemos ser jueces en todos estos

cruces de líneas que he tratado de exponer. No podemos juzgar a otro en cuanto a cuándo lo bueno se hace malo. Sólo podemos decir: "Si yo me viera en el mismo caso, sería culpable". El único Juez es Jesucristo mismo. Gracias a Dios porque El es enteramente fiel, y está listo para hablarnos, en cada estallido de genio, si estamos preparados para oírle.

Seguir con este tema sería fastidioso. Pero lo cierto es que cada parte de nuestra naturaleza humana puede ser vista de la misma manera. Nuestra misma razón, poderosa facultad de la mente, puede sernos muy útil al hacernos ver nuestros errores, o puede ser francamente pernicioso cuando nos dice que nuestros egoísmos son respetables. La imaginación es muy valiosa cuando formula planes para el adelanto del Reino de Dios, cuando produce invenciones útiles o resuelve problemas de la vida, pero puede ser rebajada y prostituida cuando la ponemos al servicio de sueños frívolos que alimentan nuestra vanidad, ubicándonos en situaciones en las cuales podemos obtener aplausos, más allá de lo que merecemos, o haciendo que veamos intenciones y móviles en las acciones de los otros que en verdad no existen.

Comencé hablando del apetito y la urgencia de comer. Todas nuestras necesidades físicas pueden ser tratadas bajo la misma regla. A veces se dice, en ciertos círculos que recalcan la vida de santidad, que el sexo es malo, carnal y egoísta. Algunos piensan que también tendría que ser erradicado. Es muy necesario en nuestros tiempos un mensaje adecuado sobre la santidad del sexo, porque parece que muchos suponen que todas las satisfacciones de la vida sexual son de carácter carnal. Esta suposición nos recuerda al estoico que comía pescado. Tenemos que comprender de una vez que Dios creó el placer de comer y el placer del sexo de la misma manera que creó el apetito por ellos, y que la felicidad que se deriva de ambos puede ser santificada para la gloria de Dios. Claro que es enteramente obvio que el comer y el sexo pueden fácilmente convertirse en fines en sí mismos, y ser tergiversados hasta quedar bajo el dominio del egoísmo y el pecado. El sexo fuera del matrimonio es desde luego un caso de ello. Ninguna razón puede justificarlo. Es pecado.

Pero nuestras dificultades fronterizas descansan en un plano diferente. Es cuando la atracción sexual comienza a trabajar en una manera suave y gentil. La atracción sexual es una de las cosas santas y naturales impuestas por Dios en el hombre. El hecho biológico que el hombre y la mujer se atraigan mutuamente, igual que los polos positivo y negativo es algo enteramente santo. Sin esa atracción no habría amor, no habría noviazgo no habría matrimonio. No debemos suponer que la santificación, o el matrimonio eliminen la atracción sexual. La atracción sexual no puede, ni debe, ser erradicada. Pero cuando es purificada y escondida con Cristo en Dios, entonces puede ser dirigida y disciplinada. El santo apóstol Pablo podía decir "golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre" (I Corintios 9:27). El creyente soltero, que ha tenido la experiencia de la santificación, debe disciplinar su instinto sexual, para mantenerlo libre de licencias y libertinajes en el noviazgo, y evitar también dar sus afectos a personas que no son cristianas.

Es también un error suponer que la atracción sexual opera solamente entre personas que han sido destinadas por Dios "el uno para el otro". La atracción sexual es un hecho biológico que opera en todos, y por eso mismo las personas casadas que han hecho votos de fidelidad deben también disciplinar su instinto de igual manera que las personas solteras. En nuestra moderna y pagana civilización el sexo se ha convertido en un dios, y los modernos adoradores paganos de ese dios, ni desean dar, ni esperan recibir fidelidad conyugal. Cuando la novedad del casamiento pasa, buscan nuevas atracciones. Así es la cosa. Los paganos se entregan libremente a ello. Los cristianos se autodisciplinan en el Señor.

Hay ciertos hechos simples en la atracción sexual que actúan constantemente. La sociedad india, por ejemplo, no admite que pase mucho tiempo entre la atracción inicial y la consumación sexual. Es que ellos no admiten la libre mezcla de los sexos, ni tampoco acostumbran el noviazgo. En sus formas más extremas esconden a las mujeres detrás de un velo o en un *burkha*. La idea que ellos tienen es que cuando un hombre no puede ver, tampoco puede desear. La civilización occidental considera las cosas de muy distinta manera. En la India no tienen idea del control interno de las emociones y sentimientos. Todo, piensan ellos, debe ser exteriorizado. Ningún hombre es de confianza, por lo tanto debe ser restringido. Pero la civilización occidental tiene una gran deuda con Cristo por sus ideas de control interior—que

un hombre puede ser de confianza, aún en la oscuridad, y que el apetito sexual pueda ser sentido, y aún satisfecho, bajo una disciplina que lo dirige y controla. No necesitamos poner un velo sobre el rostro de una hermosa muchacha para evitar que tiente a los hombres. Creemos que un hombre cristiano puede experimentar el placer de contemplar una bella muchacha sin sentir deseos ardientes de satisfacción sexual.

Después de admirar la belleza de un rostro es fácil admirar también la belleza y perfección de un cuerpo. Este mismo elemento de atracción sexual lo experimentan las mujeres, aunque en una forma diferente. La personalidad atractiva de un hombre puede ser tan seductora a la mujer como un bello rostro femenino serlo para un hombre. Las mujeres se hallan en mayor peligro en cuanto a esto, porque la personalidad es más sutil que la forma. Lo que siempre debemos conservar presente es que la atracción sexual, en sí misma, no es pecado. No es tampoco carnal, puesto que puede estar presente, sin lugar a dudas, en la persona llena del Espíritu. Pero aunque es algo de positiva belleza, que añade placer a la vida sin poner en peligro la fidelidad conyugal, o la santidad, la atracción sexual sigue siendo peligrosa por ser tan sutil, y demanda una rígida disciplina.

Ahora bien, esto no es, necesariamente, esa mirada de lujuria que el Señor Jesús condena. Apreciar y disfrutar de la belleza física de una mujer no es un pecado en sí. Pero es muy fácil deslizarse, y trasponer la línea, haciendo de un don legítimo, el placer de ver la belleza, un placer ilegítimo, la codicia carnal. Cuando uno se da cuenta que la vista lo está llevando peligrosamente cerca de la línea fronteriza, debe saber dar marcha atrás, poniendo en juego la disciplina. Pero aquí, igual que en los otros casos que hemos visto, todo es asunto de saber escuchar la voz del Espíritu.

Esto que decimos no se aplica solamente a los hombres. Las mujeres también tienen sus apetitos y sus atracciones hacia el sexo opuesto por razones que ellas a veces difícilmente pueden explicar. Algunas piensan que es un sentimiento carnal que surge de ellas mismas. Esto puede ser cierto en aquellas mujeres que no se han entregado completamente a Cristo. Pero aún en las personas llenas del Espíritu, sean hombres o mujeres, pueden haber esos momentos de gran atracción, de extremo interés en un hombre bien parecido o en una mujer hermosa. Esto puede significar nada más que la presencia en el yo humano de ese apetito creado por Dios y que es santo, y que no significa deslealtad al esposo, o la esposa, o a Cristo. Es algo también que puede ser mantenido dentro del disfrute general de esa intercomunicación de sexos, permitida por nuestra civilización, y dentro de la iglesia espiritual de Cristo en todo tiempo y en todas partes.

Pero el trabajo del diablo en los corazones de hombres y mujeres es estimular ese elemento natural y legítimo para causar un apetito que va demandando más y más satisfacción. Si el corazón es verdaderamente puro, hay una disciplina voluntaria que se aplica casi automáticamente, para controlar ese placer justo dentro de los límites de la santidad. Pero aun el placer de una libre y sana intercomunicación de sexos, puede ser usado por el diablo para hacernos deslizar de nuestra posición de estar escondidos con Cristo en Dios, a una posición de auto-satisfacción y placer egoísta.

Debemos entender claramente que la vida santificada es básicamente la vida mantenida bajo control del Espíritu Santo momento a momento. ¿Cómo podemos saber cuándo hemos cruzado la línea del apetito normal a la glotonería, de la santa sensibilidad a la ira carnal, del celo por las cosas de Dios a la envidia personal, de hablar santamente a palabras iracundas, del respeto propio al orgullo personal, del placer por la belleza a la mirada de lujuria, y del placer sexual santificado al placer que no lo es?

Lo primero que tenemos que responder es que nadie puede decirle a nadie cuándo se ha cruzado la línea. Lo que mi amigo me cuente de otro amigo, quizá me parezca a mí cuestión de envidia más que de celo santo, pero realmente yo no puedo saber cuáles son sus verdaderos móviles o impulsos internos. Yo no puedo saber cuando él/ ha cruzado la línea. Todo lo que yo puedo notar es que la conducta de él es un toque de atención para mí, y que si yo algún día estoy bajo las mismas circunstancias no podría portarme de la misma manera sin sentir la amonestación del Espíritu Santo. Si esta amonestación se produce o no, es cuestión aparte, pero debería ser así. *Obviamente, yo no puedo ser juez de mi hermano.* Yo puedo, y debo, juzgarme severamente a mí mismo si algún día estoy en las mismas circunstancias, pero no puedo saber cuál es la luz que posee mi hermano.

Una cantidad increíble de problemas y malos entendimientos resulta de esta persistente actitud de los cristianos de juzgarnos unos a otros. Les imputamos a los hermanos móviles injustamente y sin derecho. Es cosa cierta, por supuesto, que Dios nos ha dado la facultad de hacer juicios, y de pesar las acciones y actitudes, y saber aceptar lo bueno y rechazar lo malo, pues la facultad crítica es parte del equipo concedido por Dios. Usando rectamente esta facultad estaríamos en capacidad de quitar el mal de la iglesia. Pero aquí también tenemos el caso de una facultad buena, dada por Dios, que puede convertirse en instrumento del yo. ¿Qué es lo que está allí, que está tan accesible a la mano de Satanás, con lo cual apelar a la vanidad de nuestras mentes, como el orgullo de nuestras opiniones y juicios?

Todavía no se ha aclarado en la cabeza de muchos cristianos que el orgullo de opinión es tan dañino como cualquier otro orgullo y que debe ser tratado igual que cualquier otro pecado. Por supuesto, la respuesta que siempre tenemos a flor de labios es: "¡Pero es que yo tengo razón!" Así es como sentimos siempre acerca de nuestros propios juicios y razonamientos. Así debería ser, también, con eso que llamamos convicción, o certeza, es decir, poner un fuerte énfasis emotivo en lo que decimos. Pero supongamos que dos personas, igualmente santificadas, tienen distintas opiniones respecto de cualquier asunto. Cada una cree que la otra está equivocada. ¡Ambas están mal, si es que ninguna tiene la disposición de ceder! Por eso es que yo no debo juzgar a mi hermano si él viste ropas que yo no vestiría, o habla más explosivamente de lo que yo hablaría en la misma situación, o parece ser más sensible que yo a las críticas y provocaciones. Yo no puedo saber cuándo él ha cruzado la línea en todos estos casos, y Dios no lo juzgará a él por la línea mía.

Pero yo tengo una línea. *¡Y siempre sé cuando la he cruzado!* ¡Dios ve eso! La vida en el Espíritu no actúa por un cierto estado de inercia, no se mueve por reglas o juicios establecidos por los propios hombres, por bueno y útil que pudiera ser todo esto algunas veces. ¡La vida santificada es precisamente eso, *vida!* Y sólo puede ser vivida en el Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo quien, cuando posee el pleno control de nuestro corazón nos susurra cuando nos estamos acercando peligrosamente a la línea fronteriza. Sus avisos y advertencias son absolutamente fieles. El avisa siempre, y nosotros debiéramos siempre oírle. La parte triste es que a veces dejamos de oír. Un misionero amigo mío, que se había metido en una situación muy fea por su apresuramiento en hablar, cuando le pregunté porqué había dicho tal cosa, me dijo: "¡Me apresuré a hablar por temor de que el Espíritu Santo me reprendiera por lo que iba a decir!" Esta fue una confesión muy honesta de su parte, y muy a menudo ha sido experiencia mía también.

Nuestra respuesta pues, a la pregunta de cuándo saber que hemos cruzado la línea es: la guía del Espíritu Santo. Muchas personas desearían recibir una santificación que trabajase por sí sola y automáticamente. La gente desea tener una experiencia de santificación espectacular, que les provea de una santidad empaquetada, envuelta, sellada y lista para ser despachada a la gloria sin ninguna otra preocupación. Pero esta no es la vida santificada que Cristo ofrece. Cristo ofrece *vida*. Muchos han sido atraídos por la doctrina de la erradicación, esperando que todos sus problemas, y particularmente la necesidad de vigilancia y disciplina sean "erradicados" de su vida. Esto no sería una santidad escritural. Por otra parte, tratar de disciplinar la vida propia, sin eliminar primero el modo de vivir egoísta y centralizado en el yo, lo cual se hace mediante una entrega consciente y total a Cristo para esconder con El la vida en Dios es una tarea fútil y destinada al fracaso. Solamente una vida que se vive disciplinadamente bajo la guía y control del Espíritu Santo es una vida que está en el camino de la continua victoria.

La santificación es tanto una crisis como un proceso. No puede haber crisis sin un proceso que le sigue, y no puede haber proceso sin la crisis que le precede y le da origen. Es fácil perder lo que uno ha recibido en la crisis espiritual, y deslizarse otra vez del lugar escondido con Cristo en Dios a la vida egoísta centralizada en el yo humano carnal. No hay camino a la vida victoriosa excepto un camino de continuos cuidados, bajo la constante vigilancia del Espíritu Santo y una repetida e instantánea obediencia a su voz. Que esto sea fácil o difícil depende de nosotros. Si hacemos nuestra dependencia en el Espíritu lo supremo en nuestra vida será fácil; de otro modo no. Si amamos a Jesucristo como debemos amarle, con todo nuestro corazón y sin reservas, entonces no será difícil, sino una vida placentera y

gloriosa, una vida de victoria y servicio para El. Pero para los que no quieren someterse a Cristo, será una vida pesada, difícil y fastidiosa.

## 4

### ***La Guía del Espíritu***

Cada elevado privilegio espiritual de que disfrutamos, entraña consigo también un grave peligro. Cuanto más grande el privilegio, más grande el peligro. La dirección divina es un privilegio que está preñada de graves peligros. Empero, no nos atrevemos a descuidarla, ya que “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14).

Cuando yo era un muchacho esforzándose por ser cristiano, me quedaba perplejo al escuchar a los cristianos mayores decir que Dios les había hablado así y asá para que hicieran esto o aquello. Yo ponía el oído atento para escuchar la voz de Dios, pero nada oía. Como un chico descendiente de cuáqueros, mi herencia religiosa estaba llena de historias de personas que habían recibido notablemente la dirección de Dios en algunas ocasiones de sus vidas. Se nos hablaba de aquellas dos mujeres, que en el principio de la historia del cuaquerismo habían recibido la orden expresa de Dios de ir a predicar al sultán de Turquía. En aquellos tiempos era cosa muy difícil ver al sultán, y que dos mujeres hicieran tan largo viaje sólo para verlo, parecía cosa de locura. Pero Dios les había dicho que fueran. Y las dos mujeres viajaron a Turquía, y no sólo hablaron con el sultán, sino que le predicaron el evangelio y su mensaje fue bondadosamente recibido. El soberano, comprendiendo lo peligroso que era para dos mujeres solas viajar por Turquía en esos tiempos, les ofreció una escolta militar desde su palacio hasta la frontera. Ellas rechazaron la oferta cortésmente, diciéndole al sultán que Dios podía protegerlas mejor que una escolta de soldados.

También se nos contaba la historia de Esteban Grellet, noble francés que había escapado de la guillotina, y había podido huir a América, donde había llegado a ser un predicador eminente entre los cuáqueros. Una vez que andaba en uno de sus arduos viajes evangelísticos, se sintió inspirado por Dios para ir a predicar en cierto campamento maderero. Al llegar al campamento lo encontró vacío y solitario. Pero aunque no se veía un solo hombre en todo el campamento, estaba tan seguro que Dios lo había mandado a predicar ese día allí, que de todos modos se fue al gran comedor de los trabajadores y predicó un largo sermón en el recinto completamente vacío. Años más tarde, cuando Grellet se encontraba predicando en Londres, se le acercó un hombre y le dijo: “¿Se acuerda de aquella vez que predicó en un salón vacío en un campamento maderero? Bueno, yo era el cocinero de ese campamento, y al verlo venir a usted me escondí en la cocina, y desde allí escuché todo su sermón”. Ese sermón había impresionado de tal manera al cocinero que se había convertido, y ahora era un cristiano fiel y activo en la obra del Señor.

También oíamos historias de Amós Kenworthy, el hombre que recibía revelaciones extraordinarias de las necesidades de diferentes personas. En las reuniones de nuestra propia convención anual se presentaba Esther Butler, la fundadora de la misión de los cuáqueros en China cincuenta años atrás. Cuando Dios la llamó para comenzar esa obra misionera, Esther Butler vio en una visión una calle china atiborrada de gente. Cuando algún tiempo después llegó a Nankín, reconoció esa misma calle, y esas mismas caras que había visto en su visión.

¿Podría Dios hablarme a mí de esa manera? Muchos de mis amigos habían testificado ya de su llamamiento a servicios en tierras extranjeras. Yo deseaba desesperadamente ir también, pero ni para salvar la vida, podía decir, que yo tenía experiencia alguna que pudiera considerar un llamado específico de Dios. Consulté a misioneros, predicadores y oficiales de la iglesia, pero todo lo que me recomendaron fue que estuviera listo a obedecer cuando el llamamiento de Dios llegara. Yo ya había decidido eso desde largo tiempo atrás. Lo que ahora necesitaba era que me dijeran cómo oír la voz de Dios. Un pastor bastante sabio me consoló un tanto, contándome que una vez que unos nuevos convertidos le habían preguntado a Amós Kenworthy por qué, si Cristo había dicho: “Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen” ellos no habían oído nada todavía. El viejo santo les había respondido: “Es cierto que las ovejas oyen

su voz, pero los corderos tienen que aprender a oírlos”. Esto me ayudó un poco, pero si yo solamente pudiera empezar a aprender cómo oír, me sentiría feliz.

Más tarde leí dos buenos libros que me ayudaron mucho. Uno era *“La divina guía interior”* de Upham, y el otro *“Impresiones”* de Knapp. Después de leerlos tuve algunas pequeñas experiencias al aplicar las enseñanzas de esos libros. Muchas de esas primeras experiencias vinieron en la forma de inspiración para hablar a mis compañeros acerca de la salvación. Descubrí que cada vez que me sentía impulsado a hablarle a alguien de Cristo, ya estaba preparado para convertirse. Me afligía un poco el hecho de que no podía explicarme la naturaleza de esa guía; cuando yo sentía cierto grado de tensión nerviosa, sabía que era el tiempo de ir a hablarle a alguien del estado de su alma. Si hablaba a alguien, y el estado de tensión subsistía, sabía entonces que no era de Dios. Más tarde aprendí que la voz de Dios no consiste en una experiencia de temor o ansiedad, sino en el crecimiento de una convicción interior. En aquellos días de mis primeras experiencias, esta convicción de que Dios me estaba hablando, me producía sentimientos de pavor. Poco a poco llegué a comprender que lo que importa es llegar a tener la convicción, independiente de las emociones de susto o pavor que pueda producir.

Por ese tiempo, también, escuché a un predicador decir algo más sobre el tema, que consideré interesante. Este hombre decía que el diablo siempre mueve a la gente por impulsos repentinos, pero que Dios da siempre tiempo para la consideración, el examen de las pruebas y el desarrollo de la convicción. Este predicador hasta afirmó que cualquier persona que sintiera un impulso súbito de hacer algo extraño, y hacerlo enseguida, podía tener la plena seguridad que ese impulso provenía de Satanás. Esto ha resultado ser cierto en la mayoría de los casos en el curso de mi vida. Dios es amor. Dios nos da su Espíritu guiador, no como una especie de acicate o aguijón, sino como una amorosa expresión de su interés en los asuntos comunes de nuestra vida. Dios es también paciente, y se goza en hacernos ver claramente su voluntad antes de que actuemos. Dios nos habla cuando estamos dispuestos a escuchar, y eso favorece el crecimiento y madurez de nuestra experiencia. Esto es un glorioso privilegio. Pero si queremos aprender a conocer la voz de Dios, debemos terminar de dar lugar al temor—hasta el temor de cometer errores. En momentos de tranquilo descuido es posible recibir impulsos de Satanás, o meramente de nuestros deseos personales. Necesitamos aplicar algunas reglas simples para identificar esos impulsos.

Primero: *¿Es escritural esa impresión?* Dios nunca viola su Palabra escrita. Podemos depender en que el Espíritu Santo no se contradice. Cualquier impresión que no esté en armonía con las Escrituras no proviene de Dios. Una de las más profundas razones por las cuales el cristiano debe ser un estudiante constante y cuidadoso de las Escrituras es porque así conoce mejor la mente de Cristo. Es menester aplicar constantemente esta prueba, primera y principal. La Palabra de Dios y el Espíritu Santo trabajan siempre juntos y en armonía.

Segundo: *¿Es justa o correcta?* Dios nunca demanda actos inmorales. Conocí a un hombre casado que se acercó a una chica soltera y le dijo que Dios le había manifestado que era su voluntad que ellos dos se casaran. Evidentemente este hombre estaba contestando una llamada que no era para él. También pasaba lo mismo con una mujer, madre de siete hijos pequeños, que decía que Dios la estaba mandando al África como misionera.

Tercero: *¿Es providencial?* ¿Todas las circunstancias presentes de nuestra vida, las cuales suponemos estar dentro de la voluntad de Dios—activa o permisiva—para nuestra vida, convergen en abrir las puertas para hacer lo que nos parece que se nos manda hacer? Si Dios nos está llamando, Él también debe abrir las puertas. Nosotros no tenemos que forzarlas.

Cuarto: *¿Está corroborado por amigos fieles y espirituales?* Esta es una prueba imprescindible para frenar el individualismo exagerado. Es concebible que alguna vez un cristiano deba estar en contra de la opinión de los demás, pero casi siempre es peligroso. Creo que hay un mejor camino. El finado Amós Kenworthy, era famoso por sus revelaciones instantáneas y sus visiones espirituales. Se le recuerda como un hombre casi infalible. No obstante eso, se adhería fielmente al principio de los cuáqueros de someter siempre sus intenciones y deseos a los demás directores y ancianos. Los cuáqueros van confiados a realizar sus funciones como ministros sólo cuando hay completa unanimidad en todos lo

demás. Casi siempre los compañeros le daban una minuta escrita, expresándole su consentimiento en las cosas que estaba haciendo, según la costumbre de los amigos, apoyando sus decisiones. Amós Kenworthy conservaba cuidadosamente esta minuta con él, porque era el apoyo a su ministerio. Pero ocasionalmente el cuerpo de ancianos no concordaba con sus sentimientos. Entonces él dejaba la responsabilidad del servicio en manos del grupo, y se sometía al juicio de ellos. Esta actitud de este santo hombre de Dios es para mí la mejor prueba que él era un hombre guiado por Dios. El compañerismo cristiano es algo de inmenso valor, dado por supuesto que es un compañerismo en el Espíritu.

Finalmente: *¿Viene esta impresión de una convicción aún más fuerte?* Esto es para mí el verdadero corazón de la guía del Espíritu. Muchas veces una idea me ha tomado con gran entusiasmo. Pero luego, para mi propia sorpresa, se ha desvanecido al poco tiempo. Pero la voz verdadera de Dios es una convicción que va creciendo a medida que pasa el tiempo y llega a ser ineludible y compulsiva.

Me apresuro a decir que debemos cuidarnos de dos impresiones erróneas que quizá pude haber dejado en el lector. Primero, no debe razonarse que conocer la voluntad de Dios para toda una vida de servicio es privilegio exclusivo de misioneros y pastores. Doy gracias a Dios por esa inmensa hueste de jóvenes cristianos que se hallan ocupados en distintos negocios y profesiones, que conocen la voluntad de Dios para su vida, tan seguramente como cualquier ministro. Segundo, que la guía del Espíritu es sólo para las grandes crisis de la vida. El Espíritu Santo tiene interés en todos los detalles por pequeños que sean, de nuestra vida diaria, porque El quiere que ésta sea como la de Cristo. Muchas de nuestras diarias decisiones las deja el arbitrio de nuestro propio sentido común y criterio santificado. Pero es posible para nosotros depender de El más profundamente cada día y estar al tanto de ello, para que nos dirija en las cosas pequeñas. Tampoco se debe deducir de mi larga exposición sobre las pruebas necesarias que el depender de la dirección del Espíritu es el resultado de un largo y elaborado proceso. Por el contrario, es bien cierto que con la experiencia uno puede descubrir pronto la misma calidad de convicción que es una guía adjunta a impresiones que conciernen a los detalles pequeños de la vida diaria. Los problemas más serios, que no se pueden resolver en el momento, pueden ser dejados para otro día, mientras se ponen en oración, a fin de permitir la afirmación o la disminución, según el caso, de la convicción respecto a ellos.

La vida se torna terriblemente inadecuada a menos que vivamos dentro de la diaria guía del Espíritu Santo. En esta clase de vida el Espíritu nos controla, no en un vago sentido de inspiración deísta, sino convirtiéndose El en nuestra mente, nuestra inteligencia, nuestro corazón, nuestra voluntad, nuestra verdadera vida. En esta relación íntima, la disciplina de la primera hora quieta de la mañana se complementa con la disciplina de un reconocimiento consciente de su presencia y soberanía en todos los asuntos que van y vienen durante el día. Así, nos hacemos más y más sensibles a su suave presión sobre el corazón, que aquí nos estimula, allí nos reprende, según sea dónde vamos, según sea lo que hacemos, lo que decimos, lo que compramos; según sea lo que debemos responder, o lo que debemos callar; cuáles programas de televisión mirar y cuáles no, y cuándo debemos apagar del todo el televisor; y cuándo y cómo pedir disculpas por una mala palabra que hemos dicho, o por una acción que ha herido a otros.

Esto es la esencia de la disposición espiritual. No hay límites para el desarrollo de la sensibilidad, atenta, a la menor insinuación del Espíritu Santo que nos guía, momento a momento, durante todo el día. Esto me hace pensar que la guía del Espíritu Santo, más que una voz audible, es un impulso para la acción. Debemos reconocer que la guía del Espíritu se encamina primeramente a proveernos juicios morales. Tiene más interés en enseñarnos las cosas *rectas* que debemos hacer, que las cosas prudentes. No tiene interés en darnos pronósticos infalibles en cuanto a cómo ganar dinero, o si mañana va a llover o no, o cómo fluctuará la bolsa de valores. No es una especie de nigromancia o astrología, que satisface nuestra curiosidad de saber qué puede ocurrirnos hoy, y que nos releva de la obligación de conocer las cosas de la vida por medio de nuestro juicio santificado. La guía del Espíritu nos es dada para que conozcamos el aspecto moral de cada asunto. El Espíritu Santo tiene interés en enseñar a un cristiano cómo conducir sus negocios cristianamente, sea que esto le traiga ganancia material o no. El éxito comercial del cristiano no tiene interés para el Espíritu Santo sino en una forma indirecta: El prefiere guiar al cristiano en los altos niveles de la vida espiritual



que agrada a Dios. Esto puede darnos una pista para conocer en qué consiste la guía del Espíritu.

Es precisamente en este problema de “cruzar la línea” que tratamos en el capítulo anterior, donde comienza la guía del Espíritu. La gente desea poseer una guía particular espectacular. Algo que le diga, por ejemplo, que no debe tomar tal tren porque ese tren va a chocar, o elegir el mejor trabajo donde se progresará más pronto. Pero la gente olvida que esas experiencias extraordinarias son el privilegio sólo de aquellos que han ensayado por mucho tiempo su sensibilidad a la voz del Espíritu en las cosas pequeñas de la vida. El aumento de sensibilidad a la voz del Espíritu está en relación directa a la disposición de obedecer la voz del Espíritu en cada momento.

Ningún hombre puede decir a otro hombre cuándo se ha convertido en glotón. Pero el Espíritu sí puede. Ningún hombre puede decir a otro cuando su sensibilidad se está volviendo tan egoísta que se opone a Dios. Pero el Espíritu Santo siempre lo hace. Uno puede estar confuso en su propia mente y no saber cuándo su celo religioso se ha convertido en envidia, cuándo el deseo de escuchar palabras de encomio se ha convertido en amor por las alabanzas, cuándo la ira santa se ha hecho camino hacia el mal temperamento. Pero en medio de esa confusión vendrá, si somos capaces todavía de escuchar “la pequeña voz”, esa gentil guía del Espíritu que nos dirá: “Este es el camino, andad por él”. Saber cuándo somos líderes en la iglesia sólo por el placer de mandar; saber cuándo una persona del otro sexo comienza a ser una tentación a la infidelidad; conocer cuándo la admiración por la belleza física se convierte en mirada de concupiscencia, todo eso es posible sólo por la dirección del Espíritu Santo. Nuestra experiencia cristiana será algo estéril y meramente histórico, a menos que se haga una experiencia viviente, mediante la guía del Espíritu. “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios.”

Una ilustración personal puede ayudar a comprender este asunto. Cuando yo era muchacho era muy charlatán. El habla es un maravilloso don de Dios. ¿Qué harían los predicadores sin este don? Sin embargo, ¡qué fácil es abusar de ella, sobre todo en los sermones! Mi vida social se limitaba al grupo de jóvenes de la iglesia, y nuestras reuniones sociales estaban siempre llenas de alegría. Yo hablaba mucho en esas reuniones, y los jóvenes siempre reían conmigo. Como yo trataba también de ser un buen cristiano, esa frivolidad y charlatanería llegaron a preocuparme un poco. No era que había algo malo en lo que decía; no decía falsedades, ni contaba chistes de subido tono. Lo que me hacía volver a casa con un sentido de frustración era la vanidad y vaciedad de todo lo que decía. Vez tras vez volvía a casa para orar fervientemente que se me quitara aquello. Pero en la próxima fiesta resultaba lo mismo.

Llegué a desesperarme por ese problema. Por fin una noche decidí tomar el toro por los cuernos. Llegué bien temprano a la reunión, y me senté en un rincón oscuro y alejado, resuelto a no abrir la boca para nada. La reunión comenzó y bien pronto todos estaban conversando. Entonces alguien preguntó: “¿Dónde está metido Cattell?” Alguien me descubrió en mi rincón, y todos corrieron hacia mí. Todos querían saber qué me pasaba. ¿Estaba yo enfermo, acaso? Evidentemente la treta no daba resultado. Yo quería pasar desapercibido y estaba llamando más la atención que antes. De modo que les dije algunas palabras, deseando quedarme quieto y tranquilo. Fue peor. Un poco de charla trajo más charla, y en diez minutos yo era el centro de la reunión otra vez. Esa noche volví a casa con el mismo sentimiento de vaciedad y frustración. Otra vez oré y lloré por el mismo problema. Entonces el Espíritu Santo pareció enseñarme algo. El no deseaba cortar la diversión de la vida de un joven más que lo que quería cortar mi lengua. Pero el deseaba controlar ambos. Parecía decirme que, si *en medio de la diversión* yo podía oír, El me podría hablar. ¡Y descubrí que era cierto! Entonces fui a las mismas reuniones de jóvenes con el mismo grupo de muchachos y chicas, pero con una nueva victoria. ¡Era gloriosamente cierto que *si yo podía oír, El podría hablar!* Y aprendí rápidamente la técnica de saber oír esa voz suave que me decía: “Ten cuidado. Calla ahora. No digas eso. Es tiempo de cambiar de tema”. De este modo comenzó a andar mejor mi vida. La obediencia me trajo la victoria, y podía entonces acostarme y repasar los sucesos de una noche en que sólo había habido satisfacciones y ninguna derrota.

Como decía Sangster, “*Dios sí nos guía*”. Y el resultado es bendito. Si uno nunca ha tenido una experiencia espectacular con el Espíritu, es bueno cultivar esa clase de pequeñas y

constantes experiencias diarias. La obediencia constante nos trae una sensibilidad creciente a la voz y guía del Espíritu Santo, y nos prepara para mayores y más profundas experiencias.

Después de la enseñanza de la guía del Espíritu en Romanos 8 sigue una enseñanza acerca del testimonio del Espíritu. La voz del Espíritu es la misma en ambos casos. Exactamente en la misma forma inequívoca en que El viene para darnos la seguridad de la salvación, así también nos guía con su voz hablando a nuestra conciencia, para darnos convicción y certidumbre. La guía y la conciencia no son la misma cosa, pero la guía usa la conciencia.

Hoy en día hay urgente necesidad de cristianos guiados por el Espíritu. Uno vacila en dar experiencias, por temor de que alguien las acepte como normativas. Pero podemos mencionar una o dos para que nos sirvan de aliento, viendo cómo trabaja la guía interna del Espíritu. Un creyente recién convertido en una aldea india estaba pasando por un momento de gran angustia. Había llevado a su esposa a una concentración cristiana, y al volver, al cabo de unos días, halló su casa saqueada. Casi todo el grano había desaparecido. En pocos días se habían comido lo poco que les habían dejado. Lo que hacía el caso peor, la aldea estaba sufriendo una epidemia de cólera, y la gente se encerraba en sus casas y no salía a hacer negocios. Se le ocurrió pensar que si él tuviera tan sólo una rupia, podría ir a la ciudad, y comprar grano suficiente para sostenerse hasta que la situación mejorase. Pero él no tenía esa rupia. De modo que él y su esposa se arrodillaron después del desayuno, que consistía en un simple platillo de leche de cabra, y oraron por una rupia. Al mismo tiempo, un evangelista nacional, que recorría las aldeas predicando, estaba orando y pidiendo al Señor le indicase qué aldea tenía que visitar esa mañana. Se levantó de la oración con la firme convicción que el Espíritu Santo lo mandaba a visitar a ese nuevo convertido. Cuando llegó a la aldea y visitó a este hermano, conversaron de todo un poco, pero ninguna mención se hizo de la necesidad de una rupia. Por fin el predicador le preguntó al creyente si no tenía algún *ghi* de venta. El *ghi* es una especie de mantequilla batida. A él le gustaba comprar alimentos en las aldeas, porque son más puros y baratos. El creyente le dijo que tenía una cierta cantidad, que podía valer quizás un cuarto de rupia. El predicador adquirió la mercancía, la acomodó en su bicicleta, y se dispuso a partir, sin decir nada acerca del pago. El creyente lo acompañó hasta el límite de la aldea, según la costumbre india. El predicador le preguntó entonces si él podía proveerle esa misma cantidad de *ghi* cada semana. El hombre contestó que precisamente tenía una cabra que le daba esa cantidad justa todas las semanas. Entonces el predicador le pagó por adelantado cuatro porciones de *ghi*. ¡Justo la rupia que necesitaba!

Este recién convertido volvió entonces feliz a su casa, y junto con su esposa, dio gracias a Dios por haberle contestado tan pronto su oración. Lo mismo podemos hacer nosotros. Pero también hay que dar gracias a Dios por un predicador tan sensible a la voz del Espíritu.

Una vez yo estaba predicando en una concentración de jóvenes a orillas del lago Erie. Una noche, después del servicio, se derramó sobre el grupo de jóvenes el espíritu de alabanza. Uno tras otro, ellos comenzaron a dar palabras de testimonio y gratitud. Una jovencita recalcó su profunda seguridad durante su testimonio de conversión. Yo me sentí impulsado a cantar cierto corito antiguo, compuesto por un ministro de la Iglesia de los Amigos, a quien yo había tenido el honor de seguir en el pastorado de una iglesia, cuando él pasó a la presencia del Señor. Esto había sucedido en los días de la gran depresión económica de los años 30, y yo le había dado atención especial a la viuda de ese pastor y a sus dos hijos pequeños. Después de un tiempo me había ido de misionero a la India y durante diez años había perdido de vista a esa familia. Yo vacilé en comenzar el corito, porque, como digo era antiguo, y yo mismo no conocía bien la letra. No sabía si los jóvenes lo conocían o no. Después que dos o tres jóvenes más dieron su testimonio, yo me decidí a cantar el corito. Lo canté dos veces. A la segunda vez se levantó un robusto mocetón, pasó adelante y se entregó a Cristo. Yo no tenía idea de quién era este joven. Pero él lo aclaró enseguida: "Esta es la primera vez que me siento feliz en muchos años", dijo. "Yo no había pensado en mi padre por mucho tiempo, hasta esta noche en que usted cantó el corito que él compuso. Me conmueve pensar en lo que diría mi padre si supiera la clase de vida que he llevado hasta hoy." Ese corito había tocado su corazón y él había encontrado a su Salvador. ¡Cuán fácil hubiera sido sofocar esa urgente presión de cantar

ese corito, sobre todo teniendo en cuenta que cantar es cosa muy difícil para mí! Pero gracias a Dios porque me animé y fui obediente hasta ese punto.

## 5

### *Orando en el Espíritu*

“El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad” (Romanos 8:26). Todo aquél que puede hablar y pensar ligeramente de sus flaquezas, sin sentir compunción por ello, es que ha caminado por muy poco en el camino de la santidad. ¿Qué entendemos por “flaquezas”? Aclaremos que no queremos significar caídas, desobediencias y derrotas porque éstas son pecados. Nuestra flaqueza se hace más evidente precisamente cuando estamos haciendo lo mejor que podemos. Cuando estamos más activos en los mejores ejercicios espirituales, es cuando estamos más hondamente al tanto de nuestros puntos débiles. “Tenemos este tesoro en vasos de barro.” El apóstol, después de garantizarnos la ayuda del Espíritu, pasa adelante para darnos una ilustración mostrando que nuestra mayor debilidad se manifiesta precisamente en lo que debiera ser nuestra mayor potencia espiritual, esto es, la oración. No es cuando la carne hace más presión sobre nosotros que somos más débiles, sino cuando estamos realizando la cosa más espiritual que podemos hacer. “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos.”

Para muchos cristianos la dificultad radica simplemente en que no oran. “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4:2). Me asombra ver a muchos cristianos, aún pastores y misioneros, que no llevan una vida profunda de oración. Por supuesto, en cierto sentido nunca estamos satisfechos plenamente con nuestra vida de oración. Pero en otro sentido, igualmente real, hay una vida de oración que satisface plenamente. Esto viene simplemente al *hacerlo*, o sea, al orar. Alguien ha dicho: “La oración es la cosa que menos hacemos y de la cual más hablamos”. Debo confesar con pena que pasé mucho tiempo antes de hallar una vida de oración que verdaderamente me produjera satisfacciones. Yo siempre había orado, y siempre, claro está, algún provecho había sacado de ello. Pero también había mucha irregularidad en mi vida de oración, y muchas veces me sentí completamente convicto de haber fallado. Por ejemplo, muchas veces me vi sentado en un comité, listos para juzgar a un hermano caído, hermano al cual yo había visto ir cayendo poco a poco, y yo nada había hecho para evitar su caída. No había orado por él. Esta comprobación me produjo profunda pena. Puedo ahora testificar humildemente la gran diferencia que hay, al hablar con un hermano que ha resbalado de la gracia de Dios, y poder decirle: “Hermano, en estos dos últimos años usted ha estado permanentemente en mis oraciones”. Esto, sólo esto, le da a uno cierta autoridad espiritual para hablar con el hermano caído, mejor que cualquier autorización humana o eclesiástica.

Durante muchos años permití que algunas ideas equivocadas me robaran las mejores bendiciones de la oración. El primer concepto erróneo fue pensar que no tenía que hacer de la oración una rutina, sino que la oración tenía que ser libre y espontánea. Por lo tanto, tenía que orar sólo cuando sintiera alguna carga de oración. El segundo concepto equivocado surgió de la lectura de libros sobre la oración, donde me decían que los grandes hombres de Dios oraban cuatro, cinco y hasta seis horas cada día. Yo pensaba entonces que si iba a orar con alguna probabilidad de recibir respuesta, tendría que orar ocho horas seguidas. Sin embargo, era la cosa más mortífera que se me podía haber ocurrido, esto es, ponerle tiempo a la oración. Innecesario es decir, no perseveré en esa disciplina. El tercer error consistió en el subterfugio práctico de convencerme a mí mismo que la oración es una buena cosa, pero antes de ponerme a orar tenía que limpiar primero mi escritorio de todo el trabajo acumulado. También es innecesario decir que esto nunca ocurrió.

Por fin vino la respuesta. Aprendí que la oración debe ser una disciplina antes de ser un gozo. Hay personas para quienes la oración es un deleite, y el más grande deleite de la vida. Pero para el 98 por ciento de nosotros esto no es así. Si vamos a orar sólo cuando sentimos deseos, nuestras oraciones van a ser espasmódicas. No, señores, *la oración tiene que ser una disciplina*. Debemos establecer una regularidad de tiempo, y quizá también de lugar, a fin de poder garantizar que vamos a orar. Afortunadamente esta disciplina nos lleva a cosas mejores y conforme la disciplina le cede el paso al gozo, la oración regular y definida nos trae resultados definidos y regulares. Esto nos alienta a tener más momentos de oración.

Respecto al elemento de tiempo, descubrí que la oración no debe ser medida por el reloj, sino más bien en términos de “*no estar de prisa*”. Es decir, debemos buscar un momento del día en que estemos despreocupados de cualquier otro afán y en que no haya nada que hacer sino hablar con Dios y escuchar a Dios. Muchas de nuestras oraciones no son más que listas de pedidos amontonados. Cuán a menudo oímos orar, “Señor, bendice a tus siervos”.

Este modo de orar no es el característico de la hora quieta, cuando uno puede darse el lujo de orar detalladamente. Y también darse el lujo de escuchar quietamente la voz de Dios. Cuando estamos apurados tenemos la tendencia de decirlo todo. Esto es una verdadera impertinencia. Algunos que están orando tienen miedo de detener el torrente de palabras por temor a los pensamientos divagantes. Pero, ¿dónde hay mejor lugar para tener nuestros más serios pensamientos, que en la presencia de Dios?

“Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos.” Esta sería debilidad puede ser corregida si tomamos bastante tiempo en la presencia de Dios, y dejamos que el Espíritu nos enseñe cómo orar. Un misionero amigo mío me decía que él acostumbraba usar una lista de oración, que con el tiempo, se le hizo tan aburrida y mecánica como el rosario. No digo esto para negar el valor indudable de las listas de oración, sino para insistir en el valor que tiene orar “sin apuro”, ya que entonces, cuando hayamos dejado atrás todo concepto rígido o mecánico, El Espíritu Santo puede darnos temas de oraciones, y necesidades perentorias que no estaban en la lista, quitando aquí, y colocando allá, necesidades de oración que a nosotros se nos escaparon. Hay veces en que el Espíritu Santo nos hace orar completamente olvidados de la lista de oración, y en otros casos dirige nuestra oración a lo que está en ella.

Es con este tiempo de oración como podemos empezar el día de la mejor manera. No hay una regla fija que pueda ser útil para todos, pero para la mayoría de nosotros el tiempo “sin prisa” puede conseguirse sólo a costa de levantarse más temprano. No solamente debemos empezar el día de trabajo pidiendo a Dios que nos planee el día, sino empezarlo con lo que es el mejor trabajo nuestro.

Es aquí donde encaramos nuestros problemas más efectivamente. Ponemos nuestros problemas delante de Dios, buscando la sabiduría de saber pedir, y la fe para recibir. Es parte de la disciplina de la fe mantener esas peticiones delante de Dios día tras día, sin olvidar o flaquear, aunque parezca que no haya respuesta efectiva todavía. La oración debe continuar hasta el día que obtengamos una respuesta. Pero cuán preciosamente fiel es el Espíritu de Dios. Vez tras vez, cuando esperamos delante del Señor, la respuesta viene. A veces como una profunda convicción de lo correcto de cierto curso de acción, aunado a cierta solución que se había estado insinuando a lo largo de varios días, y a veces como una idea fresca y nueva como rayo de los cielos.

Es en la hora quieta cuando podemos interceder los unos por los otros—nuestra familia, nuestros amigos, los compañeros de trabajo, el pueblo de Dios, nuestros prójimos. Para muchos de nosotros la lista se hace tan larga que necesitaríamos estar orando una semana entera. La lista debería incluir a todos los que están siendo tentados, o están tropezando, pero también debe incluir a los que se hallan firmes. El apóstol Pablo nos enseña que debemos orar tanto por los mejores miembros de la iglesia como por los que son débiles y flacos. Todos necesitan de nuestras oraciones para que sean guardados de los ataques del enemigo, y sostener firme su vida cristiana. A menudo tendremos que orar por un hermano caído, hasta que la respuesta llega y lo veamos levantarse. Entonces damos un suspiro de alivio y borramos su nombre de la lista.

Quizá la lección más profunda sobre la oración que yo recibí es la que encontré en un libro del doctor O. Hallesby, titulado *Prayer* (La Oración). El define la oración sencillamente como la confesión a Dios de nuestra necesidad. Cuando nosotros le decimos a Dios cómo debe contestar nuestras oraciones, no estamos en verdad orando, sino dando órdenes a Dios. Pero cuando llegamos al extremo de no ser capaces siquiera de pensar en qué manera puede Dios respondernos, entonces estamos realmente orando.

Hallesby ilustra este punto describiendo el caso de la oración por la conversión de tres hombres. Uno de ellos es un simpático hombre de buenos modales; el segundo es un hombre algo peor, y el tercero es un repulsivo pecador del cual no hay ninguna esperanza que se convierta. Nosotros nos ponemos a orar por todos ellos. Nos parece que Dios va a salvar fácilmente al primero, de modo que oramos por él con toda confianza, seguros de su conversión. También oramos por el segundo, pero ya nuestra fe es más pequeña, puesto que es un hombre bastante malo. En cuanto al tercero, nos parece un pecador tan endurecido, un sujeto tan brutal, que pensamos que Dios no podrá salvarlo. Entonces oramos poco tiempo por él, y sin mayor fe. Dice el doctor Hallesby que nosotros realmente sólo estamos en la posición de orar

por el tercer hombre, porque la oración es solamente oración cuando confesamos nuestra impotencia. Estas palabras revolucionaron mi vida de oración.

Nosotros no sabemos cómo orar. Nos dice el apóstol Santiago que una segunda razón de nuestras oraciones no contestadas podría ser: “porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:3). Es pasmoso comprobar cuántas de nuestras oraciones son egoístas. ¡Qué difícil es descubrir la mente del Señor y orar según la voluntad del Padre! La ilustración clásica de esta dificultad es la de Mónica orando por su hijo Agustín. Ella pedía que el joven no se trasladara de Cartago a Roma, pues en la capital se haría más libertino y perdido de lo que era. Dios contestó esa oración, pero no impidiendo que Agustín fuera a Roma, sino enviándolo de allí a Milán, donde fue convertido. Mónica deseaba que su hijo fuera salvo. El Señor lo salvó, pero no por los medios que ella sugería. ¡Cuánto de nuestras oraciones se gasta inútilmente en decirle a Dios los medios y maneras que El debe usar para contestarlas! En verdad nosotros deberíamos confesar siempre al Señor nuestra completa ignorancia e impotencia.

El escritor de la Carta a los Hebreos nos dice que otra condición requerida para la contestación de nuestras oraciones, es la fe. La creencia firme, no sólo de que Dios existe, sino que es “galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). Un día que iba caminando de la universidad hacia mi casa, me detuve a hacer una visita pastoral en una casa donde había enfermos. La casa era sólo una choza, a punto de caerse, al grado que tenía que ser sostenida con puntales. El jefe de la familia, uno de esos hombres que nunca tienen éxito en la vida, se dedicaba al negocio del aserrín. El me decía siempre que tenía un gran porvenir vendiendo aserrín. Mientras tanto, su familia vivía en la mayor indigencia. La madre era una santa. Nunca he visto en mi vida otra persona haciendo frente a tan constante sarta de males con un espíritu tan dulce. Muchos de sus hijos andaban perdidos en el pecado. Algunos estaban en instituciones de caridad o encerrados en la cárcel. Su único consuelo en la vida era un chico como de ocho años que siempre la acompañaba a la iglesia. Ahora el chico estaba enfermo. Tenía viruelas, pulmonía y fiebre cerebral. Si llegaba a sanarse, decía el médico, seguro que todo esto afectaría su mente.

Cuando entré a la casa la madre estaba de rodillas ante el enfermo, con las manos puestas sobre su cabeza. Dos mujeres de la iglesia estaban sentadas también, orando silenciosamente. La cara de la madre reflejaba su agonía. Demasiado acongojada para hablar, demasiado agobiada para llorar, sólo podía orar exhalando un gemido. Yo contemplé al muchacho. Su rostro pálido tenía ya el sello de la muerte. Me quedé un rato largo en la casa, pensando que tal vez el chico moriría de un momento a otro. Entonces se me ocurrió pensar. ¿Qué puedo ofrecerle a esta madre? Recordé las tres clases de la universidad a la que había asistido en ese día. ¿Había algo en ellas que me podrían ayudar? En la clase de filosofía de la religión habíamos tratado de decidir si había Dios o no. ¿Podría discutir eso con esta madre? En la clase de filosofía de la educación habíamos considerado los distintos niveles de educación en el mundo. ¿Podría yo introducir a esta madre en un mundo de completo relativismo? En la clase de filosofía contemporánea habíamos hablado de Nietzsche y su particular concepto de Dios. ¿Podría ayudar a esta madre que agonizaba en oración junto a su hijo moribundo, explicarle lo que decían los filósofos? ¿Qué podía hacer yo en ese dramático momento? ¿Qué habría hecho usted? Sólo me quedaba una cosa que hacer. Me arrodillé y oré.

Para hacer corta una historia larga, les diré que ese chico está hoy completamente sano, sin ninguna deficiencia mental en absoluto, y lo último que supe de él es que anda predicando el evangelio entre los filósofos de la India. ¿Cuál es la explicación de este milagro? Creo que conozco todas las respuestas naturales que pueden ser dadas. ¡La universidad lo ve todo de esa manera! Pero así y todo, lo que hace arder mi alma es la convicción de que Dios contesta las oraciones. “Los hombres sostienen opiniones, pero las convicciones sostienen a los hombres.”

No debo, sin embargo, dejar la impresión en los lectores que la oración tiene algún valor solamente cuando se producen resultados espectaculares o fenomenales. De ninguna manera. Pero orar específicamente, en asuntos grandes o pequeños, trae siempre resultados específicos. Y cuando llegamos a experimentar estos frutos y resultados de la oración, experimentamos también gozo de la vida santa.

William Penn decía de George Fox: “Pero sobre todo, él era extraordinario en la oración. El más tremendo y viviente cuadro que yo haya visto, o sentido, es Fox en oración. Y verdaderamente era un testimonio que él conocía al Señor y vivía más cerca de El que ningún otro hombre; porque aquellos que mejor lo conocen tienen mayor razón para acercarse a El con temor y reverencia”

¡Oh, Señor concédenos a cada uno de nosotros, un poco de esta misma vida!

## **La Unidad del Espíritu**

Ningún hombre debe vivir para sí mismo, y sería pecado el intento de hacerlo. Cuando nacemos de nuevo, Dios no nos hace nacer en un orfanatorio, sino dentro de una familia. Se nos da pureza y limpieza de corazón con la condición específica de caminar en esa luz, y de tener compañerismo con todos los otros miembros de la familia de Dios. Hay dos palabras griegas del Nuevo Testamento que se traducen corrientemente por “iglesia”. Una de ellas es *ecclesia* y la otra es *koinonía*. La primera puede significar *asamblea* y la segunda *comunidad*. Lo curioso es que, en la práctica común, el primer término haya gozado de preponderancia, en tanto que el segundo haya declinado. Tal vez la razón sea que *ecclesia* cuenta con el apoyo y la aprobación del mundo, por ser identificable con organización. Pero comunidad, o más bien compañerismo es un asunto diferente: este mundo pecaminoso está decididamente en pugna con él. Edificar la iglesia como una organización es bastante fácil; pero edificarla como una comunidad o compañerismo es mucho más costoso. Pero, ¿tenemos derecho de llamar iglesia cristiana a cualquier organización religiosa que no sea también un compañerismo en Cristo? La enseñanza clara del Nuevo Testamento no nos permite hacer tal cosa. Porque concebir la iglesia en términos de cuerpo o novia de Cristo, es usar figuras que llevan implícita la idea de compañerismo. Compañerismo es el carácter mismo del cuerpo de Cristo. Una de las críticas más serias y fundadas que se les hace a las “sectas de santidad” es su propensión a la contienda y la división. Para entender y predicar el mensaje de santidad, el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios es materia fundamental.

El movimiento ecuménico parece, cuando se le examina superficialmente, estar encaminado hacia la unidad de todos los cristianos. Pero nos asombra ver como algunos pretenden poner el carro delante del caballo. El lugar donde empezar la práctica y el gozo de la unidad cristiana es la iglesia local. ¿Cómo es posible lograr la unidad mundial, cuando en miles de iglesias locales pequeñas la solidaridad y el compañerismo cristianos se han visto atomizados por rencillas, pleitos, disensiones, orgullos y partidos? Es posible edificar un puente grande cuando el fundamento es sólida roca, ¿pero cómo edificarlo sobre la movediza arena? El diablo lo sabe muy bien y por eso dirige sus mayores ataques contra el compañerismo de los cristianos en la congregación local para destruirlo. Examinaremos cuatro casos que ocurrieron en la iglesia primitiva, y veamos cómo fue amenazando el compañerismo de los creyentes, y de qué manera ellos supieron solucionar el problema.

*Caso número uno.* Este fue un caso de *ineficiencia administrativa* (Hechos 6:1-8). Surgió a causa de cierta discriminación que se hacía de algunas viudas en el reparto del socorro diario. La solución de un problema administrativo en la iglesia es relativamente fácil, si se pone buena voluntad, y el diablo no mete la cola para complicarlo. Típicamente, en este caso, el problema administrativo se complicó con un elemento diferente y emocional cuando surgieron los celos raciales. Causar suficiente entusiasmo para un pleito sobre la falla de un método de distribución hubiera sido difícil. Sería sencillo ver lo que se tenía que hacer y hacerlo. Pero el momento en que se mencionó a “griegos” y “judíos”, y se puso una nota de raza, o de color, y aún de teología, el asunto se tornó súbitamente siniestro. ¡Eso era motivo para una buena pelea! Cuán a menudo sencillos problemas administrativos en las iglesias se agravan innecesariamente por convertirlos en cuestiones morales o doctrinales. Si los apóstoles hubieran tardado un poco en hallarle la solución al problema, el asunto de la agenda “viudas”, se hubiera convertido en un tremendo conflicto racial, con la consiguiente división, exhibición de celos y orgullos, y aplicación mutua de epítetos insultantes.

Afortunadamente los apóstoles gozaban de suficiente visión y buen espíritu para conservar el problema libre de factores secundarios. Junto con esta sabiduría, una genuina humildad cristiana los condujo a ceder buena parte de sus poderes terrenales y a dividir responsabilidades con otros hermanos de la iglesia. Por no saber estas dos últimas cosas, muchas congregaciones han caminado hacia la ruptura del compañerismo y la fraternidad. ¿Qué hubiera pasado si los apóstoles, cediendo a un criterio carnal de ellos, hubieran pensado que “ciertos elementos ambiciosos están tratando de hacerse de dinero y de poder” y es necesario mantenerlos a raya, y que, en vez de que todos los apóstoles se hubieran ido a predicar, hubieran salido sólo algunos apóstoles a predicar, quedando los otros para mantener firmes las riendas de la administración, y sujetar a los ambiciosos?

¿Tenemos nosotros la misma visión de estos apóstoles, que renunciaron a los impulsos naturales del yo y de la carne, para compartir responsabilidades administrativas con otros, porque sabían que una iglesia en crecimiento necesitaba tener sobre todas las cosas un buen cuerpo de predicadores libres de todo trabajo secundario y que pudieran dedicarse a la oración y a la Palabra? Algunos han de protestar contra este criterio apostólico diciendo que no pueden hallar hombres dignos, de confianza. Bueno, esto tiene su parte de razón. Delegar responsabilidades en hombres indignos y carnales puede ser desastroso. Pero si no tenemos en la iglesia hombres verdaderamente de confianza, entonces tenemos que preguntarnos el por qué. Quizás la razón sea que nosotros mismos hemos fracasado en formar líderes sanos, porque hemos estado tan ocupados “sirviendo las mesas”, que ahora que los necesitamos nos resulta imposible hallar “siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría a quienes podamos poner en este trabajo”.

No podemos dar demasiado énfasis al valor de hacer la obra espiritual, de una manera espiritual y con herramientas espirituales. Por ejemplo, todos decimos que la oración es la cosa más importante, y que creemos de todo corazón en la eficacia de la oración. Pero, ¿cuántos de nosotros nos dedicamos a la oración como a la cosa más importante de nuestro programa?

Fue mi privilegio durante veinte años en la India, pertenecer a una agrupación que literalmente intentó poner la oración como la primera cosa de la vida. Nos reuníamos para orar tantos días como fuesen necesarios, a veces cuatro o cinco seguidos. Nos entregábamos por entero a la oración y a la Palabra de Dios. Y continuábamos orando tanto tiempo como creíamos que era necesario hacer. Ninguno se preocupaba acerca de los problemas que tenía entre manos. *La oración* era nuestro único problema.

La oración es nuestro principal negocio. Seguir el ejemplo apostólico cuando los líderes espirituales se dieron a sí mismos “primero a la oración y al ministerio de la palabra” es una necesidad absoluta para el crecimiento espiritual de la iglesia. Debemos orar para que surjan pastores y diáconos que nos ayuden en la obra. La preparación que le puede dar un instituto bíblico no es suficiente. Además de tener preparación escolar los líderes espirituales deben ser “de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría”. Y para conseguir tales obreros la oración da mejores resultados que la publicidad.

Es notable ver como los así llamados “negocios de la vida” se realizan mejor cuando están saturados de oración. Además los problemas mayores de la iglesia no deben solucionarse por un voto de la mayoría. Los cuáqueros tienen un principio espiritual que reza así: “Donde los Amigos no pueden ir juntos, sencillamente no iremos”. El desacuerdo no es una ocasión para distanciarse—al contrario, es un llamado a más oración—. La unidad del espíritu, mantenida por nosotros en esa forma, tiene un valor incalculable.

*Caso número dos.* Este caso ocurrió en el concilio de Jerusalén (Hechos 15:1-35). Aquí el asunto no era un problema de administración sino de predicación del evangelio. ¿Era el evangelio sólo para los judíos, o para los judíos y gentiles juntamente? Si era también para los gentiles, ¿debían ellos adaptarse a las costumbres y tradiciones de los judíos?

El primer hecho significativo revelado aquí, en la solución de algo que amenazaba partir en dos a toda la iglesia, es que un grupo de hombres, representativo de toda la iglesia, estudió la cuestión. ¡Qué suerte que la iglesia de Antioquía no decidió trazar su propio derrotero, sin que le importara la opinión de la iglesia de Jerusalén! ¡Qué afortunado que a Pablo y Bernabé no se les ocurrió formar la “Iglesia Paulina de Antioquía”, con principios exclusivos de libertad para los gentiles, mientras que en Jerusalén se formaba la “Iglesia Petrina”, con reglamentos que satisfacían a los judíos! Un curso de acción que pretende justificarse hoy día con la superficial idea de “diferentes temperamentos requieren diferentes denominaciones”.

El segundo hecho significativo del concilio de Jerusalén fue que todas las partes en disputa reconocieron por igual la soberanía del Espíritu Santo. Las pruebas presentadas eran pragmáticas. La cuestión puesta sobre la mesa era: “¿En qué forma está trabajando actualmente en el mundo el Espíritu Santo?” Pablo y Bernabé presentaron las evidencias recogidas en sus campos de trabajo. Era evidente que el Espíritu Santo estaba trabajando entre los gentiles en la misma forma que entre los judíos, concediéndoles las mismas

bendiciones espirituales sin necesidad de los ritos judíos. La solución propuesta era: debemos trabajar y cooperar con el Espíritu *tal como y donde* El está trabajando.

El tercer hecho significativo es que el concilio obedeció a las Escrituras. Para resumir el caso, el apóstol Santiago recurrió a las Escrituras haciendo ver al concilio que las mismas Escrituras anunciaban la predicación del evangelio a los gentiles y la aceptación de los gentiles en el reino de Dios. El mismo Espíritu santo, que escribió el Sagrado Volumen, es el que está trabajando entre los gentiles en todas partes. El Espíritu de Dios nunca se contradice a Sí mismo. Si cualquier obra del Espíritu Santo está siendo realizada en cualquier parte, debe estar corroborada por las Escrituras. Por eso es que las Escrituras son la regla de fe para la iglesia, porque las Escrituras revelan la mente del Espíritu Santo.

Un cuarto hecho significativo en este caso es que, habiendo decidido ya que el asunto principal sería decidido de acuerdo al Espíritu Santo y su Palabra, confirmados a través de su propia obra que era obvia, todos estuvieron dispuestos a ser generosos y tolerantes con los sentimientos y los prejuicios de los demás en cuestiones menos importantes. Las cuatro restricciones que fueron recomendadas a las iglesias de los gentiles eran otras tantas concesiones a los sentimientos judíos. Dos de ellas eran muy importantes: la idolatría y la fornicación, y Pablo estaba seguro de que se haría provisión para ello en la enseñanza cristiana, aún sin la influencia de la tradición judía. Pero Pablo creyó, con igual vehemencia, que no comer ciertas carnes, o sangre, o animales estrangulados, no eran problemas fundamentales y que, si sencillamente no se les daba importancia, se desvanecerían por carecer de peso. Cuando escribe su Epístola a los Gálatas, y hace mención del concilio de Jerusalén, no menciona estas cosas, pero sí dice que se le encomendó tener cuidado de los pobres, cosa que realmente tuvo cuidado en hacer. En igual manera, nosotros debemos aprender la magnanimidad para hacer concesiones a los demás en cosas no esenciales, estando ciertos que, si trabajamos en cooperación con el Espíritu Santo, estas cuestiones menores caerán como las hojas secas caen en el otoño.

Supongamos, sin embargo, que los líderes de Jerusalén no hubieran llegado a la conclusión que llegaron, y se hubieran aliado con los judaizantes. ¿Qué hubieran hecho entonces Pablo y Bernabé? ¿Hubieran aceptado una decisión que viola sus conciencias, con tal de conservar la unidad a cualquier precio, o se hubieran separado? Esta es una pregunta importante para nuestros días, en que la separación ha llegado a ser un fetiche entre los fundamentalistas. Si la denominación a la cual uno pertenece ha admitido entre sus líderes a hombres que se han apartado de la fe evangélica, ¿están obligados los miembros fieles a continuar en ella?

En primer lugar, permítanme decir que la respuesta a la pregunta debe ser escritural. No debe nacer del compromiso o la conveniencia. Debemos estudiar a la Escritura por entero, e interpretarla mediante una sana exégesis. Precisamente por amor a las Escrituras, y a su mensaje total, uno no debe hacer énfasis sobre la separación basado en un texto como 2 Corintios 6:17 "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor". Este texto no podría aplicarse a este problema, sin hacer violencia a la sana exégesis y violando la enseñanza total de las Escrituras. Sería hacer una mala interpretación porque este texto, según su contexto, se está refiriendo a separarse de los paganos. Aplicar este texto a denominaciones contemporáneas, nos hace participar en juzgar y decidir que esas denominaciones son paganas, cosa que sería errónea. Si una denominación, oficialmente, cambia de credo, y se hace unitaria, o anticristiana, entonces el caso estaría muy claro. Pero los credos oficiales rara vez son cambiados. Más bien los que cambian son los líderes, o los pensamientos de los líderes. Y cuando tales líderes no son disciplinados o relevados de sus puestos, la denominación llega a representar una mezcla de puntos de vista. La situación se complica aún más cuando los líderes no reconocen que han negado a Cristo. Frecuentemente son sinceros, no obstante estar ya muy equivocados, pensando que sus nuevas creencias son las que todo cristiano debería tener ahora. Una vez producida esta situación, está más allá de nuestro poder juzgar cuáles hombres se han vuelto paganos o no cristianos. Por lo tanto, una aplicación sencilla de este texto no es posible.



Más allá de esto está la enseñanza total de la Escritura referente a este punto. Frank Colquhoun nos ha hecho un gran servicio al reunir en su libro intitulado *The Fellowship of the Spirit* (El compañerismo del Espíritu), toda la enseñanza de la Biblia en la materia.

De tal estudio surge claramente la evidencia de que el Nuevo Testamento tiene dos mensajes que se complementan. Primero, hay una demanda bien clara de separación del pecado, el mal y la incredulidad. Al mismo tiempo hay una inmensa cantidad de escrituras dedicadas a la necesidad de conservar la unidad del Espíritu. A veces nos sentimos tentados a defender una verdad en detrimento de otra, en lugar de saber conservar ambas juntas en tensión viviente, tal como Dios quiere. El problema se complica por la dificultad práctica de determinar quién es cristiano y quién no. Indudablemente hay tiempos cuando la separación se hace necesaria y se convierte en virtud. Pero también hay casos cuando el sufrimiento debido a una mala situación se vuelve redentor.

Aquí tenemos otro caso en que nuestro único recurso es depender en la dirección del Espíritu Santo para hacer la aplicación de una verdad general, en tensión entre dos polos, a un caso dado en particular. Tenemos que permitirle, a cada hermano cristiano, la libertad de buscar esa guía del Espíritu Santo para sí mismo. Condenar a todos los hermanos que no desean abandonar su denominación, aun cuando algunos de los líderes parecen haber caído en apostasía, es algo abusivo que no tenemos derecho de hacer. Igualmente, afirmar que, ya que la Escritura demanda "unidad", todo intento de separación de una situación herética es cosa mala, es algo falso. Pero puesto que tanto de la Biblia trata con la necesidad de mantener el compañerismo, aun a gran costo, separémonos, si tenemos que hacerlo, pero sin regocijarnos, o reírnos por ello, sino con lágrimas. No importa quién tenga la culpa o la razón, la separación nunca es el mejor plan de Dios. Y conviene dejar siempre las puertas abiertas para una reconciliación en cualquier momento.

Puede ser de ayuda para resolver situaciones difíciles recordar que el compañerismo tiene dos niveles: el *consultivo*, y el *activo*. El dejar de reconocerlos nos conduce a una gran cantidad de sufrimientos innecesarios. El énfasis que se hace generalmente sobre la unidad es que debe ser *total*, especialmente en estos días de ecumenismo. Esto requiere que haya unión tanto en lo que toca a consulta como a acción. Pero conceptos teológicos ampliamente diferentes reclaman a menudo programas de acción que no solamente difieren entre sí, sino que chocan unos con otros. Forzar a esos programas a trabajar unidos en el mismo lugar y en el mismo tiempo, simplemente hará que uno anule al otro. Esto no es la esencia del amor o de la unidad. Es posible que cierta clase de separación sea más cristiana y más amorosa que una unidad forzada. La separación en dos áreas diferentes, pero manteniendo la unidad a nivel consultivo, puede ser la solución adecuada para todos. Esta clase de separación provee la oportunidad para ejercer el respeto mutuo, que es la esencia de la unidad.

*Caso número tres.* Este caso es mucho más difícil, pero al mismo tiempo de más importancia para nosotros, ya que expone el tipo de diferencia más común hoy en día, y que lesiona el compañerismo cristiano más que ningún otro. Es un nítido caso de *choque de personalidades* (Hechos 15:16-41).

En cierto sentido hay un aspecto en el cual Pablo y Bernabé se anotaron un gran triunfo en Jerusalén, y no habrían sido humanos si no hubieran vuelto a Antioquía con un profundo sentimiento de gratitud a Dios por la victoria. Y Satanás también, no hubiera sido quién es, si no hubiera tratado de torcer ese sentido de gratitud en uno de triunfo personal. Aún cuando uno posea la razón, es peligroso estar en el lado victorioso de una contienda. Hay algo dentro de nosotros que debe ser siempre controlado, si queremos evitarnos una calamidad. Porque hay algo terriblemente infeccioso en la ruptura de la amistad y del compañerismo. Pueda ser que Pablo y Bernabé salieran de la contienda, cada uno, con un sentido de triunfo personal. Satanás intentó desvirtuar (como habitualmente lo hace) la gratitud por la victoria, que cada uno debió tener, en un sentido de orgullo por haber ganado. Esto hizo difícil para ambos amigos tomar la actitud del que cede, y ambos cayeron en una posición falsa, que los obligó a buscar una nueva victoria otra vez. Quizás esto sea un falso juicio mío sobre el caso, pero hoy en día hay una cantidad asombrosa de choques, y son casos en los que una victoria pide otra, casi a cualquier costo. El diablo sabe armar estas trampas con temible regularidad.

Ahora examinemos las personalidades involucradas en el problema. Ambas eran exactamente opuestas. Pablo era intenso y rígido, en tanto que Bernabé era apacible y

generoso. Bernabé, cuyo nombre verdadero era José, fue llamado Bernabé, “Hijo de Consolación” por los discípulos, teniendo en cuenta su carácter. El trato que Pablo le dio a Juan Marcos, sobrino de Bernabé, estaba más de acuerdo con su carácter que con su memoria, porque seguramente Pablo olvidó en ese momento que algún tiempo atrás, Bernabé había abogado por él, y había pedido que lo admitieran en el compañerismo de Jerusalén, cuando eran muchos los que tenían todavía recelos del antiguo fariseo. Había sido Bernabé quien, viendo grandes posibilidades en este joven convertido, lo había ido a buscar a Tarso y lo había introducido en la iglesia de Antioquía para iniciarlo en el servicio cristiano. Era Bernabé quien había encabezado la misión encomendada a “Bernabé y Pablo”, y quien más tarde desarrolló al joven predicador hasta que generosamente se cambió el orden, y Pablo fue el líder de la obra, pero en un modo tan natural que no queda más recuento del cambio que ese simple cambio en la frase a “Pablo y Bernabé”. ¡Que Dios nos dé en estos tiempos más hombres como Bernabé, lado a lado de nuestros Pablos!

Pablo era un gigante. Era capaz de una tremenda auto-disciplina. A menudo esto lo hizo aparecer severo en su trato para con otros. Fue un hombre enviado providencialmente por Dios, en un momento cuando su iglesia necesitaba una severa auto-disciplina para crecer. Hay algo descolante, algo magnífico, algo colosal en Pablo. Aparte del Señor Jesucristo, si se juzga a Pablo por su impacto en la historia, hay que reconocer que es el hombre más grande que ha existido. Los líderes cristianos de 20 siglos han encontrado siempre en Pablo una vívida fuente de inspiración. Pero la conclusión de esto no es necesariamente que haya sido cosa fácil convivir con Pablo. ¡Hay muchos buenos misioneros en el día de hoy, con los cuales me alegro no tener que vivir! Mi opinión es que habría sido mucho más cómodo vivir con Bernabé que con Pablo.

¿Quién tenía razón, y quién no tenía, en este problema con Juan Marcos? Sólo Dios lo sabe. Se han hecho muchos intentos para demostrar que esta separación produjo más bien que mal. Es posible que Dios haya cambiado todo para el bien, y que algún provecho se sacó de ella. Pero decir que la separación produce más bienes que males es pura conjetura, y mientras más estudio este evento menos me persuade tal idea. Me atrevería a decir que este caso debería ser calificado como “una tragedia en tono menor”. Todo parece chocar con las convicciones espirituales más profundas de Pablo. Sea quien sea el que haya tenido la razón, es cierto que la palabra traducida “tal desacuerdo” (grande contienda) viene de una palabra griega que por transliteración, ha dado forma a la palabra castellana “paroxismo”. Y Pablo dice en I Co. 13:5 que el amor no tiene “paroxismos”, o sea que “no se irrita” (no se deja provocar). Uno de estos dos hombres pudo haber tenido la razón, pero ninguno de los dos le dio mucho lugar al amor en esos momentos. Aún las personas de carácter suave como Bernabé, pueden alguna vez “perder los estribos” y ponerse obstinados y tercos. También es difícil poder conciliar este evento con la enseñanza de Pablo, presentada en muchas epístolas, “someteos unos a otros en el temor de Dios”. Yo creo que ambos hombres estuvieron equivocados.

Supongamos que Pablo hubiera dicho: “Bueno, hermano Bernabé, estoy convencido que llevar de nuevo a este muchacho con nosotros sólo nos conducirá al desastre otra vez. No tengo confianza en él. Pero admito que una vez tú sacaste algo muy bueno de un material malo, y puede ser que tengas razón respecto a él. A mí me parece como una acción de tontería y debilidad, pero si tú insistes, acepto que Juan Marcos venga con nosotros, y yo haré lo mejor que pueda con él.”

Y supongamos que Bernabé hubiera respondido, “Pablo, yo realmente creo que este joven tiene un buen futuro. Es débil, pero ha aprendido una lección. Creo que debemos darle una segunda oportunidad, y que podemos correr ese riesgo. Pero por otro lado también comprendo tu punto de vista, de que nuestra obra es difícil y sujeta a fuertes ataques del enemigo, y de que tenemos que ser un equipo unido y valiente en el Espíritu Santo. Por eso no deseo insistir en que venga Juan Marcos. Si tú no compartes mi opinión, entonces olvidemos el asunto, porque no debemos permitir que haya divisiones entre los dos. Quizás podamos encomendar a Juan Marcos algún otro trabajo, donde pueda reivindicarse”.

Supongamos que todo hubiera sucedido así. ¿Hubiera habido necesidad de llegar al paroxismo? ¿No hubieran triunfado juntamente el amor y la sumisión? ¿No podrían Pablo y Bernabé haber orado juntos, y permitido así que el Espíritu Santo les hubiera indicado

claramente qué hacer con Juan Marcos? ¿No les hubiera dado el Espíritu unidad aquí también, como se las había dado en otras muchas ocasiones más difíciles? ¿Acaso no podían estos dos hombres que habían tenido tales pruebas maravillosas de la dirección del Espíritu, y que no la habían buscado cuando sus personalidades chocaron, haberla encontrado ahora, si su misión mutua hubiese sido tan profunda como había sido su sumisión unida a Dios en otras ocasiones, en que Dios les había guiado?

Lo que es más, parece que el Espíritu Santo usó esta tragedia menor para marcar un punto culminante en la vida espiritual de Pablo. Es curioso que el Libro de los Hechos no haga mención de la guía diaria del Espíritu en el primer viaje misionero hasta este evento. Pero de aquí en adelante se encuentran expresiones tales como “Les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la Palabra en Asia” (Hechos 16:6) “Intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió” (16:7), “Pablo se propuso en espíritu ir a Jerusalén” (19:21), “ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén” (20:22); además de numerosas referencias a la guía del Espíritu en visiones de noche (16:10; 18:9; 23:11; 27:22-26). Parece que Pablo aprendió un nuevo modo de hacer frente a los choques de personalidad, porque además de todas estas manifestaciones de la guía del Espíritu referidas arriba, él después vino a recalcar más y más su doctrina de la sumisión mutua, coronándola con su Himno al Amor (I Corintios 13). Nuestros errores pueden convertirse en una bendición si aprendemos la lección que el Señor nos quiere dar con ellos.

Nuestras iglesias necesitan un gran avivamiento de la predicación de esta doctrina del sometimiento mutuo. Si esta doctrina fuera predicada, aceptada y vivida, ¡Qué gran diferencia habría en las relaciones de todos los obreros cristianos!

Otra relación en la que hay frecuentes choques de personalidades, y se necesita mucho la doctrina del sometimiento mutuo es el matrimonio. El punto de vista cristiano que considera al matrimonio un compañerismo no es cosa nueva. “Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2:18). El que estas palabras hayan sido escritas en un tiempo cuando la mujer vivía degradada y reducida a la categoría de un mueble, cuando la poligamia era universalmente aceptada, y la necesidad biológica la suprema razón del matrimonio, significa que son una verdadera revelación de Dios. El Nuevo Testamento define esta relación como un mutuo compañerismo, en que cada cónyuge está sometido al otro en términos de amor y obediencia. La obediencia de la esposa se asegura por el amor del esposo. Pero el amor del esposo no se aprovecha de la obediencia de la esposa. Este es el ideal. Ninguna de estas relaciones puede ser identificada como infatuación o atracción natural. Ambas virtudes, la obediencia y el amor, son, en el juicio de los apóstoles, decisiones voluntarias, decisiones que deben ser mantenidas en vigencia por la voluntad continua de los esposos.

El hermoso compañerismo que existe en el matrimonio ideal se consigue por medio de una natural compatibilidad. Esto quiere decir que la pareja debe hallarse en completa armonía, tanto temperamental, como espiritual, sexual y mentalmente, complementándose sin antagonismos, coordinándose sin fricción. Pero en la vida real esto ocurre rara vez. El logro de este necesario compañerismo, entonces, viene a ser no un asunto de atracción natural, ni de compatibilidad natural, sino de amor redentor. En toda redención el amor es el impulso y el instrumento de la cruz. Y en la redención hay menos interés en esos matrimonios que dicen haber “nacido el uno para el otro”, que en esos matrimonios que, por medio de la cruz, han logrado su compañerismo a través de abismos de incompatibilidad natural.

Algunas incompatibilidades son naturales y otras son voluntarias. La infidelidad, los regaños y rezongos, el despotismo y el egoísmo, todos esos son incompatibilidades voluntarias. La acentuación voluntaria de incompatibilidades que provocan fricción, o rompen el compañerismo, se vuelven motivos de culpa, y se corrigen únicamente por medio del arrepentimiento y la restitución. Las incompatibilidades naturales o involuntarias, frecuentemente deben ser perdonadas puesto que no son reconocidas, y por lo tanto han de ser resueltas, por la cruz voluntaria que acepta llevar uno de los cónyuges. Pero cuando uno de los cónyuges llega a darse cuenta de sus defectos, y no hace esfuerzo alguno para corregirlos, entonces se hace culpable de quebrar el compañerismo. El cónyuge que da al otro ese trato ofensivo debe ser y consistentemente tratar de corregirlo, o erradicarlo. Puede ser que este mal trato lo cause una mala costumbre, arraigada de mucho tiempo atrás. Cuanto más tenaz es

esta costumbre ofensiva, más grande y pesada se hace la cruz del cónyuge que tiene que soportarla.

Muchos de los consejeros matrimoniales modernos achacan la culpa de todos los desajustes matrimoniales a la incompatibilidad sexual. No deseo disminuir la importancia que tiene un buen ajuste sexual. Pero el desajuste sexual no es la causa del problema, sino su síntoma. La raíz de toda la dificultad es, en último análisis, el egoísmo. Y el egoísmo es un problema espiritual, que debe ser tratado espiritualmente. Esta extendida enfermedad del espíritu tiene una sorprendente tendencia a manifestarse en la vida sexual.

Cualquier matrimonio que no está logrando una perfecta felicidad sexual, debería reconocer (a menos que haya alguna enfermedad o impedimento físico) que esto es un síntoma seguro de egoísmo básico, el cual se delata a sí mismo por una serie creciente de diversas incompatibilidades. Sea que estas incompatibilidades tomen la forma de gazmoñería, auto-indulgencia, falsa modestia, prejuicios o bestialidad, el denominador común es siempre el egoísmo. Por supuesto la ignorancia de cómo lograr buenas relaciones sexuales puede ser un factor de no gozar de armonía, pero la ignorancia no se excusa en estos tiempos donde tanta literatura hay que trata franca y excelentemente los problemas del sexo y el matrimonio.

Cuando nos damos cuenta que la raíz de las dificultades que sufren los matrimonios es de orden espiritual más que físico, entonces comienza a vislumbrarse el remedio. Cuando el egoísmo es la enfermedad, la cruz es la medicina. Y cuando la sanidad viene, resultarán el ajuste y la armonía sexual y mucho más. Donde el egoísmo es crucificado, todas las fricciones matrimoniales ceden el paso al perfecto ajuste. No hay nada imposible para la cruz.

Demasiados jóvenes piensan que el matrimonio es algo en que deben recibir más que dar. El noviazgo ha sido un tiempo feliz de hacer regalos: flores, dulces, alhajas. Pero el matrimonio como un acto de recibir solamente está destinado al fracaso. Sólo el matrimonio como un acto de dar es el que triunfa. El matrimonio es una mayordomía. Cuando cualquiera de los cónyuges se deja guiar por un sentimiento posesivo del otro, está olvidando que ambos pertenecen a Dios.

Las Sagradas Escrituras demandan que la esposa preste al esposo una obediencia tal como la iglesia debe prestar a Cristo. Y demandan que el esposo le tenga a la esposa un amor redentor, tal como Cristo lo tuvo por la iglesia. El matrimonio cristiano no es meramente un esfuerzo titánico de evitar el divorcio, ni tampoco es un concurso de resistencia. Mejor que todo eso, el matrimonio cristiano es *la voluntad de amar*, de amar aún una cruz que triunfa en el poder de la resurrección y la nueva vida.

Una objeción que se hace al concepto novotestamentario del matrimonio es que es demasiado idealista, y que es factible sólo cuando ambos cónyuges llenan perfectamente el ideal. Esto significa que decir que sólo cuando el esposo ama a la esposa, y se entrega a sí mismo por ella, tal como Cristo se entregó a Sí mismo por la iglesia, es posible para la esposa amar y obedecer a su esposo tal como la iglesia obedece a Cristo, y consecuentemente, sólo cuando la esposa presta esa clase de obediencia es cosa segura para el esposo entregarse a la esposa humildemente y sin egoísmos, sin arriesgar su posición y derecho como cabeza del hogar.

Pero aquí está exactamente, la virtud del programa cristiano. El Reino de Dios no espera a que el mundo sea perfecto para comenzar a realizarse. El reino está dentro de nosotros. Dios no esperó a que el hombre tuviera perfecta obediencia para iniciar la redención. El se entregó a Sí mismo, pródigamente, en un amor redentor que conquista. Y corrió el riesgo de ser rechazado y despreciado. Eso es la cruz. Y el matrimonio cristiano debe aprender a llevar la cruz. El matrimonio cristiano no puede esperar para empezar a realizarse a que haya parejas perfectamente idóneas, en las que ambos cónyuges hayan nacido el uno para el otro. Es un camino de redención. Y la desilusión, el conflicto y la infelicidad en que viven tantos matrimonios hoy en día es justamente una oportunidad para que Dios comience a hacer válida su redención.

Pero, ¿qué podemos decir de un marido cruel—quizás un marido borracho—que derrocha su dinero, que pone en peligro la seguridad del hogar, y que quizás arruina todo, y hasta golpea a su esposa? ¿Debe ella obedecerle y seguir ofreciéndole abnegada sumisión?

Esto es algo difícil de aconsejar. Uno está inclinado a simpatizar con la esposa, suponiendo que no ha sido su carácter rezongón, o su frialdad sexual, o su falta de cariño y egoísmo lo que condujo al esposo a comportarse así. Pero concediendo que la esposa sea verdaderamente inocente, y víctima de un marido cruel y egoísta, no es fácil pedirle a ella que se someta mansamente. Las ideas modernas acerca del divorcio hacen fácil el camino de escape. Pero la cruz no es fácil. Tendríamos que plantear ahora, en este punto, la cuestión, ¿qué debemos buscar primero: un escape fácil, o un amor victorioso y redentor? El amor no es un sentimiento baladí. Es fuerte como el acero. Yo he visto al amor, actuar y entrar en acción con fortaleza de hierro, pero derrochando ternura, en el caso de una esposa cuyo marido, borracho empedernido, estaba a punto de perder la casa por no pagar una hipoteca. Yo dudo que haya algún esposo que le pueda decir cómo hacer tal cosa a su esposa, pero por la gracia divina lo he visto realizarse hermosamente. Me ha tocado estar tiempo al lado de muchas mujeres que estaban llevando una cruz, y a las cuales no les podía dar otra ayuda que mi apoyo moral, para que en su corazón el amor no fuera substituido por la amargura. Parece haber algo innato en la constitución moral de esas mujeres entregadas a Dios por completo, a las cuales es dada la guía del Espíritu Santo y su consuelo y fortaleza para sobrellevar su cruz. Quizás esto sea la razón por la cual Dios creó a la mujer como una paradoja.

¿Qué significa para un esposo darse por entero a una esposa regañona, tal como Cristo se entregó a la iglesia? El problema de los rezongos y regaños, y continuas pequeñas peleas, es quizás un problema matrimonial peor que una caída en infidelidad, por la repetición continua de una situación desagradable. El ser quemado en una hoguera no es peor suplicio que el de la gota de agua. Las grandes tentaciones ponen en juego inmediatamente nuestros mecanismos morales de defensa, pero los pequeños pecados diarios, que casi no parecen pecado, van adormeciendo nuestro sentido moral, hasta caer en un sopor espiritual, y por fin en un estado de coma. De este modo un hombre, que jamás cometería adulterio, puede ser culpable de echar a perder el compañerismo con su esposa por tener una lengua demasiado ácida. Es dudoso determinar si la victoria de Cristo fue más grande cuando oró por los hombres que atravesaban sus manos con clavos, o cuando guardó silencio ante los insultos de los soldados.

¿Cómo podríamos emular esa maravillosa serenidad que supo cuándo responder a Pilato, y cuándo contestar a sus preguntas con el silencio? ¡Cuán fácil hubiera sido para el Señor librarse de su cruz, con sólo quedar callado cuando le preguntaron si era el Hijo de Dios! En las respuestas de Jesús apreciamos mejor su carácter transparente. El nunca sacrificó su naturaleza esencial, ni su posición, ni la veracidad. ¡Cuán maravillosamente libre estuvo El de cualquier intento de defenderse o disculparse a Sí mismo! De igual manera, el marido cristiano no debe ceder su derecho a ser la cabeza del hogar. Pero tampoco debe retener esta posición mediante su propio enaltecimiento. El esposo debe despojarse de todo espíritu regañón o aún autoritario, como cuando el Señor soportó con entera paciencia los alardes de Pedro, o los deseos de preeminencia de Santiago y Juan, o la falta de fe de los discípulos, pero el reproche debe darse con una humildad que está dispuesta a lavar pies. Jesús nunca ha abdicado su derecho de ser la Cabeza divina de la familia de Dios, la iglesia. “Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy”. Pero el compañerismo desplaza a la condición de siervos en sus sujetos. “Ya no os llamaré siervos, sino que os llamaré amigos”.

Los rezongos o regaños continuos—y esto puede ser dicho tanto del esposo como de la esposa—son un problema difícil de resolver a causa de su pequeñez. Exige una gran dosis de silencio sin enfado. Pero ningún hombre o mujer puede vivir en perpetuo silencio, porque ningún hogar puede ser un vacío. Y muchas veces, cuando él cree estar dando “la blanda respuesta que quita la ira” lo único que hace es provocar una nueva granizada. Entonces el pobre marido piensa que mejor hubiera sido quedarse callado. Aquí tenemos otro caso en que es necesaria esa experiencia de que disfrutaba el Señor Jesús de dirección inmediata del Espíritu de Dios. En casos prácticos como estos es cuando debemos escuchar esa voz suave y quieta del Espíritu Santo que ejerce una suave presión sobre nuestros espíritus, mostrándonos cuál es la mejor actitud. Bienaventurado el hombre, o la mujer, que es sensible a la voz del Espíritu, y que ha aprendido a escucharla en medio de voces airadas y de provocaciones. Claro que el ideal es que el cónyuge que abusa y ofende se convierta y sea purificado de este espíritu quejumbroso, porque un corazón lleno del Espíritu no es regañón o quejumbroso. Pero

ahora estamos considerando el camino de la cruz en circunstancias no ideales. Supongamos que la esposa no quiere someterse a Dios para que su corazón sea limpiado. ¿Cómo debe, entonces entrar en juego el amor? El Espíritu traza entonces el camino para hablar bondadosamente y guardar silencio.

El amor, a la larga, siempre triunfa, pero hay un precio que pagar. De otro modo no sería una cruz. Las serenas respuestas de Jesús no evitaron que Pilato lo enviara al cadalso ni impidieron que sus manos fueran atravesadas de clavos. Así también es en un hogar. El cónyuge más cristiano y espiritual quizá no logre una armonía ideal, pero su manera de ser y actuar mantendrá en alto su testimonio y además lo librarán a él (o a ella) de cualquier raíz de amargura. Porque el que es guiado así, y por eso calla y por eso habla en la dulzura del Espíritu, en el Espíritu responde, dirige, comprende o tolera, pronto descubre que cuando estas respuestas proceden del amor, y no del yo, no dejan ningún residuo de resentimiento o malestar. Pablo debió estar pensando en esta situación de tensión y conflicto matrimonial cuando escribió esta advertencia: "Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas" (Colosenses 3:19). Esta es la aplicación práctica de la enseñanza más general, "El amor es sufrido, es benigno..." (I Corintios 13:4).

*Caso número cuatro.* Este caso es uno de falla por un lado y de reproche por el otro. Pedro ha dejado de ser fiel a la visión que le había sido dada, y Pablo le administra una buena reprimenda. En mi opinión, es debilidad general de la iglesia, que o deja de reprender el error, o cuando lo hace, no es con amor y con el propósito de restaurar, sino para castigar. En este caso de Pedro y Pablo el reproche parece haber sido no sólo fielmente administrado sino recibido con gratitud. Es difícil decir cuál debe ser alabado más: si Pablo por la forma en que lo dio, o si Pedro por la forma en que lo recibió. Que Pedro recibió la reprimenda con el mejor espíritu se desprende del relato que Pablo hace en Gálatas, y en una nota final de la segunda epístola de Pedro, donde se refiere a algunas de las epístolas de Pablo "entre las cuales hay algunas cosas difíciles de entender". En educación y en capacidad mental ambos apóstoles estaban separados por kilómetros de distancia. Pero no era así en el Espíritu. El reconocimiento de Pedro a la superioridad intelectual de Pablo está por encima de toda ponderación. Reconoce que los escritos de Pablo son dificultosos, pero habla de que "los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición..." "No hay en estas palabras ninguna nota de amargura por el pasado reproche. Y en la Epístola a los Gálatas, Pablo dice que Pedro tiene una comisión para los judíos tal como él la tiene para los gentiles, demostrando así su profundo respeto que le tenía a Pedro.

Los hermanos en la fe deben respetarse profundamente unos a otros. Por esto la palabra de reproche debe darse siempre con amor y mansedumbre. Cuán a menudo, después que un hermano ha caído, decimos: "Yo sabía que justamente esto iba a suceder". Si estábamos seguros que tal hermano iba a tropezar y caer, ¿por qué no le dimos una palabra de advertencia? La gracia de reprender sabiamente y con amor es algo sumamente necesario en estos tiempos. Pero para lograr esta gracia es imprescindible que cada uno sepa andar en profunda identificación con Cristo, que es lo único que nos capacita para hacer un reproche con paciencia, mansedumbre y dulzura.

Pero, ¿y si el reproche es injusto y además, dado con acritud? En primer lugar, recuerde que nunca debemos desaprovechar oportunidad alguna de examinar nuestro propio corazón. Si la acusación es falsa no hemos perdido nada. Si tiene algo de veracidad, y nosotros podemos componer la cosa, habremos ganado mucho. Pero si, sea de palabra o mentalmente, elaboramos apresuradamente una defensa, perdemos un gran beneficio. Primero permitamos que se realice una investigación. Dejemos que haya un escudriñamiento del corazón, en busca de cosas escondidas que tienen que ser arregladas, antes de buscar migajas de bondad, en nosotros, con las cuales aminorar el reproche. Y sobre todo, no devolver el reproche a la persona que lo hizo, son la esperanza de hallar en ella un defecto para justificar el nuestro. Cuando se nos hace un reproche o reprimenda tenemos la mejor ocasión para demostrar la realidad de nuestra consagración a Cristo.

Un notable evangelista indio fue usado por Dios grandemente en nuestra misión. Más tarde fue invitado a predicar durante una semana en unos cultos campestres en el interior. Sin embargo, se notaba que algo andaba mal, pues el evangelista no tenía mensaje que dar. En

verdad, parecía estar apagado. En la noche final el hombre estaba dirigiendo la reunión de testimonio, pero había habido tan poca bendición en toda la semana que era difícil levantarse a dar un testimonio. Otro de los predicadores presentes se levantó como para decir algo, pero fue rápida y ásperamente detenido por el evangelista y obligado a sentarse. El hombre aceptó el reproche mansa y tranquilamente, sin ofenderse. Cuando la reunión terminó, este hombre se encaminó a su casa, que quedaba bastante lejos, con un corazón pesado y sufriendo la tentación del diablo. Cuando llegó a su casa salía la luna por entre las nubes, y se sentó a descansar un poco en el brocal hecho de ladrillos que rodeaba un gran árbol. En eso vio, a la pálida luz de la luna, que había una serpiente cobra enroscada en el hueco del árbol. El hombre levantó los ojos al cielo, dando gracias de todo corazón a Dios por haberle librado del peligro de la cobra. Entonces se dio cuenta de una lección espiritual: Dios lo libraba, no sólo de la picadura de la serpiente, sino también de la tentación de Satanás.

En cuanto al evangelista que no había tenido mensaje, más tarde se descubrió que estaba viviendo en adulterio. El también había sido el blanco de acusaciones sembradas por hombres cuyo pecado él había denunciado antes. ¡Es cosa buena confiar siempre nuestra reputación a Dios!

Estos son, pues, algunos de los modos que Satanás tiene para romper el compañerismo. Pero para todos ellos hay un camino de victoria, *¡y la victoria significa mantener el compañerismo a cualquier costo!*

Una de las historias más hermosas de la iglesia de Cristo no ha sido todavía suficientemente conocida. Se refiere a la pequeña compañía de cristianos moravos que rodeaban al conde Zinzendorff. En cierta ocasión se habían producido entre esos hermanos profundas disensiones. El conde vio el peligro de una división. Entonces invitó a los feligreses a unirse en oración y en franca conversación. Convinieron en no discutir, y hablar solamente de las cosas en que estuvieran de acuerdo. También decidieron formar una cadena de oración que durase 24 horas. En todo momento, cada hora del día, uno, dos o más hermanos tenían que estar orando en el cuarto de oración. Esta cadena de oración prosiguió sin cortarse por más de cien años. El resultado fue la gran empresa misionera de los moravos, cuyo celo y consagración no ha tenido parangón en ningún lado. Este es el camino al compañerismo, la unidad, y la unión.

## 7

### ***Una Definición del Amor***

Juan Wesley respondía a los que difamaban su doctrina, diciendo que su enseñanza sobre la perfección cristiana se reducía a: "Amarás a tu Dios con todo tu corazón, toda tu mente, toda tu alma y toda tu fortaleza". Esto condensa todo lo que hasta aquí hemos dejado dicho en este libro.

Había una vez un obispo medio excéntrico a quien le gustaba recorrer su diócesis disfrazado, para ver cómo se estaban portando los clérigos. Un día llegó a cierta iglesia, vestido como un vagabundo, y llamó a la puerta de la rectoría. Salió a abrir la esposa del vicario, mujer que no perdía ocasión de hacer obra "evangelística". Antes de darle cualquier limosna al vagabundo, le preguntó si sabía cuántos eran los mandamientos. "Son once", dijo el obispo. "Te equivocas, son diez" dijo la mujer con altanería. Al día siguiente, domingo, el obispo predicó en esa iglesia. Mirando significativamente a los ojos de la mujer del vicario, anunció el texto sobre el cual iba a predicar: "Un nuevo mandamiento os doy, que os améis los unos a los otros".

El pastor Charles Jefferson, predicando un sermón sobre "El Nuevo Mandamiento", dijo que había examinado más de doscientos volúmenes de sermones sin encontrar uno solo sobre este tema. Todavía el amor es "la cosa más grande del mundo". Las páginas de veinte siglos de historia eclesiástica muestran que hay un enorme vacío en la predicación sobre el amor. Cada

predicador debería leer, dos o tres veces por año, el gran sermón de Henry Drummond y predicar enfáticamente sobre tan glorioso tema.

Dijo el apóstol Pablo que “el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22,23).

A menudo oímos leer este texto, pronunciando la palabra “fruto” en plural, como si las cosas que siguen fueran manzanas, peras, duraznos, uvas, todas juntas creciendo del mismo árbol. Esta interpretación oscurece el significado del texto. Un manzano puede dar toda clase de frutos que varíen de color, forma y tamaño, pero todos ellos, serán de la misma clase fundamental, y por eso las llamamos manzanas. *El fruto del Espíritu es amor*. Pero amor, igual que muchas otras palabras, es mal comprendido generalmente, y es usada en el sentido de un mero sentimentalismo que empequeñece su significado. Amor es una palabra fuerte. Tiene una gran riqueza de significado comprensivo. El apóstol se esfuerza en explicar todo su significado, y después de decir que el fruto del Espíritu es amor, da una serie de palabras que amplían su significado. Es como si dijera: “El fruto del Espíritu es amor, pero el amor es... Y entonces agrega ocho definiciones del término, dos de las cuales son palabras referentes a sentimientos y seis son referentes a acción. Esta proporción matemática es necesaria porque, por lo general, hay una tendencia a degenerar el amor en un simple sentimiento. Hay una gran diferencia entre el amor que dice sentir una pareja de adolescentes, y el amor que demuestra tener una pareja de mediana edad, uno de los cuales ha quedado permanentemente inválido y al cuidado continuo del otro. En este segundo caso, el sentimiento se ha convertido en acción.

Los seis términos que Pablo usa para definir el amor como acción, están agrupados en tres pares que cubren todas las posibles relaciones en las cuales puede expresarse el amor como fruto del Espíritu. Esto quiere decir que no hay una sola relación humana que no sea afectada por la presencia del Espíritu en el corazón. Nosotros podemos tener sólo tres tipos de relaciones: con Dios primeramente, con nuestros prójimos en segundo lugar y finalmente con nosotros mismos.

*Paciencia y benignidad* describen la acción del amor en relación con otros. La paciencia es la virtud que necesitamos cuando estamos abajo, cuando somos dominados por alguien y no podemos defendernos a nosotros mismos. En este caso, el amor es una manifestación pasiva, y le llamamos paciencia. Pero la paciencia necesita bondad. Algunas personas sufren con paciencia, porque no pueden hacer otra cosa. Pero carecen de bondad. Gentileza es la palabra que debemos aplicar cuando estemos por encima de todos y disfrutemos de autoridad. Entonces la manifestación palpable de nuestro amor será la gentileza.

Nuestra relación con Dios, cuando estamos bajo el control del Espíritu Santo, debe manifestarse en la forma de bondad y fe. No podemos hablar de nuestra relación con Dios sin ser teológicos. La fe y la bondad se enseñan a menudo, teológicamente, por separado. Pero deben formar una síntesis viviente, tal como Pablo hace aquí. Es propio decir que la salvación es por la fe. También es propio decir que la salvación es por la bondad. Cuando alguien dice que la salvación es un don independiente de nuestras obras, dice una gran verdad. Sin embargo, la verdad total del evangelio exige que la salvación produzca bondad. Cualquier cosa que quisiéramos significar al hablar de salvación por la fe, tiene que ser una salvación que no condena el pecado ni deja ningún lugar para el mal. La justicia no sólo debe ser imputada—tal como decían los antiguos teólogos, sino también *impartida*.

La humildad no debe ser una capa que cubra el pecado y la derrota. Pero también la victoria espiritual debe testificarse con una humildad que excluya el orgullo y dé toda la gloria a Cristo. Necesitamos recordar una vez más que nuestra salvación no depende de nuestros sentimientos. La salvación depende únicamente del sacrificio de Jesucristo. Esto es algo que verdaderamente no tiene precio, y que debe ser testificado con acción de gracias y humildad. La victoria no es nuestra, ni el efecto de nuestra lucha: es un don de la gracia de Dios. Por lo tanto, ¡a Dios debe darse toda la alabanza! Pero eso no es todo. Cometemos tantos errores de juicio, decimos tantas palabras hirientes, ofendemos en tantas maneras, fallamos tanto al no orar como debemos, y somos tan remisos en cumplir nuestros deberes, que la escasa victoria que obtenemos sobre las cosas que sabemos son pecado, no nos permiten ninguna clase de orgullo. Y no sólo eso, sino que muchas veces, ni siquiera estamos al tanto de las maldades que cometemos sino hasta después que el daño ha sido hecho. Pero, sin embargo, todo no invalida el sentido de la victoria. No debemos andar siempre cariacontecidos y tristes,



negándonos a testificar de victoria alguna, por el temor de lo que *pudiera haber* sucedido o pueda suceder sin nuestra voluntad. La proclamación de la victoria debe ir acompañada de un profundo reconocimiento de que la gracia de Dios está limpiando constantemente nuestra alma de todos esos pecados inadvertidos. Y justamente, como no nos sentimos culpables o conscientes de haber cometido nuevos pecados deliberadamente, tampoco habrá nuevas revelaciones de su limpieza. Pero eso no significa que nuestros errores, y la necesidad de corregirlos no estén presentes. Debemos ser sabios y aceptar la realidad, y dar *conscientemente* alabanzas a Dios por todo lo que El está haciendo, y que nosotros estamos recibiendo por fe. Nuestro aprecio de la gracia y nuestra humildad de espíritu deben profundizarse a medida que vamos comprendiendo cuánto es lo que Dios hace por nosotros durante todo ese tiempo en que nos *sentimos* libres de pecado.

¿Cómo, entonces, se resuelve esta paradoja de los dos énfasis teológicos, fe y bondad? Por el amor. El amor mantiene la tensión en equilibrio. El amor es el “vínculo perfecto” (Colosenses 3:14).

Uno de los hechos singulares de la naturaleza humana es que podamos tener relaciones con nosotros mismos. Es decir, que podamos hablarnos a nosotros mismos, refrenarnos y examinarnos a nosotros mismos, y manejarnos a nosotros mismos. Sin duda alguna, nuestro mayor problema en nuestra vida lo constituimos nosotros mismos. Pero sin embargo, cuando poseemos la plenitud del Espíritu, El pone el fruto del amor en esas relaciones y el amor se manifiesta en dos direcciones: *mansedumbre* y temperancia (o sea el *auto-control*). Aquí hay otra paradoja viviente, otra tensión entre dos polos, que se mantiene en la síntesis del, amor. Cualquiera de esos dos polos, tomado aparte, se vuelve muy peligroso.

La esencia de la santificación es una completa y total entrega. Pero esto es más que un simple y aislado acto. Iniciada la santificación como un acto, debe ser mantenida como una condición. Y un estado constante de sometimiento es definido aquí para nosotros como *mansedumbre*. Hay un peligro aquí, no obstante, si suponemos que nuestra santificación consiste en la condición en que meramente cedemos, y somos pasivos, débiles e irresponsables. La mansedumbre y el sometimiento continuo deben ser acompañados por un concepto nuevo y mayor. Dios acepta nuestra entrega total solamente para regresarnos nuestras vidas en forma de un depósito del que somos mayordomos.

La prueba de que Dios nos acepte es un paso gigantesco de fe de parte de Dios. El nos devuelve todo lo que damos, pidiendo de nosotros sólo que seamos fieles mayordomos. Cada parte de nuestra naturaleza puede ser usada como un instrumento de rebeldía. Cualquier elemento puede convertirse en un arma para combatir a Dios. Y como hemos visto, la línea entre la mayordomía que honra a Dios, y la mayordomía para la gloria del yo se cruza tan fácil e involuntariamente que sólo la voz del Espíritu Santo puede guardarnos de las tretas del diablo aquí descritas. Pero Dios corre el riesgo. Nuestra lealtad toca y satisface un deseo muy profundo de Dios, y El la recompensa con el inmenso honor de nombrarnos sus mayordomos. Por lo tanto, Dios no nos priva de nuestro ser, sino que, conforme lo rendimos a El constantemente, El constantemente lo pone en nuestras manos, en mayordomía eterna. No nos corta la lengua, pero espera que la gobernemos para su gloria. No nos quita la sensibilidad, o el apetito, o nuestros instintos o capacidades, pero El ha determinado un día en que nos pedirá que rindamos cuentas de cómo hemos usado todo ello. Dado que la esencia de nuestra entrega a Dios es la entrega de nuestro yo, entonces la mayordomía del yo viene a ser el *auto-control*. Y eso es el polo opuesto a la *mansedumbre*, en la tensión de amor que existe dentro del yo.

Mucho se ha dicho acerca de la disciplina del yo entregado a Dios. Algo más necesita ser dicho, sin embargo, acerca del amor como emoción, en cuanto a conservarlo en correcta relación a la acción. La emoción es parte esencial de la vida y no debe divorciarse de la experiencia cristiana. Podemos asegurar que el cristianismo sin la emoción no es un cristianismo viviente. Por supuesto, el ejercicio de las emociones requiere disciplina.

La emoción, la razón, la voluntad, el instinto, y cualquier otra fase de la vida son peligrosas cuando se hacen un fin en sí mismas. Cada una de ellas, no obstante, tiene una función esencial que realizar. La función de la emoción es, primeramente, servir de resorte a la acción. Dice William James en su clásico libro sobre los hábitos que es dañino someterse a

experiencias emocionales sin darles un modo adecuado de expresión en la vida. Para ilustrarlo, el psicólogo norteamericano dice que si uno escucha un buen concierto sinfónico, y se emociona profundamente al oírlo, no debe contentarse solamente con absorber tantas emociones placenteras, sino que debe darles expresión a esas emociones cumpliendo con alguna clase de deber, ¡tal como hacer un llamado telefónico a la abuelita al día siguiente!

Hay un gran peligro en hacer del elemento emocional el principal ingrediente de la experiencia cristiana, convirtiéndolo en un fin en sí mismo. Esto es algo que deben tenerlo en cuenta tanto los filósofos místicos como algunos hermanos que enfatizan los dones carismáticos. Los primeros tienden a definir la religión en términos de experiencia extática, y los segundos en términos de cantidad emocional. Ambos están correctos al decir que la emoción tiene un buen lugar en la vida cristiana pero ambos se equivocan en decir que la emoción es el único lugar en que se expresa la vida religiosa. La emoción religiosa debe ser un impulso para la acción, acción que abarca el todo de la vida. Desafortunadamente, el énfasis a la santidad en muchos círculos se ha confundido con un emocionalismo exagerado. Hay muchos peligros en el emocionalismo, y hay que encararlos con franqueza y disciplina.

El primero de esos peligros es perder la sinceridad al caer en la imitación de la emoción. Hay gente que cree que si no estalla en el culto cierta clase de emocionalismo, no ha habido bendición verdadera. Creen que *cada culto* debe ser ruidoso, sobrecargado de emoción. Piden a Dios, orando a gritos, que perdone el frío formalismo de la iglesia, sin darse cuenta que esta forma de orar es también un formalismo. A veces no discernimos bien los formalismos de la falta de forma. Esos hermanos que creen que no hay libertad del Espíritu hasta que todos los creyentes están dando gritos y llorando, deberían preguntarse si el Espíritu Santo no tiene suficiente variedad y espontaneidad para inspirarlos algunas veces a desear estar quietos.

El segundo peligro es buscar las emociones en lugar de buscar a Dios. Si cuando recibimos alguna gran bendición espiritual nos sentimos agitados, sacudidos y movidos a alguna expresión extática, santo y bueno. Pero no busquemos el éxtasis como un camino para hallar a Dios, ni menos pensemos que el éxtasis es Dios.

Otro peligro es el de causar mala impresión en los adversarios. Me refiero a la impresión que nuestro emocionalismo puede causar en otros, la reacción adversa que produce en personas que gustan de una religión más calmada. No tenemos derecho a mostrar nuestra piedad en maneras que ofendan la modestia, el sentido de orden o la decencia de la gente. Es cierto que hay ciertas manifestaciones de carnalidad bajo la forma de respetabilidad, carnalidad que no desea ser juzgada, pero no nos conviene justificar nuestras asperezas echándole la culpa a otros de falta de espiritualidad. Es posible que la gracia de Dios ayude a una persona a soportar cualquier clase de tortura, pero no es la gracia lo que nos hace torturar a persona alguna. La vida cristiana debiera ser un estudio constante de la gracia y cómo demostrarla, y en este punto debemos recordar las palabras del Señor Jesús condenando a quienes escandalizan a otros.

Todavía un peligro mayor del emocionalismo es el desperdicio de energías. El propósito de la emoción es ser un impulso para la acción. Cuando uno ha sido emocionado por el sermón, o ha sido inspirado por una oración, o ha experimentado mucho gozo al cantar, debería haber reservas de energía para darle expresión inmediatamente después del culto o reunión, yendo a ganar un alma, o intercediendo en oración fervientemente, o también dando generosamente para la obra del Señor o para los pobres de la iglesia, visitando a los presos o a los enfermos, ayudando a los huérfanos y las viudas, animando y brindando amistad a los solitarios, ministrando las cosas del Espíritu y demás cosas similares. Si la energía se gasta únicamente en emoción, el servicio cristiano sufrirá mucho y la vida cristiana se hará débil y sentimental. El cristiano sabio sabe trazarse un programa de trabajos para canalizar sus emociones y para darles adecuada disciplina.

Disciplina—o control—es la palabra apropiada para medir la espiritualidad, a despecho de muchos que tienen la tendencia de medirla por la cantidad de *abandonamiento* que han alcanzado. Y este es el peligro más sutil de todos. El mismo corazón de la experiencia de santidad es un completo rendimiento a Cristo, pero es una trampa sutil del diablo hacer confundir abandonamiento a Cristo con un abandono emocional. Al enemigo le gusta desviar nuestra atención de algún problema vital en nuestra vida sobre el que Dios está tratando, y hacer que en vez de eso recurramos al falso asunto de un estallido emocional. Supongamos que en un matrimonio se ha producido uno de los tantos problemas que se producen. Para solucionar este problema no hay más que entregarse y someterse al Espíritu de Cristo. Sin

embargo se hace más fácil llorar, patear, tener una crisis de nervios delante de amigos simpatizantes, quienes, pasado este paroxismo de emociones, dirán que él, o ella, deben ahora “tomarlo por fe”. El que así ha derrochado emociones, entonces, volvería a su casa con un sentido de victoria y seguridad de tener la razón, porque para eso hizo una escena. Al día siguiente, comprobando que el problema hogareño no ha variado en lo más mínimo, siente que la euforia de su gozo se desvanece.

Si uno lleva esta identificación de sometimiento voluntario con abandono espiritual hasta su última consecuencia lógica, llegará a un estado en el cual, cualquier vestigio que haya quedado de control racional sobre sí mismo parece en esa proporción, falta de sometimiento. Entonces uno se halla a sí mismo en un período temporal de abandono, durante el cual no es uno mismo, y no es responsable por su comportamiento o conducta. Por eso es que tales acciones están tan plagadas de quiebra y ruina moral. Pablo recomienda que “los espíritus de los profetas se sujeten a los profetas”. Que no se sujeten a ninguna fuerza externa a ellos, ni siquiera a Dios, excepto cuando el poder divino pasa a través de la voluntad del profeta. El fruto final de una vida llena del Espíritu es el propio control, o mejor expresado, el dominio propio.

Jesús es un perfecto ejemplo de disciplina. El lloró sobre la tumba de su amigo Lázaro, sin embargo no nos lo podemos imaginar desesperado o gritando. Se hallaba feliz cuando lo rodeaban los niños, o cuando charlaba con Marta y María o cuando platicaba con sus discípulos alrededor del fuego, pero ¿puede usted imaginarlo como un hombre frívolo? El se gozaba intensamente en todas las situaciones lícitas de la vida, pero su gozo estaba templado por la nota sobria de la inminente cruz. Quizás si hubiera algo más de la cruz en nuestras vidas, nuestras alegrías serían más sobrias, más profundas, más genuinas.

Muchos cristianos sensatos sienten inquietud por los excesos emocionales, pero al mismo tiempo se someten a ellos por el temor de que si los critican o quieren limitarlos, serían acusados de “apagar el Espíritu”. Pero sin embargo, ¡cuántas veces el Espíritu es apagado por un emocionalismo desenfrenado! Hay una advertencia bien clara, dirigida especialmente a las iglesias de santidad, de poner manos a este asunto con una disciplina agradable a Dios. Por otro lado, en el otro extremo de la escala están los que dicen que las iglesias de santidad sólo se componen de fanáticos, indignos de ser tomados en serio. Esto es una verdadera enfermedad. *Para el verdadero amor no hay absolutamente nadie que sea indigno de ser tomado en serio.* ¡que tengan esto en cuenta los que se afanan en edificar una iglesia unida!

Pero, ¿y aquellos que rechazan todas las expresiones de la emoción religiosa excepto las enteramente tradicionales? Hay tanto peligro en esto como lo hay en el emocionalismo extremo.

Precisamente porque la emoción es un resorte para la acción, y un poderoso aguijón que punza la conciencia, muchos desean tener su religión envuelta en una cápsula de frío formalismo. Muchos hay cuya religión está detrás de un vidrio esmerilado, que deja pasar la cantidad justa de luz y calor para que se sientan cómodos, pero que al mismo tiempo les impide ver el mundo exterior con sus sufrimientos y pecados y que les penetre alguna convicción de pecado.

En las iglesias litúrgicas se ha puesto al factor emotivo en el culto a Dios bajo un control severo. Los mejores artistas del mundo fueron llamados para construir sus templos y decorarlos con las más bellas formas de diseño, pictóricas y musicales. Por humilde que sea el adorador que entra a sus templos, o cuán poco aprecio tenga de las bellas artes, el pobre está obligado a servirse del arte porque su iglesia se ha encargado de que así sea. Pero hoy en día están surgiendo gritos contra las formas estereotipadas aún dentro de las artes seculares. Se insiste en que la belleza sólo puede ser tal si mantiene un elemento de espontaneidad tanto en la obra del artista como en el que la aprecia. Las iglesias que no son litúrgicas han tratado inútilmente de mantener este elemento espontáneo, sin el cual la emoción muere. No siempre han tenido éxito, pues la falta de formalidad a veces se vuelve otra forma de formalismo. La conservación de una viviente espontaneidad es imprescindible para la adoración verdadera.

He oído muchas veces las sonoras frases del *Libro de Oración Común* leídas por corazones tan sinceros que parecían el estallido de un corazón lleno de amor. Pero también las he oído leer mecánicamente, aunque también sonaban muy bellas. Pero no siempre suenan como si fueran frases de adoración. Todo depende del estado del corazón del adorador durante el servicio. Nunca olvidaré el día que oí a ese santo varón de Dios, el obispo Abraham, finado prelado de la iglesia siria Mar Thoma de Travancore, India, recitando la liturgia de la comunión para 5.000 comulgantes, en la catedral de Maramón. Aún cuando leía en idioma malayo, que yo no entendía, podía sentir el tremendo corazón de pastor de este santo indio, leyendo a su pueblo la Palabra de Dios. Durante todo el tiempo de la lectura un

ayudante se mantuvo meciendo un incensario delante de nosotros. El obispo anglicano de Madrás estaba al lado mío, porque nosotros éramos predicadores huéspedes, y me preguntó, en tono de broma ¡qué pensarían de mí mis amigos cuáqueros si supiesen que a mí se me había ofrecido incienso! Pero sea como sea, todo el ornamento litúrgico de aquel servicio, el incienso, las vestiduras, el canto y el ritual, han desaparecido de mi memoria. Sólo ha quedado esa magnífica visión del varón de Dios adorando sinceramente en medio de una complicada liturgia. Pero el peligro de la liturgia no deja de estar allí. La iglesia de Mar Thoma, que por muchos años disfrutó de un poderoso avivamiento, ganando mil hindúes por año, está ahora bajo la prueba de ver si puede mantener esa vida espiritual sin ser asfixiada por su liturgia.

Ya que el ritual apaga fácilmente la espiritualidad, muchos de nosotros elegimos la espontaneidad aún a considerable costo, porque cuando las masas del pueblo son tocadas por el Espíritu de Dios, la manera de expresarse puede ser cruda. Pero esta condición del pueblo simple pide más enseñanza que censura. La gente fervorosa puede ser guiada a expresiones más agradables de adoración, pero no puede ser forzada o congelada en ellas.

Sin embargo, en beneficio de la libertad y la espontaneidad, debemos estar dispuestos a pagar el precio en la falta de arte, porque el pueblo común que oye y sigue a Jesucristo no es artístico en su mayoría, a menos que haya algo de arte en la espontaneidad misma. Cuando una joven señora recién convertida se levantó en una reunión de testimonios para decir que se hallaba muy deprimida, pues su marido estaba sin trabajo, pero que desde que había establecido en su casa el altar familiar podía decir con alegría, “¡Al diablo con la depresión!”, todos sentimos que, detrás de lo poco elegante de la expresión, había algo de belleza y dignidad. Esa cosa bella era la sinceridad. Ninguno de nosotros tenía duda de que Dios era inmensamente real en la vida de esa joven, y que ella sentía realmente lo que decía.

Pablo usa las palabras *gozo* y *paz* para describir los sentimientos cristianos. Uno necesita la vida de Cristo para agregar la palabra *compasión*. El gozo cristiano es verdadero; no es un mecanismo de escape. Está en cabal armonía con la más sobria faz de la escueta realidad. La paz también es algo sobrio, aunque lleva su gran elemento de gozo. La paz y el gozo son nuestros, así como lo fueron de Cristo, no como sentimientos insípidos, sino como poderosos resortes para la acción. Y cuando nuestra paz y nuestro gozo se enfrentan a un mundo sufriente, se vuelven compasión, y nos lanzan al polvoriento camino en amoroso servicio.

“El gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Nehemías 8:10). Este es uno de los versículos bíblicos más apegados a la vida. Y uno de los más astutos ardidés del diablo es quitarle ese gozo al cristiano. Con el gozo se va su fortaleza y el desastre es inminente. El gozo del Señor es algo que debe ser mantenido a cualquier costo. No podemos perderlo bajo ninguna circunstancia. El gozo no desaparece con el sufrimiento. El gozo del Señor permanece aún en las penas y es una poderosa fuerza que nos sostiene entonces. Es fortaleza. Sólo las personas muy egoístas se privan de este gozo. Si descubrimos que nuestro gozo se está diluyendo, debemos buscar y destruir pronto esa auto-aseveración del yo, o esa auto-compasión, que nos está robando nuestro gozo. Nada en la tierra es digno que dejemos por ello el gozo del Señor. “En quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (Isaías 30:15). La paz bíblica y el gozo bíblico son las emociones que el cristiano necesita.

El mero sentimentalismo es barato y sin riesgo alguno. Siempre se protege a sí mismo. Pero el amor debe actuar, debe expresarse a sí mismo. Uno comprende algo de lo que significa el amor cuando lee la historia de los antiguos cuáqueros que pidieron al Parlamento inglés les permitiera ir a prisión en lugar de otros cuáqueros que se estaban muriendo en esas pútridas mazmorras. Esto era amor en acción. Esos hombres deseaban salvar las vidas de sus amigos. Pero había algo más grande todavía. El pedido fue motivado por el asombroso deseo de *¡quitar la culpa de sangre de la cabeza de esos carceleros!* El sentimentalismo simplemente hubiera dicho: “¿Qué pena nos dan esos amigos que están muriendo en la prisión!”

El Calvario es el amor de Dios en acción. ¡Cuán diferente hubiera sido toda la cosa si Dios hubiera mirado nuestra condición perdida y solamente “hubiera tenido piedad”! Dios pudo haber lamentado nuestra triste condición con verdadero sentimiento, sin hacer nada más, y todavía seguir siendo uno de los grandes dioses. Pero Juan nunca hubiera escrito “Dios es Amor”. Pero ya que El *es* verdadero Dios, y verdadero Amor, El no podía mirarnos, compadecerse de nosotros, y permanecer indiferente. Siendo amor no podía hacer otra cosa que actuar en favor de nuestra redención. Por el Calvario nosotros *sabemos* que Dios es amor. Y si el amor de Cristo nos posee, debe manifestarse a sí mismo con acciones semejantes a las del Calvario.

Hay una lección que aprender de la mujer que ungió los pies de Jesús con un costoso unguento. Un acto de desperdicio—diría Judas—irregular e incalculado. Pero Jesús lo aprobó porque era una expresión de amor. Hay algo extraño acerca del verdadero amor. Los santos que más nos impresionan, no son los místicos y devotos, sino los osados y pródigos amadores de Jesús.

## ***Santidad en la Vida Diaria***

***Jorge Lyons***

**1**

### **ANTE TODO, ¿QUÉ ES LA SANTIDAD?**

#### ***Algunas palabras acerca del término***

##### **INTRODUCCIÓN**

En el pasado, las iglesias de santidad justificaban su existencia afirmando que Dios les había dado la misión de difundir “la santidad bíblica”. Hoy, muchas de esas denominaciones parecen estar más preocupadas por formar parte de la corriente evangélica principal que en recalcar la doctrina que las distingue. ¿Estaban en lo correcto nuestros predecesores del movimiento de santidad al definir nuestra identidad en forma tan estrecha, señalando la santidad como el tema esencial? Y, ¿tenían razón al decir que nuestro mensaje distintivo era la santidad “bíblica”?

Antes que intentemos discutir el tema de la santidad bíblica, es esencial que entendamos claramente cómo la Biblia utiliza el término. Esto requiere más que un estudio de palabras. No es suficiente enumerar como una concordancia las referencias bíblicas sobre la “santidad”. Debemos entender cómo determinamos los significados de las palabras y los conceptos que representan. Por lo tanto, la primera parte de este capítulo es un ejercicio relacionado con lo que los eruditos bíblicos llaman hermenéutica. “¿Herme...qué?”, preguntará usted.

La palabra griega de la que se deriva el término en español simplemente significa “interpretación”. Sin embargo, la utilizamos para referirnos al estudio de los principios y procedimientos involucrados en el proceso de comunicar e interpretar significados por medio de la palabra escrita o hablada. Es un intento de hacer explícitos los conceptos que motivan al intérprete cuando realiza la tarea de explicar el significado de la literatura, ya sea bíblica o de otro tipo. La hermenéutica se ocupa del proceso de ir, de un pasaje bíblico antiguo, a su significado y pertinencia para los lectores contemporáneos. Al comunicarnos, casi siempre lo hacemos combinando palabras. “Términos preciados”, como “santidad”, llegan a ser tan familiares que a veces no apreciamos cómo funcionan.

Las palabras son cosas extrañas. Es importante que nos demos cuenta de que el significado de las palabras es convencional y contextual. Permítame explicar esto con un ejemplo neutral. Después explicaré la pertinencia de usar un ejemplo totalmente ajeno al tema en nuestro estudio de la santidad.

##### **CONVENCIONAL**

No hay una razón particular por la que al unir las letras *p*, *e*, *r*, *r*, y *o* debamos referirnos a un canino peludo. Es meramente la costumbre o convención lo que dicta que la palabra “perro” identifique a tal criatura. En español tenemos diferentes palabras que se refieren al mismo animal. Bajo ciertas circunstancias nos referimos a un perro como “sabueso”, “cachorro”, “perrito”, “quiltro”, “chusco” o “cruzado”. Todos estos términos denotan esencialmente lo mismo. Sin embargo, sus connotaciones son diferentes. Es decir, todos son nombres de lo mismo, pero también comunican una variada información adicional. Por lo general pensamos en el “sabueso” como un perro de caza. Un “cachorro” o “perrito” es un perro joven. Usamos los términos “quiltro”, “chusco” y “cruzado” para los perros que consideramos inferiores y que probablemente no nos gustan. Los niños tal vez llamen a los perros “guaguas”. Las personas a

veces utilizan los términos poodle, chihuahua, collie, doberman o pastor alemán para identificar cierta raza de perro. Dependiendo de nuestras experiencias pasadas, los nombres Rintintin, Lassie, Benji o Beethoven tal vez nos hagan pensar en “perro”.

Todo aquel que conoce otro idioma sabe que las palabras son sencillamente designaciones convencionales para las cosas. El término común para perro en francés es chien. En alemán es hund. No es coincidencia que esta palabra se parezca al término inglés “hound”. Los dos idiomas tienen cierta relación histórica. El significado de las palabras es convencional. No hay razón por la que la palabra para “perro” no hubiera podido ser “timrán”. Si todos nos pusiéramos de acuerdo en usar esa palabra con tal referencia, significaría precisamente eso. Si tomamos el vocablo “sala” e invertimos el orden de las letras, formamos la palabra “alas”. Pero esas dos palabras no son opuestas. La misma coincidencia al invertir las letras no se da en todas las palabras, ni en castellano ni en otros idiomas.

Cuando nuestro hijo estaba pequeño, no podía pronunciar la “r”. Muchas veces nos reíamos de las frases que decía. Lo que él deseaba comunicar era diferente de lo que entendíamos.

Muchas veces usamos las palabras en una forma que puede causar confusión. Por ejemplo, en algunos países se utiliza la palabra “lata” para describir un automóvil viejo y dañado. Otros utilizan la palabra “coco” para referirse a la cabeza. En muchos países se utiliza la expresión “perro caliente” para referirse al pan con salchicha. En países al sur del continente americano lo llaman “pancho”. ¡Es extraño cómo cambia el lenguaje! Puesto que el significado de las palabras es convencional, los significados cambian con el tiempo.

## CAMBIO

En los tiempos bíblicos, a los perros no se les consideraba mascotas como hoy. Los pastores los despreciaban como predadores y animales peligrosos, como los coyotes o las hienas. Para los hebreos, “perro” siempre tenía una connotación negativa. Llamar a alguien “perro” era un insulto o expresión peyorativa. Manifestaba el disgusto que una persona sentía por otra. En Deuteronomio 23:18, la palabra “perro” se refiere a hombres que se dedicaban a la prostitución en los templos paganos. En los tiempos del Nuevo Testamento, los judíos insultaban a los gentiles llamándolos “perros” (Mateo 15:21-28).

Por supuesto, la gente de la Biblia no utilizó la palabra “perro”, sino el equivalente en hebreo o griego. La palabra hebrea es keleb. Usted conoce esta palabra por el nombre del espía que, con Josué, presentó un informe optimista acerca de Canaán (Números 13—14).

No sabemos por qué sus padres le dieron ese extraño nombre: Caleb, “perro”. La palabra griega para perro es kynis. De ella se origina la expresión “caninos”, con la que nos referimos a toda la especie de animales que llamamos perros. Sin embargo, también es la raíz del término “cínico”.

Creo que hemos hablado lo suficiente acerca de perros. Quizá le haya convencido en cuanto a mi afirmación: Las palabras son cosas extrañas. Su significado lo determina la convención. Sin embargo, las palabras no son meramente arbitrarias. No podemos esperar que otros nos comprendan si usamos el término “alas” cuando queremos decir “sala”.

## CONCEPTOS

Obviamente es más fácil definir el significado de la palabra “perro” que el de la palabra “santidad”. Un perro es algo que reconocemos con nuestros cinco sentidos. La santidad, al igual que el amor o la belleza, es un concepto o una idea que concibe la mente. Es más difícil describir algo que no podemos tocar, ver, saborear, oler o escuchar. Algún bromista ha dicho que “el matrimonio basado en amor de cachorros [jóvenes sin experiencia] termina como una vida de perros”. Puesto que es difícil definir con precisión el amor romántico, algunos lo confunden con atracción física, capricho o aun simpatía. Sin embargo, la mayoría de las personas estarían de acuerdo en que hay ciertas características que distinguen al amor verdadero de estas falsificaciones. Pero usted tendrá que leer otro libro si está buscando ayuda sobre este tema.

## GUSTO

Muchos hemos escuchado decir que “la belleza está en los ojos del que mira”. La belleza es difícil de definir porque, hasta cierto punto, es asunto de gusto. Nunca pudimos entender

cómo nuestra amiga Ana pensaba que los perros doberman eran hermosos. Feroces, sí; pero hermosos, muy poco. Por otro lado, no estábamos de acuerdo con su opinión de que era ridículo cómo cuidábamos de nuestros perros schnauzer miniaturas. Después de todo, habíamos tenido tres de estos perros y eso demostraba nuestro buen gusto en cuanto a perros. La belleza es a veces un asunto de opinión meramente subjetiva. Es imposible decir quién tiene la razón o quién está equivocado al respecto.

## VALORES

Existen diferentes opiniones en cuanto a la belleza porque también existen diferentes valores. Algunas personas consideran “bello” un automóvil basándose en el estilo. A otros les impresiona más el nombre del modelo, lo económico en cuanto a la gasolina, la aceleración, lo seguro que es, o lo comfortable. Otros juzgan la belleza del auto por su precio. Lo mismo ocurre con la gente. A algunos les impresionan las características externas; a otros, el carácter interno. Lo que consideramos bello tal vez dé a conocer más cómo somos nosotros que la persona o cosa a la que damos tal calificativo. Aun una mirada a los automóviles que conducen los cristianos le convencerá de que tienen diferentes opiniones en cuanto a qué hace que un carro sea hermoso. O, tal vez, que la belleza no fue un factor importante para escoger los autos. La elección de un modelo de automóvil evidentemente no es una decisión moral: entre lo bueno y lo malo. Y, puesto que la Biblia no menciona automóviles, no esperamos mucha ayuda de las Escrituras para hacer dicha decisión.

## MORAL

Aun los asuntos de gusto y valores personales pueden llegar a ser decisiones morales. Además, las palabras a veces nos desvían cuando juzgamos valores. La antigua palabra bíblica “fornicación” no significa lo mismo que la expresión neutral “relaciones sexuales prematrimoniales”. “Fornicación” denota lo anterior, entre otras cosas, pero su connotación indica claramente que la actividad descrita se evalúa como algo negativo. La fornicación se refiere a relaciones sexuales fuera del matrimonio e indica que son actos moralmente malos.

De la misma forma, “asesinar” no es lo mismo que “matar”. El asesinato es “el acto de quitar la vida con premeditación y alevosía” a otro ser humano. Nadie diría: “Ese asesinato fue justificado”. Nuestros valores morales influyen en las palabras que escogemos.

Por las Escrituras sabemos que es malo adquirir un auto robándolo. O, a sabiendas comprar un automóvil robado, aunque demos a las misiones el dinero que ahorramos en la transacción. Tal vez rehusemos comprar un automóvil excesivamente caro, para que ni el vehículo ni nosotros mismos lleguemos a ocupar el lugar de un ídolo. Pero, pocos asuntos morales son decisiones sencillas entre lo bueno y lo malo. Las decisiones difíciles de la vida a menudo nos llevan a diversos niveles intermedios. Si sostenemos los valores wesleyanos —ser trabajadores, gastar dinero sólo en lo indispensable y ser generosos—, tal vez decidamos no comprar un automóvil lujoso que realmente no necesitamos. Hay cosas que poseen mayor importancia eterna que conducir un automóvil deportivo de último modelo.

Juan Wesley a menudo exhortó a sus seguidores: Ganen todo lo que puedan, ahorren todo lo que puedan y den todo lo que puedan. El problema, por supuesto, es estar de acuerdo en lo que se considera derroche. No importa cuánto dinero tenga una persona, siempre encontrará a alguien cuyos recursos materiales le harán sentir relativamente “pobre”. Aun a algunos cristianos les es difícil admitir que tienen más recursos económicos que otros. Por tanto, modificamos la enseñanza de Wesley de la siguiente forma: Ganen todo lo que puedan, gasten todo lo que puedan, guarden todo lo que les quede y protéjanlo celosamente.

## AUTORIDAD

¿Y qué podemos decir de la santidad? Tal como ocurre con el amor romántico, ¿es posible confundirla a veces con falsificaciones? Al igual que los gustos sobre autos, ¿es sólo asunto de preferencia personal? ¿Hay criterios sociales y culturales por medio de los cuales se reconoce la santidad? La mayoría de los cristianos estarían de acuerdo en que las Escrituras, y no nuestros gustos personales o valores sociales, deben definir la vida de santidad. La dificultad está en que debemos interpretar las Escrituras.

Algunos cristianos sostienen que la Biblia es la única fuente de autoridad en la que basan su fe y práctica. Eso es lo que afirman, pero nosotros sabemos cuál es la realidad. Seamos honestos: Una gran variedad de factores influyen en la conducta y las creencias cristianas:

nuestros padres, nuestra crianza, nuestra clase social, nuestro país de origen, nuestro tipo de personalidad, nuestro sexo, y otros.

Si usted ha hablado con cristianos de una denominación diferente a la suya, se habrá dado cuenta de que las convicciones doctrinales influyen en la forma en que comprenden la Biblia. Por supuesto, ¡nosotros nunca haríamos eso! ¿O tal vez sí? Los wesleyanos hemos estado más conscientes de las otras fuentes de autoridad que influyen en nuestra teología y juicios morales que la mayoría de los otros cristianos evangélicos. No es simplemente que nos hayamos resignado a lo inevitable. No es que admitamos: “Por supuesto, leo la Biblia a través de los lentes de la perspectiva wesleyana de la santidad. Sin embargo, no estoy más prejuiciado que los demás. Y, ¿quién puede decir que mis prejuicios son menos apropiados que los suyos?”

Los wesleyanos reconocemos que hay, que siempre ha habido, y que debe haber cuatro fuentes principales de autoridad a las que los cristianos podemos recurrir al definir nuestra fe y práctica. A estas cuatro fuentes se les ha llamado, con una expresión acuñada por el teólogo metodista Albert Outler, el “cuadrilátero wesleyano”. Estas son la Biblia, la tradición cristiana, la experiencia y la razón. Por supuesto, la Biblia es la fuente primaria. Sin embargo, insistimos en que es totalmente apropiado recurrir a esas otras fuentes para que nos asistan en la tarea esencial de interpretar las Escrituras. Lo hacemos, no porque no queramos oír lo que la Escritura enseña claramente, sino para mantenernos alejados de las innovaciones sin valor, la deshonestidad y la insensatez en nuestra interpretación.

## INTERPRETACIÓN

Podemos suponer que el Dios único y verdadero, quien inspiró la Biblia, debe tener una idea precisa de lo que quiere decir con el término “santidad”. Sin embargo, debemos admitir que El no escogió definirla uniformemente y sin ambigüedad en la Biblia. Diferentes autores bíblicos parecen utilizar el término en formas ligeramente variadas. Tal vez sea porque santidad es un concepto abstracto. Quizá sea porque recalcaron diferentes aspectos de una realidad demasiado compleja como para entenderla desde una sola perspectiva. Tal vez sea porque vivieron en diferentes épocas, en diferentes lugares y en distintas situaciones sociales.

La Biblia no fue escrita en una sola sesión y por una sola persona. Surgió en el transcurso de cientos, aun miles de años, con la participación de muchos autores humanos. Un estudio profundo de la santidad requeriría que se examinara el uso del término a través de la historia y de toda la Biblia. Pocos eruditos han intentado realizar tal estudio a fondo. Pero, es mucho más de lo que este pequeño libro trata de lograr. Nuestro objetivo es más modesto: Ayudar a las personas comunes y corrientes a entender lo suficiente sobre la santidad bíblica para que respondan apropiadamente al llamado de Dios a la santidad en la vida diaria.

## COMUNICACIÓN

Parece razonable suponer que los autores bíblicos escribieron para que se les entendiera, es decir, escribieron con el propósito de comunicar un mensaje inteligible. Si fue así, tuvieron que adoptar los significados convencionales de las palabras que utilizaron. No usarían la palabra “sala” cuando querían decir “alas”. Tampoco habrían inventado palabras que nadie hubiera usado antes. Para usar nuestro ejemplo anterior, ¿cómo habría sabido la gente que “timrán” significaba “perro” si los autores bíblicos simplemente hubieran acuñado el término para sus propósitos? Por lo tanto, deben haber utilizado la palabra “santidad” con una denotación y connotación que los lectores originales al menos entendían parcialmente.

Si los autores bíblicos escribieron para que les entendieran, ¿por qué tantos pasajes de la Biblia son difíciles de entender? Y, ¿por qué las personas interpretan la Biblia en formas diferentes? Hay razones entendibles: Al leer la Biblia, no tenemos todos los conceptos que tenían sus primeros lectores. Por otro lado, tenemos numerosos conceptos modernos que ellos no poseían. Los tiempos cambian y las culturas difieren aun en un mismo período. Los escritores y oradores siempre dan por sentado un sinnúmero de conceptos en lo que escriben o dicen. Una persona extraña que tratara de escuchar secretamente la conversación de una familia durante la cena, necesitaría alguna explicación para entender lo que dicen. Lo mismo ocurre cuando tratamos de “escuchar” la literatura escrita en otro tiempo y lugar, y con diferentes conceptos que los nuestros. Es incorrecto interpretar la Biblia sin tomar en cuenta esta dimensión tácita de la comunicación. El problema es: ¿Qué conceptos extrabíblicos



podemos aplicar apropiadamente al leer la Biblia? Los desacuerdos al respecto causan la mayoría de las diferencias en la interpretación de pasajes bíblicos controversiales.

La mayoría de los hispanohablantes utilizan la palabra “piña” para referirse a una fruta. Sin embargo, las personas de la parte sur de Sudamérica llaman a la misma fruta “ananá”. En Argentina, la expresión “piña” se refiere a un golpe con el puño. Para un argentino, darle una piña a alguien, es darle una golpiza, mientras que para un colombiano sería darle la fruta.

Sin embargo, si un colombiano fuera a la Argentina y escuchara que un boxeador le “dio una tremenda piña” a su contrincante, no pensaría que, en medio de la pelea, un boxeador se detuvo para entregarle la fruta a su oponente. Esto se debe a que tenemos similares suposiciones para interpretar los términos.

Los problemas de entendimiento surgen cuando la comunicación se realiza a través de diferentes períodos históricos o culturas. Pero, también se interpreta erróneamente cuando los que escuchan no prestan atención adecuada al contexto de las palabras del orador.

Las palabras son cosas extrañas. Su significado no es meramente arbitrario. Sin embargo, para comunicar el significado, el contexto es un factor decisivo. Debemos aprender el significado de una palabra por el uso que se le dio en cierto tiempo en la historia y por su uso en un cuerpo particular de literatura.

## CONTEXTO

Aprendemos el significado de las palabras por el uso que se les da en contextos específicos. La interpretación se lleva a cabo por lo menos en dos contextos: histórico y literario.

**Contexto histórico.** Nuestra explicación acerca de la palabra “perro” demuestra que los significados y las connotaciones de las palabras cambian a través del tiempo. Las palabras se pueden utilizar literal o figurativamente. Al usarlas, las asociamos con conceptos culturales. Cuando los autores bíblicos utilizaron figurativamente la palabra “perro”, ésta no tenía la misma fuerza que nosotros le atribuimos. No es posible entender las palabras bíblicas sin conocer algo de la forma en que se utilizaron cuando se escribió la Biblia. Sería un error imponer nuestros sentimientos acerca del “mejor amigo del hombre” cuando leemos de los “perros” en la Biblia. De la misma forma, no podemos imponer nuestra teología de santidad sobre los autores bíblicos. Sería como dar por sentado que comemos “caninos recién cocidos” —usted sabe, ¡“hot dogs” o perros calientes! Puesto que hay de 2,000 a 4,000 años de separación entre los días de la Biblia y nosotros, la tarea de interpretación no es nada fácil.

Obviamente, conocer la cultura y la historia de los tiempos bíblicos nos ayudará a evitar malas interpretaciones. Sin embargo, ni los especialistas se ponen de acuerdo en cuanto al significado preciso de algunos pasajes. Los lectores originales de la Biblia no necesitaron consultar comentarios y diccionarios bíblicos para entenderla. Vivían en el mismo tiempo y cultura que el autor bíblico. Sabían de primera mano de qué había escrito. Su experiencia personal les proveyó el conocimiento inmediato del contexto histórico. Nuestro mundo es muy diferente del de ellos.

Los buenos intérpretes de la Biblia deben conocer lo suficiente sobre el mundo antiguo para evitar dos errores. Deben distinguir lo que la gente de los tiempos bíblicos daba por sentado y que nosotros no damos por sentado. Y, deben distinguir lo que nosotros damos por sentado y que la gente de entonces no daba por sentado, ni hubiera podido hacerlo. Sólo un lector sin información podría malentender la palabra “lecho” de Marcos 2:4 en la versión Reina-Valera 1960. ¿Quién supondría que los amigos del paralítico bajaron una cama—cabecera, armazón, colchón— por la abertura que hicieron en el techo? La Versión Popular y la Reina-Valera 1995 eliminan algo de la confusión al emplear el término “camilla”. A menudo comparar traducciones es suficiente para evitar malentendidos basados en diferencias históricas y culturales. Sin embargo, el abismo histórico y cultural entre aquella época y la actual no es la mayor dificultad al interpretar la Biblia.

**Contexto literario.** Supongamos que alguien que no habla nuestro idioma señala el animal que llamamos “perro” y dice una palabra que no reconocemos. ¿Podemos suponer que está diciendo “perro” en su idioma? Tal vez. Pero, quizá esté comentando sobre el olor, el color o el carácter del perro. Tal vez esté mencionando el nombre del perro, su raza o el nombre de su dueño. Es difícil saberlo a menos que conozcamos otras palabras en su idioma.

Las palabras rara vez se utilizan en forma aislada. Las palabras que las anteceden y las que las siguen, proveen el contexto literario en el que se lleva a cabo la interpretación. Sabemos lo suficiente sobre los tiempos bíblicos para comprender que los autores bíblicos no utilizaron la palabra “perro” para referirse a un automóvil viejo. Pero, ¿cómo sabemos qué quisieron decir?

Por medio de la investigación histórica y cultural podemos aprender cómo otros autores de la antigüedad utilizaron la palabra “perro”. Sin embargo, el contexto histórico nos puede decir sólo cuáles fueron los significados posibles (o imposibles) en cierto período o en cierta cultura. Solamente el uso de una palabra en un contexto literario particular nos dice cuál significado posible es el más probable. La versión Reina-Valera 1995 presenta una traducción muy literal del hebreo en Deuteronomio 23:18: “No traerás la paga de una ramera ni el precio de un perro a la casa de Jehová, tu Dios”. El paralelismo obvio entre “ramera” y “perro” guió correctamente a los traductores de la Nueva Versión Internacional (NVI), quienes hicieron una traducción interpretativa: “Ningún hombre o mujer de Israel se dedicará a la prostitución ritual. No llesves a la casa del Señor tu Dios dineros ganados con estas prácticas” (23:17-18). Sin embargo, el lector promedio de la NVI no conocerá el lenguaje colorido que se encuentra en el original.

Sabemos que no es lo mismo “Montenegro” (apellido) que un “monte negro”. Asimismo, no es lo mismo hablar de un “alto dignatario” que de un “dignatario alto”. No podemos tomar las palabras de la Biblia, ponerlas dentro de un gran sombrero, revolverlas y echarlas sobre una mesa, y esperar que comuniquen el mismo mensaje que tienen en su arreglo presente. El significado preciso de las palabras —su denotación y connotación— lo determina el contexto.

## ETIMOLOGÍA

Saber que “lata” es un envase de hojalata no nos ayuda a entender lo que quiere decir una persona al afirmar: “Hoy Roberto llevó su lata al trabajo otra vez”. Prestar atención al contexto de estas palabras nos ayudará a entender si Roberto llevó una lata de atún para su almuerzo o si utilizó un automóvil viejo para llegar a su trabajo. El significado de las palabras lo determinan el contexto y las convenciones o normas que comparten las personas, y no la etimología.

La etimología es el estudio del origen de las palabras. El origen del término “cínico”, derivado de la palabra griega para “perro”, casi no nos dice nada sobre su significado. El término “diente de león”, nombre de una mala hierba, es traducción del francés. Pero, dicha información no nos ayuda a entender el significado del término por completo.

Mi nombre, George, viene de una palabra griega que significa “granjero”. Pero, fue sólo coincidencia que me haya casado con una mujer llamada Terre, cuyo nombre en latín y en francés significa “tierra”. ¿O quizá no lo fue?

Se ha dicho a veces que el término griego para iglesia está compuesto de dos palabras que significan “llamados”. Sin embargo, esa información histórica es casi irrelevante para entender cómo se usó esa palabra en los tiempos bíblicos. Para la mayoría de los que hablaban griego, simplemente significaba “asamblea” o “reunión de personas”. Pero, los judíos que hablaban griego, al traducir la Biblia comprendieron el término como “el verdadero pueblo de Dios”.

La mayoría de las palabras tienen una historia. Sin embargo, no debemos suponer que una palabra en una frase en particular significa todo lo que ha significado a través de la historia. No, el significado lo determina el uso convencional en un contexto particular en cuanto al tiempo y dentro de un cuerpo particular de literatura.

Entonces, ¿qué objetivo tiene toda esta discusión sobre caninos, latas, convención, conceptos, comunicación y contexto? Y, en particular, ¿cómo se relaciona esto con nuestro estudio de la santidad?

## SANTIDAD BÍBLICA

Los significados de “santidad” y de los términos relacionados que se usan en la Biblia son, como toda palabra, simplemente convencionales. El concepto bíblico de santidad es más categórico que cualquier otra palabra que se usa para describirla. El término en sí no es sagrado. Después de todo, los autores bíblicos utilizaron palabras en hebreo y griego que eran diferentes a nuestras palabras en español. Lo que importa no es la palabra sino su significado. Si la palabra “santidad” no nos comunica este significado, o no lo comunica a nuestros oyentes,

debemos encontrar otros términos que describan más adecuadamente el significado del concepto bíblico.

Sin embargo, antes de abandonar una buena palabra, tenemos que entenderla nosotros y ser capaces de comunicar su significado a otros. El significado bíblico de santidad debemos descubrirlo por medio de un estudio cuidadoso de la Biblia misma. No olvidemos que los wesleyanos reconocemos cuatro fuentes principales de autoridad doctrinal: la Biblia, la tradición cristiana, la experiencia y la razón. No obstante, también insistimos en que lo que no se encuentra en la Escritura, no debemos convertirlo en artículo de fe. La Biblia tiene que ser el fundamento para toda doctrina bíblica de santidad. La teología bíblica distingue entre lo que enseña la Biblia y lo que depende de otras autoridades. No podemos empezar a desarrollar nuestra propia teología de santidad y luego recurrir a la Biblia en busca de textos que parezcan apoyar nuestras opiniones personales, y aún así, afirmar que predicamos la santidad bíblica. La doctrina bíblica de la santidad debe descubrirse en forma inductiva, no deductiva. Es decir, se debe basar en generalizaciones derivadas de una amplia variedad de pasajes bíblicos específicos. No es correcto comenzar con nuestras conclusiones doctrinales y buscar textos bíblicos que las validen.

Por medio de una cuidadosa selección y organización de los pasajes, es posible afirmar que existe base bíblica para casi cualquier opinión, no importa cuán verdadera o falsa sea. Las sectas han demostrado que es posible probar casi cualquier idea por medio de este método. No podemos imponer nuestras conclusiones teológicas acerca de la santidad bíblica y honestamente declarar que la Biblia es la fuente de nuestra fe y práctica. Lo que dice la Biblia no es la última palabra en nuestra teología; es la primera palabra. Lo que dice la Biblia debe interpretarse y aplicarse. La tradición, la experiencia y la razón inevitablemente contribuirán a nuestra teología, pero no deben pasar por alto las claras enseñanzas de la Escritura.

#### TERMINOLOGÍA DE SANTIDAD

Para definir la “santidad bíblica” debemos comenzar con las palabras. Sin embargo, esto es sólo el principio. Para entender el significado preciso de las palabras, debemos estudiarlas en sus diversos contextos bíblicos. Las palabras “santidad” y “santo” provienen del latín. Las mismas palabras en inglés —holiness y holy— provienen de las raíces germánicas (anglosajonas) del idioma inglés. En el inglés antiguo esos términos comunicaban la idea de estar “sano” o “saludable”. “Santificar” y “santificación” provienen del latín. El verbo latín *sanctificare* significa “hacer sagrado algo”, es decir, “apartarlo para el servicio de los dioses”.

Las palabras hebreas y griegas básicas que se traducen en los términos mencionados, pertenecen a las mismas familias de palabras. En el Antiguo Testamento hebreo, el sustantivo abstracto *qodesh* por lo general se traduce “santidad”. Al usarlo en contraste con lo “profano” o “común”, sugiere que su naturaleza esencial es “aquello que pertenece a la esfera de lo sagrado”. Por lo tanto, hablar del “Santo” (utilizando el adjetivo *qadosh* como sustantivo) es referirse a Dios. El verbo hebreo *qadash* significa “hacer santo” o “santificar”.

Al templo se le llama *miqdash*, el “lugar santo” o “santuario”. Aunque parezca extraño, el término hebreo *qadesh*, de este mismo grupo de palabras, se refiere a prostitutas y prostitutas del templo. Desde la perspectiva cananea, éstos eran sacerdotes y sacerdotisas apartados para la adoración del dios Baal y su madre-consorte, Asera, a quien ellos llamaban “Santidad”. Desde la perspectiva israelita, esos “hombres y mujeres santos” de las idólatras religiones de la fertilidad en Canaán, estaban muy lejos de la rectitud moral. Su “santidad” consistía exclusivamente en la devoción total a sus dioses perversos. Su moral corrupta era igual a la de las deidades que servían.

Dados los diferentes contextos literarios de estos términos hebreos, sería incorrecto traducirlos con las mismas palabras, a pesar de su origen común. En el Nuevo Testamento, la palabra “santidad” generalmente es la traducción de *hagiasmos*. Esta palabra se deriva del adjetivo *hagios*, que significa “santo”. Por lo tanto, santidad es la calidad o estado de ser santo. Ser santo es ser “apartado” o “único”.

“Santificación” es la traducción del término griego *hagiosyne*. El sustantivo, también derivado de *hagios*, se refiere al acto o proceso por el cual alguien es hecho santo o reconocido como tal. La forma plural del adjetivo *hagios* llega a ser el sustantivo *hagioi*, que por lo general se traduce “santos”. Obviamente se refiere al “pueblo santo”. Por lo tanto, el verbo *hagiazó* se traduce como “santifico” o “hago santo”.

La Escritura se refiere a Dios como “santo” por dos razones. Primero, por lo que los teólogos identifican como la trascendencia de Dios. Es decir, El es completamente distinto de su creación. Solo El es el Creador; todo lo demás que existe es su creación. El es único; sólo un Dios. Segundo, Dios es justo y amoroso de una forma sin igual al tratar con sus criaturas. Es decir, El es santo en su ser y conducta.

Solamente Dios es santo en forma tal que su santidad no deriva de otra fuente. Las personas pueden ser santas en sentido derivado, porque pertenecen a Dios, el Santo. “Yo soy Jehová que os santifico” (Éxodo 31:13; Levítico 22:32). “Yo soy Jehová, vuestro Dios. Vosotros por tanto os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo...Yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo” (Levítico 11:44-45; véase 19:2). “Santificaos, pues, y sed santos, porque yo, Jehová, soy vuestro Dios” (20:7). “Habéis, pues, de serme santos, porque yo, Jehová, soy santo, y os he apartado de entre los pueblos para que seáis míos” (v. 26). Se espera que el pueblo de Dios se conduzca de una forma que esté de acuerdo con el llamado especial a conocerlo a El y a darlo a conocer. “Así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:15-16).

## TEOLOGÍA BÍBLICA

Debido al gran número de referencias bíblicas relacionadas con la santidad es imposible estudiarlas todas aquí. Por lo tanto, ¿cómo procederemos? ¿Cómo establecemos la base bíblica para la doctrina de santidad? A veces los que enseñamos esta doctrina la hemos puesto en ridículo por predicar la entera santificación con textos inadecuados. “La hemos predicado basándonos en pasajes donde no existe”. No es razonable esperar que cada pasaje que utiliza la palabra “santidad” o “santificación” enseñe todos los aspectos de la doctrina de santidad o se refiera a una segunda obra de gracia.

Consideremos Juan 17:19, por ejemplo. Jesús, en su oración sumo sacerdotal, dice: “Yo me santifico a mí mismo”. Nadie podría entender esto como una declaración de que El se limpia a sí mismo del pecado original o que se llena con el Espíritu Santo. No suponemos que la santificación de Jesús haya sido una segunda obra de gracia, subsecuente a su conversión de una vida de pecado. En este versículo, la autosantificación de Jesús se refiere a la paradoja de estar en el mundo sin ser del mundo (vv. 11-14). En forma positiva, se refiere a su firme compromiso con la misión para la que el Padre lo envió al mundo (véase vv. 3, 8, 18, 23, 25, 26). Jesús no eludiría la tarea de dar a conocer plenamente el amor de Dios, aunque eso significara su muerte en la cruz. La oración de Jesús por la santificación de sus discípulos (y por los que creerían debido a ellos), en el versículo 17, debe entenderse de la misma manera. Por lo menos, la santidad debe involucrar un compromiso incondicional con la costosa misión redentora de Dios —un compromiso que hacemos por la gente del mundo, pero sin transigir ante los valores del mundo.

Este pasaje no cubre completamente todo lo que la Biblia dice sobre la santidad, pero no podemos afirmar que predicamos la “santidad bíblica” a menos que incluyamos lo que se enseña aquí. Negarnos a predicar la santidad “en base a pasajes donde no se encuentra”, no implica restringirnos a aquellos pasajes en que aparece explícitamente la terminología de santidad. El contenido esencial de la santidad bíblica se puede encontrar en sustancia en pasajes en donde ninguno de estos términos aparece. Este no es simplemente el punto de vista de alguien que predica la santidad. Es evidente que los términos “santidad” y “santificación” están ausentes en la carta de Pablo a los Gálatas. Pero allí habla de la libertad de la esclavitud del pecado que resulta al caminar de acuerdo con el Espíritu Santo.

En un libro que publicó recientemente una editora de tradición reformada, William M. Ramsay escribe: “Gálatas no trata de ‘la justificación por la fe’, como Lutero y sus seguidores han creído a través de los siglos. Trata de la santificación por la fe. No enseña cómo alguien recibe el perdón de los pecados. Enseña cómo debe vivir uno cuando ha recibido ese perdón inicial”. Lo categórico no es la terminología, sino el significado de los términos. La santidad es una enseñanza bíblica fundamental. Sin embargo, “todo el tenor de la Escritura” proclama la santidad bíblica; no lo hace sólo un pasaje o una interpretación personal de la Escritura.

## TRANSICIÓN

Si comenzáramos nuestro estudio de la santidad con la Biblia, no con la teología favorita de alguien —ni la nuestra ni la calvinista ni la carismática ¿cuál sería el resultado? Y, ¿en qué sección de la Biblia comenzaríamos?

Podríamos comenzar en Génesis y leer toda la Biblia hasta Apocalipsis. Sin embargo, una concordancia nos ahorraría tiempo, indicándonos dónde aparecen en la Biblia los términos “santidad”, “santificar”, “santificación” y otros términos relacionados. Esto nos permitiría ver cuántos de estos pasajes utilizan los términos en contexto. Sin embargo, un total de aproximadamente 900 referencias no hace sencilla la tarea. Una mirada rápida a través de la concordancia revela que, en el Nuevo Testamento, la mayoría de las referencias a la terminología de santidad están en 1 Tesalonicenses. Si la terminología prueba algo, este libro debe ser un documento esencial en cualquier explicación sobre el concepto bíblico de la santidad.

La frecuente y explícita terminología de santidad en esta breve epístola es digna de notar. Hay más referencias a “santidad” por centímetro cuadrado aquí que en cualquier otra parte de la Biblia. Puesto que el tiempo nos permite el lujo de realizar un estudio a fondo, 1 Tesalonicenses parece un lugar apropiado para comenzar. Por lo tanto, sin más demora, iniciemos un breve estudio de la santidad en la Primera Epístola de Pablo a los Tesalonicenses.

## 2

### LA SANTIDAD EN 1 TESALONICENSES

#### *Panorama general*

#### EL CONTEXTO HISTÓRICO DE

#### 1 TESALONICENSES

Alrededor del año 50 a.C., durante el denominado segundo viaje misionero de Pablo, el apóstol llegó a Tesalónica desde Filipos por el gran camino militar llamado la Vía Ignacia. Las dos ciudades estaban localizadas en la provincia romana de Macedonia, en lo que hoy se conoce como el norte de Grecia. Estas ciudades traen a la memoria las hazañas que realizó cuatro siglos antes el famoso conquistador Alejandro Magno. Filipos fue nombrado en honor a su padre, Felipe; y Tesalónica, en honor a su hermanastra. En su visita, Pablo llegó con sus compañeros Silas y Timoteo (véase 1 Tesalonicenses 1:1, 5-8; 2:1-14; 3:1-6; Filipenses 4:16; Hechos 17:1-10; 18:5).

Pablo describe las circunstancias de su visita en 1 Tesalonicenses 2:1-2: “Vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra visita a vosotros no fue en vano, pues habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, Dios nos dio valor para anunciaros su evangelio en medio de una fuerte oposición”. Pablo le da sólo a Dios el crédito por el valor que le permitió predicar en tales circunstancias (véase 1:5 y 2:13). Por lo tanto, Dios fue responsable de que esos paganos gentiles se convirtieran en forma maravillosa de su anterior idolatría (1:9).

No sabemos de seguro por cuánto tiempo ministró Pablo entre los tesalonicenses. Pudo ser por unas semanas (véase Hechos 17:2), pero también pudo ser por varios meses. Durante su estadía, Pablo ejerció su oficio haciendo carpas (1 Tesalonicenses 2:9). Y, más de una vez la generosa iglesia de Filipos le envió ayuda financiera para apoyar su misión en Tesalónica (Filipenses 4:16). Pablo se quedó allí suficiente tiempo como para establecer una afectuosa relación de confianza mutua con sus convertidos (1 Tesalonicenses 1:5-7; 2:6-8, 10-12, 19-20), pero no lo suficiente como para convencerse de que estaban listos para continuar solos cuando fue forzado a salir de la ciudad. La nueva congregación cristiana se desarrolló rápidamente y de manera gratificante, aun ejemplo. Sin embargo, la oposición obligó a Pablo a salir prematuramente de esa ciudad (véase Hechos 17:5-10; 1 Tesalonicenses 2:14-16).

De Tesalónica, Pablo fue a Berea, de allí a Atenas y luego a Corinto, de donde probablemente escribió esta carta (véase Hechos 17:10—18:5; 1 Tesalonicenses 2:17—3:10). Es imposible saber cuánto tiempo transcurrió entre su salida y esta carta, pero deben haber

sido sólo unas semanas o meses. Pablo escribe del estrés emocional que sufrió al tener que separarse de sus convertidos y al ver frustrados sus esfuerzos de regresar a Tesalónica.

En cuanto a nosotros, hermanos, separados de vosotros por un poco de tiempo, de vista pero no de corazón, deseábamos ardientemente ver vuestro rostro. Por eso quisimos ir a vosotros, yo, Pablo, ciertamente una y otra vez, pero Satanás nos estorbó...Por eso, no pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo...para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones...Por eso también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, pues temía que os hubiera tentado el tentador y que nuestro trabajo hubiera resultado en vano (1 Tesalonicenses 2:17-18; 3:1-3, 5).

La misión de Timoteo en Tesalónica fue un éxito rotundo. Su regreso y su reporte a Pablo sobre la perseverancia de los hermanos Como cristianos es lo que trata de inmediato Pablo en su primera Carta a los tesalonicenses.

Pero cuando Timoteo regresó, nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, y que deseáis vernos, como también nosotros a vosotros. Por eso, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados al saber de vuestra fe. De modo que ahora hemos vuelto a vivir, sabiendo que estáis firmes en el Señor. Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios, orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro y completemos lo que falte a vuestra fe?

Pablo se regocijó por las noticias que Timoteo le dio acerca de la fidelidad de los tesalonicenses. Aunque sólo podía alabarlos como cristianos, aún le preocupaba que su fe fuera deficiente. El les envió la carta que conocemos como 1 Tesalonicenses como sustituto de una visita personal que tanto deseaba y pedía en oración. Parece razonable suponer que él escribió lo que les habría dicho en persona.

## **EL CONTEXTO LITERARIO DE**

### **1 TESALONICENSES**

La Primera Epístola a los Tesalonicenses es una carta que se escribió por un motivo especial. Pablo la escribió en respuesta a una situación de la vida real. Es en verdad una carta, no sólo un tratado teológico que él envió. Tiene todas las características de las cartas que se escribían durante la época helenista y de las otras cartas de Pablo, pero con una excepción. Generalmente Pablo agradece a Dios por sus lectores después del saludo inicial, y luego continúa con los asuntos a tratar. Sin embargo, aquí el agradecimiento parece ser el asunto a tratar.

La sección de 1:2—3:13 está dedicada completamente a dar gracias a Dios por la fidelidad de estos nuevos cristianos (véase especialmente 1:2-3; 2:13; 3:9). Aun cuando Pablo cambia en los capítulos 4 y 5, para animar y exhortar, su enorme gratitud por los tesalonicenses es obvia.

## **LAS ENSEÑANZAS PRINCIPALES DE**

### **1 TESALONICENSES**

Las cartas de Pablo no son textos de teología. No hay secciones organizadas lógicamente que se dediquen a temas como la doctrina de Dios, antropología, hamartología o soteriología. La teología que se encuentra en las cartas paulinas no es sistemática, sino pastoral, y

responde a situaciones especiales. Pablo escribe como un pastor fundador preocupado por sus recién convertidos que necesitan ánimo.

Sin embargo, la teología pastoral es una teología real. Y, la teología que responde a situaciones a menudo es más pertinente para la vida diaria que las teorías especulativas que a veces llamamos teología. Además de enfocar su atención en la santificación, 1 Tesalonicenses también enseña acerca de temas teológicos importantes como la elección divina y la escatología. (También hay una conexión cercana entre las tres doctrinas en 2 Tesalonicenses 2:13-15).

## ELECCIÓN

Los cristianos de la tradición de santidad tendemos a dejar de lado la doctrina de la elección divina. Como reacción a las excesivas afirmaciones del calvinismo clásico, le damos poco énfasis a esta significativa verdad bíblica. Necesitamos que se nos recuerde, como lo hace la doctrina de la elección, que es el llamado de la gracia de Dios el que hace posible que seamos contados entre los salvados. Dios toma la iniciativa en la salvación. La doctrina de la elección nos recuerda claramente que no somos nosotros los que escogemos hacernos cristianos cuando queramos, en nuestros propios términos. Nos recuerda que la conversión y la entera santificación —de hecho, todo lo que Dios hace en nuestras vidas— no son metas, sino vocaciones, llamados. La vida cristiana es un peregrinaje en el que tomamos parte sólo por invitación. Tal vez comience con un momento de crisis, tal como el dejar los ídolos, pero servir a Dios es necesariamente un proceso (véase 1 Tesalonicenses 1:10).

La fe no es un fin en sí mismo. No nos convertimos simplemente para convertirnos. Somos llamados a vivir sobre la base de la nueva relación con Cristo. La doctrina de la elección nos recuerda también que la fe sola en la oferta de Dios para salvación no es suficiente. Si no fuera por el llamado de Dios, nunca podríamos responder con fe. Si no fuera por su gracia, nuestro arrepentimiento nunca resultaría en perdón. La salvación no depende de nosotros. No es nuestro arrepentimiento el que nos salva. No es nuestra fe la que nos salva. No es nuestra obediencia la que nos salva. Es Dios quien nos salva.

Entonces, ¿por qué escuchamos tan poco sobre la doctrina de la elección en nuestras iglesias? A diferencia de algunas tradiciones cristianas, las iglesias de la tradición wesleyana arminiana están convencidas de que la elección divina no es efectiva por sí sola. Dios no escoge salvar a algunos y excluir a otros. Creemos que su llamado se extiende a todos, y cualquiera que responda fielmente a su llamado será salvo. Si no fuera por su llamado, nadie podría llegar a ser cristiano. Sin embargo, tristemente, hay algunos a quienes Dios llama que no aceptan su elección, no le sirven en el oficio para el cual El los eligió, y rehúsan vivir como es digno del llamado de Dios. Y, algunos que responden al comienzo, más tarde se alejan por una razón u otra. Jesús lo expresó así: “Pues muchos son llamados, pero pocos escogidos” (Mateo 22:14).

Es difícil pasar por alto el énfasis que hace Pablo en la doctrina de la elección al describir la evidencia impresionante de la conversión de los tesalonicenses a Cristo. “Sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido...porque cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 1:4; 2:13).

Su fidelidad fue más impresionante aún porque sabían que vivir como cristianos en un ambiente hostil no sería fácil. Ellos sabían de los sufrimientos de Pablo (2:2). Además, él les había advertido que ellos también sufrirían por su fe (3:3-4). La forma en que soportaron el sufrimiento los hizo imitadores de Pablo y sus colegas, de las iglesias de Judea y del mismo Señor Jesús (1:5-6; 2:14-15). Aún más, los hizo ejemplos de perseverancia para los creyentes en Macedonia y Acaya (1:7-10). Acaya era la provincia romana en el sur de Grecia, en donde estaban localizadas las iglesias de Corinto y Cencrea (Romanos 16:1) que Pablo había fundado.

La celebración de Pablo por estas expresiones tangibles de la elección de los tesalonicenses y su fe cristiana vital fue lo que inspiró su acción de gracias a través de tres capítulos. “Recordamos ante nuestro Dios y Padre la prueba práctica de vuestra fe, el trabajo motivado por vuestro amor, y la perseverancia inspirada por vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 1:3, paráfrasis del autor; véase también 5:8, en donde la conocida tríada de fe, esperanza y amor aparece nuevamente; Cf.

Romanos 5:1-5; 1 Corintios 13:13; Gálatas 5:5-6; Colosenses 1:4-5). Su fe, esperanza y amor demostraban su elección divina (véase 1 Tesalonicenses 1:4). En 1:5-10, Pablo ofrece dos pruebas más de su elección: Primero, el carácter de la proclamación del evangelio que realizaba él (v. 5), y segundo, el carácter de la respuesta de ellos al evangelio (vv. 6-10). En 2:1-16, él describe más ampliamente estas pruebas en el mismo orden, esta vez dando mayor atención a su propio carácter (vv. 1-12) y refiriéndose más brevemente al de ellos (vv. 13-16).

Pablo no criticó en manera alguna la conducta cristiana de los tesalonicenses, aunque recién se habían convertido del paganismo; sólo los elogió. Tuvo especial cuidado de animarlos a continuar viviendo como lo estaban haciendo.

Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos...que, de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conducir y agradar a Dios, así abundéis más y más...Acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más...Por lo cual, animaos unos a otros y edificaos unos a otros, así como lo estáis haciendo...Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (1 Tesalonicenses 4:1, 9-10; 5:11, 4-5).

En ninguna forma la conversión de los tesalonicenses fue deficiente. Eran cristianos genuinos, aun ejemplares. Sin embargo, a pesar de la confianza de Pablo en ellos, les envió a Timoteo, “nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo” (3:2; véase 2 Pedro 1:10).

Pablo consideró posible que los tesalonicenses perdieran la fe y se alejaran de Dios, a pesar de que El los había elegido y que la conversión de ellos había sido genuina.

## ESCATOLOGÍA

La preocupación de Pablo de que los tesalonicenses pudieran perder la fe no se debía a lo inadecuado de su conversión, sino a lo contingente de la salvación. La salvación no es sólo un evento pasado y una experiencia presente, sino también una expectativa futura.

...os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera...Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día...Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de la fe y del amor, y con la esperanza de salvación como casco. Dios no nos ha puesto para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que vigilemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él (1 Tesalonicenses 1:9-10, 5:5, 8-10).

Los cristianos viven “entre los tiempos”. La muerte de Cristo en el pasado hace posible la salvación para todos. Para hacer que la salvación sea personal, El invita a la gente a dejar su vida de pecado para iniciar una vida de santidad y servicio a Dios. Aquellos que aceptan su invitación en el presente, ya viven con El como hijos de ese día futuro cuando la salvación será completa. Sólo entonces los creyentes estarán “siempre con el Señor” (4:17; véase 2 Tesalonicenses 2:13-15). Mientras tanto, son llamados a vivir “como es digno de Dios, que [les] llamó a su Reino y gloria” (1 Tesalonicenses 2:12). La salvación, en el sentido más pleno, es una esperanza futura—algo que recibiremos si permanecemos fieles en el presente.

Pablo discute aspectos de la escatología (la doctrina de las últimas cosas) tales como la segunda venida de Cristo, la resurrección de los muertos, y el juicio final. Pero no lo hace simplemente para satisfacer la curiosidad de sus lectores. La escatología describe la meta



última de la elección: la salvación final. El llamado de Dios a la salvación en el pasado y el prospecto del juicio divino en el futuro son motivaciones importantes para vivir en santidad en el presente. La elección y la escatología nos motivan a prepararnos para el “examen final” más importante de la vida.

Durante el último semestre en la universidad, experimenté el poder transformador de la confianza inmerecida a nivel humano. En ese tiempo estaba recién casado, tenía tres empleos y era estudiante de tiempo completo. Realmente tenía que hacer malabares con mi tiempo. Al acercarse el fin del semestre, era obvio que no podría terminar a tiempo una monografía importante. Una conversación de último momento con el profesor sólo profundizó mi desesperación. Le mostré la investigación y el trabajo preliminar que había realizado para la monografía. Pero, aún necesitaba varios días de trabajo para terminarla, y sólo tenía algunas horas disponibles. Puesto que formaba parte de la clase graduanda, la fecha de entrega de las calificaciones era más temprano de lo que yo esperaba. A pesar de las noches sin dormir y los días intensos, la fecha de entrega llegó y pasó, y la monografía aún estaba incompleta. El día después de la entrega de las calificaciones, tímidamente toqué a la puerta de la oficina del profesor Woodruff, preparado para aceptar lo peor. Le pregunté qué calificación me había dado por mi clase incompleta. El dijo: “Yo sé que terminarás la monografía y que harás un buen trabajo. Por lo tanto, te di la nota máxima”. ¡La nota máxima! Quedé asombrado. Emocionado. ¡Me sentí capaz de hacer lo imposible! La generosa expresión de confianza del profesor no me permitiría darle sino la mejor monografía que hubiera escrito. Y lo fue, no por mi esfuerzo, sino porque su consejo y sus altas expectativas me permitieron hacer algo que de otra manera hubiera sido imposible.

Con esto no estamos diciendo que los cristianos de alguna forma obtienen la salvación como en un plan de crédito: “Compre ahora y pague después”. Nunca podremos merecer el llamado de la gracia de Dios. Permanecemos indignos, pero su llamado nos transforma en personas que nunca podríamos ser sin alinear nuestra vida con sus ambiciosos planes para nosotros. Vivir como es “digno de Dios” es vivir ahora en una manera que esté de acuerdo con nuestro destino futuro. Es llegar a ser lo que sólo la gracia de Dios hace posible. Es estar “genuinamente santificado”. Sin embargo, la doctrina de la escatología es un recordatorio importante de que el tiempo de las oportunidades se acabará tarde o temprano. También es un recordatorio de que sólo en el cielo habrá terminado nuestro tiempo de prueba y nuestro destino estará sellado para vivir eternamente con el Señor. Aquellos cuya doctrina de la “seguridad eterna” los guía a declarar: “Una vez que soy salvo, siempre seré salvo”, en parte tienen razón. El problema es: No seremos salvos en ese sentido escatológico sino hasta que escuchemos el sonido de las puertas de perla cerrándose detrás de nosotros.

## SANTIDAD

La doctrina de la santificación, como la presenta 1 Tesalonicenses, está íntimamente relacionada con las doctrinas de elección y escatología. Un Dios santo llama a los creyentes a vivir en santidad como preparación esencial para la vida eterna con El. Esto lo vemos claramente en la primera carta de Pablo, en sus dos oraciones por la santificación de los tesalonicenses. Entre estas oraciones, Pablo los exhorta a permitir que Dios los santifique.

Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros. Que El afirme vuestros corazones, que os haga irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús que, de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conducirlos y agradar a Dios, así abundéis más y más. Ya sabéis las instrucciones que os dimos por el Señor Jesús. La voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor, no en pasión desordenada, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano, porque, como ya os hemos dicho y testificado, el Señor es vengador de todo esto. Dios no nos ha

llamado a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo. Acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más. Procurad tener tranquilidad, ocupándoos en vuestros negocios y trabajando con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcaís honradamente para con los de afuera y no tengáis necesidad de nada...Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser —espíritu, alma y cuerpo—, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará (3:12— 4:12; 5:23-24).

## RESUMEN

Es imposible demostrar, sólo en base a 1 Tesalonicenses, todo lo que las iglesias de santidad han declarado sobre la entera santificación. Sin embargo, ni Wesley ni los wesleyanos han afirmado jamás que su teología se base exclusivamente en este pasaje o algún otro. La experiencia, la tradición y la razón son fuentes de apoyo esenciales de esta y cualquier otra doctrina cristiana.

La Biblia dice mucho más de la santidad aparte de lo que encontramos en 1 Tesalonicenses. Pero, en esta epístola hay más apoyo para la doctrina wesleyana de la entera santificación. Aunque es mucho lo que podríamos decir, mencionaremos algunas enseñanzas evidentes al tomar como base esta carta:

**1. La santificación es algo que Dios desea realizar en la vida de los creyentes.** Dios llama a los creyentes a vivir en santidad y podemos confiar que, por medio de su don del Espíritu Santo, El proveerá la capacidad para cumplir lo que requiere su llamado. Dios no se contenta con que los paganos simplemente lleguen a ser creyentes. El quiere que dejen la vida vieja y demuestren su nueva lealtad a El. Dios quiere que los creyentes sean santificados. “Dios...desea que el estado de santidad que El nos da a través de la obra redentora de Cristo, se exprese en una calidad de vida que refleje su carácter y voluntad”. La santidad en el presente es un requisito esencial para el futuro glorioso que Dios ha planeado para su pueblo santo.

**2. Sin embargo, la santificación no es automática,** como si Dios la realizara sin la cooperación y la autodisciplina humanas. Los creyentes deben aprender a controlarse. Aquellos que permiten que Dios los santifique, lo agradan a El y hacen la voluntad divina. Ellos están libres de culpa ante Dios. Aquellos que rechazan su llamado a la santidad, se alinean para recibir el castigo divino. David Peterson declara que la santificación es primordialmente otra manera de referirse a “la conversión cristiana y la incorporación a la comunidad de creyentes”. El sostiene que “ser limpiado del pecado y apartado para el servicio de Dios...conlleva la obligación de reflejar la santidad de Dios en cada aspecto de nuestra vida”. Considera que, bíblicamente, es incorrecto referirse a una experiencia conmovedora de “renovación y rededicación al Señor y a su servicio” como santificación. Los wesleyanos estarían de acuerdo en que la conversión es una obra divina genuinamente santificadora, pero añadirían que es santificación inicial; es sólo el comienzo. Si la vida de santidad fuera el resultado inevitable de la conversión cristiana, no comprenderíamos la mayor parte de 1 Tesalonicenses. ¿Por qué le preocupaba a Pablo que creyentes genuinamente convertidos pudieran perderse? ¿Por qué envió a Timoteo en su misión para afirmar a los tesalonicenses en su fe? ¿Por qué oró por la santificación de ellos? ¿Por qué los exhortó a vivir en santidad? Es evidente que las decisiones humanas y el compromiso son condiciones esenciales de la continua obra santificadora de Dios en la vida de los creyentes. Creer esto no es apoyar un punto de vista “centrado en lo humano”, de “progreso y crecimiento”, como parece indicar Peterson.

**3. Un solo momento santificador no es suficiente.** El crecimiento en la santificación implica un proceso continuo. Esto requiere la cooperación continua de los creyentes, como lo

indican las repetidas exhortaciones a que “abundéis en ello” y “más y más”. La oración de Pablo para que Dios los santifique “por completo” (1 Tesalonicenses 5:23) no puede entenderse de otra manera. Peterson correctamente afirma que “santidad siempre significa empezar de nuevo, reconociendo cada día nuestro estado como pueblo santo de Dios y viviendo como tal”. Sin embargo, también significa “ser formados más y más por la totalidad de la gracia que recibimos en Jesucristo —estamos siendo ‘glorificados’”. Pero Peterson (erróneamente, en mi opinión) concluye que la referencia de Pablo a la “entera santificación”, en el versículo 23, habla de “la consumación de la obra santificadora de Dios”, es decir, la “glorificación” de los tesalonicenses. La lógica del texto contradice su afirmación de que la “entera santificación” debe equipararse con “el momento cuando veamos a Dios cara a cara”. La evidencia bíblica apoya la distinción que hacen los wesleyanos entre la santificación inicial, la entera santificación y la santificación final.

**4. El Señor es la Fuente del continuo “incremento y desbordamiento” de amor en la vida de los creyentes santificados.** “La mayoría de los comentaristas...debido al uso de terminología de santidad en 1 Tesalonicenses 3:13; 4:3, 4, 7; 5:23, dan por sentado que aquí se ve un proceso de santificación después de la conversión”. Esta es la marca distintiva de la vida de santidad: crecimiento, avance hacia la madurez, y progreso en la vida cristiana, particularmente en cuanto al “amor”. El amor siempre creciente es “el medio” por el que los cristianos son hechos “irreprochables en santidad delante de Dios” en el centro mismo de su ser. Este “fortalecimiento interno del corazón en amor...es el secreto de la verdadera santidad. Ser irreprochable ante Dios está muy ligado con el vivir en amor, porque el amor influye en los pensamientos, los deseos, la motivación y la conducta”. El “amor y la santidad son dos formas relacionadas de ver la vida cristiana. La santidad se expresará primordialmente en amor, y el amor será el medio esencial por el cual se mantendrá la santidad”. El amor no debe confundirse con la “lascivia apasionada” de los paganos. De hecho, Pablo tiene cuidado de recalcar que la santificación involucra el ejercicio disciplinado de la sexualidad. Es evidente que el amor es más que un sentimiento. Amar a otros es rehusar utilizarlos para fines egoístas o para tomar ventaja de ellos. Por el contrario, involucra el compromiso para vivir responsablemente en relación con los creyentes y los incrédulos. Aquellos que saben que Dios los ama de manera incondicional y que han consagrado sus vidas por completo a El, ya no viven para ellos mismos ni según los valores de este mundo pagano.

Después de esa afirmación teológica, Pablo dice que el carácter de los cristianos es fundamentalmente diferente al de los paganos debido al carácter de su Dios. Los paganos se comportan como lo hacen porque “no conocen a Dios”. La moral cristiana involucra vivir “Como es digno de Dios, que os llamó”, no sólo “a su Reino y gloria” en el futuro, sino a “santificación” en el presente (1 Tesalonicenses 4:5; 2:12; 4:7). Pablo insiste en que el Dios que llamó a los cristianos también los hizo dignos de su llamamiento y los capacitó para cumplir “todo propósito de bondad” (2 Tesalonicenses 1:11-12). “Nadie puede ser ‘irreprochable en santidad’ sin el amor que el Espíritu de Dios inspira y para el cual capacita”

**5. La actividad santificadora de Dios afecta todo el ser del cristiano,** “todo vuestro ser —espíritu, alma y cuerpo”. Involucra una limpieza completa de todas las dimensiones de la vida (1 Tesalonicenses 5:23). La santificación no puede restringirse a la motivación interna. Se expresa en la conducta externa y tangible. Pareciera renovar el carácter y la conducta de los creyentes. Comienza en nuestros corazones, pero luego debe manifestarse en lo que hacemos con las manos. No está restringida a los aspectos religiosos de la vida humana; Pablo recalca la transformación contracultural que la santificación realiza en el área más secular de la vida ética: la conducta sexual de los creyentes. Peterson en forma especial declara que la oración de Pablo por la “entera santificación” de sus lectores, en el versículo 23, “no se emplea en la forma en que los prominentes maestros de santidad la han entendido”. El recalca que la “entera santificación” no es un momento de crisis en el proceso de la maduración cristiana, como propusieron Wesley y otros”. Y que “la santificación aquí no es una segunda obra de gracia, aunque claramente tiene un aspecto presente y otro futuro”. La mayoría de los exponentes de la doctrina de santidad estarían en desacuerdo con Peterson al respecto; él en realidad no prueba estos puntos, sino que sencillamente los declara. Pero, podemos estar de acuerdo en que la oración de Pablo, en el versículo 23, reúne “las exhortaciones pastorales principales de la sección precedente (4:1—5:22)”, que tiene que ver principalmente con “las normas éticas y la conducta”. Admitir que “Pablo está orando de manera resumida y general...para que se exprese por completo en sus vidas lo que significa ser el pueblo santo de Dios”, no es contradecir la enseñanza de las iglesias de santidad.

**6. Se espera que la santidad sea una realidad en la vida de los creyentes antes del regreso de Cristo.** La frase “para la venida de nuestro Señor Jesucristo” no debe entenderse como una afirmación de que la santificación ocurre como resultado de la segunda venida o sólo al morir. Después de todo, Pablo ora para que los creyentes permanezcan “irreprochables” en preparación para el fin, no “hechos irreprochables” debido a ese fin. Peterson recalca que la “obra divina” de la entera santificación “está asociada con el regreso de Cristo”. La oración de Pablo en 5:23, para que los tesalonicenses sean guardados irreprochables, “continúa el énfasis de la primera parte del capítulo”. Según Peterson, los versículos 1-11 son la exhortación de Pablo para que “sean sobrios y vivan en forma piadosa, porque ‘el día del Señor’ está cerca”. En el versículo 23, Pablo ora para que Dios haga eso posible. Sin embargo, contrario a lo que dice Peterson, ¿acaso no sugiere esto que la oración de Pablo debe ser respondida antes de la segunda venida? Si la entera santificación es el requisito para la glorificación, y no su equivalente, Pablo debe esperarla en este mundo y no en el mundo venidero.

## CONCLUSIÓN

Aunque estamos persuadidos de que el concepto de santificación que sostienen los wesleyanos y el movimiento de santidad es coherente con una lectura objetiva de 1 Tesalonicenses, la honestidad nos compele a admitir que es posible tener otras interpretaciones. Los wesleyanos no deben titubear para referirse a su doctrina distintiva como “santidad bíblica”. No se basa en un libro ni en un texto bíblico, sino en todo el tenor de la Escritura. Cualesquiera que sean los aspectos que incluya el mensaje de la “santidad bíblica”, debe incluir el desafío de 1 Tesalonicenses. Dios espera integridad moral de su pueblo, porque El ha dado su Santo Espíritu a fin de darles el poder para vivir en este mundo ejemplarmente, a la semejanza de Cristo, mientras se preparan para el mundo venidero.

Los siguientes capítulos están basados en una amplia gama de textos bíblicos. En ellos no pretendemos tratar en forma exhaustiva el mensaje wesleyano ni todo lo que la Biblia tiene que decir sobre el tema de la santidad. Nuestro objetivo es más modesto. Son intentos, desde una perspectiva wesleyana personal, para recordarles, a aquellos que están de acuerdo con esta tradición, las implicaciones prácticas de la santidad en la vida diaria.

## 3

### EL SANTO AMOR DE DIOS

*Ezequiel 36:22-32*

#### INTRODUCCIÓN

El Domingo de Ramos es el primero de ocho días que tradicionalmente llamamos Semana Santa. ¡Qué nombre tan inadecuado!

Todo comenzó con un desfile bullicioso en el que hubo burros, niños que gritaban y ramas de palma que la gente agitaba. Para muchos era un llamado abierto a la revolución. Después ocurrió el desagradable encuentro con los guardias del templo. Imagine el caos: monedas que caían de las mesas volcadas, ovejas asustadas que corrían para ponerse a salvo, palomas que volaban de jaulas que se abrían al caer. Puede estar seguro de que a los soldados romanos, que observaban desde sus puestos en la fortaleza Antonio, no les pareció divertido. Tampoco a los sacerdotes aristócratas. Tal vez sus rivales, los fariseos, estaban en lo correcto acerca de este perturbador galileo.

¿Semana Santa? Más bien fue una semana de intrigas, en la que los políticos religiosos hicieron un trato secreto con uno de los discípulos de Jesús.

¿Semana Santa? Más bien fue una semana ocupada, llena de preparativos apresurados para conseguir un aposento alto privado en donde celebrar la última cena de Pascua con los amigos. Sin embargo, la cena especial se tornó extraña cuando los arrogantes discípulos rehusaron rebajarse a realizar una tarea de sirvo, pero necesaria: la de lavar pies sucios. Ellos dejaron que su Señor, ceñido sólo con una toalla, llevara a cabo personalmente la despreciable tarea. ¿Cómo podemos decir que fue una semana “santa”?

¿Semana Santa? ¿Acaso no escucha las fuertes protestas de los discípulos negándose a aceptar la advertencia de Jesús: “Uno de vosotros me va a entregar” (Mateo 26:21)?

“¡Oh, no! ¡Yo no! Los otros tal vez. ¡Pero no yo!”

¿Semana Santa? ¿No escucha la angustiada oración en el huerto de Getsemaní? “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero...” (Mateo 26:39). ¿Acaso no escucha el suspiro de aflicción cuando Jesús encontró a sus discípulos durmiendo otra vez, cuando deberían estar orando?

Después siguieron el beso de Judas, las antorchas, la guardia del templo, las espadas y la confusión masiva. Promesas quebrantadas, deserción total, juramentos y negaciones. ¿Conducta santa?

¿Semana Santa? ¿Con un tribunal improvisado e ilegal, y hasta testigos falsos? Una turba controla la situación, mientras que un político débil, cuya popularidad va declinando, procura conservar su puesto por algún tiempo más.

Burlas. La golpiza brutal. La ejecución horrorosa. El entierro apresurado. Discípulos acobardados que temen ser arrestados también. Lágrimas amargas. La confusa evaluación de tres años perdidos después de otro sueño no cumplido. Un discípulo expresó la desilusión de la mayoría: “Pero nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel” (Lucas 24:21). Esperanzas destruidas. Desesperación. Aun el reporte de un suicidio.

¡Y usted pensó que había tenido una mala semana!

Para entender esta extraña “Semana Santa”, vayamos a Ezequiel 36.

## EL PROBLEMA

Este pasaje es un recordatorio perturbador de que Dios tiene un problema. Y, nosotros somos el problema.

Sí, así es. El problema más difícil de Dios no es el mundo impío. Es la iglesia. No son los profesores y estudiantes de las universidades seculares. Son las personas de las llamadas universidades cristianas. No es la gente que duerme los domingos por la mañana después de sus fiestas de la noche anterior. Es la gente que llena las bancas de las iglesias cristianas alrededor del mundo domingo tras domingo. No son los estudiantes que inventan excusas débiles para no ir a la capilla, y logran su objetivo, o aquellos que prefieren pagar multas en vez de asistir a la capilla. Nosotros somos el problema de Dios.

No es que Dios prefiera que durmamos el domingo por la mañana o que faltemos a los cultos de capilla con dejadez. No es que El quiera eliminar los seminarios y las universidades cristianas. Su problema es que su pueblo lo ha hecho quedar mal y lo ha humillado. Hemos arruinado su reputación. Hemos profanado su santo nombre.

No. No estoy hablando de profanidad en el sentido de maldecir. El mandamiento de no tomar en vano el nombre de Dios no se refiere primordialmente a decir malas palabras. Su preocupación no es cómo hablamos, sino cómo vivimos.

Profesamos ser el pueblo de Dios. Nos llamamos cristianos, seguidores de Jesucristo. Llevamos el nombre de Dios, pero cuando nuestra vida no hace honor a ese nombre, lo hacemos quedar mal. Cuando tratamos a Dios como a un ser común y corriente, profanamos su santo nombre.

¿Cómo llegará el mundo incrédulo a saber que Dios existe si la iglesia vive como si El no existiera? ¿Cómo comprenderá el mundo que Dios ansía tener una relación personal con sus criaturas si nosotros, los cristianos, tomamos a la ligera nuestra relación con El?

Se cuenta que Alejandro Magno interrogó a un joven soldado que había desertado en el calor de la batalla. Cuando el desertor fue llevado a juicio, el conquistador macedonio le preguntó: “Soldado, ¿cuál es su nombre?”

El desertor contestó: “Alejandro, mi señor”. Entonces Alejandro Magno ordenó al soldado que estaba al lado del joven que lo golpeará en la cara.

Luego le preguntó otra vez: “Soldado, ¿cuál es su nombre?”

Cuando el desertor dio la misma respuesta, el gran general se puso de pie y le ordenó: “¡Soldado, cambie de nombre o cambie de conducta!”

Si usted alguna vez ha enfrentado realmente el peligro de muerte, tal vez sienta compasión por el joven desertor. El deseo de vivir es un impulso increíblemente fuerte. Pero, si usted ha dependido alguna

vez de la lealtad de otros en una causa mayor que su comodidad personal, probablemente estará de acuerdo en que el joven recibió un castigo muy leve. Según las leyes de guerra de la antigüedad, él merecía morir.

Pero, ¿qué sucederá con aquellos que desertan al Señor del universo? Si un rey humano trata severamente a uno cuya conducta ha manchado su buen nombre y arruinado su reputación, ¿cómo debe el Rey de reyes tratar a sus súbditos indignos? Si El le diera a Pedro, y a los que nos parecemos a él, lo que merecemos, estaríamos en un problema muy serio.

El profeta Ezequiel va del problema a la solución. Pero, primero aclara que el problema no es lo que parece ser a primera vista.

Desde la perspectiva de los discípulos, el problema con la Semana Santa fue que Jesús los decepcionó enormemente: No resultó ser la clase de Mesías que ellos esperaban. Desde la perspectiva del pueblo de Israel en la época de Ezequiel, el problema fue que Dios los desilusionó. El era el problema para ellos. Después de todo, estaban cautivos en Babilonia. Su tierra había sido desolada. Su templo yacía en ruinas. Y sentían lástima por ellos mismos. Habían perdido la esperanza. Pensaban que Dios les había fallado. Se imaginaban que Dios no se preocupaba por ellos. Ni siquiera estaban seguros de que El existiera.

Ese es el tema de la historia de Ezequiel en el valle de los huesos secos, en el capítulo 37. En los versículos 11-14, Dios le habla al profeta Ezequiel:

Luego me dijo: “Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. Ellos dicen: ‘Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza. ¡Estamos totalmente destruidos!’ Por tanto, profetiza, y diles que así ha dicho Jehová, el Señor: Yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío; os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os estableceré en vuestra tierra. Y sabréis que yo, Jehová, lo dije y lo hice, dice Jehová”.

En el medio oriente, el dios de una nación estaba estrechamente ligado con el “bienestar físico de la nación: cosechas, rebaños, salud, paz. En tal contexto...si sufrían una derrota militar, sólo había dos posibles razones. El pueblo había pecado y su dios los estaba juzgando, o ellos no habían pecado y su dios simplemente era incapaz de cuidarlos.

“En cualquier caso, los demás se burlaban de ese pueblo y su dios estaba expuesto al ridículo”.

Este es el mensaje de Ezequiel 36:17-21:

Hijo de hombre, mientras la casa de Israel habitaba en su tierra, la contaminó con su mala conducta y con sus obras...Y derramé mi ira sobre ellos por [su violencia e idolatría]...Los esparcí por las naciones... los juzgué [enviándolos al exilio]. Y cuando llegaron a las naciones adonde fueron, profanaron mi santo nombre, diciéndose de ellos: “Estos son pueblo de Jehová...” Pero he sentido dolor al ver mi santo nombre profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde fueron.

¡Qué tragedia! El pueblo de Dios no lo conoce. Saben quién es, pero conocer a alguien, en el sentido hebreo, involucra más que reunir datos sobre esa persona. Conocer a Dios no es sólo tener una teología correcta. El conocimiento en el sentido bíblico involucra una relación personal íntima. Pero, es aún más. Conocer a Dios no es sólo haber tenido una experiencia religiosa en el pasado. Conocer a Dios es continuar confiando en El y obedeciéndole. Es evidente que el pueblo de Dios carecía de ese conocimiento. Al experimentar su juicio, no habían aprendido que debían abandonar su vida pecaminosa. Sus vidas no armonizaban con la fe que profesaban. Eran ateos prácticos.

Si existe un Dios, vivir como si no lo hubiera es, en “última instancia, irracional, y un suicidio disfrazado”. Conocer a Dios como el “Santo de Israel” (Isaías 1:4) es caer en cuenta de que su santidad consume todo lo que no es santo. Rechazar a Dios es pedir que su juicio caiga sobre nosotros.

## EL PROPÓSITO

Desde la perspectiva de Dios, el problema es que su pueblo ha arruinado la reputación de El. Su propósito es restaurar su buen nombre. Para hacerlo, El planea llevar de regreso a la Tierra Prometida a su pueblo exilado.

Por tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho Jehová, el Señor: No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Santificaré mi gran nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas. Y sabrán las naciones que yo soy Jehová, dice Jehová, el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos (Ezequiel 36:22-23).

Cuando decimos el Padrenuestro —“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9) — estamos orando que Dios reivindique su santidad, que pruebe que El es Dios, que la iglesia y el mundo lo conozcan como el Dios santo que es.

El Domingo de Resurrección no fue el evento culminante de una semana maravillosa; fue la reivindicación de Dios ante la perversidad de la humanidad. Sin la resurrección de Jesús, el Viernes Santo hubiera sido un viernes trágico, seguido por muchos lunes tristes, luego el olvido y, finalmente, todo habría continuado como antes. Los discípulos hubieran vuelto a trabajar con sus redes y sus cobros de impuestos. Y, pronto el recuerdo del humilde Nazareno se habría desvanecido por completo. Sin embargo, ¡Dios reivindicó su santidad!

Cuando Dios juzga o cuando muestra su misericordia en la historia de su pueblo, lo hace con un propósito. ¿Ha notado la frase que resalta claramente en ambos extremos de nuestro pasaje, en los versículos 22 y 32? “No lo hago por vosotros”.

La restauración de Israel de parte de Dios no se debe primordialmente a que El sienta lástima por ellos. No se debe a que ellos lo merezcan. Ni siquiera es porque se han arrepentido de sus pecados. Por el contrario, Dios espera que su misericordioso acto de restauración les cause tal aflicción que lamenten su conducta al punto de arrepentirse.

Minimizamos lo grave de nuestro pecado y afrontamos a Dios cuando sencillamente decimos: “¡Fallé!” Y, no comprendemos lo que es el arrepentimiento cuando pensamos que sólo involucra derramar algunas lágrimas en el altar cuando nos plazca.

El arrepentimiento no es sólo lamentar que hayan descubierto nuestros pecados. El arrepentimiento es reconocer que hemos ofendido a un Dios santo. No es sólo abandonar la conducta pecaminosa, sino también negarse a repetir el mismo pecado en el futuro si se presentara la oportunidad.

Si es así, yo no puedo decidir simplemente que me arrepentiré cuando me sienta con ánimo para hacerlo. Sin la gracia de Dios, interceptando mi andar por el camino a la autodestrucción y dándome el poder para vivir en una forma diferente, no puedo arrepentirme en verdad y nunca lo haré. Por esa razón Dios dice:

No lo hago por vosotros, dice Jehová, el Señor, sabedlo bien.  
¡Avergonzaos y cubríos de deshonra por vuestras iniquidades, casa de Israel!...os [purificaré]...haré también que sean habitadas [sus] ciudades...Y las naciones que queden en vuestros alrededores sabrán que yo reedifiqué lo que estaba derribado y planté lo que estaba desolado; yo Jehová, he hablado, y lo haré (Ezequiel 36:32-33, 36)

Como un disco rayado, este estribillo suena una y otra vez en la profecía de Ezequiel. En las páginas de mi Biblia, abierta en los capítulos 36—37 (Reina-Valera 1960) puedo verlo seis veces:

36:11-“Y sabréis que yo soy Jehová”.

36:23-“Y sabrán las naciones que yo soy Jehová”.

36:36-“Y las naciones...sabrán que...yo [soy] Jehová”.

36:38-“Y sabrán que yo soy Jehová”.

37:6-“Y sabréis que yo soy Jehová”.

37:13-“Y sabréis que yo soy Jehová”.

En Ezequiel 6:7 aparece la frase por primera vez. Desde el capítulo 6 al 38 de Ezequiel, Dios le asegura 60 veces al profeta que hará algo para que su pueblo sepa que El es Dios—que El está con ellos

—y para que el mundo incrédulo sepa también que El es Dios. Nunca comprenderemos que necesitamos santidad a menos que veamos a Dios como amor santo.

Vea las palabras de Isaías 43:

Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, Jacob, y Formador tuyo, Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás ni la llama arderá en ti. Porque yo, Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador...Porque a mis ojos eres de gran estima, eres honorable y yo te he amado...No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tu descendencia y del occidente te recogeré. Diré al norte: “¡Da acá!”, y al sur: “¡No los retengas; trae de lejos a mis hijos, y a mis hijas de los confines de la tierra, a todos los llamados de mi nombre, que para gloria mía los he creado, los formé y los hice!”...“Vosotros sois mis testigos, dice Jehová...para que me conozcáis y creáis y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios ni lo será después mí. Yo, yo soy Jehová, y fuera de mí no hay quien salve...yo soy Dios. Aun antes que hubiera día, yo era...Yo, Jehová, Santo vuestro, Creador de Israel, vuestro Rey...No os acordéis de las cosas pasadas ni traigáis a la memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva...Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará...Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (vv. 1-7, 10-11, 12-13, 15, 18-19, 21, 25).

Dios no está ansioso de abandonar su relación de pacto con su pueblo rebelde. Por el contrario, Ezequiel nos asegura que, aunque el pueblo de Dios no ha guardado sus promesas y ha olvidado su pacto con El, El no ha olvidado. El recordará su pacto para que su pueblo sepa que El es el Señor, para que recuerde y sienta remordimiento, se arrepienta y regrese a El (16:59-63).

El propósito de Dios es transformar todo el mundo. Pero, si el mundo ha de llegar a saber que hay un Dios, que El es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y que El es santo, los que afirmamos ser su pueblo debemos comenzar a tomar su santidad seriamente.

En Ezequiel 34, Dios dice: “Estableceré con ellos un pacto de paz...habitarán en el desierto con seguridad...Y daré bendición a ellos... y sabrán que yo soy Jehová...Y sabrán que yo, Jehová, su Dios, estoy con ellos, y que ellos son mi pueblo” (vv. 25-27, 30).

## EL PLAN

Dios tiene un problema, y nosotros somos el problema. El tiene un propósito: Que le conozcan como es El verdaderamente —el Santo, Jehová Dios. Según Ezequiel, el propósito de Dios era restaurar su reputación arruinada. Y El tenía un plan para hacerlo.

Y yo os tomaré de las naciones, os recogeré de todos los países y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis purificados de todas vuestras impurezas, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra (Ezequiel 36:24-27).

Dios no se da por vencido con nosotros fácilmente. De acuerdo a las Escrituras, somos su único plan para darlo a conocer al mundo. El plan de Dios no es rechazar a su pueblo, a pesar de la forma en que lo hemos tratado.

Por el contrario, su plan es restaurar su reputación reuniendo a su pueblo disperso. El planea llevarnos de nuestra tierra de exilio. Nos reagrupará para formar un pueblo unido. Y nos llevará de vuelta a la Tierra Prometida. El nos restaurará, declarará nuevamente que somos su pueblo y nos renovará. Nos limpiará de nuestro pecado y nos dará un nuevo comienzo. Nos dará su Espíritu para que podamos obedecer. Nos reconstruirá. Removerá nuestros corazones obstinados y los remplazará con corazones que responderán a El. Dará nueva dirección a nuestras vidas para que, en vez de rebelión, nuestra respuesta sea obediencia sincera.



Sospecho que Dios está hastiado de las llamadas calcomanías cristianas en los parachoques de los automóviles. Cuando le anunciamos al mundo: “Sea paciente conmigo, Dios aún no ha terminado de trabajar en mí”, lo que estamos diciendo, en efecto, es: “Eh, no me culpe si no vivo como cristiano. Dios tiene la culpa”. Cuando justificamos nuestra mala conducta con el dicho: “No soy perfecto, ¡sólo perdonado!”, implicamos: “No espere mucho de Dios ni de la fe cristiana, ¡ni de mí, por cierto! Soy igual a usted, sólo que yo tengo entrada al cielo, y usted no”. El cristianismo popular, que afirma que la vida santa es opcional, debe desagradarle a Dios sobremanera. En realidad ha arruinado su reputación.

## PROMESA

Dios tiene un problema: nosotros. Hemos frustrado su plan: que por medio de nosotros, el mundo supiera que El es Dios. Sin embargo, El no ha abandonado su propósito. Merecemos que nos rechace como algo inservible, pero en vez de hacer eso, El promete “reciclarnos”.

Muy a menudo pensamos que el Antiguo Testamento es un libro de leyes. Y lo es. Pero, ¿quién puede pasar por alto la gracia en el pasaje que estamos estudiando? Aunque sólo merecemos ser castigados, por representar tan mal a Dios, El promete darnos una segunda oportunidad.

...vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Yo os guardaré de todas vuestras impurezas...Os acordaréis de vuestra mala conducta y de vuestras obras que no fueron buenas, y os avergonzaréis de vosotros mismos por vuestras iniquidades y por vuestras abominaciones. No lo hago por vosotros, dice Jehová, el Señor, sabedlo bien. ¡Avergonzaos...por vuestras iniquidades, casa de Israel! (Ezequiel 36:28-29, 31-32).

Aunque debiéramos ser personas rechazadas —indignos representantes de Dios— El promete restaurarnos para El. Promete darnos la relación más íntima con El: “Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (36:28). Dios quiere librarnos de nuestros pecados. El restaurará nuestros recursos debilitados. Reconstruirá nuestras vidas quebrantadas y quitará nuestro oprobio.

¡Qué Dios! ¡Qué gracia! ¡Qué amor!

¡Qué vergonzoso!

Cuando nos vemos desde la perspectiva de Dios, dejamos de sentir lástima de nosotros mismos. Dejamos de preguntarnos: ¿Por qué yo? Cuando recordamos cómo le hemos fallado a Dios, revaluamos nuestras vidas. Sintiendo vergüenza, nos arrepentimos y volvemos al Dios que nos da, no lo que merecemos, sino lo que necesitamos.

## CONCLUSIÓN

Tal vez usted haya escuchado la historia del sargento airado que golpeó a un soldado raso en la cara sin razón alguna. En respuesta al maltrato inmerecido, el soldado prometió: “Sargento, haré que se arrepienta de lo que ha hecho, aunque sea lo último que yo haga”.

Más tarde, en el calor de la batalla, el soldado injustamente maltratado salvó la vida del oficial. El desconcertado sargento le extendió la mano en señal de amistad y le preguntó: “¿Por qué arriesgó su vida para salvar la mía, después del trato que le di?” El soldado, dándole la mano, respondió: “Sargento, le dije que haría que se arrepintiera por ello, aunque fuera lo último que hiciera”.

¡Qué muestra de perdón! ¡Qué muestra de la semejanza a Cristo! ¡Qué muestra de conducta cristiana!

Sí, Dios tiene un problema. Pero, no es el mal carácter. No es la injusticia. Nosotros somos el problema. Debe alegrarnos que Dios tenía un plan para dar a conocer al mundo la verdad acerca de El, ¡a pesar de nosotros! Regocijémonos porque El tuvo un propósito al restaurarnos, para que aún pudiéramos ser sus instrumentos a fin de darlo a conocer. Celebremos que El prometió darnos lo que necesitamos, ¡no lo que merecemos!

Si realmente entendemos estas verdades durante la Semana Santa, veremos la cruz desde una perspectiva completamente diferente. Fue el último esfuerzo de Dios para que nos arrepintiéramos de haber profanado su santo nombre, aunque fuera lo último que El hiciera.

¿Y qué de la resurrección? ¡Fue la vindicación de la santidad de Dios! Jesús tenía la razón, sus acusadores estaban equivocados.

Por lo tanto, ahora a nosotros nos toca actuar: a usted y a mí. Si hemos sido culpables de arruinar la reputación de Dios, ¿qué debemos hacer? ¿Nos acercaremos a El y aceptaremos su perdón y limpieza? O, ¿continuaremos humillándolo y rechazando su santo amor? Sus brazos aún están abiertos para recibirnos y darnos un nuevo comienzo. Sólo es el comienzo, pero es el requisito para seguir el camino de santidad.

Un himno de Carlos Wesley provee una conclusión apropiada:

*¿Cómo puede ser que el Salvador*

*Por mí su sangre derramó?*

*¿Murió El por mí, quien causó su dolor?*

*¿Por mí, quien su muerte buscó?*

*¡Oh, qué amor! ¿Cómo puede ser*

*Que Tú, mi Dios, murieras por mí?*

*¡Es un misterio! ¡El Inmortal murió!*

*¿Quién puede entender su divino plan?*

*¡En vano el ángel quiere entender*

*El profundo amor del Creador*

*¡Al Dios de amor, adorad!*

*¡Oh, ángeles, cesad de inquirir!*

*¡Del Padre, el trono El dejó!*

*¡Su gracia infinita es!*

*Dejó El todo, excepto su amor,*

*Su sangre por nos derramó.*

*Misericordia tan inmensa*

*El demostró al encontrarme a mí.*

*Mi espíritu cautivo fue,*

*Esclavizado al pecado, en oscuridad.*

*Tu mirada irradióme luz,*

*Y desperté y vi tu resplandor*

*Mi corazón libre quedó,*

*Me levanté y te seguí.*

*No temo más la condenación.*

*¡Jesús y, en El, todo mío es!*

*Ahora vivo en mi Señor,*

*Vestido en justicia de mi gran Dios.*

*Ya sin temor al trono voy,*

*Por Cristo corona me dará Dios.*

## 4

### **¿ES LA SANTIDAD CONTAGIOSA?**

*Marcos 6:53—7:8, 14-23; 8:34-38*

#### **INTRODUCCIÓN**

El refrán dice: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. La evidencia es incontestable. Las personas adquieren las características de aquellos con quienes se asocian a menudo. Los casados —según se dice— después de un tiempo comienzan a asemejarse el uno al otro. La forma en que hablamos, las expresiones, la jerga —aun nuestras palabras nos delatan. Recuerde que el dialecto galileo común de Pedro lo delató durante el juicio de Jesús (Mateo 26:73).

No puede negarse el poder de la influencia. Los padres nunca animarían a sus hijos a cultivar una amistad estrecha con muchachos malos. Por el contrario, los padres se deleitan cuando sus hijos se llevan bien con los hijos de otras familias de la iglesia. Ninguno de nosotros permitiría que nuestros hijos adolescentes asistieran a una fiesta si sabemos que habrá alcohol y drogas. La presencia de adultos responsables es esencial aun en las actividades de jóvenes que organiza la iglesia.

No podemos negar el poder de la influencia. Sin embargo, la influencia es una calle de dos vías. Las personas malas pueden influir en las buenas para que hagan el mal. Pero, las personas buenas también pueden influir en las malas para que hagan el bien. La pregunta es: ¿Cuál tiene más poder? ¿El jabón o la suciedad? ¿El bien o el mal? ¿La santidad o la impureza?

La mayoría de las personas de la antigüedad daban por sentado que el mundo estaba dividido en tres esferas. En un extremo estaba la esfera de lo santo, habitado por Dios y las personas y cosas consagradas a El; en el otro, estaba la esfera de lo impuro. En medio estaba la esfera común de la vida diaria. Tanto lo sagrado como lo impuro poseían una “fuerza misteriosa y atemorizante” inherente. Estas dos fuerzas transformaban todo lo que entraba en contacto con ellas. Lo impuro y lo santo eran considerados intocables. Aquellos que los tocaban, llegaban a ser intocables también. Por ejemplo, las leyes del Antiguo Testamento prohibían tocar cosas impuras como los cadáveres, y cosas sagradas como el arca del pacto (véase Levítico 11—16; Números 6; 19; 31).

Tales reglas le recordaban a Israel la santidad trascendente de su Dios y la santidad que debía preservar como su pueblo escogido. También aseguraban que Israel permaneciera separada de las naciones paganas que la rodeaban. Después del exilio babilónico, la preocupación por la piedad basada en el ritual, y el desarrollo de regulaciones poco prácticas, hicieron que la mayoría de los judíos perdieran la esperanza en que fuera posible la santidad personal. Dieron por sentado que la impureza era contagiosa. Afirmaban que aun el contacto físico casual con una persona “impura” los hacía impuros.

#### **OTROS PUNTOS DE VISTA ACERCA DE LA SANTIDAD**

Diferentes grupos de judíos del primer siglo actuaban en formas distintas ante tal situación. Debo advertir que, al describir estos grupos, haré sólo una generalización amplia e inevitablemente simplista.

**1. Los saduceos daban por sentado que las realidades políticas y sociales demandaban que ellos transigieran frente a los que ocupaban el poder, a fin de mantener una coexistencia pacífica.** Debido a que representaban la élite de la sociedad judía, tenían mucho que perder si no lograban disminuir la tensión. Quizá decían: “Es mejor ser romano que estar arruinado”. Escogieron seguir el camino de la secularización en vez de la santificación. Relegaron la santidad a los días de fiesta religiosa, en los lugares santos, cuando cumplían su oficio santo. Sin embargo, en los demás días y en los demás lugares, los saduceos pensaban que podían seguir una vida normal: Dejar de lado sus mandamientos y costumbres; ponerse al nivel de los romanos, en su propio terreno y bajo sus términos.

**2. En el extremo opuesto estaban los esenios, la secta judía que, según se cree, produjo y preservó los Rollos del mar Muerto.** Ellos alegaban que el mal era tan poderoso y que los malos eran tan numerosos que debían evitar aun la interacción social normal con ellos. La vida diaria en el seno de la sociedad inevitablemente implicaba el riesgo de la contaminación fatal del pecado. Por lo tanto, los esenios se fueron a vivir en remotas comunidades monásticas, en el desierto, a muchos kilómetros de toda forma de pecado. El trabajo arduo, la disciplina rígida, el estudio constante de las Escrituras, las oraciones frecuentes y los repetidos baños rituales les permitieron evitar que el mundo contaminara su santidad, obtenida con tanto esfuerzo. Tomaron en forma muy literal la ley de Moisés para organizar la vida diaria en sus comunidades. Considere un ejemplo. Los esenios de la comunidad de Qumrán ordenaban apearse estrictamente a Deuteronomio 23:12-14. Para cumplir el mandato bíblico, todos los miembros de la comunidad recibían un azadón para que prepararan lugares adecuados para hacer sus necesidades. Para los esenios, la santidad requería aislarse del mundo, es decir, relegaban la santidad a una vida al margen de la sociedad común. La santidad significaba aislamiento, y no la santificación de toda la vida.

**3. En contraste con aquellos que consideraban el escape y la separación como las únicas soluciones, los zelotes tomaron la vía de la oposición activa, a menudo violenta, ante el mal en el mundo.** Los principales enemigos de la santidad, en su opinión, eran los romanos. Por lo tanto, los zelotes rehusaban pagar impuestos, pues hacerlo hubiera significado ser cómplices de los paganos invasores y reconocer que Israel era esclavo de Roma. Hubiera sido una traición inescrupulosa al único y verdadero Dios. Convertir la santidad en asunto político les permitió justificar aun medios violentos para alcanzar fines justos, pues daban por sentado que la verdadera santidad no podía existir en un mundo caído y dominado por hombres malos.

**4. A pesar de la imagen moderna de los fariseos como legalistas pedantes, los esenios los consideraban demasiado liberales.** Y, de acuerdo a los zelotes, los fariseos transigían con demasiada facilidad. Estos, sin embargo, creían que eran simplemente personas realistas en medio de un mundo extremista. A diferencia de los esenios, ellos reconocían la necesidad de adaptar las reglas del Antiguo Testamento al mundo moderno del primer siglo. No era suficiente repetir leyes inflexibles que se dieron para mantener la salud de un pueblo que vagaba por el desierto. Los fariseos no se oponían a tener retretes sanitarios, adecuados para los que vivían en una ciudad. Asimismo, para consternación de los zelotes, como una concesión necesaria ante las realidades existentes, los fariseos pagaban impuestos. A regañadientes. ¿Quién no lo hace? A diferencia de los saduceos, no eran amigos de Roma. Ellos añoraban el día cuando Israel gozara otra vez de autonomía. Pero, a diferencia de los zelotes, los fariseos no estaban dispuestos a emprender la lucha. Ellos esperaban la llegada del reino de Dios, cuando El destruiría a sus enemigos y vindicaría a su pueblo fiel.

En su afán por resguardar la santidad, los fariseos asumieron la responsabilidad de hacer más de lo que la ley requería y menos de lo que permitía. Aunque eran laicos, voluntariamente adoptaron las leyes sobre la pureza que eran sólo para los sacerdotes que ministraban en el templo. No sólo el pan sin levadura que comían los sacerdotes en el templo debía considerarse santo delante de Dios, sino todas las comidas. Los fariseos intentaron extender los límites del sacerdocio santo para incluir a toda la gente. Aumentaron las regulaciones que resguardaban el carácter sagrado del santo templo e incluyeron todos los lugares (véase Éxodo 19:5-6; 1 Pedro 2:9-10).

Los fariseos dieron por sentado, como lo hicieron la mayoría de los contemporáneos de Jesús, que la impureza era contagiosa y una amenaza para la santidad. Ellos sabían que no podían cumplir perfectamente todas sus reglas. Por lo tanto, desarrollaron y aumentaron lo que el Antiguo Testamento enseñaba sobre los medios para purificarse, aun después del contacto inadvertido con lo impuro (véase Levítico 15). Para esto, la regla normalmente era seguir un procedimiento ritual establecido para lavarse las manos: dos veces, con cantidades específicas de agua y ciertas posiciones de las manos. La mayoría de los fariseos vivían cerca de Jerusalén, de manera que podían ofrecer los diferentes sacrificios para expiar por su contaminación y restablecer su santidad manchada.

Los fariseos estaban expuestos a la contaminación de la vida en el mundo y a los inevitables contactos con la maldad que allí enfrentaban. Su llamado legalismo tenía el propósito de preservar su frágil santidad en ese ambiente hostil. Con sus 613 reglas generales y especiales, los fariseos intentaron “construir una cerca alrededor de la ley”. Al observar esas directrices prácticas y específicas para la vida santa, una persona podía evitar aun la apariencia de mal. Por medio de su cerca protectora, los fariseos evitaban aun hechos que no eran malos, pero que podían guiar a acciones pecaminosas. Por ejemplo, establecieron una lista de 39 actividades que no se podían realizar el día de reposo. Entre estas, se prohibía a la mujer mirarse en el espejo el día sábado; puesto que la mujer es vanidosa, se evitaba la posibilidad de que al ver una cana, fuera tentada a “arrancarla”, violando así el mandamiento que prohibía trabajar en el día de reposo.

Describir a todos los fariseos como legalistas e hipócritas es infundado e injusto. Su preocupación por construir una cerca alrededor de la ley fue una expresión honesta de su compromiso para cumplir, en el mundo, los términos del pacto de Israel con Dios. Ellos no pensaban que cumplir la ley los salvaría. Sabían que su relación con Dios estaba fundamentada sólo en la gracia divina. Sin embargo, tomaron seriamente la obediencia a este Dios que les manifestaba su gracia. El acercamiento de los fariseos a la santidad podría llamarse la senda a la privatización y ritualización. Y, dondequiera que se relega la santidad a la esfera de la piedad privada y al ritual, el legalismo encuentra terreno fértil.

La ética de los fariseos, de construir una cerca, tiene una analogía moderna: los conductores cautelosos que colocan su control de velocidad de crucero a 70 kilómetros por hora aunque la velocidad límite sea de 80. Ellos actúan con precaución para evitar el riesgo de exceder la velocidad límite.

Tal vez una mejor analogía se encuentre en la explicación de por qué las iglesias tradicionales del movimiento de santidad se oponen al baile social. No es que los movimientos rítmicos del cuerpo sean malos, sino que podrían conducir a relaciones sexuales ilícitas. El baile, como alguien ha dicho, es “una expresión vertical de una idea horizontal”.

Muchos cristianos en cierta época rehusaban ser clientes de restaurantes o almacenes que vendieran bebidas alcohólicas, aun cuando ellos no tenían intención de comprar licor. Otros boicoteaban todos los cines, sin importar la película que estuvieran presentando, para no seguir la resbalosa pendiente que podría llevarlos de Bambi a la pornografía. Otros nos dicen que no compremos ciertos productos porque hay rumores infundados de que el fabricante apoya el satanismo.

Permítame dirigir unas palabras a aquellos que piensan que estas son trivialidades. Tenemos que admitir que nuestros predecesores en el movimiento de santidad, al rechazar cosas tales como joyas, cosméticos y medias sin costura para mujeres, “se aferraron a distinciones que eran triviales”. Sin embargo, como afirmó Elton Trueblood: “El error de tales acciones no es estar dispuesto a ser una minoría consciente, sino más bien llegar a distinciones muy simples”.

En un tiempo cuando los no wesleyanos están redescubriendo el llamado de la Escritura a una vida ética, es prioritario que los wesleyanos contemporáneos, que navegan sin dirección en mares de indecisión moral, reconsideren las implicaciones prácticas de la dimensión de separación en la santidad. Claramente, nuestra época es menos “amiga de la gracia” (Watts) que la de nuestros predecesores. Aunque ellos hayan sido culpables de incluir cosas triviales en el llamado a la separación, no debemos caer en el error de abandonar ese llamado. En la actualidad, demasiadas personas del pueblo de santidad, avergonzadas de los legalismos del pasado, se entregan a la licencia extrema de la anarquía moderna. Si profesan aun creer en la santidad, no tienen idea alguna de la diferencia que podría causar en sus vidas.

Nuestros antecesores del movimiento de santidad no estaban totalmente errados. El llamado bíblico a la santidad involucra separación del mundo, piedad personal y obediencia radical a la voluntad de Dios. Y, antes que declaremos completamente inocentes a los fariseos, veamos las palabras de Jesús (en Mateo 23:23): “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmaís la menta, el anís y el comino, y dejáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello”. Antes que desechemos a la ligera el legalismo por cosas insignificantes que preocupó a los fariseos y a nuestros padres teológicos, debemos preguntarnos: ¿Estamos más comprometidos que los fariseos con lo que Jesús llamó “lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe”? ¿Estamos tan dispuestos como nuestros antecesores a ser una “minoría consciente”, pero por asuntos que realmente importan? Si ellos demandaban más de lo que Dios o las Escrituras requerían, ¿pensamos que podemos sobrevivir espiritualmente con menos?

Los fariseos trataron de vivir en el mundo sin que éste los contaminara. Esto, como recordará, es similar a lo que Jesús pidió al orar para que sus discípulos experimentaran la santificación (Juan 17:14-19). Sin embargo, el enfoque de Jesús fue muy diferente al de los fariseos. Su preocupación no era sólo

que los cristianos fueran guardados de la maldad del mundo y protegidos del maligno. Su preocupación era que fueran “verdaderamente santificados” —para enviarlos al mundo así como El fue enviado al mundo— para que el mundo fuera guiado a creer por la influencia de sus vidas llenas de amor santo.

Aunque los fariseos constituían la más grande de las cuatro sectas judías principales, en realidad no eran numerosos. Se calcula que formaban sólo el uno o dos por ciento de la población de Palestina. Sin embargo, su influencia sobre las mentes de las masas era considerable. Sus puntos de vista eran acogidos ampliamente, aunque la vasta mayoría de los judíos del primer siglo no podían, o no querían, dedicar tiempo ni esfuerzo para observar las escrupulosas prácticas farisaicas. Como resultado, la mayoría de los judíos aceptaban la evaluación de los fariseos de que las masas eran personas pecadoras sin esperanza. Pocos judíos del primer siglo intentaban seriamente observar las reglas rabínicas para preservar y restaurar la santidad ritual. Los fariseos mencionados en nuestro texto las cumplían, pero al parecer sólo les preocupaba su propia salvación.

### **EL PODER DE LA SANTIDAD**

Todo esto explica por qué Jesús enfrentó tanta oposición. El enseñó que la única impureza que podía contaminar a una persona era la impureza moral (Marcos 7:17-22). También dio por sentado que la santidad ética era contagiosa. Aunque El era el “Santo de Dios”, su santidad amenazó sólo el mal, no a las personas que eran víctimas desvalidas del mal.

Al negarse a practicar el acostumbrado lavamiento de las manos antes de comer, Jesús no estaba rechazando la higiene básica, sino la idea de que El pudiera haberse “contaminado” por el contacto casual con personas pecaminosas. Los milagros de sanidad que realizó el día de reposo parecen haber sido afrontas deliberadas a la susceptibilidad popular respecto a los días sagrados. Nada urgente obligó a Jesús a sanar a personas que habían sufrido su aflicción por muchos años (véase Lucas 13:10-17). ¿Hubiera afectado en algo esperar un día más? Pero Jesús dijo: “El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado” (Marcos 2:27). Era apropiado hacer el bien y satisfacer las necesidades de las personas, aun en el día de reposo (véase Mateo 12:9-14). Lo que hace el día sagrado o mundano son las obras de la persona, y no el día de la semana.

Jesús se asoció libremente con personas pecaminosas e impuras. La mayoría de sus contemporáneos judíos creían que comer con otros era aceptarlos como amigos, aceptarlos como eran, excusar su pecado, transigir, y por lo tanto, contaminarse. Sin embargo, Jesús aceptó invitaciones a comer en las casas de pecadores conocidos, pasando por alto en forma patente la susceptibilidad judía. Se asoció con cobradores de impuestos, quienes por ganarse la vida, habían transigido a los valores de la Roma pagana, y por lo tanto, eran impuros.

Jesús desechó costumbres sociales que daban por sentado que la impureza era más poderosa que la santidad (véase Mateo 15:1-20). Los evangelios nos dicen que El tocó a leprosos, liberándolos de su impureza (véase Lucas 5:12-16; 17:11-19). A diferencia de la mayoría de los hombres judíos de su época, El aceptó a las mujeres —aun prostitutas y adúlteras— como seres humanos (7:36—8:3; Juan 8:1-11). Lejos de contaminarse, Jesús sintió que de El había salido “poder” cuando lo tocó una mujer que sufría de un trastorno menstrual crónico (Lucas 8:43-48; 6:17-19). El dedicó tiempo para bendecir a los niños, a quienes consideraban “sin importancia”, asombrando así aun a los discípulos (18:15-17). Jesús se arriesgó acercándose a aquellos que estaban poseídos por espíritus malos, y causó que los demonios huyeran al enfrentar su poderosa santidad (8:26-29). Jesús no titubeó en poner sus manos sobre los enfermos, a pesar de la idea común en su tiempo de que las personas se enfermaban por causa de su pecado. Al tocarlos, les dio sanidad y perdón (Marcos 2:1-12; 6:53-56; Juan 9:1-3). El tocó aun a los muertos y, al hacerlo, les dio vida (Lucas 7:11-17; 8:41-42, 49-56; Juan 11). Además, a los religiosos que estaban entre la multitud, Jesús los contrarió mencionando como héroes de sus parábolas a pecadores perdidos, cobradores de impuestos y aun samaritanos (Lucas 10:25-37; 15:1-2; 18:9-14), y al elogiar la fe y los hechos de gentiles y otros menospreciados por la sociedad, dando a entender que eran superiores a los judíos que confiaban en su propia justicia (7:1-10; 11:37-54; 19:1-10).

Aunque el punto de vista de Jesús acerca de la santidad era correcto, El arriesgó algo al ministrar a los impuros: su reputación. Los fariseos lo hubieran despreciado, como otro más de las masas impuras, si no hubiera sido por la gran reputación que tenía entre las multitudes como un maestro religioso con credibilidad: un hombre santo. Jesús no sólo se mostraba indiferente a las observancias que distinguían entre lo puro y lo impuro, entre lo santo y lo profano. El guiaba a otros a pensar y actuar de la misma manera.

No es de extrañar que, en el nombre de la religión, los enemigos de Jesús se propusieran eliminarlo por ser una seria amenaza a la perspectiva que ellos tenían de su mundo. Ellos justificaron su

antagonismo hacia Jesús describiéndolo como glotón y borracho, amigo de cobradores de impuestos y pecadores (Lucas 7:34). Esta descripción fue más que una acusación de culpabilidad por asociación: “Dime con quién andas...” Fue una declaración de guerra. Identificaron a Jesús como alguien que merecía la muerte (véase Deuteronomio 21:18-23). El intento de Jesús de limpiar el templo eliminando objetos religiosos extraños, para dar lugar a los adoradores gentiles, parece haber sido la última gota que hizo rebosar el vaso con agua (véase Marcos 11:15-18; 14:53-59). De manera que fueron la ley y hombres “santos” que guardaban la ley, los que finalmente llevaron a Jesús a la muerte.

Después Jesús instó a sus seguidores a que llevaran las buenas nuevas a personas de todas las naciones (Mateo 28:18-20; Lucas 14:15-24; Hechos 1:8). El libro de Hechos muestra que los discípulos, influenciados por las tradiciones del exclusivismo judío, al principio se resistieron a realizar la misión a los gentiles. Ni siquiera el don del Cristo exaltado, el Espíritu Santo, venció inmediatamente los prejuicios religiosos. No ocurrió de un día para otro, pero, con el paso del tiempo, entendieron e imitaron el concepto radical de Jesús acerca de la santidad contagiosa. Pedro requirió una visión triple para entender que los gentiles eran candidatos apropiados para recibir el poder purificador de Dios (Hechos 10). Otros cristianos judíos, aun los apóstoles, al principio lo reprendieron por haberse involucrado en algo tan arriesgado (11:1-18; 15). Sin embargo, ni siquiera Pedro pudo conciliar siempre lo que recién había aprendido y sus viejos amigos, tal como el apóstol Pablo tuvo que recordárselo en una confrontación pública (Gálatas 2:11-21).

Tal vez sea tiempo de explicar mi extraño uso de la palabra “contagiosa”. Al usar este término, no quiero decir que la santidad enferme a las personas o que podamos “contagiamos” de santidad sencillamente al pasar tiempo con una persona santa. Lo que estoy afirmando es que la santidad es más poderosa que el pecado; de hecho, tiene poder para derrotar al pecado en su propio terreno. Quiero decir que la santidad auténtica es al menos tan contagiosa como la risa, que la santidad es atractiva y cautivadora, y que transforma todo lo que toca.

La confianza en el poder contagioso de la santidad llevó al apóstol Pablo a instar a los cristianos cuyos cónyuges no fueran creyentes, a que no se divorciaran (1 Corintios 7:10-16). El estaba convencido de que el cónyuge creyente “santificaría” al incrédulo. Estaba convencido de que la santidad es más poderosa que la incredulidad, el pecado, la idolatría y cualquier otro problema. El creyente puede llevar a su cónyuge y a sus hijos a la fe.

Pablo conocía el poder del “Espíritu santificador”. Pero también conocía el poder de la convicción. “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo; pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es” (Romanos 14:14).

### **EL PODER DE LA CONVICCIÓN**

¿Estamos convencidos del poder purificador y contagioso de la santidad? Quizá muchos consideremos los tabúes rituales —tales como los que acostumbraban evitar los judíos del primer siglo— como un reflejo de supersticiones primitivas. Hoy, consideramos mentalmente enfermas a las personas que se preocupan por realizar purificaciones meticulosas después del contacto casual con pecadores.

Sin embargo, en muchas otras formas, nuestras prácticas a veces indican que apreciamos más el punto de vista de los oponentes de Jesús que el de Jesús, Pablo y la iglesia primitiva. ¿Estamos realmente convencidos de que Dios es más fuerte que Satanás? ¿Que el Santo es más fuerte que el maligno? ¿Que el bien es más fuerte que el mal? ¿Que lo correcto es más fuerte que el poder? ¿Que la gracia es mayor que nuestro pecado? ¿Que el Espíritu es más fuerte que la carne?

¿Creemos realmente que la santidad es contagiosa? ¿O estamos tan preocupados con nuestra preservación que no hacemos nada para ayudar a los necesitados? ¿Evitamos acercarnos a las víctimas del SIDA porque nuestra supervivencia personal es más importante que servir a la semejanza de Cristo? ¿Es nuestra reputación religiosa más importante que la realidad? ¿Nos preocupa más cuán santos piensan algunos que somos, en vez de ser santos? ¿Fuimos purificados y recibimos poder para servir en el nombre de Jesús? Si es así, ¿estamos demostrando nuestra santificación por medio de un servicio desinteresado? ¿O estamos almacenando virtud para una contingencia futura?

Si Dios es la Fuente de la santidad auténtica, ¿acaso no estamos convencidos de que su provisión es inagotable? ¿Persuadiremos alguna vez a los incrédulos sobre la realidad y el poder purificador de Jesucristo si nos escondemos temerosos en algún lugar con un “grupito de santos”? ¿Cuándo saldremos y avanzaremos al frente de batalla, en donde se enfrentan las fuerzas del bien y del mal?

Pero, ¿cómo confrontamos un mundo impuro con la convicción de que la santidad es contagiosa? ¿Cómo confortamos con el optimismo de la gracia a los heridos? ¿Qué se necesita para persuadirnos de que en verdad un Dios santo puede transformar este planeta impío por medio de un pueblo santo?

### CORAZONES TRANSFORMADOS

Sólo la transformación que se lleva a cabo de adentro hacia afuera, y que llamamos entera santificación, puede capacitar al pueblo de Dios para servirle y guiar al mundo para que sepa que El es Dios. Jesús cita las palabras de Isaías (29:13): “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí, pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Marcos 7:6-7). Ezequiel enseñó algo similar: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra” (36:26-27).

La tentación en que cayeron los fariseos es común entre las personas religiosas. Es la de cumplir sólo las “leyes” que conducen a la adoración formal. Pero, la preocupación de Dios va más allá de las interrupciones en nuestra rutina diaria para adorar. Va más allá de la asistencia fiel a los cultos de la iglesia. La adoración involucra más que alabar con palabras o adorar sólo en el santuario.

La demanda de Dios para nosotros se extiende a las dimensiones de la vida supuestamente seculares y las sagradas. Dios ansía guiar todos los días de nuestra vida, no sólo los especiales. “O toda la vida cristiana es adoración, y las reuniones y actos sacramentales de la comunidad equipan e instruyen para esto, o dichas reuniones y actos resultan absurdas”. La verdadera adoración no consiste sólo en lo que se practica en los sitios sagrados, en tiempos sagrados y con actos sagrados, sino es también la ofrenda de nosotros mismos como sacrificios vivos en nuestra existencia diaria en el mundo (Romanos 12:1-2). Hablar de la adoración en este sentido bíblico amplio requiere que se tome en cuenta la ética personal y social, así como las disciplinas espirituales privadas y comunitarias.

La verdadera adoración, como respuesta sincera del creyente a Dios, se lleva a cabo principalmente en el mundo, y en especial se realiza como servicio a nuestros hermanos y hermanas. Dios quiere una religión práctica y diaria: La religión que ayuda a los desvalidos y da fuerza a los indefensos (Santiago 1:27; Mateo 25:31-46); la religión que no sólo habla del amor, sino que lo pone en acción (Santiago 2:14-17; 1 Juan 3:17-18). El ritual nunca podrá remplazar el hacer lo correcto. Buscar a Dios no sustituye el procurar que haya justicia en las calles (Amós 5:21-24). La adoración y la oración no son medios para sobornar a Dios a fin de que nos dé seguridad o alivio emocional.

Las ofrendas sacrificiales, los cultos de adoración y las devociones privadas son significativas sólo en el contexto de vidas de completa obediencia (véase 2 Samuel 24:24; Jeremías 7:21-26; 14:12; Oseas 6:6; Miqueas 6:6-8). El problema de los fariseos en nuestro texto no fue simplemente que discutieron con Jesús acerca de la doctrina de la santidad. Fue la falta de confianza práctica en Dios y de obediencia a El. Fue utilizar la religión como un cheque en blanco para excusar lo malo que hacían. Jesús no se oponía a las reuniones religiosas públicas que los fariseos realizaban regularmente. Los evangelios muestran que El acostumbraba asistir a la sinagoga. Jesús no se oponía a la oración privada que practicaban ni a su estudio de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, la adoración sin obediencia no tiene valor. ¿Hemos perdido en nuestras prácticas religiosas la realidad de la verdadera adoración? ¿Ofrecen nuestros labios alabanzas a Dios mientras que nuestras vidas marchan al ritmo del mundo? Nadie nos acusaría a nosotros de legalismo. Pero, ¿estamos satisfechos con la adoración vacía?

Isaías 58 tal vez sea el más fuerte ataque en la Biblia contra la adoración vacía. Es una respuesta a la queja del pueblo de Dios de que El no había recompensado en forma adecuada la febril actividad religiosa de ellos. Leamos la respuesta de Dios en los versículos 6-10:

[La adoración] que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo? ¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba y tu sanidad se dejará ver en seguida; tu justicia irá delante de ti y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oírás Jehová; clamarás, y dirá él: “¡Heme aquí! Si quitas de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador y el hablar vanidad, si das tu pan al hambriento y sacias al alma



aflicta, en las tinieblas nacerá tu luz y tu oscuridad será como el mediodía”.

Entonces las naciones sabrán que Jehová es Dios. Entonces el mundo incrédulo verá “vuestras buenas obras y [glorificarán] a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). ¡Esa santidad, a la semejanza de Cristo, es contagiosa!

### **LA SANTIFICACIÓN EN UNA ERA SECULAR**

Desafortunadamente, la mayoría nos hemos conformado con una santidad semejante a la de los saduceos, esenios, zelotes o fariseos, en vez de la santidad a la semejanza de Cristo. No vivimos en una comunidad en el desierto; por tanto, no hay peligro de que nos aislemos. No celebramos los sacramentos con frecuencia; por tanto, no estamos en peligro de caer víctimas de la santidad “ritualista”. En ciertos ambientes se podría discutir el problema de la politización que equipararía la santidad con la política de los partidos conservadores de derecha. Sin embargo, quisiera tratar de la amenaza más seria que presentan dos problemas insidiosos: la secularización y la privatización.

La secularización funcional se ha infiltrado en muchas iglesias de santidad. Parece que nos afligiera la tendencia de dividir nuestras vidas en compartimientos organizados y herméticamente cerrados. Nuestra fe religiosa la ponemos en uno de ellos, mientras que el resto de nuestra vida la clasificamos en los otros compartimientos. La evidencia clara de esto es la rígida agenda moral que poseen muchos miembros de los grupos de santidad y los limitados recursos espirituales que tenemos para expandir nuestra agenda. Hemos definido la santidad casi exclusivamente en términos negativos: lo que no hacemos. Las únicas evidencias positivas de santidad que recalamos tienen que ver con la piedad privada y personal: oración, devociones, asistencia a la iglesia y otras prácticas; y con nuestras actitudes internas secretas, las que generalmente vemos como un sentimiento indefinido, cálido e inexplicable que llamamos amor.

Hemos transigido ante la perspectiva no bíblica del mundo, de que hay áreas en las que Dios no tiene nada que ver, que hay esferas seculares y esferas sagradas en la vida. Jesús rechazó la idea de que algún área de la vida estuviera fuera de la soberanía de Dios. Sin embargo, hemos hecho de la santidad algo tan privado, que los cristianos hemos perdido influencia en las esferas política, económica y moral de la vida humana. Hemos relegado la santidad a nuestra vida privada e interna. Las intenciones sanas son más importantes que la vida santa.

No debemos descuidar los recursos espirituales de la piedad privada, pero tampoco debemos pensar que se puede acumular santidad como un banco de reserva de ganancias religiosas. La mayoría de nosotros vivimos cerca de otras personas, ya sea en la universidad, la familia, la iglesia, el trabajo, el vecindario. ¿Tiene alguna influencia nuestra fe en las dimensiones sociales de la vida? Juan Wesley declaró: “La frase ‘santos solitarios’ contradice la enseñanza del evangelio tanto como la contradice la frase ‘adúlteros santos’. El evangelio de Cristo sólo conoce la religión que es social, y sólo conoce la santidad que es social”. Los que profesamos santidad únicamente en base a lo que no hacemos, nos encontramos en el mismo nivel que los bancos de la iglesia. Pero, ¿qué estamos haciendo?

Vivir la santidad auténtica, en el mundo y para el mundo, es la expresión más apropiada de nuestra adoración a Dios, porque así damos testimonio al mundo acerca de la realidad de Dios. La santificación que opera dentro de las supuestas esferas sagradas no es completa. Muchos hemos creído que la palabra “entera”, en nuestra preciada doctrina de la entera santificación, implica que cuando la “recibimos”, Dios ha terminado su obra en nosotros. Luego podemos entrar tranquilamente al cielo. ¡Eso no es cierto!

## **5**

### **AUTOEXAMEN CON EL PODER DEL ESPÍRITU**

*Gálatas 5:25—6:5*

#### **INTRODUCCIÓN**

Imaginemos que llegó la hora del examen. Usted puede asumir el papel del examinador y también el del examinando. No se trata de algo sencillo como el examen final de Introducción a la Literatura Bíblica. Es un curso avanzado de Vida Cristiana.

Aquellos que no profesan ser cristianos no tienen que preocuparse por esta prueba. Uno debe inscribirse en el curso antes de presentarse al examen final. Este es para los que declaran ser cristianos; en particular, para los cristianos llenos del Espíritu. ¿Está listo? Veamos cómo le va.

Algo más. Como sabe, antes de empezar a responder, siempre es sabio leer otra vez el texto. Es Gálatas 5:25—6:5.

Puesto que el Espíritu es la Fuente de nuestra vida, llevemos el paso del Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritando así a algunas personas y despertando la envidia de otras.

Amigos, si sorprenden a un cristiano en algún pecado, ustedes que son verdaderamente espirituales, deben restaurar a esa persona con espíritu de mansedumbre. Cuidate, o podrías ser tentado a caer en el orgullo espiritual. Pero, si llevan las cargas los unos de los otros, cumplirán la ley de Cristo. Porque, si pensamos que somos algo, cuando en realidad no somos nada, nos engañamos a nosotros mismos. Así que, todos debemos autoexaminarnos. Entonces podremos gloriamos legítimamente, basados en nuestros logros, y no comparándonos con otros. Porque, cada uno debe llevar su propia carga (traducción del autor).

En este pasaje, el objetivo de Pablo es que nos “autoexaminemos y autocritiquemos, para mantener un alto nivel de conciencia ética”. Sin embargo, la autorreflexión sola no es suficiente. “Debemos ser capacitados por el Espíritu [Santo] para ‘hacer el bien’”. Según Gálatas 5:25, el requisito esencial para la vida cristiana es el autoexamen con el poder del Espíritu Santo.

El principio sobre el que se basa la vida llena del Espíritu es sencillo: Lleve el paso del Espíritu; viva en perfecta obediencia a Dios. Esto es posible gracias a la obra del Espíritu en nuestra vida; por lo tanto, debemos hacerlo. Pero, el problema es que los cristianos a veces pecan. ¿Qué deben hacer entonces? Pablo recomienda una prescripción, pero advierte que ésta podría ser más peligrosa que el problema. Este es el punto central del pasaje: Pablo quiere que sus lectores dejen de mirar los fracasos de otros y que se examinen ellos mismos. El propósito de este pasaje es explicar las implicaciones prácticas y personales de la vida llena del Espíritu.

### **EL PRINCIPIO: LAS POSIBILIDADES PRÁCTICAS**

El Espíritu Santo es la Fuente de vida del cristiano. Sin la obra del Espíritu en nuestra vida, somos pecadores incapaces y sin esperanza. Vivimos solos, dependiendo de nuestros recursos lastimosamente inadecuados. Y, vivimos con propósitos insignificantes y fútiles. Nuestra existencia —pues realmente no puede llamarse vida— se caracteriza por las obras de la carne. En Gálatas 5:19-21, Pablo describe esta existencia destinada a la condenación. Las “obras de la carne” son vergonzosamente “obvias”, y a veces aun dentro de la comunidad cristiana. Se ven “enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias”. Debemos recordar la advertencia de Pablo: “Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios”, aunque digan que son cristianos.

Tales cosas no deben suceder. Pues, cuando el Espíritu gobierna nuestra vida y nuestras relaciones, los resultados son “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (vv. 22-23). Nuestro texto enseña claramente que aun aquellos que han experimentado la obra de justificación y santificación por medio del Espíritu, no deben pensar que no tienen de qué preocuparse. La actividad de Dios en nuestra vida no es ni mágica ni automática. Es personal y relacional.

Obviamente, “el fruto del Espíritu” no puede manifestarse en aquellos que rehúsan vivir bajo la soberanía de Dios y dependen sólo de sus recursos humanos; es decir, están bajo la tirana soberanía de la carne. Sin embargo, el fruto del Espíritu tampoco crece ni florece en los “jardines” de los cristianos que han sido llenos del Espíritu, pero no los cultivan. Esto explica la exhortación de Pablo en Gálatas 5:25: “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”.

La expresión “andemos”, o “llevemos el paso”, no es un recordatorio vago respecto a la autodisciplina que se requiere para vivir llenos del Espíritu. El Espíritu nos dirigirá si lo escuchamos. El

nos guiará sólo a medida que le sigamos. Aunque la templanza o dominio propio es un fruto del Espíritu, está disponible sólo para aquellos que lo practican.

Es un hecho: El Espíritu es la Fuente de la existencia del cristiano. Pero, esto implica que debemos tomar la decisión de vivir como El pide. La primera parte de Gálatas 5 resume la salvación. Luego, el texto trata de las implicaciones que surgen de tal salvación. Puesto que Dios nos ha dado vida, esto es lo que debemos hacer con ella.

Leamos nuevamente la primera parte de Gálatas 5:

Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud...a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros, porque toda la Ley en esta sola palabra se cumple: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os destruyáis unos a otros. Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne...Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley...Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos (vv. 1, 13-16, 18, 22-24).

### **EL PROBLEMA: PROFESIÓN Y PRESUNCIÓN**

En Gálatas 5:26 Pablo nos recuerda que “no ‘andar en el Espíritu’ resulta en vana presunción” —una vanagloria infundada. Profesamos estar llenos del Espíritu y ser guiados por El, pero no caminamos al paso del Espíritu. Olvidamos que todo lo que somos y poseemos es regalo de Dios. No somos grandiosos, sino grandemente bendecidos. Cuando lo llamamos Señor a Dios, pero aún somos los jefes de nuestra vida, somos fraudulentos, jactanciosos, hipócritas e impostores. Y, con nuestra presunción, provocamos a otros. Las hostilidades interpersonales son inevitables. Nos alejamos el uno del otro o, en el peor de los casos, peleamos el uno contra el otro. La envidia se hace presente. La vida en comunidad se torna exactamente en lo opuesto a lo que el Espíritu quiere: amor y servicio mutuos. El egoísmo, con el tiempo, conduce a la desintegración de la comunidad auténtica. Tristemente, lo he visto suceder en iglesias cristianas y aun en instituciones de educación superior de los grupos de santidad.

Por lo tanto, ¿qué debemos hacer cuando un cristiano no vive como tal? ¿Cómo tratan el problema del pecado en nuestro medio aquellos que andan en el Espíritu? Gálatas 6:1 aconseja: “Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre”.

Puesto que Pablo dice: “Si alguno es sorprendido en alguna falta”, vemos que él no considera que la trasgresión rutinaria sea la norma. Habla de un hermano o hermana en la fe “que es descubierto, tomado por sorpresa” mientras comete una falta no deliberada. Es sorprendido en flagrante delito, en el acto, por así decir. Lo que llama la atención es que “a Pablo no parece preocuparle demasiado la ofensa en sí, sino la posibilidad de que llegue a ser una fuente de maldad para aquellos que traten el caso”. El apóstol sabía que la gracia de Dios era más que suficiente para sanar al que cometió la falta. A él le preocupaban los que actuarían como “médicos”. A Jonathan Edwards, un famoso predicador estadounidense del pasado, se le recuerda especialmente por su sermón “Pecadores en las Manos de un Dios Airado”. La preocupación de Pablo es por pecadores en las manos de personas espirituales. “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre”.

### **LA PRESCRIPCIÓN: PROCEDIMIENTOS Y PROPÓSITOS**

El procedimiento que Pablo prescribe es tratar el caso en una forma que corresponda a personas espirituales y a la condición del hermano o hermana que cayó en pecado. El pecador debe ser restaurado, no castigado; sanado, no condenado. Quien comete una falta moral necesita restauración, y no condenación ni humillación, ni siquiera conmisericordia. La palabra “restaurar” es la misma que se utiliza en los evangelios para referirse al proceso de remendar redes rotas, para que sean útiles en la pesca otra vez. De la misma manera, la restauración de cristianos que cayeron en pecado consiste en capacitarlos para que tengan una vida de servicio útil a Dios y al prójimo (véase Mateo 4:21; Marcos 1:19).

Pablo pide disciplina de la persona espiritual, no del pecador. ¡Cuidese! Vigile sus propias acciones; sea compasivo con los demás. Al trasgresor debemos tratarlo con gran indulgencia y tolerancia. Los fieles

debemos enfocar en nosotros mismos la facultad de crítica, no en los que cayeron. El Espíritu nos capacitará para ser bondadosos y no jactanciosos. Al cristiano caído se le debe llevar de regreso al camino correcto en una forma que refleje la gracia de Dios.

La contradicción entre lo ideal y la realidad en la iglesia trae consigo la tentación de confiar en los méritos propios y dejarse dominar por la arrogancia. La prescripción para el problema de trasgresión tal vez sea un peligro para la comunidad, una oportunidad para las obras de la carne. “Pablo está consciente de que la actitud de soberbia espiritual de parte de los acusadores puede causar mayor daño a la comunidad que la falta cometida por el que cayó”. No hay pecado tan insidioso como la confianza extrema en la propia espiritualidad. Y no hay orgullo tan destructivo como el orgullo espiritual.

Por lo tanto, Pablo nos exhorta: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros” (Gálatas 6:2). Sobrellevar o soportar las cargas de otros no es simplemente tolerarlos, sino ayudarlos activamente y socorrerlos. Cuando compartimos las cargas e infortunios de otros, no sólo nos compadecemos de ellos; los apoyamos en sus luchas diarias. Compartimos sus problemas y los ayudamos a enfrentarlos. Cuando participamos en la vida de otros —cuando caminamos algunos kilómetros en sus zapatos, por así decir— es más difícil que los condenemos. Caer en cuenta de que “sólo por la gracia de Dios puedo estar allí”, no significa aprobar el pecado de otro. Es resistir la tentación de la soberbia espiritual.

Durante la revolución en los Estados Unidos, un hombre vestido de civil pasó cabalgando al lado de unos soldados que reparaban una barrera defensiva. El líder del escuadrón gritaba dando órdenes cerca de una enorme viga que sus hombres trataban de elevar sobre la barricada.

El hombre vestido de civil detuvo su caballo y le preguntó al líder por qué él no ayudaba a su grupo. Asombrado, el líder miró al extraño y con la pompa de un emperador contestó: “¿Cómo se le ocurre, señor! ¡Yo soy cabo!”

Al escuchar esto, el hombre le pidió disculpas, se bajó del caballo y aseguró las riendas en un poste. Luego ayudó a los soldados exhaustos a levantar la madera hasta que gotas de sudor cubrían su frente. Una vez que terminaron el trabajo, se dirigió al cabo y le dijo: “Señor cabo, la próxima vez que haya un trabajo como éste y no tenga suficientes hombres para hacerlo, mande llamar a su comandante en jefe, y yo vendré y los ayudaré otra vez”. El hombre vestido de civil era el general George Washington.

¿Cómo es posible que nosotros, cabos cristianos arrogantes, consideremos inferior a nuestra dignidad el detenemos para levantar a un compañero caído, cuando nuestro Comandante en jefe llevó los pecados del mundo a la cruz? Sobrellevar las cargas los unos de los otros es rehusar distanciarnos de las necesidades obvias que nos rodean.

Pero, más que eso, es cumplir la regla de oro de Cristo: Hacer a otros lo que quisiéramos que hicieran con nosotros (véase Mateo 7:12; Lucas 6:31). Es cumplir la segunda parte de lo que El llamó el gran mandamiento: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39; Marcos 12:31; Lucas 10:27). Este cumplimiento no es requisito para la salvación, sino resultado de ella. Según Gálatas 5:14, cumplir el mandamiento del amor es cumplir toda la ley. Y puesto que, según 2:20, es el amor de Cristo el que asegura nuestra salvación, la ley del amor puede llamarse la ley de Cristo. Al sobrellevar las cargas los unos de los otros, cumplimos la “ley de Cristo” (6:2)

Notemos que aquí Pablo no dice que los fuertes deben llevar las cargas de los débiles. Todos tenemos cargas, no importa cuán espirituales seamos. Y todos podemos ayudar a otros a sobrellevar sus cargas, no importa cuán débiles seamos. De hecho, Pablo pareciera contradecirse en el versículo 5 cuando afirma: “Cada uno debe llevar su propia carga” [NVI]. Las cargas son las luchas diarias de la vida, con sus tensiones y problemas inevitables. Pero realmente no hay contradicción, porque “compartir las cargas de la vida no elimina el hecho de que todos tenemos que aprender a aceptarnos a nosotros mismos.”

### **EL PUNTO PRINCIPAL: ORGULLO Y ALABANZA**

Para aceptarnos, debemos primero conocernos. Esto requiere una medida extraordinaria de honestidad. Es increíble cuán capaces somos de engañarnos. Hoy los líderes cristianos nos instan a amarnos a nosotros mismos y a desarrollar una alta autoestima. El consejo de Pablo parece obsoleto: “El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña” (v.3). Pero, ¿está él en lo correcto?

Es increíble como algunos estudiantes, que supuestamente sufren de baja autoestima, son capaces de aceptar plena responsabilidad por sus éxitos y casi ninguna responsabilidad por sus fracasos. “El examen era muy difícil”; “fue injusto”; “otros hicieron trampa”; “mis maestros no me enseñaron bien”. Dar a los alumnos calificaciones más altas que las que merecen sólo refuerza el engaño. En la mayoría de las universidades de los Estados Unidos [donde A es la más alta y F indica “reprobado”] sólo oficialmente se

considera C como la calificación promedio. En la práctica, la nota promedio es B. Durante los últimos 20 años, la calificación promedio en los exámenes de ingreso a las universidades ha bajado constantemente. Sin embargo, durante ese mismo período, aumentó más del 50 por ciento el número de estudiantes que se ha presentado a esos exámenes con un promedio de A o B.<sup>17</sup> La mitad de mis alumnos piensan que están dentro del 10 por ciento que tiene las mejores calificaciones de su clase. La mayoría de los estudiantes, a pesar de sus calificaciones en los exámenes de ingreso a la universidad, se consideran mejores que el alumno promedio.

Una década atrás, la junta de una universidad hizo una encuesta para saber cómo se autoevaluaban los estudiantes de último año de educación secundaria en comparación con sus compañeros. El 60 por ciento de ellos consideraban que eran atletas superiores al promedio; sólo 6 por ciento pensaba que eran inferiores. El 70 por ciento calificó su capacidad de liderazgo como superior al promedio; 2 por ciento, como inferior. En su habilidad para llevarse bien con otros, 25 por ciento se calificó dentro del 1 por ciento con los sobresalientes; 60 por ciento, dentro del 10 por ciento superior; y sólo 1 por ciento, inferior al promedio. Me pregunto cómo se calificaron en su habilidad para las matemáticas. “¿Cómo me amo? Permítame contar las formas en que me amo” (haciendo una parodia del poema de Elizabeth Barrett Browning).

Las buenas nuevas del evangelio no son que Cristo nos liberó para que nos amáramos a nosotros mismos, sino que nos liberó de la obsesión con nuestro yo. Tarde o temprano tenemos que aprender —por lo general de manera dura— a tragamos el orgullo, reconocer nuestra humanidad y declarar que dependemos totalmente de Dios. Experimentamos un tremendo alivio al descubrir que la seguridad y aceptación que nos esforzábamos por obtener (o aparentar), ¡nos han sido dadas gratuitamente por Aquel cuyo amor y aceptación importan más que cualquier otro! Saber que no soy nada, y que Dios me ama incondicionalmente, sólo hace mayor mi admiración.

“No hay nada malo en no ser ‘nada’ o ‘nadie’. Pues, sin la gracia de Dios, eso es lo que somos. Es erróneo engañarnos pensando que somos ‘alguien’. “Los seres humanos debemos aprender a aceptar que en realidad no somos ‘nada’. Para los primeros lectores de Pablo, quizá esta fue una advertencia de que si se consideraban “espirituales” cuando no lo eran, estaban “atrapados en una mentira peligrosa y absurda”. Dejo a su imaginación lo que el apóstol diría a aquellos del movimiento de santidad que profesan ser enteramente santificados, pero cuyas vidas y relaciones no revelan nada del carácter de Cristo. Yo no estoy calificado para ser su juez.

“Así que, cada uno someta a prueba su propia obra y entonces tendrá, solo en sí mismo y no en otro, motivo de gloriarse” (Gálatas 6:4). Así como el autoexamen cristiano no nos permite condenar a otros, nos niega el derecho a damos una calificación más alta que la que merecemos. “Los engaños más comunes ocurren cuando [nos] comparamos con otros. Al participar en este juego, podemos manipular las cosas a nuestra voluntad para que la comparación siempre esté a [nuestro] favor...y en detrimento de la persona con quien” nos comparamos ¿Por qué parece causarnos especial satisfacción ver humilladas a personas que han logrado éxito? ¿Acaso pensamos que crecemos cuando hacemos que otro caiga de rodillas?

No hay nada malo en tener logros. Pero “un verdadero logro” lo es aquel que sólo...se refiere a [nosotros mismos]...No resulta al comparar[nos] con otros.” Pablo rehusó defenderse cuando lo compararon en forma desfavorable con los que supuestamente eran “grandes apóstoles”. El escribió: No nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos manifiestan su falta de juicio al medirse con su propia medida y al compararse consigo mismos” (2 Corintios 10:12). “En nada he sido menos que aquellos ‘grandes apóstoles’, aunque nada soy” (12:11). “Yo soy el más pequeño de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo” (1 Corintios 15:9-10).

No hay nada malo en sentir orgullo por nuestros logros. Pero, si entendemos nuestros logros correctamente, cuando el cristiano se jacta de algo, llega a ser una forma de adoración. Como Pablo dijo en Gálatas 6:14: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo”. La verdadera exaltación alaba a Dios por los logros que El ha tenido en mí, por medio de mí y a pesar de mí.

Y, no hay nada malo con la “autosuficiencia”. Después de todo, “cada uno cargará con su propia responsabilidad” (v. 5). En la última década de mi vida, he tratado de vivir lo que aprendí del apóstol Pablo sobre el “secreto del contentamiento”. El concluye Filipenses con estas palabras: “He aprendido a

contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (4:11-13).

Hay un gran gozo al aceptar la vida como es y al aprovecharla al máximo. Estoy aprendiendo a no desperdiciar energía emocional preocupándome por lo que no puedo cambiar. Existen situaciones y personas que nunca cambiaré, así que he dejado de intentarlo. La única persona a la que siempre tengo la esperanza de cambiar está parada en mis zapatos. Nadie puede robarme el gozo; pero puedo escoger desperdiciarlo, o puedo negarme a hacerlo.

## CONCLUSIÓN

¿Me permite recomendarle el camino a la paz y al gozo que se experimentan al andar en el Espíritu?

El primer paso es abdicar al trono del universo. Tal vez le sorprenda saber que Dios ya ocupa ese lugar, y El no dejará que una persona insignificante como usted o yo tome su lugar. Dios no necesita mi ayuda para gobernar el mundo. Y El puede ayudarme sólo cuando reconozco que tiene derecho a reinar en mí.

El segundo paso es aceptar su incapacidad para ser juez del mundo. Dios ocupa también ese cargo. Nuestra tarea es ayudar, apoyar y amar cuando otros caen. No es condenar. No es exaltarlos a expensas de ellos. Estoy llamado a examinar sólo a una persona: a mí mismo. Yo no soy mejor cuando otro fracasa ni soy peor cuando otro tiene éxito. Yo no le doy cuenta a usted de mis actos, y usted no tiene que darme cuenta de sus actos. Sólo Dios es nuestro Juez, y El establece los términos por los cuales cada uno debe examinarse a sí mismo. La medida de Dios es la única que importa. La situación de cada uno es diferente.

El tercer paso es admitir que, sin importar el estado de gracia que profese, usted no es nada sin la gracia de Dios en su vida. Nuestro mayor gozo es tener una vida que lo alabe a El. Lo único que importa es que Dios lo note. No busco que usted me alabe ni temo sus críticas. Espero las palabras de El: “Bien, buen siervo y fiel...Entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21, 23). Los resultados de este examen son los únicos que realmente importan.

Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No busquemos la vanagloria, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros. Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. Así que, cada uno someta a prueba su propia obra y entonces tendrá, solo en sí mismo y no en otro, motivo de gloriarse, porque cada uno cargará con su propia responsabilidad...A todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios (Gálatas 5:25—6:5, 16).

## 6

### ¿CÓMO ESTÁ EL AMOR

#### EN SU VIDA?

##### *Filipenses 1:9-11*

En los primeros versículos de Filipenses, Pablo expresa su confianza en que el Dios que “comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (1:6). A diferencia de las otras iglesias de Pablo, los filipenses no constituyen un problema para él; ellos son sus colaboradores (1:5; 4:15). No son su campo de acción, sino su fuerza. No son pecadores sin esperanza, sino santos maduros (1:1; 3:15); ellos pertenecen completamente a Dios. De hecho, si estos cristianos macedonios tenían algún problema, quizá haya sido la tendencia de algunos a pensar que, debido a su capacidad espiritual, habían llegado ya al nivel más alto. Pablo, al menos, cree importante recalcar su propia necesidad de progresar: “Quiero conocer a Cristo plenamente y llegar a ser completamente como él...Aún no lo he logrado, ni he alcanzado la meta; pero prosigo para que sea mía, porque Cristo me hizo suyo” (3:10, 12, paráfrasis del autor). El apóstol escribe acerca de su decisión de poner de lado sus éxitos personales, para dedicarse sólo a alcanzar una meta: “El supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (3:4b-14), y pide a los filipenses que hagan lo mismo (v. 15).

La oración de Pablo en 1:9-11 no es por inconversos; no es por aquellos que caen en la vida cristiana; no es por creyentes que se alejan de Dios, sino por cristianos maduros, ejemplares, a quienes es necesario recordarles que, no importa cuánto hayan progresado en su caminar cristiano, aún no han llegado a la meta. Ya experimentaron la salvación y la santificación, pero la resurrección aún está por delante, y su salvación final depende de la continua fidelidad a Cristo hasta el fin (véase 3:11).

Por lo tanto, Pablo ora por los filipenses: “Que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (1:9-11).

Si usted profesa ser cristiano —si Dios por su Espíritu le ha hecho una nueva criatura en Cristo Jesús — y si goza de la experiencia de la entera santificación, entonces la oración de Pablo es por usted. Si es así, me gustaría hacerle una pregunta muy personal: “¿Cómo está el amor en su vida?”

No, no hablo de lo que algunos están pensando. Esa no es la clase de amor por la que oró Pablo. Pero, ya que capté su atención, quisiera que por unos minutos considere conmigo la oración de Pablo respecto al amor de los filipenses: El ora para que el amor de ellos (1) se desarrolle, (2) discierna y (3) se demuestre.

### UN AMOR QUE SE DESARROLLE

Pablo no cree necesario definir aquí lo que quiere decir con la palabra “amor”. El significado se mostrará en breve. En el capítulo 2, él exhorta a los filipenses para que adopten el ejemplo de amor que demostró Cristo, quien, aunque tenía la forma de Dios, se despojó a sí mismo, asumió forma humana y fue obediente, aun al punto de morir en la cruz. Sin embargo, los filipenses habían escuchado predicar a Pablo, y aun antes de esta descripción, seguramente sabían lo central que era el amor en su evangelio.

De hecho, es sorprendente cuán poca enseñanza moral nueva se encuentra en las cartas de Pablo. Hay paralelos claros entre lo que él dice y la enseñanza de los rabinos judíos y de los filósofos estoicos contemporáneos, excepto el énfasis que hace Pablo en el amor. El lugar central del amor en el pensamiento de Pablo es obvio en todas sus cartas.

En Gálatas, por ejemplo, afirma que la fe cristiana se expresa por medio del amor (5:6); que toda la ley se cumple en una palabra: amor (v. 14); que el fruto del Espíritu es, ante todo, el amor (v. 22).

O, considere la oración de Pablo por su otra iglesia macedonia, los tesalonicenses. Esta oración se asemeja en muchas maneras a la oración por los filipenses. En 1 Tesalonicenses Pablo ora: “Que el Señor los haga crecer y abundar en amor el uno para con el otro y para con todos...para que él fortalezca vuestros corazones en santidad y así sean irreprochables delante de nuestro Dios y Padre, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos” (3:12-13, paráfrasis del autor). Después, Pablo añade: “Nadie tiene que escribirles acerca del amor; porque Dios mismo les ha enseñado a amarse unos a otros; y verdaderamente ustedes aman a todos sus hermanos creyentes en toda Macedonia. Pero les rogamos, hermanos, que lo hagan más y más” (4:9-10, paráfrasis del autor).

En Colosenses, dirigiéndose a cristianos que nunca había conocido personalmente (véase 1:3-9), Pablo les escribe: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (3:12-14).

Si el tiempo lo permitiera, podríamos considerar extensamente el himno de alabanza al amor cristiano que Pablo escribió en 1 Corintios 13. En él, la prosa de Pablo se eleva con las águilas al escribir a una iglesia en la que la mayoría parecía incapaz de elevarse a alturas espirituales. En respuesta a la arrogancia de los corintios, Pablo declara: Sin amor, ningún don espiritual, ningún acto heroico, ni ninguna otra cosa tiene importancia. Sólo el amor perdurable hace la vida soportable. En vez de aceptar por fe, algún día veremos todo claramente. Entonces nuestra esperanza será realidad. Pero el amor durará para siempre. Por lo tanto: “Seguid el amor” (14:1).

Volvamos ahora a la oración de Pablo por los filipenses. El pide, en primer lugar, que su amor se desarrolle. Sus palabras no dan a entender que el amor de los filipenses fuera deficiente. Claramente indica que ellos ya aman. No ora para que empiecen a amar, sino para que su amor continúe creciendo aún más y más, hasta que sobrepase toda medida. Pablo no dice todavía a quién o qué tienen que amar. No especifica que deben amarlo más a él, o amarse más los unos a los otros, o amar más a Dios. Simplemente ora para que el amor de ellos se desarrolle.

## UN AMOR QUE DISCIERNA

Debemos notar que al orar por un amor que se desarrolle, Pablo no pide que el amor de los filipenses aumente en cantidad, sino que mejore en calidad. “Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo” (1:9-10). Lo que Pablo espera no es mayor intensidad en su amor; no ora para que tengan más fervor emocional o religioso al amar. Lo que él desea no es un amor más intenso, sino más inteligente. Ora para que su amor se desarrolle de tal modo que se caracterice por un discernimiento cristiano y una discriminación saludable.

En nuestra preocupación por ser políticamente correctos, necesitamos recordar que no toda discriminación es mala. Una cosa es “dar trato de inferioridad a una persona o colectividad” basados en prejuicios, no en las personas. Pablo declara que la venida de Cristo invalidó las distinciones basadas en diferencias étnicas, de sexo, o de clase social. Discriminar en este sentido negativo es enteramente ajeno al amor cristiano. Sin embargo, es esencial que el cristiano aprenda a discriminar en el sentido positivo, reconociendo las diferencias que son importantes: entre la verdad y el error, entre la justicia y la injusticia, entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo bueno y lo malo, y entre lo mejor y lo excelente.

La preocupación de Pablo no es simplemente que los filipenses amen, sino cómo y qué deben amar. Pablo utiliza la misma palabra para “amor” cuando exhorta: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Romanos 13:9; Gálatas 5:14), y cuando expresa con tristeza: “Demas me ha desamparado, amando este mundo” (2 Timoteo 4:10). El amor equivocado, no importa cuán intenso sea, no es una virtud.

El amor cristiano maduro es sensible respecto a lo ético y discierne espiritualmente.

### ES SENSIBLE RESPECTO A LO ÉTICO

En la preocupación de Pablo por el amor que discierne, él ora primero para que el amor de los filipenses crezca en “conocimiento”. Pablo constantemente utiliza esta palabra para referirse, no al conocimiento intelectual, sino a la sensibilidad ética. Al hablar de este conocimiento, él quiere decir que ellos cada vez deben estar más familiarizados con la voluntad de Dios: deben saber qué quiere El de ellos y por qué, y deben comprender que la voluntad de Dios para ellos es buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2). No habla de la obediencia irracional a una lista de reglas impuestas externamente y que no tienen ningún sentido. Dios quiere que lleguemos a ser cristianos maduros, motivados internamente a hacer lo que es correcto, sin importar las consecuencias, sin importar quién esté mirando. Esta es la prueba de nuestro carácter cristiano.

**Sin importar las consecuencias.** Pablo les recuerda a los filipenses que Dios les ha dado, “a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (1:29). ¿Son los filipenses los únicos cristianos que necesitan aprender que practicar el amor de Dios puede involucrar una cruz? Hoy, como en los días de Pablo, hay quienes profesan ser cristianos, pero cuya ansia de comodidad y seguridad los hace conducirse como “enemigos de la cruz de Cristo” (3:18). Como Pablo les recuerda a los filipenses: “El fin de ellos será la perdición. Su dios es el vientre, su gloria es aquello que debería avergonzarlos, y solo piensan en lo terrenal” (v. 19).

**Sin importar quién esté mirando.** ¿Son los filipenses los únicos cristianos que necesitan aprender que la obediencia no se limita a los momentos cuando los apóstoles están presentes (2:12)? Es durante la ausencia de Pablo que él los exhorta a permitir que su salvación se exprese en forma visible y reverente. Esto no es autosalvación, pues “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (2:12-13).

**Carácter cristiano.** La sensibilidad ética comienza sólo cuando Dios transforma y renueva nuestras mentes al rendimos completamente en sacrificio a El (Romanos 12:1-2). “Las inclinaciones indispensables que motivan toda acción humana” son la integración de la razón y la emoción que forma lo que llamamos “carácter” —respuestas en la vida que reflejan “disposiciones habituales”.<sup>2</sup>

El carácter cristiano surge de la convicción de que Dios nos ama sin reserva e incondicionalmente. Juan Wesley escribió: “Del verdadero amor a Dios y [la humanidad] fluye directamente toda gracia cristiana, toda [actitud] santa y feliz; y de estas brota una santidad uniforme” en todas nuestras relaciones humanas. Las acciones santas fluyen de actitudes santas cultivadas “con disciplina práctica”. El amor inteligente no es más mágico ni automático que la habilidad para tocar un concierto de Bach. La entera santificación nos da la “capacidad para expresar (o negarnos a expresar) nuestros deseos e inclinaciones.” Tal vez sepamos qué debemos amar, pero eso no nos ayuda si no escogemos hacerlo.



El amor cristiano inteligente es asunto de la cabeza antes que pueda ser asunto del corazón. No es un sentimiento cálido e inexplicable, sino el deseo de hacer la voluntad de Dios sobre cualquier otra cosa. Es la decisión intelectual de seguir el bien y rechazar el mal que afecta a otro. En Romanos, Pablo escribe: “El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo y seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (12;9-10).

#### DISCIERNE ESPIRITUALMENTE

El amor que discierne —por el que Pablo ora— se caracteriza, primero, por el “conocimiento” en el sentido de sensibilidad ética. Segundo, se caracteriza por tener “toda comprensión” (1:9; profundidad de percepción”, NVI), o “toda clase de comprensión espiritual” (paráfrasis del autor). Pablo ora para que los filipenses sepan no sólo qué deben amar, sino cómo poner en acción ese “conocimiento” en las situaciones de la vida real. No ora simplemente para que lleguen a ser expertos en la teoría de la ética: conocer que “esto es bueno” y “aquello es malo”. El discernimiento requiere la experiencia moral que pone en práctica la teoría. No basta que deseemos hacer lo correcto, o que sepamos qué es correcto y qué es incorrecto.

Necesitamos desarrollar el “sentido espiritual”, para saber cómo aplicar juicios morales al hacer decisiones verdaderamente cristianas.<sup>5</sup> Esto es lo difícil: saber cómo expresar mejor el amor cristiano.

Por lo tanto, Pablo ora para que el amor de los filipenses discierna cada vez más, de modo que ellos aprueben “lo mejor” (v. 10), o, como lo expresa otra traducción, para que aprueben “las cosas que realmente son importantes”, lo que posee valor inherente. El ora para que las decisiones éticas de ellos no broten de una obediencia ciega, sino que surjan naturalmente de su carácter cristiano transformado y de su lealtad a los valores éticos cristianos. No se necesita un curso de lógica para saber que, si hay cosas que son importantes, hay otras que no lo son. Para esto no hay que pensar mucho. El problema es discernir cuál es cuál.

Pablo sabe bien que los valores cristianos a menudo son diametralmente opuestos a los valores del mundo. El escribe en 2:15 que los filipenses viven en medio de “una generación maligna y perversa”. Nosotros también. Aun los no cristianos reconocen el pecado flagrante cuando lo ven. Como Pablo le dice a los gálatas: “Las obras de la naturaleza pecaminosa son evidentes” (5:19, NVI).

Sin embargo, a veces la iglesia y el mundo comparten valores comunes. Pablo les pide a los filipenses: “Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (4:8). Pero esta no es una lista de valores exclusivamente cristianos. De hecho, parece representar las mejores virtudes que propugnaban los filósofos morales paganos del tiempo de Pablo. El apóstol parece indicar que había “mucho en los puntos de vista paganos que los cristianos podían y debían valorar y retener”. La ética cristiana no puede definirse de manera simple como la antítesis de los valores mundanos.

Los cristianos debemos resistir la tentación del extremismo. Es muy fácil mezclarnos con nuestra cultura como camaleones, o mantenernos alejados, sintiéndonos ofendidos por todo. La esperanza de Pablo para los filipenses era que no adoptaran ninguno de esos extremos.

De la misma manera debemos resistir la tentación del negativismo. En nuestra preocupación de ser rectos y hacer lo correcto, tal vez caigamos en murmuraciones y discusiones (Filipenses 2:14). Por el contrario, Pablo insta a los filipenses a vivir “irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como lumbreras en el mundo, asidos de la palabra de vida” (vv. 15-16).

Al escoger siempre lo que realmente es importante en un mundo con valores distorsionados, es inevitable que enfrentemos conflicto y sufrimiento, ya sea físico o psicológico. Los cristianos no tenemos que buscar el sufrimiento como los masoquistas. Pablo no nos llama a actuar en forma tan extraña que lleguemos a merecer la persecución. Por el contrario, nos insta a vivir de tal manera que ganemos “el respeto de los de afuera” (1 Tesalonicenses 4:12, NVI). No obstante, al procurar tal respeto, a veces nos preocupa más lo que piensan las personas que lo que piensa Dios. ¿Quién dijo que sería fácil vivir como cristianos?

#### UN AMOR QUE SE DEMUESTRE

Pablo ora para que los filipenses aprueben lo que realmente importa. La palabra “aprobar” tiene un sentido doble. Significa aprobar y probar: descubrir lo que realmente es importante y “simplemente hacerlo”. Por lo tanto, Pablo pide que el amor de los filipenses no sólo se desarrolle y discierna, sino que se demuestre. Nuestro carácter interno se prueba por medio de la conducta externa. El amor no puede

permanecer simplemente como un elevado ideal. De la cabeza debe moverse al corazón y luego a las manos. “Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (1:9-11).

La oración de Pablo se concentra en dos clases específicas de fruto que Cristo produciría en las vidas de los filipenses: para que fueran “sinceros” e “irreprochables”. Ser “sinceros” indica que sus vidas debían caracterizarse por honestidad, franqueza, veracidad, pureza e integridad. De hecho, la palabra “sinceros” aquí proviene de una palabra compuesta que significa “probado al sol”. Los ideales sublimes deben salir de los confines amistosos de los santuarios y los claustros del mundo académico, y exponerse al escrutinio de la vida pública. Ser “irreprochables” indica que los filipenses no debían caer en su andar cristiano, ni debían causar tropiezo a otro con su conducta. Pablo ora para que, lo que amamos y cómo amamos, nos haga santos e incapaces de hacer daño a otros.

Como dice en otro lugar en la Escritura, “el fruto de justicia” es “una conducta agradable a Dios”. Mostrar amor cristiano viviendo éticamente significa confirmar, visible y corporalmente, que pertenecemos a Dios. Esta demostración no es simplemente una actuación. Es una expresión auténtica de lo que somos como cristianos. Pablo ora para que la vida de los filipenses pueda producir una cosecha de “justicia”. Restaurar nuestra relación con Dios —justicia— no es el destino de la vida cristiana. Es sólo la entrada. La justicia debe tener frutos, consecuencias. Es posible perder nuestra salvación al no permitir que Cristo produzca el fruto de justicia en nuestra vida. Su fruto no es una obra que podamos ofrecer para merecer nuestra salvación. La justicia comienza y termina como un don de Jesucristo. Es completamente obra de El. Sin embargo, debemos darle permiso para que produzca su fruto en nuestra vida y cultive la cosecha que El produce.

La justicia comienza con una relación correcta con Dios. Al crecer en esta nueva relación, recibimos poder para vivir en relación correcta con nuestro prójimo. La justificación se demuestra haciendo justicia. La justicia no sólo implica piedad personal, sino también responsabilidad social. No es suficiente no hacer daño o no hacer el mal. Los cristianos hacen el bien.

La demostración de amor por la que Pablo ora no se asemeja en nada al mensaje de la supuesta calcomanía cristiana que dice: “Si ama a Jesús, toque la bocina”. Si usted ama a Jesús, haga justicia, ame la misericordia, camine humildemente con Dios (Miqueas 6:8). ¡Cualquiera puede tocar la bocina! ¡Lo importante es que demuestre que ama a Dios!

Finalmente, Pablo dice que esta demostración de amor tiene como objeto dar gloria y alabanza a Dios. Jesús dijo: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). El bien que el cristiano hace no es publicidad personal sino, en el verdadero sentido de la palabra, adoración: señala el valor supremo de Dios.

Cuando nos reunimos para cantar alabanzas a Dios, para orar juntos, para compartir nuestra fe en Cristo, para escuchar la predicación de la Palabra de Dios —esto no es todo lo que constituye la adoración; es sólo la preparación para la verdadera adoración. La verdadera adoración se manifiesta en la vida diaria. O toda la vida cristiana es adoración, y nuestras reuniones de adoración pública formal nos equipan e instruyen para esto, o estas reuniones son absurdas, vacías y un insulto a Dios (véase Amós 5:21-24). La verdadera adoración cristiana consiste en ofrecer nuestra existencia corporal en la esfera del mundo, como sacrificios vivos a Dios, y en servicio a los valores que realmente importan.

Esta es mi oración por usted:

Que su amor crezca más y más. Que su amor reciba sensibilidad ética y discernimiento espiritual. Que pueda conocer la diferencia entre el bien y el mal, y que siempre escoja lo mejor. Que sea puro y que su conducta no cause que otros hagan mal. Que se encuentre siempre listo para el regreso de Cristo. Que haga todo el bien que pueda, a todos los que pueda, por todo el tiempo que pueda, porque, por la gracia de Dios, usted puede hacerlo. Viva de tal manera que glorifique y alabe a Dios (Filipenses 1:9-11, paráfrasis del autor).

Al principio le hice una pregunta personal acerca del amor en su vida. Permítame hacerle ahora una pregunta aún más personal: Si la oración de Pablo fuera contestada en usted, ¿en qué sería diferente su vida?

## Entera santificación

1 *Tesalonicenses* 5:23-24

### INTRODUCCIÓN

Cerca del final de su larga vida, que comprendió casi todo el siglo XVIII, “Juan Wesley declaró que la propagación del mensaje de la entera santificación era la razón principal por la que Dios había levantado el movimiento metodista”. En forma similar, el Preámbulo a la Constitución de la Iglesia del Nazareno afirma que la iglesia existe “especialmente” para “que mantengamos...la doctrina y experiencia de la entera santificación como segunda obra de gracia”.

No poseo ninguna aptitud especial para evaluar la declaración de Wesley respecto a su conocimiento de los propósitos providenciales de Dios en la historia. Pero puedo afirmar, sin temor a contradecir, que la doctrina de la “perfección cristiana” o “amor perfecto”, como Wesley llamó también a la entera santificación, “claramente llegó a ser el centro de los más vigorosos debates del metodismo, tanto con oponentes del movimiento como dentro de él”. Durante los últimos 25 años, en las denominaciones de santidad que señalan a Wesley como su mentor teológico, esta doctrina ha sido el tema central de un acalorado debate erudito. Mientras que los profesores en las universidades y seminarios de santidad debaten los puntos conflictivos de la doctrina, la predicación de este tema distintivo —que una vez fue la razón de ser de algunas iglesias— ha permanecido en silencio en muchas esferas.

Este no es el momento ni el lugar para desenterrar los debates o criticar a los combatientes. Como profesor de Biblia, mi interés es recalcar que ni Wesley ni una iglesia en particular inventó esta doctrina de la nada. No podemos ignorar el tema de la santificación, porque sus raíces no son tan superficiales como para remontarse sólo al siglo XVIII. No es una “doctrina de los últimos días”; la Escritura nos llama a tomar en serio el llamado a vivir en santidad.

En la sesión final de la conferencia sobre “La Vida Santa en la era Poscristiana”, organizada por Northwest Nazarene College en el Centro Wesley de Teología Aplicada, en febrero de 1995, Keith Drury dijo: “El tema de la santidad se extiende a través de toda la Biblia. Dios llamó para sí una nación santa, apartó un sacerdocio santo, estableció un día de reposo santo, prescribió sólo sacrificios santos que debían llevarse a cabo en un monte santo, en un templo santo que tenía un lugar santo y hasta un lugar santísimo. Dios mismo es un Dios santo. Y somos ‘llamados a santidad’. Sin santidad nadie verá al Señor [Hebreos 12:14]”.

Dios dice: “Seréis, pues, santos porque yo soy santo” (Levítico 11:45). La Biblia, constante y repetidamente, pide que nos rindamos a Dios en consagración absoluta, que nos sometamos completamente a su voluntad, que obedezcamos en forma absoluta su Palabra, y que nos separemos de la contaminación del pecado de este mundo. La santidad no es sólo la característica esencial de la naturaleza de Dios, sino también el énfasis central de su Palabra. Dios es santo; nosotros también debemos ser santos.

La santidad es una verdad bíblica, no un distintivo denominacional o la doctrina favorita de los nazarenos, wesleyanos o metodistas libres. No se inventó para establecer una diferencia en el círculo eclesiástico.

Las llamadas iglesias de santidad no tienen el monopolio respecto a la santidad. De hecho, algunas de las llamadas iglesias de santidad parecieran interesarse menos en la vida santa que otras tradiciones. Karl P. Donfried, erudito luterano en Nuevo Testamento, dice:

Una razón por la que la iglesia de hoy es tan ineficaz en algunas partes del mundo es porque ya no ofrece a la sociedad pagana una opción ética o intelectual diferente. La iglesia rara vez existe como una comunidad que se opone a las costumbres de la sociedad, pero además, a menudo da otro nombre a conductas evidentemente contrarias a la vida santificada en Cristo Jesús y las incorpora a su existencia...Si

la conducta de una persona es tan escandalosa como la de aquellos que adoran ídolos, o aún más, difícilmente puede testificar del poder del evangelio que da vida.

Los pastores y maestros cristianos nos encontramos más y más en la situación de los apóstoles del primer siglo. Nuestra tarea no es sólo convertir a los paganos o discipular a los convertidos. Es cristianizar a la iglesia. Para los que tomamos seriamente nuestra herencia wesleyana de santidad, la ortodoxia no es suficiente. No podemos justificar nuestra existencia teológica a menos que promovamos activamente la “santidad de corazón y vida”.

## LA TERMINOLOGÍA DE SANTIDAD

¿Cómo podemos producir una vida verdaderamente cristiana —por no hablar de un nivel superior (o más profundo) de “vida santa”— cuando no hay preparación y existen pocos o inadecuados precedentes? ¿Dónde comenzamos? ¿Qué podemos aprender del ejemplo de los apóstoles? ¿Cómo cuidó Pablo a los convertidos para que llegaran a ser cristianos maduros? La Primera Epístola a los Tesalonicenses, la carta más antigua de Pablo que tenemos a nuestra disposición, y probablemente la obra de literatura cristiana más antigua en existencia, parece ser un lugar apropiado para comenzar nuestra investigación.

Si el vocabulario sirve de evidencia, 1 Tesalonicenses debe ser un documento crucial en toda explicación del concepto bíblico de la santidad. El uso frecuente de explícita terminología de santidad en esta breve carta es digno de mencionarse. Por centímetro cuadrado, en ella hay más referencias a la “santidad” que en cualquier otro libro de la Biblia. Al decir “terminología de santidad”, me refiero no sólo a palabras tales como “santidad” y “santo”, sino también a “santificar” y “santificación”, que son otras expresiones del mismo grupo básico de términos griegos. Por lo tanto, un “santo” es una “persona santa”. “Santificar” es “hacer santo”. La “santificación” es el “proceso de hacer santo”. Y “santidad” es la “calidad de ser santo”.

Para entender lo que la Biblia enseña de la santidad, es fundamental reconocer que sólo Dios es santo en sentido no derivado. De hecho, afirmar que Dios es santo es casi lo mismo que decir que El es Dios, que es único, que es el Totalmente Otro y el Creador. Cualquier santidad que poseen los humanos —u otras criaturas, cosas, lugares o días—, existe sólo por virtud de su relación especial con Dios. Por lo tanto, el día de reposo era un “día santo” porque Dios lo apartó para descansar, adorar y realizar actividades dedicadas a Dios y los intereses divinos. El templo lo llamaron “santuario” —lugar santo— porque estaba dedicado a la adoración a Dios. E Israel fue llamado “pueblo santo” porque era el pueblo de Dios, comisionado para representarlo a El y darlo a conocer.

Esto debe explicar por qué Dios tiene especial interés en vindicar su santidad cuando su pueblo no lo representa bien. No es sólo porque daña la merecida reputación de Dios. Cuando el pueblo de Dios no vive como pueblo santo, da a entender que El no es realmente Dios, que El no existe.

## EL PODER SANTIFICADOR DEL AMOR SANTO

Si Dios existe, ¿qué clase de Dios es El? Dios actúa para redimir, restaurar, reclamar y renovar a su pueblo indigno. Esto demuestra que su carácter es “amor santo” —un amor tan extraordinario, tan único, tan poderoso, que sobrepasa a la comprensión humana.

“¿Cómo Puede Ser?” (*Sing to the Lord*, No. 225)

*¡Oh, qué amor! ¿Cómo puede ser...?*

—Carlos Wesley

¡Oh, Dios! ¿Cómo puede ser que cumplas las promesas que nos hiciste en tu pacto, cuando hemos roto todas las promesas que te hicimos a ti? ¿Cómo puede ser que ames a tus rebeldes criaturas al punto de dar a tu único Hijo? ¿Cómo puede ser que prefieras morir antes que vivir sin nosotros?

“¡Oh, Qué Amor!” (*Gracia y Devoción*, No. 339)

*Que Dios amase un pecador cual yo*

*Y que cambiase en gozo su pesar;  
Que a su redil me trajo su bondad,  
¡Oh, cuán maravilloso amor!*

—C. Bishop, trad. C. E. Morales

“Cuán Grande Amor” (*Gracia y Devoción*, No. 246)

*Que Cristo me haya salvado  
Tan malo como yo fui,  
Me deja maravillado,  
Pues El se entregó por mí.*

Coro:

*¡Cuán grande amor! ¡Oh, grande amor!  
El de Cristo para mí.  
¡Cuán grande amor! ¡Oh, grande amor!  
Pues por El salvado fui.*

—Charles H. Gabriel, trad. H. T. Reza

“Al Contemplar la Excelsa Cruz” (*Gracia y Devoción*, No. 18)

*Al contemplar la excelsa cruz,  
Do el Rey del cielo sucumbió,  
Aquel dolor tan grande y cruel  
Que sufre así mi Salvador,  
Exige en cambio para El  
Una alma llena del amor.*

—Isaac Watts, trad. M. L.

¡Tal santidad no es sólo maravillosa sino contagiosa! Esto no quiere decir que la santidad enferme a las personas, o que podamos “contagiamos” de santidad sencillamente al pasar tiempo con una persona santa. Significa que la santidad es más poderosa que el pecado. De hecho, tiene poder para derrotar al pecado en su propio territorio. La santidad auténtica es por lo menos tan contagiosa como la risa. La santidad es atractiva y cautivadora. Transforma todo lo que toca.

La santidad contagiosa de la que hablo es la vida completamente entregada al Santo a favor de un mundo impuro. Es la vida de Jesucristo manifestada en las vidas de personas comunes y corrientes, que han sido limpiadas completamente de la preocupación por su propia reputación y, en forma extraordinaria, han recibido poder por medio del Espíritu santificador, para reflejar bien el carácter del Dios de amor santo. Tal santidad es contagiosa.

Según Wesley, cuando sé que Dios me ama de manera absoluta y sin reserva; cuando sé que Cristo murió por mis pecados, aun los míos; cuando el Espíritu Santo me asegura que soy hijo de Dios, soy candidato para la entera santificación. Puesto que sé que Dios me ama, vivo como hijo: con la gratitud de un hijo, no el deber de un esclavo. Y, puesto que Dios me ama, no sólo lo amo a El sin reserva, sino que aprendo a amar a mi prójimo como a mí mismo. Y me doy cuenta, para mi sorpresa, de que mi carácter está siendo recreado progresivamente a la semejanza de mi Creador. Me veo a mí mismo transformado para reflejar más y más el carácter de Cristo. Descubro que estoy libre de mi adicción a la rebeldía. Ansío vivir en obediencia incondicional a Dios. Y me asombra darme cuenta de que puedo hacerlo. Me deleito al descubrir que mi actitud, mis palabras, mis obras, mis hábitos están siendo completamente renovados, dando lugar a una persona justa que antes no conocía.

Wesley se refirió a esta obra completa de gracia en la vida de los creyentes como “entera santificación” o “santidad de corazón y vida”. No es tan superficial como para ser sólo una actuación frente al público. Tampoco es tan privada como para que sólo Dios lo sepa. La vida santa es la expresión visible de una realidad invisible. Surge de la fuente oculta de lo que Wesley denominó nuestros “afectos”. Con este término, él no se refería únicamente a nuestros “sentimientos”. Se refería a la cualidad personal indefinible que a veces llamamos “carácter”. El carácter es la forma de ser del alma, la que nos motiva a actuar como actuamos cuando pensamos que nadie nos ve, cuando sencillamente somos nosotros mismos. Las “inclinaciones motivadoras” que definen nuestro carácter involucran la integración de la razón y la emoción, cultivadas por una “práctica disciplinada”

Las actitudes que han sido infundidas de gracia tienen el poder para transformar nuestra conducta. El carácter cristiano no se forma como la planta de calabaza, que alcanza la madurez en un verano. Es más bien como un árbol de roble, que requiere toda una vida. El carácter cristiano no se desarrolla de un día para otro, ni sin esfuerzo de nuestra parte. La vida santa tiene origen “sobrenatural”. Sin embargo, cuando se cultiva, llega a ser cada vez más “natural”. Los “afectos habituales” de las personas enteramente santificadas no las convierten en robots, manipulados por Dios sin que puedan razonar. La “práctica disciplinada” nos da la libertad para hacer casi espontáneamente lo que desea nuestro carácter transformado.

Dios nos ama tanto que nos acepta tal como somos. Pero, nos ama demasiado como para dejarnos tal como somos. La gracia no consiste en que Dios pase por alto nuestras faltas. Consiste en que Dios nos capacita para que seamos más de lo que podríamos ser si sólo dependiéramos de nuestros recursos. Dios nos ama demasiado como para forzarlos a obedecerle. Por lo tanto, nos deja en libertad para hacer decisiones contrarias a su voluntad y vivir irresponsablemente. Somos libres para escoger, pero no somos libres para escoger las consecuencias de nuestras decisiones. Si practicamos el amor a Dios y al prójimo, cada vez seremos mejores en esto. A medida que respondemos al perfecto amor de Dios, somos capacitados para amar a otras criaturas y a nuestro Creador con amor perfecto. Este amor es la fuente secreta de todas las demás virtudes cristianas. Como con cualquier otro talento que Dios da, llegamos a ser competentes en la vida santa a medida que la practicamos.

Nosotros solos no generamos la capacidad para vivir en santidad ni el progreso en ella. Por esta razón Wesley hizo tanto énfasis en la “santidad social” y los “medios de gracia”.

No podemos ser santos a solas. La santidad se cultiva en el contexto de la comunidad santa: personas renovadas, unidas por un pacto de gracia, que dan cuenta de sus actos unas a otras, y que están comprometidas para crecer juntas en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. La vida en comunidad hace posible y pone a prueba nuestro crecimiento en santificación.

Wesley “valoró los medios de gracia, tanto como formas con las que Dios imparte la Presencia de gracia que nos permite, en respuesta, crecer en santidad, así como ‘ejercicios’ por los cuales responsablemente cultivamos esa santidad”. Randy Maddox afirma que la mejor manera de captar el punto de vista afectivo de la entera santificación que enseñó Wesley...es decir que él estaba convencido de que la vida cristiana no tenía que seguir siendo una vida de lucha perpetua. El creía que la Escritura y la tradición cristiana daban testimonio de que la

gracia amorosa de Dios puede transformar vidas humanas pecaminosas, al punto de que nuestro amor por Dios y por otros llega a ser una respuesta libre. Los cristianos podemos aspirar a tener la actitud de Cristo, y manifestar esa actitud dentro de los límites de nuestras debilidades humanas. Negar tal posibilidad sería negar la suficiencia de la gracia de Dios que da poder, dando a entender que el poder del pecado es mayor que el de la gracia.

## **LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO ENCARNACIONAL**

Primera de Tesalonicenses señala que la posibilidad de una comunidad santificada comienza con la obra poderosa y convincente del Espíritu Santo. Sin embargo, esto nunca se experimenta sin el llamado del evangelio —no sólo con la Palabra predicada, sino también con la Palabra encarnada en la vida de predicadores fieles. Pablo dice: “Bien sabéis cómo nos portamos entre vosotros por amor de vosotros” (1:5). El encuentro de los tesalonicenses con la santidad contagiosa en la vida de otros seres humanos les permitió convertirse de “los ídolos a Dios” (1:9), permanecer fieles aun en medio de intensa persecución (1:9, 6), y llegar a ser ejemplos a otros creyentes (1:7). Al observar el ejemplo de Pablo y sus compañeros, ellos habían aprendido cómo debían “vivir a fin de agradar a Dios” (4:1, NVI). Con palabras y hechos, Pablo los había exhortado a “vivir como es digno de Dios, que los llama a su reino y gloria” (2:12, NVI).

La conducta “digna” de su llamamiento era una forma de vida que fuera apropiada o conforme al llamamiento que habían recibido de Dios. Dios los había llamado a participar en el gobierno real con El. Los había llamado a alabarle con sus vidas. No los había llamado a “inmundicia, sino a santificación” (4:7). El llamado de gracia que Dios les había hecho los capacitaba para cumplir las elevadas expectativas divinas.

La santidad a la que Pablo dirigió a los tesalonicenses involucraba actitudes y conducta que estuvieran de acuerdo con el carácter de Dios. Si los cristianos son llamados a vivir como es digno de un Dios santo, la teología no es un lujo sino una necesidad. Comprender quién es Dios es esencial para proclamar la santidad en forma inteligente. Sin embargo, las primeras lecciones que debemos aprender sobre el carácter de Dios las encontramos en las vidas de santidad contagiosa del pueblo de Dios, no en las páginas de la Biblia o un catecismo, mucho menos en un tomo de teología, un comentario o el *Manual* de la iglesia.

La moral cristiana no puede reducirse a una lista de reglas. Es el aplauso que damos a Dios con nuestras vidas cuando nos cautivan el amor que El demostró en el pasado, su continua fidelidad en el presente, y sus esperanzas para nuestro futuro. El carácter de los cristianos es fundamentalmente diferente del de los paganos debido al carácter de nuestro Dios. Los paganos se comportan como lo hacen porque “no conocen a Dios” (4:5; cf. 2 Tesalonicenses 1:8; Gálatas 4:9). La moral cristiana es sencillamente vivir “como es digno de Dios”, quien nos amó lo suficiente como para morir por nosotros en Jesucristo.

La forma en que vivimos refleja quiénes somos y de quién somos. Vivir como es digno de nuestro llamado es llegar a ser lo que la gracia de Dios hace posible que seamos. Vivir de otra manera es profanar su santo nombre.

Pablo estaba convencido de que no era necesario que alguien enseñara a los tesalonicenses a amarse unos a otros, porque lo habían “aprendido de Dios” (4:9). Sin embargo, esto no le impidió orar: “Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos” (3:12). La expresión de su amor no era sólo “un sentimiento cálido y agradable”, sino el ánimo, la edificación, la paciencia y el respeto mutuos por los que siempre procuraban hacer lo bueno “unos para con otros y para con todos” (5:11-15).

Pablo estaba persuadido de que la forma en que los tesalonicenses vivían ya agradaba a Dios. Sin embargo, los instó a abundar en ello “más y más” (4:1). Además, oró: “Que él afirme vuestros corazones, que os haga irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (3:13). En un mundo en donde el sexo era adorado como dios, Pablo declaró: “La voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor, no en pasión desordenada, como los gentiles que no conocen a Dios” (4:3-5).

## **ENTERA SANTIFICACIÓN**

Pablo concluye su primera carta a los tesalonicenses con la oración de nuestro texto. Significativamente, este versículo contiene la única referencia explícita en el Nuevo Testamento

a la entera santificación: “Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (5:23). Después de esta oración, Pablo añade una expresión de confianza: “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (v. 24).

Vidas de santidad auténtica, vividas en este mundo presente, y para el mundo, son la expresión más apropiada de alabanza que podemos ofrecer a Dios. La vida santa da testimonio al mundo de que Dios es real. Es la única influencia capaz de convencer al mundo de que necesita a Dios.

La santificación que opera sólo en el ambiente protegido de los templos, en el campus de una universidad cristiana, o dentro de los límites acogedores de nuestro hogar no es suficiente. No podemos pensar que la palabra “entera”, en “entera santificación”, implique que no hay lugar para mayor progreso una vez que somos santificados.

De ninguna manera. La obra santificadora de Dios en nuestras vidas es un proceso continuo que sólo comienza con un “segundo viaje al altar”. Dios no nos santifica únicamente para que seamos santos. Somos santificados para obedecer (véase 1 Pedro 1:2) y para servir (véase Romanos 6:17-22; 7:4-6; 12:1-2).

La palabra “entera” no tiene que ver con la conclusión, sino con lo inclusivo de la obra santificadora de Dios. El desea gobernar en todas las áreas de nuestra vida. No hay un área que El no desee gobernar. Por esa razón Pablo ora: “Que...Dios os santifique por completo; y todo vuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— sea guardado irreprochable [hasta] la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es [Dios] que os llama [a santidad], el cual también [os santificará]” (vv.23-24)

Si estamos enteramente santificados, debe ser evidente, y no sólo en la vida privada y personal. Tiene que manifestarse en las esferas social, moral, cultural, económica, ambiental y política de nuestra vida.

## CONCLUSIÓN

En el pasado, algunas personas de la tradición de santidad trivializaron el llamado a la santidad, convirtiéndolo en legalismo. Hoy, algunas han abandonado el llamado a la santidad y se han integrado al mundo. Otras han marginado la santidad a las esferas privadas de la piedad personal y las buenas intenciones. Primera de tesalonicenses habla de una santidad que es visible y contagiosa.

Debemos rechazar el legalismo, pero, al hacerlo, no debemos descuidar los aspectos importantes de la ley: justicia, misericordia y fidelidad. No podemos permitir que las tradiciones humanas replacen los mandamientos de Dios. Transigir ante el mal no es una alternativa viable. Sin embargo, tampoco lo es pensar que el mal es más contagioso que la santidad.

Jesús declaró que lo que sale de nosotros es lo que nos hace impuros. Lo que nos contamina no es lo que nos hacen, sino lo que hacemos. El mal que sale de nuestros corazones es lo que demuestra que necesitamos purificación. “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez. Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al hombre” (Marcos 7:21-23)

Por lo tanto, volvemos a algunas preguntas básicas: ¿Cuál es más poderosa? ¿La santidad o la impureza? ¿El amor o el odio? ¿La gracia o el pecado? ¿Estamos tan verdaderamente santificados que nuestras vidas dan testimonio al mundo de que Dios realmente purifica? ¿Hemos sido tan “enteramente santificados” que ninguna dimensión de nuestra vida está excluida de su Espíritu santificador?

Algunos se conforman con la actuación sin la realidad. Otros se conforman con la seguridad sin el servicio. Otros se conforman con la secularización en vez de la santificación. Ninguno de estos acercamientos toma seriamente el poder contagioso de la santidad.

No hablo aquí del poder de un términopreciado ni de una doctrina preferida. Si las palabras “santidad” y “entera santificación” son términos sin importancia en su vocabulario religioso, le doy permiso para que los abandone inmediatamente. Tal vez prefiera hablar de “integridad” cristiana, “vivir de acuerdo a principios”, “ser responsable ante otros”, “carácter”, “disciplina”, “autenticidad”, “piedad” o “espiritualidad auténtica”. Cualesquiera que sean las palabras que use, no piense que puede escoger los



términos de su discipulado. Los términos que Jesús estableció aún están vigentes: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Marcos 8:34-35).

La santidad contagiosa de la que hablo es la vida completamente entregada a un Dios santo en favor de un mundo pecaminoso. Es la vida de Jesucristo manifestada en las vidas de personas comunes y corrientes, que han sido totalmente limpiadas de la preocupación por el yo y que han recibido extraordinario poder por medio del Espíritu santificador. Esta santidad es contagiosa. ¡Contágiese!

## **Ahora Que Usted Es Santificado**

**por  
Neal Dirkse**

### **Prefacio**

En las páginas siguientes usted encontrará algunas sugerencias que le ayudarán a vivir una vida cristiana triunfante. Ahora que usted es santificado, aprenderá en una forma nueva el impacto de la prueba y de la tentación. Satanás dirige sus ataques más fuertes en contra de aquellos que han decidido ir con Dios “hasta el fin del camino”. A usted se le permitirá entrar en batallas que no son del todo desconocidas a los que han entrado en este camino hacia las alturas espirituales; la posesión total que Dios ha tomado de su corazón y de su vida mediante la unción del Espíritu Santo es una garantía de la victoria en cada batalla y de la gracia para cada prueba.

Ojalá que Dios le dé la perseverancia y la determinación para mantener un contacto diario victorioso hasta que todos nos reunamos en su santa presencia en la ciudad preparada para los santos.

## **I**

### **Algunas Cosas que no Cambiaron**

*Ahora Que Usted es Santificado...*

¡Algo extraordinario le ha sucedido a usted! La vida será diferente. Y precisamente porque la vida será diferente, las siguientes páginas tienen el propósito de ayudarle a entender lo que ha sucedido, y cómo conseguir que siga sucediendo. Es el propósito de Dios, que usted crezca en la gracia más rápidamente que antes, porque antes, cuando usted tenía que luchar con un traidor interno—el pecado innato—su crecimiento era estorbado.

Un poco más adelante encontrará una discusión acerca de lo que sucedió cuando usted fue lleno con el Espíritu Santo. Pero por ahora, hablemos de algunas cosas que NO sucedieron.

¿Le parece extraño principiar con este punto? No debería serlo. El primer ataque del diablo en contra de la persona que acaba de ser santificada, es llamarle la atención a algunas cosas que NO son claramente diferentes de lo que eran antes. Su propósito es conseguir que usted dude de Dios y de lo que El ha hecho por usted, y de esa manera destruir esa comunión. Manteniéndose sumiso a Dios, usted aprenderá a resistir al diablo y al hacerlo, descubrirá que éste huirá de usted (Santiago 4:7).

Dudar de Dios siempre es malo— cualquiera que sea la razón. Cuando surjan las dudas lea la Biblia y ore. Si los interrogantes persisten, hable con su pastor... *¡pero nunca dude de lo que usted sabe que Dios ha hecho por usted!* Recuerde, que aunque usted no pueda contestar todas las preguntas, nunca debe dudar de que Dios haya aceptado su completo rendimiento. Manténgase firme sobre la confianza de lo que usted *sabe* que experimentó. “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Romanos 3: 4). A pesar de sus emociones hoy, o mañana, en contraste con sus emociones el día que Dios habló a su corazón, no pierda su confianza en la gracia de Dios para guardarle, porque el diablo es un mentiroso desde el principio (Juan 8: 44).

Por tanto, consideremos algunas cosas que NO sucedieron cuando Dios le santificó.

## 1. A USTED NO SE LE QUITO LO HUMANO

Eso equivale a decir que usted es todavía un ser *humano*, aunque santificado. “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu” (I Pedro 1:22). Un alma purificada ciertamente ejercerá una influencia decisiva sobre el cuerpo, pero no lo hará ni más ni menos que *humano*. Es probable que cuando el Espíritu Santo vino en toda su plenitud, usted sintiera que estaba en otro mundo; se sentía tan bendecido y diferente que no quería regresar a la tierra. Sin embargo, usted pronto descubrirá que todavía es un ser *muy humano*. Usted todavía posee un cuerpo con todos los apetitos e impulsos humanos normales.

Sí, los apetitos humanos normales permanecen: el deseo por los alimentos en cantidades normales, el deseo por el compañerismo de los demás seres humanos, el deseo por el sexo en su lugar apropiado— todas las demás capacidades humanas normales permanecerán tal como eran antes. La diferencia que usted notará será un poder mayor para ejercitar disciplina en estas áreas. Recuerde que el control de uno mismo es fruto del Espíritu (Gálatas 5:23).

Negar, por ejemplo, el hecho y la presencia de los deseos sexuales normales, es intentar mejorar la obra creadora de Dios. Obviamente, su satisfacción se limitará dentro de las relaciones maritales lícitas, pero negar el hecho de que estos deseos existen, significa crear problemas que le causarán grandes dificultades. El mero intento de negarse a usted mismo estos deseos humanos normales, inherentes en cada ser humano, sólo servirá para grabarlos más profundamente en su mente y en su conciencia. El enemigo le acusará de no ser verdaderamente santificado si alguna vez tiene un deseo apasionado, o un deseo momentáneo pero fuerte, de satisfacer sus impulsos sexuales. Discipline su pensamiento, piense inmediatamente en la pureza de la santidad y de una vida santa; ocupe su mente con pensamientos que honren a Dios; lea inmediatamente Filipenses 4:8, y murmure una oración pidiendo ayuda. “Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (II Corintios 10:5). La voluntad no es rival para la imaginación, de modo que aprenda a resistir los pensamientos malos reemplazándolos con pensamientos santos.

Además, dar por sentado que usted ya no necesita ejercitar el contacto normal con el mundo que le rodea, y que puede esconderse dentro de un círculo imaginario, significa negar el propósito principal para el cual fue usted santificado. Recuerde las instrucciones de Cristo a sus discípulos de que esperaran hasta ser llenos del Espíritu Santo (Lucas 24:49) y luego que debían usar ese poder del Espíritu Santo para testificar en su favor (Hechos 1:8). Y usted no podrá dar un testimonio eficaz desde un claustro.

Ya no se le permitirá a su cuerpo demandar tanta atención, porque ahora se ha convertido en el “templo del Espíritu Santo” (I Corintios 6:19). Su cuerpo será ahora el instrumento del Espíritu Santo, el cual lo usará de la manera que El crea más conveniente, con el fin de traer en forma más eficaz gloria y honra al Señor Jesucristo.

## 2. A USTED NO SE LE DESPOJO DE SU PERSONALIDAD

La santificación no cambiará su temperamento básico más que lo que cambiará el color de su cabello. Si bien es cierto que el tiempo y el crecimiento contribuirán a una expresión más fina y más rica de su personalidad para la gloria de Dios, no se debe usted desanimar si esto no sucede tan rápidamente como usted quisiera. Dios usa pruebas y sufrimientos para refinar su personalidad, para que se convierta en una demostración efectiva creciente de la experiencia de la santidad. No olvide que crecemos “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (II Pedro 3:18).

Si usted es normalmente una persona de tipo nervioso, no puede en seguida ser perfectamente paciente frente a todas las experiencias desagradables.

Si usted es una persona impetuosa, que le gusta hablar y actuar antes de pensar, la santificación no cambiará esa característica de la noche a la mañana. El hecho es que aparentemente Pedro tuvo dificultades para vencer totalmente sus prejuicios en contra de los gentiles, aun después del Pentecostés. Parece que él consideró necesario explicarle a Cornelio que no era su costumbre visitar a un gentil. Pedro necesitó bastante tiempo para deshacerse de todos los aspectos ásperos de su personalidad. Usted necesitará tiempo y crecimiento para desarrollar “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

Si usted es una persona callada y tímida, no se convertirá inmediatamente en una persona impetuosa y resuelta a expresar en seguida lo que piensa. La santificación proveerá la gracia y la

motivación para ayudar a vencer los aspectos de nuestra personalidad que necesitan mejorar, pero se necesitarán tiempo y sufrimientos para refinarla completamente. “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos” (II Corintios 7:1).

No se impaciente ni pierda su confianza en estos momentos de prueba. Vaya al Señor en oración humilde, si acaso ha fallado, admítalo y confíeselo, y permita que El le vuelva a susurrar que “la sangre...nos limpia de todo pecado” (I Juan 1:7).

### 3. USTED NO FUE HECHO UN SANTO CON EXPERIENCIA CABAL

Aquellos que compartimos esta gloriosa “vida abundante” con usted, nos damos cuenta de cómo se sintió usted después de que el Espíritu Santo le santificó. Pero nunca olvide que eso fue sólo un punto de partida. No deje que el diablo le haga tropezar confundiendo sobre la diferencia entre la *pureza* de corazón y la *madurez* de expresión. Usted todavía no orará ni testificará como aquel santo que usted conoce; quizá usted todavía tenga dificultades en testificar a otros o en testificar en un servicio público; quizá sea una lucha todavía para usted el orar en público. Pero por supuesto, usted no dejará de esforzarse.

La madurez vendrá cuando usted se esfuerce por hacer lo que *puede*. La parábola de los talentos nos enseña que el uso resulta en aumento. La madurez vendrá conforme usted continúe haciendo las decisiones *difíciles* pero correctas, y a medida que usted llene los lugares de responsabilidad que se le presenten. “Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios...teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios” (Hebreos 11:24-26).

Usted posee un corazón puro mediante la sangre de Cristo; la vida madura vendrá a medida que usted ande fiel y continuamente delante de El el resto de su vida. Pedro dice claramente cuáles áreas de nuestra responsabilidad se desarrollarán a medida que caminamos con Dios. “Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; al afecto fraternal, amor” (II Pedro 1:5-7). El proceso de la madurez ayuda a “añadir” y a aumentar estas capacidades.

Cuando se sienta satisfecho con su estado presente, no ceda a esa tentación; en vez de ello, estimule el apetito de su corazón de ser cada día más semejante a Cristo, porque “los que tienen hambre y sed de justicia...serán saciados”.

Estas son algunas de las cosas que *no sucedieron* cuando usted fue santificado. El capítulo siguiente tratará con algunas de las cosas que *no cambiarán*.

## II

### Algunas Cosas que no Cambiarán

Puede haber tanto peligro en esperar que la experiencia de la santificación haga más de lo que la Biblia dice que hará, como lo hay en no permitir que haga todo lo que se provee en ella en el Calvario. Insistir en que ciertas cosas que no se prometen deben suceder cuando se profesa la entera santificación, puede ser tan desalentador para usted y para otros, como lo será el no apropiarse de todo lo que las promesas específicas de la Biblia ofrecen proveer. Se han creado dificultades para entender esta doctrina cuando las fuentes mal informadas nos exhortan a un nivel de vida que no podremos obtener hasta que lleguemos al cielo. Esto no significa debilitar la obra de la santificación, sino más bien establecerla sobre una base clara y escritural.

Refutar esta experiencia o dudar de su validez debido a algunas debilidades humanas en nosotros o en otros, no es un argumento suficiente como para que usted pierda su confianza. Aférrese a lo que usted sabe que Dios ha hecho en su corazón y luego proceda de ese punto a

aprender, estudiar y crecer en entendimiento espiritual. No olvide—las emociones humanas no son la prueba final de los mandamientos y las provisiones de Dios. La prueba final es la Palabra de Dios clara y definida. De acuerdo a ella permanecemos o caemos, no por una opinión o experiencia humana que diga lo contrario. Examinemos algunas de estas áreas en las cuales el diablo le ocasionará dificultades tarde o temprano.

## 1. USTED NO ESTARA LIBRE DE LAS TENTACIONES

La tentación es la incitación a hacer o dejar de hacer algo, que usted sabe que la voluntad de Dios prohíbe o demanda. Aunque estas tentaciones no parezcan estar en el mismo nivel que cuando usted fue salvado, vendrán *en el nivel de su experiencia presente*. Esto quiere decir que usted se sentirá más tentado en el área de las actitudes que en las acciones, en sentimientos más que en hechos. Una actitud mala sentará la base para acciones malas, y el resentimiento estimulará expresiones no cristianas. Pero con una conciencia despierta, usted se dará cuenta del mal de estas actitudes internas y resentimientos antes de que alcancen el estado de la acción. Y aquí debemos estar en guardia. Porque el diablo puede venir como “un ángel de luz” (II Corintios 11: 14) o como “león rugiente” (I Pedro 5:8).

Cristo fue tentado (Mateo 4:1) y usted puede tener la seguridad de que el diablo lo tentará a usted también. Quizás usted se sienta tentado a dudar lo que Dios ha hecho por usted, retirar parte de la consagración que usted hizo tan completa y tan libremente, o demorar el cumplimiento de una parte de las promesas que usted le hizo a Dios.

Mientras que usted no ceda a la tentación, ni permita que las malas actitudes encuentren habitación en su corazón, usted no ha pecado. Las tentaciones no son pecado, y no se convertirán en pecado mientras usted resista y rechace lo que usted sabe que es malo. Santiago 1:14-15 declara esto en una forma muy peculiar: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”. Usted puede resistir la tentación y debe hacerlo con el poder de su nueva experiencia. Dése cuenta ahora de que nunca llegará al punto donde las tentaciones no formen parte de su experiencia, pero tampoco se enfrentará a una tentación que la gracia de Dios no le pueda ayudar a vencer —“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4: 13).

Una sutil tentación con la que debe enfrentarse es la mentira de que usted puede medir su gracia por sus emociones. Usted escuchará tantos testimonios del gozo que produce esta comunión; usted mismo expresará este sentimiento a menudo. Pero el tiempo llegará, tan cierto como que la noche sigue al día, cuando usted no sienta esas emociones de gozo. La “emoción” habrá desaparecido. **NO DEJE QUE ESTO LE MOLESTE**—especialmente si usted está caminando en toda la luz que tiene.

Pablo pasó por algunos momentos en que su ola emotiva estaba en un nivel muy bajo. Note lo que él dice, y trate de imaginarse cómo se habrá sentido cuando se dio cuenta lo que le sucedió en Asia: “Fuimos abrumados sobremano más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aun nos libraré, de tan grande muerte” (II Corintios 1: 8-10).

Sí, la tentación le acompañará mientras usted viva, pero eso mismo fortalecerá y refinará lo que fue comenzado; porque puede tener la seguridad de que Dios *perfeccionará* lo que El comenzó en su corazón (Filipenses 1:6). Sin embargo, “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (I Corintios 10:13).

## 2. USTED NO SERA ABSOLUTAMENTE PERFECTO

Esta es una artimaña sutil que al diablo le gusta usar.

Aunque es cierto que usted podrá vivir una vida sin pecar voluntariamente, ninguno de nosotros jamás alcanzará el punto donde le sea imposible pecar, porque ninguno de nosotros pierde su libre albedrío cuando es santificado. La voluntad se rinde, de manera que ahora desea hacer la voluntad de Dios en lugar de la suya propia. Es esta capacidad de escoger hacer su voluntad lo que nos hace más semejantes a Dios. Precisamente, el carácter santo se

desarrolla conforme nosotros hacemos esas decisiones correctas. Juan nos dice que es en la medida en que nosotros HACEMOS la voluntad de Dios que crecemos en nuestro entendimiento de su voluntad (Juan 7:17).

Nunca menosprecie las provisiones de la propiciación. El propósito de Dios es que vivamos “sin mancha delante de él, en amor” (Efesios 1:4-5). Nadie *necesita* hacer el mal; pero si alguien cae en un acto o actitud pecaminoso, inmediatamente puede aferrarse a la sangre de Cristo, e invocar la promesa de que “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo” (I Juan 2:1). Un pecado momentáneo es todavía un pecado y debe tratarse como tal.

La infalibilidad no será una de sus nuevas virtudes. Usted todavía hará errores en sus juicios. Nuestra esperanza yace en esta promesa, de que “cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará” (I Corintios 13:10). Cuando cometa un error, corríjalo, pero no permita que el enemigo lo acuse falsamente de pecado voluntario. El es el “acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10) y ciertamente lo tratará de persuadir a que se condene a sí mismo cuando sea culpable de algún error sincero. Confíeselo, conságrelo... ¡y olvídelo!

### 3. USTED NO DEJARA DE CRECER

¡O por lo menos no debiera!

El momento de su experiencia de crisis fue un punto de partida. La vida que debe vivir es de un crecimiento continuo y desarrollo en la gracia de Dios. La santificación es primeramente una experiencia de crisis, y luego un proceso de crecimiento y desarrollo. Más adelante sugerimos formas para estimular su crecimiento espiritual, pero por ahora nos basta decir que una vez que usted empieza con Dios, El no le permitirá sentirse satisfecho con el maná de ayer...debe ser fresco cada día.

Usted nunca puede agotar a Dios o lo que El tiene reservado para el alma sincera. Pablo, al fin de sus días, sentía deseos de seguir hacia adelante con el Señor...“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús” (Filipenses 3:12).

El proceso de crecimiento obra el desarrollo hacia la perfección. Este vendrá a medida que usted preste fielmente atención a las instrucciones recibidas en la palabra del pastor, evangelista, o maestro, “A fin de perfeccionar a los santos...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:12-15).

### 4. USTED NO SERA GLORIFICADO

Para esto debemos esperar la venida del Señor. Mientras tanto usted tendrá que permanecer con ese cuerpo y mente con que le encontró cuando le santificó. Usted todavía hará errores; todavía sufrirá dolores y se enfermará; todavía malentenderá a algunas personas. Por el otro lado, usted nunca llegará a ser tan perfecto que pueda satisfacer a todos. Aun Cristo, el único hombre perfecto que jamás haya vivido, no agradó a todos. La gente le criticará aun cuando usted crea que ha hecho todo lo posible. Pablo sufrió terriblemente sólo por andar en el camino de la santidad: “En trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he pasado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros...de los de mi nación...peligros entre falsos hermanos” (II Corintios 11: 23-26). Por ser seguidor del Maestro pasó mucho tiempo en la cárcel.

Usted es todavía suficientemente humano como para sentirse herido y agraviado por las actitudes de otros hacia usted cuando es malentendido. Pablo dijo a la iglesia de Corinto: “Yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos” (II Corintios 12:15). Si Pablo se sentía herido y agraviado por el trato injusto de otros, sin duda que hay una gran posibilidad de que usted también se sienta así. Pero en todas estas cosas usted tiene acceso a una gracia que le permitirá “más que vencer” y seguir amando a todos.

Esto cubre algunas de las áreas donde el diablo tratará de meterlo en dificultades. Ahora veamos lo que SUCEDIO cuando usted fue santificado, y cómo la gracia de Dios le puede hacer a usted la persona eficaz que El quiere que sea.

### III

## Algunas Cosas que Sucedieron

La experiencia y la vida de santidad serán una relación sin fin y siempre creciente. Tal vez parezca imposible entender en una forma breve lo que SUCEDIO cuando usted fue santificado, pero hagamos la prueba de todas maneras:

#### 1. USTED FUE LIMPIADO

El pecado tiene una naturaleza doble: acción y condición, actos malos y disposiciones malas, pecados y (el) pecado, *hacer* el mal y *ser malo*. Las cosas mencionadas en primer término fueron perdonadas cuando usted se convirtió. Eran hechos voluntarios, y por lo tanto usted era personalmente responsable por ellos. La disposición o principio del pecado es algo con que usted nació. Su naturaleza es rebelión en contra de Dios (Romanos 8:7), y por lo tanto es mala. Aunque usted no fue responsable de haber nacido con esta naturaleza, usted es responsable de permitir que la provisión del Calvario la elimine. La pregunta de Pablo a los romanos es pertinente: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Romanos 6:1). Y la respuesta obvia es: ¡No! “Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:2).

Antes de que usted fuera santificado, esta disposición hacia el pecado a menudo le sorprendía desprevenido, y le hacía decir o hacer cosas que luego sinceramente le pesaban. Cuando usted buscaba el perdón de Dios en estos casos, El le perdonaba, sin embargo usted se sentía molesto por este traidor interno. Cuando Dios le santificó, El limpió esta disposición interna. “Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, *purificando* por la fe sus corazones” (Hechos 15:8-9).

Esta limpieza dio como resultado la erradicación o la eliminación de esa tendencia innata a desafiar la perfecta voluntad de Dios para usted. Corrigió esa inclinación de una vida egocéntrica a una vida cristo-céntrica. “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y *libertados del pecado*, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Romanos 6:17-18).

Quizá le ayude a entender más claramente si hacemos una distinción entre estas dos obras divinas—regeneración y santificación.

En la primera usted es “nacido del Espíritu” (Juan 3:8); en la segunda usted fue “lleno del Espíritu” (Hechos 2:4).

En la primera usted confesó y se le perdonaron sus pecados voluntarios (I Juan 1:9); en la segunda usted consagró todo su ser a su voluntad y fue transformado hasta que llegó a estar en perfecta armonía con su voluntad (Romanos 12:1-2).

En la primera usted encontró “paz para *con* Dios” (Romanos 5:1); ahora ha encontrado “la paz de Dios” (Filipenses 4:7).

En la regeneración usted fue vivificado (Efesios 2:1); en la santificación fue crucificado “con Cristo” (Gálatas 2:20).

Esta limpieza tiene que ver con pecados tales como la ira, el odio, el resentimiento, la amargura, los celos, la envidia, pensamientos impuros y otros semejantes. No quiere decir que las tentaciones en estos asuntos no ocurrirán, sino que ahora no encontrarán un apoyo interior a la insinuación del maligno.

#### 2. USTED FUE LLENO DE PODER

Dios primero limpia lo que usa, y luego lo usa para su gloria. El sabe que somos débiles por naturaleza; por tanto, cuando El nos santifica, nos reviste de poder—nos da la virtud del Espíritu Santo.

No es algo que ganamos—es su don. Se nos da con un propósito especial: “Me seréis testigos” (Hechos 1:8). Leyendo la historia del Pentecostés y el Libro de los Hechos, usted descubrirá que estos

creyentes primitivos tenían un poder sobrehumano. No se puede explicar de otra manera, por ejemplo, el valor de Pedro. Donde antes él temblaba delante de los hombres y las criadas, ahora encontramos sacerdotes y personas temblando delante de él, y preguntando qué debían hacer para ser salvos.

Hay sólo una explicación: “Recibiréis poder, *cuando* haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Lucas 24:29; Hechos 1:8).

Los eruditos jueces saduceos y sacerdotes estaban teniendo dificultades con esta multitud de pescadores apasionados y cobradores de impuestos transformados. En el capítulo cuatro de Hechos, se hace referencia tres veces al “valor” o poder de estas personas llenas del Espíritu. Para ellos era un poder para soportar la persecución y la oposición, para crear convicción y convencer, para desafiar la orden de la corte que les negaba el privilegio de testificar a otros acerca de ese Nombre.

Este poder no es para uso personal. Ahora usted se ha convertido en un instrumento limpio, un canal, por el cual el poder de Dios puede correr sin obstáculos. Mientras que se mantenga limpio y libre de la vanagloria, seguirá siendo usted un canal útil. Si acaso el canal se obstruye, busque el lugar de oración, y permita que el Espíritu le señale el obstáculo. No hay *nada* suficientemente importante como para que impida que usted sea parte del propósito de Dios para su vida. Por lo tanto, mantenga los canales abiertos y limpios.

Recuerde que este poder del Espíritu Santo debe *usarse* para poder mantenerse. Quedarse satisfecho, ser descuidado, dejar de testificar a otros, es perder ese sentido sagrado de su posesión total de su vida.

### 3. USTED FUE LLENO

Ya sea que haya venido como una ola arrolladora o como un dulce aroma, usted descubrió un amor hacia Dios y hacia otros que nunca antes había conocido. Literalmente “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Romanos 5:5). Esa es la razón por la cual usted encontrará fácil amar a aquellos que no le tratan bien a usted: es el amor de Dios fluyendo a través suyo. Esta es la motivación necesaria que usted necesita a fin de *desear* ganar a otros. Es difícil para una persona que está profundamente enamorada quedarse callada acerca del gozo interno y de la persona que lo causa.

Ahora usted ha llegado al lugar, mediante la gracia de Dios, donde realmente puede obedecer el mandamiento de Cristo de amar “al Señor tu Dios con todo tu corazón...y...a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37-39). No es meramente el amor suyo elevado a un nuevo nivel; es *su* amor que fluye en usted. No trate de restringirlo; el amor de Dios incluye a todos, ya sea que fluya directamente de su corazón a nosotros o que fluya a *través* del corazón de usted a otros.

Volvamos sobre este asunto otra vez. Cuando Dios le santificó, su propósito era que usted fuera uno con El, así como Cristo es uno con el Padre (Juan 17:21). Esta relación tan íntima no puede venir sin un cambio radical interior; porque mientras que la vida del yo permanezca ocupará el centro del corazón. Simplemente *no se puede* someter a la voluntad de Dios. Por lo tanto se necesita esta experiencia de la gracia divina.

Destruye el yo, de modo que Cristo pueda llenar el horizonte total de su vida. Para llevar a cabo esto, la limpieza es esencial, porque ningún pecado puede entrar a su presencia; la unción con el poder venido de otro mundo es esencial, porque no podemos cumplir las demandas de un Dios santo sin él; ser lleno con el amor divino es esencial a fin de proveer la clase de motivación que le haga a uno *desear* vivir la vida cristiana, y le capacita para servir a Dios por sí mismo. Sólo con este equipo divino podemos comenzar a encontrar las riquezas de esta unidad con El en todas sus implicaciones y posibilidades. Continuará ensanchándose y creciendo a medida que usted camina con El como el horizonte que va en aumento y saluda a la persona que con perseverancia escala la montaña.

Pablo enumera algunas de las cosas que le esperan cuando nos dice que esta experiencia “os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Efesios 1:17-19).

En el capítulo final trataremos con lo que USTED debe hacer a fin de mantener esta gloriosa experiencia y vida obrando para la gloria de Dios.

## IV

# Cómo Mantener la Experiencia

No hay necesidad de que haya un momento desde ahora hasta que usted llegue al cielo que no sea de victoria; usted no *tiene* que retroceder. El le santificó para que usted *podiera* vivir una vida victoriosa. “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús” (II Corintios 2:14), creciendo más y más a su semejanza hasta que su imagen se refleje perfectamente en usted.

A fin de que esto sea verdad en su vida, le ayudarán las siguientes sugerencias. No las debilite señalando a otros que no están haciendo algunas de las cosas aquí mencionadas. Si omite cualquiera de estas cosas que mencionamos a continuación, debilitará su relación con Dios así como su gozo y victoria. Recuerde siempre que la desobediencia y el descuido de otros nunca es una justificación suficiente para que usted no obedezca al Señor completamente. El obedecer no siempre será fácil, pero siempre será lo correcto.

### 1. USTED DEBE TESTIFICAR A OTROS

Esto se pone al principio de la lista porque este fue el propósito principal por el cual usted fue santificado. Todo lo anterior es sólo preparatorio para esta actividad. Si no fuera así, el Señor podría llevarle al cielo ahora mismo. Pero hay otros que necesitan conocer esta experiencia, y solamente *usted* puede decirles lo que le ha sucedido. Esto es dar testimonio.

Usted no es diferente de los demás; todos sienten las mismas necesidades internas que usted sentía antes de que Dios le santificara enteramente. Cuénteles a otros de ello.

Cuando usted les cuente a otros su experiencia y la maravilla de la plenitud de Dios, otros sentirán el deseo de poseerla. “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la *boca* se confiesa para salvación” (Romanos 10:10).

Ponga su testimonio en palabras: aclárelo, para que otros entiendan cómo Cristo les puede satisfacer en la forma que le satisfizo a usted.

Es digno de notar que Dios no envió a un ángel a predicar a Cornelio (Hechos 10), sino que envió a otra alma redimida para traer el mensaje *que sólo una persona podría traer*. Los ángeles nunca pecaron, por lo tanto, no pueden contar la historia de la redención. Sólo usted y yo podemos hacerlo. Esa es la razón por la cual el Señor cuenta tanto con su fidelidad y su obediencia aquí en la tierra. El no tiene otra manera de hacer que la gente escuche la bendita historia.

No se desanime si algunos de los que oyen su testimonio no aceptan al Señor sólo sea fiel a su tarea, y Dios se encargará de la suya. Nuestra tarea es testificar...la suya es convencer y convertir.

### 2. USTED DEBE MANTENER CIERTO TIEMPO APARTADO

A menos que usted *fije y guarde* ciertos momentos para sus devociones privadas, no las podrá tener. Privar al alma del alimento que debe recibir mediante la oración y la lectura, significa matarla de hambre. No hay *nada* de mayor importancia. En este punto es donde el diablo procurará lanzar uno de los primeros ataques, diciéndole que usted está demasiado cansado como para hacerlo o demasiado ocupado como para apartar esos momentos. El cuerpo desnutrido está expuesto a todos los microbios que le rodean...el alma desnutrida está expuesta a todos los espíritus malos. Mantenga un alma saludable.

En los Evangelios encontramos narrados sólo unos cuarenta días de la vida de Cristo, sin embargo, usted encontrará frecuentes referencias a los momentos de oración del Maestro. Oró toda la noche, o por lo menos parte de ella, en cinco diferentes ocasiones. Oró en ocasión de su bautismo, antes de la selección de sus discípulos, cuando se enfrentó a la tentación, en su hora de traición y muerte. Si fue esencial para el Hijo de Dios equiparse de esa manera, ¡cuánto más necesitará usted pasar tiempo en la oración!

En el Libro de los Hechos los discípulos oraron “y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (Hechos 4:31). Debe haber momentos frecuentes cuando



escuchamos la voz del cielo, momentos cuando nuestras almas se refrescan con un nuevo derramamiento del Espíritu de Dios. La admonición de Pablo a *ser* “llenos del Espíritu” implica un proceso continuo y constante. Aprenda en seguida el secreto de esperar en su presencia hasta que su alma haya sido fortalecida de nuevo y alimentada por la “fuente viva”. No deje pasar muchos días sin tener unos momentos de oración victoriosa. “*Conservaos* en el amor de Dios” (Judas 21). Que toda su vida gire alrededor de estos momentos de refrigerio. Si tiene dificultades en “orar hasta alcanzar la victoria,” busque la compañía de otra persona de oración y oren juntas.

Confeccione una lista de oración, incluyendo los nombres de las personas que usted quiere ver convertidas al Señor o enteramente santificadas. Desarrolle un sistema de lectura de la Biblia que le dirija a un estudio y a un crecimiento sistemático en su conocimiento del Señor. Un método deficiente seguido fielmente, hará más provecho que un método excelente pero que usted abandone pronto.

Estos momentos para sus devociones privadas son absolutamente esenciales si usted quiere crecer en gracia.

### 3. USTED DEBE OBEDECER

Dios tiene un propósito para su vida—búsquelo y *obedézcalo*. Es probable que cada día tenga una tarea especial—*obedezca*. Nunca permita que su voluntad, o sus deseos o sus actitudes le roben lo mejor que Dios tiene para usted por causa de la desobediencia. Manténgase siempre sumiso a su voluntad. Aun Jesús expresó esta actitud en el Huerto cuando oró: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Recuerde que la voluntad de Cristo para usted, está dictada por su amor hacia usted, y su gran sabiduría le permite saber cuál es la mejor manera de usar su vida.

Mantenga intacta su consagración. Si usted ve a otros seguir a Cristo desde lejos, no deje que esto le haga retroceder en sus promesas a Dios. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos” (Mateo 7:21).

La obediencia es el precio de la victoria. Su voluntad fue depositada en las manos divinas el día que Dios le santificó. Ahora usted *quiere* hacer la voluntad de Dios. Esa entrega no significa que la voluntad de usted se ha vuelto pasiva o dormida—se vivifica más que nunca, pues usted desea *sólo* hacer su voluntad.

Fue la obediencia lo que le trajo a usted a esta comunión. La consagración significa literalmente traer el pasado a una obediencia presente, y rendimiento significa colocar todo el presente y el futuro en ese nivel (Hechos 5:32). “Habiendo *purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu*” (I Pedro 1:22), usted se mantendrá en este camino santo mediante una obediencia continua. Mientras que usted ande “en luz” (obediencia), la sangre le limpia “de todo pecado” (I Juan 1:7).

Si El le llama al ministerio cristiano, usted tiene que obedecer. Su voluntad es la norma y el único principio sobre el cual gira toda su vida (Gálatas 2:20). Solamente así habrá perfecta paz y perfecto gozo.

### 4. USTED DEBE LEER BUENOS LIBROS

Lógicamente, su Biblia viene primero. Pero debido a la competencia con que usted se enfrenta en las revistas, los diarios, la televisión, la radio, su trabajo y en el hogar, usted descubrirá que el ejercicio de la disciplina es esencial en el uso de su tiempo. Si a usted no le agrada leer—desarrolle ese gusto, porque sólo así podrá usted informarse mejor y afirmarse mejor en este camino de santidad. Esto es tan importante como cualquiera otra cosa que usted hace para crecer en la gracia y en el conocimiento de Dios.

Los libros sobre la santidad, sobre la vida devocional y las publicaciones de su denominación, deben tener prioridad en su lectura. Si debe hacer un escogimiento entre los diarios y los periódicos de su iglesia, usted se beneficiará más dando su tiempo a éstos. Sólo así usted podrá crecer en entendimiento y en sabiduría para traer más gloria a Dios.

Usted tendrá que seleccionar su material, porque no todo lo que tiene un título religioso es necesariamente edificante. Hay tanta literatura mala sobre cultos falsos, que usted debe tener mucho cuidado. Si tiene la menor duda, consulte con su pastor. Una persona sincera recibió hace poco un libro de un amigo. Había encontrado el libro en el proceso de cambiarse de casa, y puesto que tenía un título bueno y religioso, creyó que era bueno. Nuestro amigo comenzó a leerlo—hacia poco que había sido santificado—y pronto encontró algunas cosas raras. Cuando consultó al pastor, se descubrió que era un libro publicado por uno de los cultos falsos que se especializa en distribuir tal clase de literatura. Cuando se le informó eso, el lector destruyó el libro. Eso es lo mejor que se puede hacer con tales libros.

He aquí algunos libros que sugerimos para que se lean tan pronto como sea posible:

*Santidad y Poder*, por A. M. Hilis

*El Secreto de la Vida Cristiana Feliz*, por Hannah W. Smith

*El Amor Perfecto*, por J. A. Wood

*La Perfección Cristiana*, por Juan Wesley

*De Puntillas, por Amor*, por John T. Seamands

Bueno, esto no es todo.

En este breve tratado sobre un asunto que no se puede agotar ni en muchos volúmenes, usted encontrará el principio de lo que esperamos sea una hermosa y bendita vida de victoria. No se detenga con la lectura de este panfleto, sino más bien consulte el catálogo de su Casa de Publicaciones, o pregúntele a su pastor, y aprenda todo lo que pueda sobre cómo vivir esta vida en toda su plenitud. Si así lo hace, la vida no se le hará agria, sino que cada día será un bendito día y su vida dejará en su sendero una creciente corriente de bendición. Que Dios le bendiga abundantemente.